IVY
COMPTON-BURNETT

Padres e hijos

PRÓLOGO DE GIORGIO MANGANELLI

Panorama de narrativas

Editorial Anagrama

IVY
COMPTON-BURNETT

Padres e hijos

PROLOGO DE GIORGIO MANGANELLI

Panorama de narrativas

Editorial Anagrama

Flubert y Eleanor Sullivan viven junto a sus hijos en la mansión de los abuelos y aunque Lady Sullivan está un poco cansada de tan incómoda situación, su marido no parece demasiado dispuesto a plantearse otras opciones. Toda la vida familiar gira en torno a los ancianos. Por ejemplo, es Sir Jesse quien se encarga de pagar los estudios de los hijos mayores, que no parecen estar demasiado por la labor. Por motivo de un viaje de negocios de Flubert, Eleanor se verá obligada por primera vez a hacerse responsable de sus hijos ya que hasta ese momento todas las decisiones familiares le correspondían a su marido.

Ivy Compton-Burnett

Padres e hijos

Traducción de Antonio Mauri

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Parents and Children
Víctor Gollancz Ltd.
Londres

Portada:
Julio Vivas

© I. Compton-Burnett, 1941

© EDITORIAL ANAGRAMA, 1985
Calle de la Cruz, 44
08034 Barcelona.

ISBN 84-339-3069-9
Depósito Legal: B. 39276—1985

Printed in Spain

Diagràfic, S. A., Constitució 19, 08014 Barcelona.

EN HONOR DE IVY COMPTON-BURNETT [1]

Ivy Compton-Burnett, escritora septuagenaria, es, a mi parecer, el máximo exponente de la novelística inglesa de hoy: y también, el más singular, provocativo y luminoso. Es escritora difícil y solitaria: de ahí sus lentos y aún angostos éxitos de crítica.

Ivy Compton-Burnett ha escrito hasta la fecha menos de veinte novelas: caracterizadas todas por un planteamiento rigurosamente artificial, un lenguaje desnudo y abstracto, una trama improbable y una ambientación ficticia. Predomina el diálogo sobre las partes narrativas, que quedan reducidas a meras acotaciones. Es un diálogo desconcertante. Totalmente innatural, articulado con preposiciones que tienen la dura y artificial coherencia de los ejemplos gramaticales, con palabras cargadas de sentidos, duramente alusivas, apenas articuladas. Cada personaje no tiene sino un indicio de voz privada. Ninguna concesión al naturalismo, al realismo, a lo verosímil. La novela es a todos los efectos, un artificio. La lengua es un inglés intelectual, elíptico, nada «moderno», henchido de citas implícitas, ignorante de toda exclamación, escondido en brevísimas oraciones por una puntuación desnuda; ausente la sintaxis; los diálogos se yuxtaponen y contraponen duros, desabridos, provocadores, unidos sólo por la tensión intelectual: perversas y rencorosas esticomitias. Sobre el escenario se suceden extraños acontecimientos, ejemplarmente ruinosos: muertes imprevistas, descubrimientos de vergonzosos y fatales secretos. Los diálogos, que evolucionan a través de los años, colman con alusiones concisas las lagunas de la «historia».

Concentrando todo el peso del «relato» en los diálogos, Ivy Compton-Burnett, con elevadísima astucia retórica, ha situado los acontecimientos en el exterior de la página. La parte narrada cubre una zona exigua. Y aquélla, la página, tiene un agrio e insoportable esplendor; pero en sus márgenes nace la total oscuridad, la noche en

la que los acontecimientos se llevan a efecto; y a cada palabra, a cada fragmento de los impecables diálogos alcanza su glorioso halo de tinieblas. De ello deriva una sonoridad innatural, sin eco, ya que, al faltar cualquier sombra intermedia entre luz y tinieblas, detrás de la palabra fulmíneamente escrita se abre un enorme espacio, que le confiere una dignidad enorme, horrenda.

Las tramas de estas novelas son de una artificialidad absoluta: parecen mezclar los gélidos horrores de la tragedia clásica con las improbables aventuras de la comedia. Dos jóvenes que se aman y están en vísperas de casarse descubren que son hermanos; cartas olvidadas en un cajón revelan antiguos adulterios; un gesto casual ilumina tristes e irreparables pasiones. Los personajes se mueven en un universo de reticencias, alusiones, sospechas; cada uno tiene en sus manos un fragmento de la débil vida de los demás, en cada uno resplandece una firme, sumisa y lúcida voluntad homicida. Ausente la conmoción de los ánimos, no hay huella de amor, ternura, indulgencia o languidez; no hay abandono alguno a las sensualidades del alma; todo gesto está gobernado por un soberbio rencor, coherente y perentoria invención estilística. El mundo de Ivy Compton-Burnett es totalmente infernal: pero sus ruinosas combustiones están protegidas por obstinados e impíos *understatements*. Los personajes habitan grandes residencias campestres, escenografías irreales apenas dibujadas. Entre esas paredes, opresores y víctimas, ligados por una monstruosa complicidad, consuman una turbia y feroz colaboración, exquisitamente doméstica.

El centro de las novelas de Compton-Burnett no lo ocupan el tema ni el personaje ni una «moral», sino la estructura, el frío gozo espiritual que produce la composición de un mecanismo perfecto, de un artificio deshumanizado, una cosa a la vez matemática y ruinosa. En Ivy Compton-Burnett admiramos este raro y reacio orgullo de la inteligencia, de una fantasía exangüe y sin piedad. Todos los materiales de que está formada la máquina de la novela, diálogos, salidas y entradas, amores y muertes, son datos, instrumentos para componer una estructura ceremonial y geométrica.

En una entrevista de hace unos años, la escritora hizo esta observación: «Creo que un libro debe poseer una estructura. Quizás sea una idea anticuada, pero ciertos libros modernos que no son más que retazos de vida, carentes de toda estructura, me dejan perpleja. Para mí no es natural escribir así. Necesito un fundamento óseo *a bone foundation*». Y en la misma entrevista, a la pregunta de si consideraba justa para sus novelas, que ignoran el consolador castigo del culpable,

la definición de «amorales», respondía: «No del todo. Bien poco me importaría ser calificada de amoral, pero debo añadir que no me parece que, en la vida, los culpables sean castigados. Es una convención literaria. En general, tengo la impresión de que el delito es rentable.».

GIORGIO MANGANELLI.
1966.

CAPÍTULO I

—Me parece que no puedo enorgullecerme de mis pensamientos —dijo Eleanor Sullivan.

—En ese caso, estoy seguro de que son diferentes del resto de ti, querida.

—Yo hablo siempre en serio, Fulbert.

Mr. Sullivan no afirmó que a él le ocurriera lo mismo.

—Si me revelas esos pensamientos, les dedicaré mi atención —dijo, recostándose y cruzando los brazos con el mencionado fin.

—Es mi antigua queja por el hecho de estar pasando los mejores años de mi vida en tu hogar paterno.

—Peor sería no tener ningún hogar.

—Siempre tienes que tomártelo todo a broma, claro.

—Difícilmente podría bromear sobre esta cuestión. Y si lo hiciera, tendrías todo el derecho a poner esa mala cara.

—En una casita de campo donde estuviéramos nosotros solos, viviríamos mejor que como invitados en esta mansión.

—Con nueve hijos, lo dudo. En una casita no cabrían. Y yo no soy un invitado: soy el hijo de la casa.

Fulbert pronunció estas palabras con una expresión muy suya, como si estuviera bastante sorprendido de ocupar esa posición. Tenía cierta tendencia a hablar con ceremoniosa afectación cuando se refería a sí mismo, y la muerte de un hermano mayor le había dado un rango que no le correspondía por su nacimiento.

—¿Y yo qué soy? —preguntó Eleanor.

—La esposa del hijo de la casa. La madre de sus hijos —contestó su esposo, completando su cuadro.

—Eso es lo que soy. Y no es poco. Pero si tienes que irte al extranjero, tendré que ser mucho más que eso.

—Con eso bastará. La familia seguirá funcionando.

—¿Es imprescindible que hagas el viaje?

—Mi padre está empeñado en que lo haga.

—¿Es lo mismo?

—Bajo este techo lo es, cariño, tal como has dado muestras de saber.

—Tu padre cree que tiene un derecho divino.

—Bueno, no le falta razón para creerlo. Su posición será transmitida a otros, a su debido tiempo, claro.

—No creo que pueda ser transmitida más allá de ti. El dinero se acabará. Esta casa no forma parte del orden esencial de las cosas. Y aunque se trate de la casa donde tú naciste, no es la mía.

—Tu corazón debe estar allí donde se encuentre tu amor —dijo Fulbert con su pausada y estridente entonación.

—Cierto. Y no hay mujer más satisfecha que yo en lo fundamental.

—Bien, ya se sabe, cariño, que los sentimientos más profundos permanecen siempre ocultos.

—Es posible que yo sea una mujer propensa a la queja. Pero, mientras tus padres sigan vivos, jamás consideraré esta casa como mi hogar. Y no me parece que éste sea un pensamiento generoso.

—No tiene por qué serlo —dijo Fulbert, alzando la voz.

—Debo tratar de vencerme a mí misma —dijo su esposa, con el gemido propio de tal propósito.

—Y como para ello no cuentas más que con tus propias fuerzas, parece que va a ser un combate igualado.

—Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

—No parece muy generoso para con El exigirle condiciones para amarle.

Cualquier observador habría comprendido en este momento que las creencias religiosas de Eleanor eran las corrientes, y que su esposo carecía de ellas.

—Ojalá no empleases ese tono. Fulbert. Me hace ver hasta qué punto es pobre el ejemplo que te doy.

—No has sido tú quien me ha inducido a emplearlo, cariño.

—Ya sé que no te gusta que hable de mi fe.

—Nadie brilla especialmente al hacerlo, y lo mejor es aceptar las cosas tal como son.

—Supongo que los actos son más elocuentes que las palabras.

—El silencio me parece muy bien.

Eleanor aceptó la insinuación y cambió de tono.

—Es muy extraño que nos hayamos quedado para nosotros esta habitación tan pequeña.

—No mucho, si tenemos en cuenta tu preferencia por las casitas de campo.

—Ya que vivimos en esta casa, podríamos sacarle mayor partido.

—Ya se lo sacamos. Esa docena de habitaciones de los pisos altos que nos ha sido reservada —dijo Fulbert, espaciando las palabras como si merecieran semejante tratamiento.

—De todos modos, sigo pensando que seríamos más felices si viviéramos únicamente de nuestras pequeñas rentas.

—Serían insuficientes para una familia tan numerosa como la nuestra.

—Al fin y al cabo, nuestros hijos son los nietos de tus padres.

—Es un derecho que se les reconoce, afortunadamente.

—Te crees muy ingenioso, Fulbert.

—Tú misma has insinuado, querida, que también tú obtienes algunas ventajas.

—No lo discuto. Sólo quería decir que no te olvidas de las tuyas.

—Todavía tiene que llegar el día en que me encuentre con un hombre que ignore sus cualidades. Y conozco a muchos que creen poseer algunas de las que no disfrutan.

—¿Y a qué tipo de hombres perteneces tú?

Fulbert posó la mirada en su esposa, aceptando burlonamente su insinuación. Si no se había referido a las mujeres cuando hablaba de cualidades, no era porque creyese que no poseían ninguna, sino porque en su opinión apenas había relaciones entre sus vidas y sus cualidades. Tenía un gran respeto por la esfera propia de la mujer, pero se alegraba de que no fuera la suya. Le parecía que sus peculiares atributos apenas encontrarían aplicación en ella.

—No debería reclamar derechos si después no soy capaz de mostrarme digna de ellos —dijo Eleanor.

—Sobre todo si quieres que te sean reconocidos.

—Ojalá me demostraras más simpatía y afecto, Fulbert.

—Ojalá tuvieses un marido como el que te gustaría tener.

Fulbert Sullivan era un hombre enjuto y musculoso, de cincuenta años, dotado de una especial elasticidad que le daba aspecto de estar sobrado de energías. Como era un hombre de considerable vigor y vida notablemente regalada, es posible que esa apariencia correspondiese a la realidad. Esta imagen de energía contenida se le notaba en sus ojos pequeños y juntos, en sus largos y escasamente cincelados labios, e incluso en la solidez de su frente, su nariz y su mentón. Su voz fuerte y metálica se alzaba repentinamente para bajar con igual brusquedad, y hubiera podido decirse que su porte era tímido si su deliberado aplomo no hubiera sido tan indudable. Daba la sensación de estar siempre dispuesto a que se le criticara a primera

vista, y de enfrentarse a esa crítica con una buena voluntad tan animosa como carente de prejuicios Su esposa era una mujer alta y angulosa de cuarenta y ocho años, grandes ojos color gris pálido, cabeza estrecha y bien formada, rostro serio, honesto y algo equino, y expresión nerviosa, inquieta, controlada. Sus estilizadas y suaves manos, su larga y ágil zancada, y su voz grave y sincera no parecían en ella rasgos tan definitorios como suelen serlo en otras personas. Para quienes la conocían, todas sus cualidades físicas parecían fruto del azar. Los desconocidos la tomaban por una persona de color indefinido, pero muy definida en todo lo demás.

—Madre —dijo una voz desde la puerta—, ¿podrás soportar un momento la presencia de Graham? Le he permitido tomarse un respiro en su trabajo y no necesito que me haga ningún recado.

Un joven abrió paso a otro hacia la habitación, le depositó en una butaca y se quedó junto a él, con la mano apoyada en su cuello. Eleanor observó a la pareja como si ésta fuese una situación con la que estaba familiarizada, mientras que Fulbert les miró en actitud animadamente atenta.

El que ocupaba la butaca se recostó en ella casi como si obedeciera una orden. Era un alto y huesudo joven de veintiún años, con una cabeza y unas manos y unos pies demasiado grandes para su frágil esqueleto, ojos saltones, pálidos y ausentes, y rasgos a mitad de camino entre la belleza y la tosquedad. Tenía la voz grave y desigual, y reía con una risa sin alegría, lo cual seguramente era lógico pues se le pedía continuamente que la ejercitara a sus propias expensas. Su hermano, que era un año mayor que él, se parecía a Eleanor en todo menos en peso y corpulencia, así como en un ensanchamiento y acortamiento del rostro, que le daba un aspecto más enérgico. Estaba siempre a punto de sonreír y parecía gozar de la sabiduría suficiente como para contentarse con su suerte. Eleanor observó a sus hijos con cariño, simpatía e interés, pero con un grado singularmente limitado de orgullo.

—¿Qué deberíais estar haciendo ahora? ¿No estaréis malgastando el tiempo?

—Hoy es uno de sus peores días, madre —contestó el mayor—. Pero quizá las palabras de una madre sirvan de algo cuando todo lo demás ha fracasado. Y yo sólo puedo decir que ha fracasado.

A modo de reacción automática, Graham volvió la vista hacia su madre.

—¿Nunca hacéis vacaciones? —preguntó Fulbert, cuyos ojos parecían clavados en sus hijos.

—Al abuelo le gusta que, cuando vienen de Cambridge, dediquen las mañanas a estudiar —dijo su esposa.

—¿En qué medida haces honor a su confianza, Graham? —preguntó Daniel—. Piensa en la enorme fe que ese anciano tiene en ti.

—Creo que yo nunca la he merecido —dijo Fulbert, riendo—. Me pregunto para qué servirán tantas horas dedicadas a los libros.

—Para que consigamos cierta independencia económica —continuó Daniel— eso es al menos lo que se supone.

—No creo que haya plaza de maestro de escuela para los dos.

—Bueno es saberlo —dijo Graham.

—Hay buenas colocaciones en el mundo de la enseñanza —dijo Eleanor.

—Pero abundan mucho más las malas, querida —dijo su marido.

—No me cuesta mucho imaginarme a mí mismo convertido en ese objeto de general escarnio que es el maestro de escuela —se lamentó Graham.

—«*When land is gone and money spent - Then learning is most excellent*»[2] —dijo Fulbert, como si la cita fuera la última palabra sobre aquel asunto.

—Ojalá pudiera yo seguir tus pasos, padre —dijo Daniel.

—¿En qué sentido, hijo? —preguntó Fulbert, con los ojos muy animados.

—Tú no te fatigas ni hilas.

—Tu padre trabajó de firme en su juventud —dijo Eleanor.

—Sólo hacía el trabajo que me daban. Que no era mucho.

—Suele hacer falta mucho tiempo para triunfar en la abogacía.

—Y en el caso de este servidor, el triunfo tardó más de la cuenta.

—Perdiste la paciencia antes de hora.

—La tuve durante muchos años, aunque la paciencia no sea mi fuerte —dijo Fulbert, en un tono que parecía decir que por mucho que lo fuera no se hubiera sentido más orgulloso de sí mismo.

—Quizá fue de sabios renunciar a la esperanza.

—No me quedó otro remedio. Mis ingresos estaban por debajo de mis gastos, y mi familia no dejaba de aumentar estos últimos.

—A mí no me importó tener que hacer economías para no endeudarnos.

—Pero eso no bastó para lograr ese propósito. Que, en sí mismo, carece de ventajas.

—Padre —dijo una nueva voz muy cerca de Fulbert, donde su hija se encontraba desde hacía un rato—, deberíamos recordar que en aquella época destinamos las rentas de Madre a satisfacer nuestras

necesidades. No es justo que olvidemos de dónde venían muchas de las cosas que disfrutábamos.

—¿Y quién pretende olvidarlo? —preguntó Fulbert, volviéndose a mirarla con ojos divertidos y tolerantes.

—Mientras yo esté presente nadie lo olvidará, padre. Y me ha parecido que hacía falta recordarlo.

Fulbert se puso en pie de un salto, tomó el rostro de su hija entre ambas manos y depositó un beso en él. Después volvió a desplomarse en su butaca, como si de este modo hubiese resuelto el problema.

Lucia Sullivan tenía dos años más que su hermano Daniel. Por su aspecto era un cruce entre sus padres, pero era más baja y redondeada, con un poco más de color en los ojos y la piel, y con el rostro cincelado más suavemente. Sus ojos avellana, grandes y firmes, tenían una expresión solemne y casi asombrada, como si le pareciera que el mundo fuese un lugar imponente y pasmoso. Hablaba con voz fuerte y firme; sus labios se movían más que los de otra gente; y sus ojos no se apartaban casi nunca de la persona a quien se estuviera dirigiendo.

—Padre —dijo, haciendo gala de todos estos atributos—. El abuelo está solo en la biblioteca. Abuela se está encargando del gobierno de la casa. ¿Crees adecuado que él no tenga compañía?

—Puede reunirse con nosotros siempre que guste.

—Él no viene nunca a esta sala, padre. Os la deja a ti y a madre. Siempre espera a que le invitéis a venir.

—No veo qué voy a ganar yo si premio su delicadeza yéndome a reunir con él.

—No puedo estar en absoluto de acuerdo contigo en esto, padre. Si él entrara y saliera de aquí a su capricho, no sería lo mismo. Toda la gracia de la diferencia radica en que sea intangible.

—Entonces, debe de ser por eso que a mí se me escapa —dijo Fulbert sin levantarse de su butaca, pero poniéndose luego bruscamente en pie para dirigirse con paso presuroso hacia la puerta.

Lucia le vio alejarse y se volvió después discretamente hacia su madre.

—Me parece, Madre, que a Padre no le ha gustado mucho mi referencia a tu dinero. Pero me ha parecido que había que decirlo. Si me hubiese callado no me habría sentido en paz conmigo misma.

—Razón suficiente para sacrificar a Padre —comentó Daniel.

—No, chicos —dijo Luce, volviendo sus ojos tranquilos y redondos hacia sus hermanos—. Para tratarle como a una persona normal e inteligente. Así es como me gustaría que me tratasen a mí.

—Yo preferiría que se me hiciesen toda clase de concesiones —dijo Graham, con los ojos vueltos hacia la ventana.

—Bueno es que este muchacho no se sienta embarazado por tener necesidad de ellas —dijo Daniel.

Luce lanzó una mirada fugaz a Graham y se volvió de nuevo a Eleanor.

—Me queda otra duda, Madre. ¿Ha sido adecuado, o bien recibido, mi comentario acerca del abuelo? Es que no me parece bien que esté mucho tiempo solo.

—Tu padre estaba de acuerdo contigo, hija. Ha ido a hacerle compañía.

Eleanor dijo esto con sencillez y naturalidad. Poseía la capacidad de apreciar a las personas por sus cualidades, y como Lucia era honesta y bondadosa, la valoraba por serlo. Su hija tenía además el don de saber enjuiciar las actitudes, y se lo aplicaba sobre todo a sí misma. Muchas personas se quedaban desconcertadas ante su tendencia a dramatizar las cosas de cada día, pero Eleanor no solía reaccionar así ante actitudes tan honestas.

—Luce, tendrías que hacer algo por Graham —dijo Daniel—. La influencia de una hermana podría ser muy beneficiosa.

—Madre está aquí, Daniel —dijo Luce, con callada intensidad.

Graham no cambió de expresión.

—¿Podréis mirar a vuestro abuelo a los ojos y decir que habéis empleado bien la mañana? —les preguntó Eleanor a sus hijos, casi con sorna.

—Es un truco que aprendí hace años —respondió distraídamente Graham.

—¿Ha habido algún indicio de vacilación en este muchacho pese a la dureza de sus palabras? —preguntó Daniel—. Donde existe algún resto de sentimientos, todavía queda esperanza.

—No pienso respaldaros si faltáis a la verdad —dijo Eleanor.

—O sea que nuestra madre no va a apoyarnos —contestó Graham en el mismo tono ausente.

—Venga, volved los dos a vuestros libros —intervino Luce, indicándoles con un ademán que se pusieran en camino—. Tengo que hablar con Madre.

Daniel inició la retirada seguido de su hermano, mientras su hermana les dedicaba una mirada amable y recelosa.

—Madre, ¿te parece bien que Graham consienta que le tomen el pelo? Porque a mí no me lo parece.

—No creo que le haga mucho daño. Podría impedirlo si quisiera.

No da señal de que le moleste.

—Pero, ¿crees tú que podría impedirlo? ¿No te parece que las cosas que nos guardamos dentro son las que más nos duelen?

—Dudo mucho que necesite de la simpatía de nadie.

—¿En serio, Madre? —preguntó Luce, sentándose en el brazo de la butaca de Eleanor—. ¿No crees que hay ciertos sentimientos que, en la misma medida en que están muy vivos y muy escondidos, se encogen con un estremecimiento en cuanto alguien los toca?

—Es posible que exista esa clase de sentimientos, pero no suelen ser propios de los chicos.

—Yo creo, Madre, que los chicos son muy sensibles. En algunos sentidos, más incluso que las chicas.

—Tanto en un caso como en el otro, la sensibilidad es una forma de conciencia de sí mismo. No tiene que ver con la otra gente.

—Pero, ¿no puede ser muy real y muy atormentador algo que tiene que ver con uno mismo, y, por esa misma razón, en un grado mucho más elevado?

—Sin duda, pero eso no es motivo suficiente para fomentarlo.

—¿Y no crees que negándole tu simpatía puedes hacer que ese sentimiento vaya cristalizando hasta convertirse en una cosa muy dura y profunda?

—Pues parece que ellos prefieren que se la niegues.

Luce se puso a reír mansamente, dirigiendo a su madre una triste mirada de asentimiento.

—Tú y yo estamos muy próximas, Madre —dijo al cabo de un momento—. Cuando veo que una madre y su hija están alejadas entre sí, siempre pienso que es muy trágico. Y, sin embargo, creo que suele ocurrir.

—Me pregunto si me llevaré bien con mis otras hijas.

—Me parece que sí, Madre —dijo Luce, balanceándose en su asiento y alzando la vista—. No creo que los pequeños puedan encontrar nada repulsivo en ti, nada que les asuste y les haga encogerse dentro de sí mismos.

—Esta peculiar sensibilidad de los jóvenes es un problema —dijo Eleanor, poniéndose en pie—. No sé hasta qué punto tengo las cualidades necesarias para hacerle frente.

—Creo que las tienes, Madre —Luce le dirigió una mirada soñadora—. Yo diría que posees todo lo necesario para hacerlo bien.

—Tu abuela ha ido al salón —dijo, cambiando de tema—. Quizás deberíamos ir a hacerle compañía.

—¿Sabes que tienes mejor oído que yo? —comentó Luce, sin

moverse de donde estaba—. No he oído a la abuela. Hubiera dicho que seguía dedicada a sus tareas.

—Nunca tarda más de una hora.

—Tampoco me había fijado en eso, Madre —dijo Luce, poniéndose en pie—. No tenía ni idea del tiempo que le dedicaba. Eres más observadora, te fijas más que yo en nuestras pequeñas cosas de cada día. Y eso a pesar de que no creo ser indiferente para con las personas, o sorda a sus ruegos.

—Eso mismo diría tu abuela.

—Creo que me necesita, Madre —dijo Luce, cogiendo del brazo a Eleanor—. Y mientras siga necesitándome, me consideraré a mí misma como una persona a su servicio. En cierto sentido, esto hace que sea yo la que depende de ella. Bien, querida Abuela, veo que por hoy has terminado tus tareas.

Lady Sullivan no pareció preocuparse por el hecho de que alguien juzgara tan limitada su utilidad en la casa. Se había sentado en un sillón junto a la chimenea, el mismo que ocupaba a todo lo largo del año, como si su comodidad dependiera, alternativamente, de que la parrilla del hogar estuviera cargada o vacía. Era una mujer señorial, casi mayestática, de setenta y seis años, con la frente ancha y despejada, rasgos parecidos a los de su hijo, ojos pálidos y saltones que recordaban a los de su segundo nieto, manos grandes, pesadas y sensibles, y una expresión que oscilaba entre la apacibilidad y cierta especie de fiera emoción. Su nombre de pila, Regan, había sido elegido por su padre, hombre de gustos campestres —y ajeno a toda otra clase de gustos—, cuando, leyendo un artículo sobre Shakespeare, averiguó que las mujeres de sus obras eran personajes trascendentes, y decidió que su hija debería ser bautizada con uno de sus nombres, en consonancia con las esperanzas que en ella había depositado. Cuando la mujer que llevaba el nombre de Regan tuvo edad para enterarse de por qué lo llevaba, pensó que ese nombre debía de existir antes de que lo eligiera Shakespeare, pues de lo contrario no habría sido un nombre; pero no le reveló este hecho a su padre, que no corría el peligro de llegar a descubrirlo. Cuando la gente le decía que llevaba un nombre que armonizaba con su personalidad, ella aceptaba el cumplido de quienes lo decían en este sentido, y sonreía a los otros o sonreía para sí de una manera que hacía que éstos no tuvieran la tentación de arriesgarse a hacer nuevos comentarios. De modo que el nombre no le dio mal resultado, e incluso llegó a dárselo muy bueno cuando fue abordada por Sir Jesse Sullivan, ocasión en la cual tanto el nombre en sí como su modo de encarnarlo determinaron que él

iniciara sus requerimientos amorosos. Regan era una mujer que sólo amaba a su familia. Amaba profundamente a su marido, fieramente a sus hijos, afectuosamente a sus nietos, y a nadie más. Solía quejarse de la falta de cualidades de los demás y simpatizar incluso con los defectos de sus parientes. Esto significaba que amaba a trece personas, una cifra que quizá esté por encima de la media.

Miró a Eleanor con expresión reservada y neutra. No podía mirarla con cariño, pues no tenían vínculos sanguíneos; y las razones por las cuales había sido elegida por su hijo le resultaban tan oscuras como suelen serlo esta clase de razones para todas las madres; pero la respetaba por la gran influencia que ejercía sobre él, y le estaba agradecida por sus hijos. Y le agradecía mucho que viviera bajo su mismo techo. Si para Eleanor esto era una ardua elección, para la madre de su esposo era un acto de heroísmo, y la impulsaba a sentir reverencia hacia ella, pues de este modo demostraba ser capaz de hacer cosas qué no estaban a su propio alcance. Estas dos mujeres vivían en oficial armonía, que nunca había llegado a convertirse en dependencia; y aunque ambas veían a la otra como a un igual, ninguna de las dos hubiese llorado ante la muerte de la otra.

Luce se sentó en el suelo y recostó la cabeza en el regazo de su abuela. Regan le apoyó la mano en la cabeza. Eleanor ocupó su asiento acostumbrado y tomó su labor de encaje. No era una mujer que se dedicara a coser o hacer remiendos para la familia. Su hija rompió el silencio apoyando los brazos en las rodillas de su abuela y soltando un suspiro.

—Siempre que te veo hacer calceta, Abuela —dijo, levantando la cabeza para mirar sus activas manos—, y me fijo en cómo vas metiendo y sacando las agujas, pienso en las cosas que entran y salen de nuestras vidas. Cada punto es un pequeño acontecimiento, un pasito hacia adelante o hacia atrás. Me atrevería a decir que damos tantos pasos atrás como adelante. Aunque tu labor, claro, siempre avanza.

Siguió observando las agujas con una fijeza muy lógica, teniendo en cuenta lo que veía en ellas; y Regan sonrió y siguió tejiendo, como si ella no le diera tanta importancia a su trabajo.

—Apenas si tenemos oportunidades de volver atrás —dijo Eleanor.

—En el sentido en que tú dices, no —contestó Luce, sin desviar la mirada—. Pero nuestras vidas siguen un camino, y no siempre avanzamos. Muy a menudo nos limitamos a oscilar lateralmente.

—Te refieres a una oscilación interior, ¿no?

—Sí Madre. A eso es a lo que me refiero —dijo Luce, mirando a su

madre como si estuviera sorprendida ante la agudeza de su observación.

—A mí ya se me han terminado los días en los que podía seguir avanzando —dijo Regan.

—Me gustaría saber por qué esta frase suele pronunciarse con ese tono de satisfacción —dijo Eleanor.

—Ya que las cosas son así, mejor es ponerles buena cara.

—No, Abuela, no creo que sea por eso —dijo Luce, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar el rostro de Regan—. Me parece que lo que ocurre es que todavía quedan muchas cosas por delante, aunque otras queden atrás. Me parece que cada persona va avanzando, a su modo, hasta que llega cierta clase de culminación que, para todos nosotros, es algo así como su objetivo.

Pronunció estas últimas palabras en un tono ligero, como si no estuviese del todo segura de si se había referido o no a la muerte de su abuela, y cambió luego de posición para ponerse más cómoda e indicar así que pensaba en cosas materiales e intrascendentes.

Regan mantuvo la mirada fija en sus agujas, cosa que raras veces hacía cuando sus pensamientos se concentraban en ellas. Por un momento estuvo pensando en su propio fin. Por mucho que se le estuviera acercando, seguía sin pensar casi nunca en él, y cuando lo hacía, sus pensamientos eran tan livianos que casi nunca se entretenía en ellos.

—¿Dónde está el abuelo? —le preguntó a Luce en un tono que combinaba el respeto que se merece una mujer con la ternura debida a los niños.

—No lo sé, Abuela; espero que no esté solo.

—Tu padre está con él —dijo Eleanor—. Tú misma le recordaste que fuera a hacerle compañía.

—Cierto, Madre —dijo Luce, posando una mirada franca en el rostro de su madre.

—Fulbert va a notar la diferencia cuando se encuentre con que tiene que trabajar todos los días, si es que eso llega a ocurrir —dijo Regan con esa entonación impulsiva que parecía constituir una vía de escape para sus emociones.

—Parece que no le queda más remedio que aceptarlo —dijo Eleanor.

Luce miró primero un rostro y luego el otro, como sí no quisiera obtener información donde no se la facilitaban.

—Yo creo, Madre, que Padre hace por el abuelo mucho más de lo que pudiera parecer a primera vista. Frecuentemente tiene la mesa de

su despacho repleta de facturas.

Eleanor no se lo discutió.

—Quizá, entonces, no tenga más trabajo que el que se ve a primera vista —dijo Regan con una sonrisa indulgente dirigida a Luce.

—En el fondo, Abuela, no eres una madre severa. Tus hijos deben de haber encontrado siempre en ti un refugio donde guarecerse de las críticas del mundo.

Regan torció el gesto al oír hablar de sus hijos, dos de los cuales habían muerto.

—No dirías lo mismo de tu madre —dijo Eleanor.

—No, Madre, no —dijo Luce meditadamente, alzando una mirada sincera—. Pero hay otras cosas que sí podemos decir de ti.

Desde el vestíbulo les llegó el sonido de una canción, y el intérprete de la misma hizo acto de presencia y se dirigió hacia la chimenea, donde puso fin a la melodía contemplando a su auditorio con una expresión de distraído saludo. Regan le miró con automático cariño; Luce le dirigió una sonrisa; y Eleanor no movió los ojos.

—Abuelo —dijo Luce, alzando tanto los suyos que casi los puso en blanco—, ¿has sentido hace unos tres minutos el impulso de venir a reunirte con nosotras?

—Más o menos, querida, más o menos —dijo Sir Jesse, adaptando la melodía que había cantado a esta nueva letra.

—Entonces, ha sido telepatía —aseguró Luce, mirando a todos los presentes—. He notado que Abuelo tiene esta clase de sensibilidad. Su reacción no falla casi nunca.

—Y bien, ¿qué tal estáis? —preguntó Sir Jesse, observando a las mujeres como si perteneciesen a otra esfera, que es lo que él creía.

—Muy bien y muy contentas, Abuelo —dijo Luce en un tono personalmente satisfecho.

El rostro de Regan mostró que estaba de acuerdo con esta opinión, mientras que el de Eleanor no dijo nada.

—¿Qué tal se ha portado esta jovencita? —preguntó Sir Jesse, torciéndole el gorro a su esposa y haciendo así que ella fingiera encontrar divertida la broma.

—Se ha portado muy bien, Abuelo —dijo Luce, volviendo sus ojos hacia el rostro de Regan.

—¿Y esta otra joven? —dijo Sir Jesse indicando a Eleanor, pero sin provocar en ella la menor reacción.

—También ella se ha portado bien, Abuelo —dijo Luce, con solemnidad.

—¿Y la más joven de todas?

—También, Abuelo —dijo Luce en voz muy baja.

—Tres buenas mujeres —empezó a cantar Sir Jesse con la melodía de otra canción, pero se interrumpió cuando entraron sus nietos, a los que se dirigió empleando otro tono—: Bien, supongo que si os habéis reunido con nosotros debe de ser la hora de comer. ¿*Qué* comida nos toca?

—El almuerzo, Abuelo —dijo Luce, en el mismo tono.

—Es una pena que no consigamos que Graham abandone estos hábitos alimenticios —comentó Daniel—. Son unas costumbres tan primitivas.

—No digas tonterías —dijo Eleanor, sin alzar la voz.

Sir Jesse Sullivan era un hombre alto y fuerte de setenta y nueve años, con una agilidad sorprendente para su corpulencia y edad, consecuencia quizá, o a lo mejor causa, de la frecuencia con que hacía ejercicios ligeros. Sus ojos pequeños, oscuros y hundidos, miraban desde debajo de una frente prominente y casi abrupta, y sus rasgos francos y huesudos parecían amoldarse a su estado de humor de modo inconsecuente con su modelado. Esta falta de coherencia parecía permear todo su ser. Sus manos sólidas y viejas poseían una flexibilidad asombrosamente simple, y su voz firme y ronca estaba dotada de unas vibraciones que parecían propias de otra persona. Sus ojos miraban con familiaridad y cariño a su esposa, con menos familiaridad y cierta admiración a Eleanor, con camaradería y cierta implacabilidad a su hijo, con indulgencia a Luce, y de forma penetrante a sus nietos, que en su calidad de varones cuyo futuro se basaría en su educación, la cual a su vez era costeada por él, no merecían su aprobación más que cuando estaban ocupados con sus libros. Para Sir Jesse, que apenas si había estudiado y no creía tener necesidad de más formación, el coste de aquella preparación que servía para fabricar maestros y curas y demás tipos igualmente carentes de independencia, resultaba tan asombroso que procuraba apartarlo de sus pensamientos; y le parecía una falta de consideración y casi un acto de insubordinación que sus nietos se lo recordaran con su sola presencia.

—¿Está Padre preparado para el almuerzo, Abuelo? —preguntó Luce.

—Lo está, hija —respondió Fulbert, que entraba apresuradamente en la habitación—, y espera que el almuerzo esté igualmente dispuesto.

—Lo estará en el momento adecuado, Padre —dijo Luce, abrazándose las rodillas en actitud de espera.

—Parece que no hay más remedio que soportar que Graham esté presente en las comidas —dijo Daniel—. Debería haber algún modo de librarse de él.

—Hay que comer para vivir —sentenció Fulbert.

—¿Crees que Graham también lo necesita, Padre?

Luce lanzó una rápida mirada a su segundo hermano.

—El gong se retrasa cada día un poco más —dijo Fulbert consultando el reloj.

—No es el gong, sino quien lo hace sonar, Padre —dijo Luce en un tono tan ligero y bajo que casi hubiese podido pasar desapercibido—. Y no es quien lo hace sonar, sino quien está detrás de esa persona.

—Yo diría que la puntualidad sería de gran ayuda para esta casa.

—Entonces no harían falta criados[3] —comentó Daniel.

—El hecho de que puedas hablar así, Padre, es todo un homenaje a las cualidades organizativas de Abuela —dijo Luce.

—Cierto; pero permíteme que sea yo quien le rinda tributo.

Regan pareció más conmovida de lo exigido por la situación.

—Con tanta gente detrás de él, seguro que el gong está a punto de sonar —dijo Graham con su voz sin entonación.

—Sonará en cuanto esté listo el almuerzo —dijo Eleanor.

—Será la última vez que tomemos un almuerzo sin que los pequeños vengan a los postres —dijo Luce—. Hoy terminan sus vacaciones. No me acostumbro a estar sin ellos.

—Luce no ha logrado olvidar a sus hermanos y su hermana en el curso de tres semanas —dijo Daniel—. Debe de ser consecuencia de su maravilloso temperamento.

—Tú en cambio no te has acordado de ellos lo suficiente ni para mencionarles —dijo Sir Jesse.

Cuando resonó el gong por toda la casa, Fulbert se dirigió presurosamente a la puerta y la abrió para dar paso a las mujeres, observando entretanto diversos objetos de la habitación, como si no sintiera tentaciones de acelerar esta parte de los actos. Disfrutaba considerablemente de cualquier tarea que fuese un poquitín ceremoniosa u oficial. En la mesa él se encargó de trinchar, ocupación delegada en él por su padre, la llevó a cabo con atención, presteza y habilidad, y sirvió su propio plato en último lugar con igual, pero no más, generosidad que los demás Daniel y Graham hablaban en voz baja, y su madre les lanzó una mirada.

—No hace falta que te preocupes por ellos —dijo Sir Jesse—. Están a punto de aplicarse a sus deberes.

—¿No os parece repulsivo este rasgo de mi hermano? —preguntó

Daniel.

—También es propio del abuelo —murmuró Graham—. Él y yo somos de la misma antigua estirpe.

—Puedes decirme a la cara lo que tengas que decir de mí —dijo Sir Jesse.

Graham estaba a punto de contestar, pero los ojos de su madre se lo impidieron. Casi todo lo que tenía su hijo procedía de Sir Jesse, y hubiera sido imprudente por su parte correr el riesgo de perderlo. Daniel se tomaba a su abuelo de un modo más despreocupado y sólo le hacía caso en aquello que conviniera a sus propósitos. Sir Jesse opinaba de él que estaba mejor educado, tal como suele ocurrir con los jóvenes que adoptan tal actitud.

—Bien, muchacho, tenemos que dar la noticia —le dijo Sir Jesse a su hijo.

—La de las perspectivas que me alejarán del regazo familiar —dijo Fulbert, mirando con una mezcla de aprensión y determinación a los rostros que le rodeaban.

—Madre, Abuelo —dijo Luce, volviendo hacia ellos sus ojos serenos—, nos alegraría que este asunto, sea cual fuere, quedase aclarado. Hace días que vivimos bajo la espada de Damocles, y será un alivio que caiga de una vez. ¿En qué consiste esta amenaza de perder a Padre por motivos que todavía nadie ha explicado? Agradeceremos que se nos diga la verdad, y creemos tener derecho a saberla.

—Tu padre tiene que ir a Sudamérica para supervisar las propiedades —dijo Eleanor—. Tu abuelo ha recibido hoy las cartas definitivas.

—Gracias, Madre. Esto supone a la vez un sobresalto y una satisfacción. No teníamos ni idea de lo que se ocultaba tras todos esos sombríos indicios, y la imaginación empezaba a ir más lejos que la realidad. Ahora podemos confiar en que el exilio no sea prolongado.

—Apenas seis meses —dijo Fulbert, valiente y tranquilo.

—Gracias, Padre. Algún tiempo atrás, esto hubiera significado un golpe. Dadas las circunstancias, lo que experimentamos ahora es más bien alivio.

—Hubierais podido preguntarlo antes —dijo Eleanor.

—No, Madre, no podíamos —dijo Luce mirándola a los ojos—. Tu actitud impedía cualquier intento de plantear la cuestión.

—¿Qué es lo que ha impulsado a nuestros mayores a ocultar un asunto tan sencillo? —preguntó Daniel sin apenas alzar la voz.

—Su instinto de ocultárselo todo a los jóvenes —respondió Graham —. Preferían ocultarlo brevemente que decirlo en seguida.

—Seis meses no es una condena exagerada —dijo Daniel—. Difícilmente podrá Graham haber cambiado para cuando regrese Padre.

Graham miró a Regan imaginando lo que ella pensaba.

—Yo no viviré muchos semestres más —dijo ella.

—Los vivirás, Abuela —dijo Luce en tono imperturbable—. Muchos más, probablemente.

—¿Y cómo soportaré yo mi exilio? —dijo Fulbert.

—¡Pobre Padre! Seguro que no esperabas tener que hacer esa pregunta.

—Iría yo mismo si fuera tan sólo unos años más joven —dijo Sir Jesse, con un reservado matiz de inflexibilidad que revelaba la verdadera naturaleza de sus relaciones con su hijo—. Y no es éste el único motivo por el que me gustaría serlo.

—No puedo imaginar ninguna edad que te siente mejor, Abuelo —dijo Luce.

—Hay otras edades que me han gustado más que ésta —dijo Sir Jesse, sonriendo para sí al recordarlas.

—Quizá tendría que hacerle de vez en cuando algún cumplido al abuelo —murmuró Graham.

Regan hizo un ruido provocado por la emoción, y Luce se levantó y se puso junto a ella para darle unos golpecitos en los hombros mientras seguía hablando.

—Gran parte de los deberes de Padre recaerán ahora sobre Madre.

—Y ella estará a la altura de las circunstancias —dijo Fulbert en un tono que mostraba que estaba rindiéndole plenamente el tributo que ella se merecía.

—Apenas si encontrará apoyo en uno de sus hijos —dijo Daniel.

—Ojalá ya hubiera pasado esa temporada —dijo Eleanor—. Imagino que hay otros que todavía lo desean más que yo.

—La vida de una madre no tiene por qué ser solamente sacrificio —comentó Fulbert.

—Y no lo es, desde luego —dijo Regan, haciendo alusión a su propia vida.

Luce dio a los hombros de Regan una última caricia, y la dejó como si sus cuidados hubiesen obtenido el resultado apetecido, tal como hacían pensar las apariencias.

—Padre, quizá unas palabras tuyas en este momento harían cambiar a Graham —dijo Daniel.

—Sólo se os pide que penséis en vuestro futuro —dijo Sir Jesse.

—Eso es injusto, Abuelo —dijo Luce—. Hay que esperar mucho

más de todo el mundo. Y es posible que, para unos hombres jóvenes como ellos, los largos meses que se pasan encima de los libros tengan otro significado.

—Entonces es que todavía no son lo que tú les has llamado.

—No puede decirse que ya sean unos hombres —dijo Eleanor.

—Eso me parece más injusto incluso, Madre —dijo Luce, riendo.

—El más desamparado de estos dos jóvenes sigue siendo un niño para su madre —dijo Graham.

—Madre, estás dándonos ejemplo de valentía —dijo Luce—. No eres una de esas esposas que les ponen difíciles las cosas a sus maridos.

—Ninguno de nosotros ha adoptado la actitud de mostrarle cuánto nos duele su partida.

—No. No estamos compitiendo en eso, Madre. Pero quizá no estemos teniendo mucho éxito en la otra posibilidad.

—Los que menos lo demuestran son los que más lo sienten —afirmó Fulbert.

—De mí no puede decirse eso —dijo Regan, refiriéndose con una sonrisa a la presteza de sus emociones.

—Eres una anciana pagada de sí misma —le dijo su hijo.

—Abuela no necesita usar disfraz —afirmó Luce.

—¿Y los demás sí? —preguntó Eleanor.

—Hay mucha gente, Madre, que lo usa. Solo quería decir eso.

—*«This above all, to thine own self be true;*

And it must follow, as the night the day,

Thou canst not then be false to any man»[4] —citó Fulbert, dando el asunto por concluido.

—¿Y por qué? —preguntó Graham—. Podemos estar siendo fieles a nosotros mismos cuando cometemos toda clase de inicuidades para con los demás —dijo Daniel.

—Todo depende del sentido que le des a la palabra «fiel» —señaló Eleanor—. Aquí significa que seríamos desleales a nuestra propia naturaleza si hiciéramos cosas que la degradan.

—Ojalá sea esto lo que significa, Madre —dijo Luce hablando en el tono de quien ha sido ilustrado, y atribuyéndole tal mérito a su madre —. Hay que entenderla así, sin duda.

Sir Jesse entonó una canción de su juventud, cosa que acostumbraba a hacer cada vez que dejaba de atender a la conversación, y la tarareó en un tono apagado y nostálgico que parecía a la vez rebosar de sentimiento y latir de experiencia. Echó una ojeada a los retratos del hijo y la hija que se le habían muerto,

como si su emoción preparase el camino para recordarles; y siguió cantando, como si el hecho de seguir con vida estuviera por encima de todo lo demás.

Su esposa siguió su mirada y sus pensamientos, aunque no tuviera los ojos posados en él. Hubiese dado su propia vida por salvar las de sus hijos, y sabía que él no la hubiera dado por nada, y aceptaba y apoyaba esta forma de pensar. Ellos dos vivían con su hijo y la familia de éste, pero no se veían como un grupo aparte sino integrados a ella. Se sentían ambos muy jóvenes para su edad, y creían compartir un futuro en común. Ninguno de los dos era una persona corriente, pero en esto eran corrientes.

—Bien, ¿no merezco yo algún consuelo en vísperas de mi proscripción? —preguntó Fulbert.

—Te lo mereces, Padre —respondió Luce—, y lo hubieras tenido de no ser porque te has esforzado por renunciar a ese derecho. No consigo imaginar cómo será nuestra vida en los próximos seis meses. Tendremos que aceptar cada día tal como se presente.

—Eso no nos ayudará mucho —dijo Graham—. Más bien parece que alargará los días. Sería mucho mejor si fuésemos capaces de comprimirlos.

—¿Permitirás que estos meses sean diferentes, Graham? —quiso saber Daniel.

—Hace días que no os oigo decir una sola palabra sensata a ninguno de los dos —dijo Eleanor.

—Déjales velar el acontecimiento a su modo, Madre —dijo Luce.

—Nuestra juvenil chifladura encubre sentimientos verdaderos —dijo Graham, declarando así la verdad de lo que le ocurría a él.

—¿Te gustaría acompañar a tu padre, Daniel? —preguntó Eleanor.

—No emplees ese tono tan frío, Madre —dijo Luce, riendo—. No es culpa de Daniel que Padre tenga que abandonarnos.

—De todos modos, puede contestar a mi pregunta. Tu padre va en parte por él.

—Menos mal que las cargas compartidas son menos pesadas —dijo Daniel—. Si fuéramos unos cuantos más, supongo que ni la notaríamos.

—Yo diría que ya somos suficientes —dijo Graham, distraídamente.

—Estoy harta de no escuchar más que tonterías —dijo Eleanor. La voz se le quebró.

—¡Cuántos jóvenes habrán oído a sus madres hablando en ese tono!

—Seguramente, la mayoría —dijo Eleanor, con un suspiro.

Sir Jesse empezó otra vez a cantar, pero esta vez en voz muy baja, como si no estuviera seguro de que la letra fuera adecuada para este público. Regan sonrió con una indulgencia más apropiada de lo que ella se imaginaba, o de lo que daba a entender que imaginaba; y Fulbert prosiguió la melodía con una voz fuerte y metálica, y notable entusiasmo. Graham mantuvo la mirada baja, como si sólo pudiera recibir a disgusto esta clase de manifestaciones, y Sir Jesse lanzó una mirada a los ojos de su hijo, y volvió a comer.

Luce observaba a los varones, pero ahora se dirigió a su padre, como ignorando lo que veía.

—¿Hay que escribir algo, Padre? Porque será mejor que me encargue yo. Tengo la letra muy clara.

—Esta es una situación violenta para Graham —señaló Daniel.

—Ventajas que tiene uno —dijo Graham con su despistado tono de siempre.

—Esta misma mañana he recibido un recordatorio de esas ventajas —dijo Sir Jesse—. Me han servido, junto al desayuno, una factura. A ti en cambio no te han ofrecido más que comida.

—Graham resulta cada vez más imposible —dijo Daniel—. Se sienta a la mesa únicamente para comer. Parece vivir sólo de pan.

—Cállate —dijo Sir Jesse con repentina severidad—. Me avergüenzo al pensar que habéis sido criados en mi casa.

—Nosotros siempre hemos tenido que avergonzarnos de ello —murmuró Daniel—. Pero no imaginaba que el abuelo llegara jamás a sentir lo mismo.

—¿Queréis hacerme los dos el favor de no volver a hablar hasta que no tengáis algo que decir? —dijo Eleanor.

—¿Preferirías que tus hijos fueran mudos? —inquirió su esposo.

—Eso mejoraría la opinión que de ellos tiene mucha gente.

—No lo dices en serio, Madre —dijo Luce, riendo bajito.

—Tenéis que crecer, hijos míos —dijo Fulbert—. Voy a delegar en vosotros algunas de mis responsabilidades.

—No hace falta que vuelva a convertirme en un crío para consolar a Madre —dijo Graham.

—No parece que tenga ese resultado —dijo Fulbert—. Bien. ¿Alguno de vosotros ha pensado en mi exilio?

—Claro, Padre —respondió Luce—, pero por mucho que pensemos en él no vamos a impedirlo. Estamos muy tristes, pero no nos sentimos culpables.

—Eso debe de ser maravilloso —dijo Graham.

—Deberíamos sentirnos agradecidos —dijo Eleanor.

—El agradecimiento supone culpa —dijo Daniel—. Supone que comprendes cuánto hacen por ti.

—Creo que ése es el problema del agradecimiento —reflexionó Luce—. A veces me pregunto por qué suelo echar en falta en él lo que debería distinguirlo.

—Yo siempre me alegraré de tener oportunidades de sentirlo —dijo Fulbert.

—Esto demuestra la generosidad de tu carácter —dijo Regan, que cuando rendía homenaje a sus parientes lo hacía siempre directamente.

—Padre no ha dicho que ya haya tenido esa oportunidad —dijo Daniel.

—Es un hombre orgulloso —dijo Graham.

—¿Te gustaría ser lo bastante mayor como para ayudar a tu padre, Daniel? —preguntó Sir Jesse.

—Me gustaría que se me considerase lo bastante mayor como para que se me permitiera acompañarle.

—¿Por qué motivo lo deseas?

—Significaría un cambio —dijo Daniel, conservando una expresión muy seria.

—Eso demuestra que todavía no eres lo bastante mayor —le contestó inmediatamente su madre—. No es ésta la razón por la que nos deja tu padre.

—No, pero será una de las consecuencias de su partida.

Regan rió, y Eleanor la miró.

—Les trata usted con demasiada amabilidad, Lady Sullivan. Dudo mucho que la vida que llevan en esta casa les prepare para el mundo exterior.

—Un mundo que nunca me ha parecido tan malo como lo pintan —dijo Daniel.

—Ya lo juzgarás cuando tengas autoridad para hacerlo —dijo Sir Jesse.

—El abuelo no nos da ejemplo —murmuró Graham.

—No creas que la experiencia de ese mundo que has tenido en Cambridge te ha llevado muy lejos —dijo Eleanor.

—Cierto, querida madre, pero sí más lejos de lo que tú te imaginas —dijo Luce—. Cambridge es como un mundo en miniatura.

—Pues yo voy a echarle una buena y detenida ojeada al otro lado del mundo real —dijo Fulbert.

—Mientras que yo, aquí, tendré que ser padre además de madre —

dijo Eleanor.

—De nuevo nos olvidamos de Padre —dijo Daniel mientras Graham le echaba una ojeada a Fulbert.

—Hatton será ambas cosas para los pequeños —dijo Luce.

—¿Tú crees? —le preguntó su madre—. Aunque imagino que así es como debería ser. Siempre prefieren a las niñeras profesionales. Las madres tienen que aprender a ocupar el segundo lugar.

—Cariño, no digas insensateces —dijo Fulbert—. Nunca has centrado tus actividades en el mundo de los niños. Difícilmente podrías brillar en un terreno que no es el que tú has elegido como propio.

—¿Qué quieres para tus hijos, una niñera o una madre?

—Quiero ambas cosas, y ellos las tienen. Y también tienen padre, o eso al menos imagino. Pero no debemos reclamar para nosotros los méritos de los demás.

—Imagino que yo tendré alguno mío. Puedo confiar en que lo reconozca la familia a la que he dedicado mi vida.

Regan siguió mirándola sin cambiar de expresión, como si no sintiera nada capaz de modificarla. No compadecía a las mujeres que cedían a las exigencias de su familia, ni tampoco las culpaba de hacerlo. Ella no lo había hecho, pero para ella la familia era la única cosa del mundo que no la obligaba a hacer concesiones.

—Sabemos muy bien lo que nos has dado, querida —le dijo Sir Jesse a Eleanor—. ¿Crees que no es así?

—Si siempre ocultamos nuestros sentimientos, podemos acabar olvidándolos.

—Ocultos están muy seguros. Madre —dijo Luce.

—Lo sé, hija. No debería necesitar que me lo recordasen.

—¿Qué querías decir, Padre —preguntó Luce, volviendo la vista hacia el rostro de Fulbert—, cuando has dicho que Madre no centraba sus actividades en el mundo de los niños?

—Quería decir lo que he dicho, como casi siempre.

—Es cierto que les he dedicado a esos niños menos tiempo que a los mayores —dijo Eleanor.

—¿Por qué lo has hecho, Madre? —inquirió Luce, volviendo hacia ella su mirada.

—Me parece como si tuviera menos que ofrecerles. Tenéis edades muy diferentes. Y quizá, con el transcurso de los años, haya perdido mi habilidad, o mis fuerzas —dijo Eleanor, que hablaba de sí misma con la misma honestidad que empleaba para los demás—. Y cuando se ha perdido la costumbre, es casi imposible recuperarla. Mis hijos

pequeños realmente tienen vergüenza ante mí.

—¡Qué va, Madre! No lo creo.

—Pues se comportan como si así fuera.

—Me parece. Madre, que es mejor que te salga bien el trato con los mayores —dijo Luce—. Es a esta edad cuando más comprensión necesitan. En cuanto a los pequeños, las niñeras pueden hacerlo prácticamente todo por sí mismas.

—Esto es lo que se supone en nuestra clase social —dijo Fulbert.

—Lo dices como si no estuvieras de acuerdo, Padre.

—No me parece que yo sea un experto en la materia —dijo Fulbert, pero insinuando que aunque lo fuera tampoco le serviría de nada.

—Graham ha tenido siempre la influencia de su madre —dijo Daniel—. Parece tratarse de uno de esos casos en los que ya no se puede hacer nada.

—Chicos, hay veces en que llegáis a ser insoportablemente monótonos —dijo Luce—. No sé cómo lográis ser divertidos.

—Tampoco yo lo sé —dijo Sir Jesse—. Quizá tú tengas la bondad de explicármelo.

—Estás harto de ellos, Abuelo —dijo Luce, prestamente compungida—. Solemos olvidar que no somos miembros naturales de tu casa.

—Desde luego que lo sois —dijo Regan.

—Abuela ha dicho una de esas frases que serán siempre recordadas —dijo Graham.

—Como ninguno de los dos parece disponerse a abandonar la mesa, seré yo quien lo haga —anunció Sir Jesse.

—No, Abuelo, no lo harás —dijo Luce, inclinándose hacia adelante y apoyando una mano en su brazo—. Te quedarás aquí a fumar y charlar con Padre.

—La mano de una mujer le impide a un hombre seguir su camino —dijo Graham.

—¿Podéis hacerme el favor de callaros? —dijo Eleanor.

—Chicos, estáis haciendo enfadar a Madre —comentó Luce.

—Siempre temí que Graham acabaría siendo motivo de aflicción para ella cuando se hiciera mayor.

Sir Jesse se puso en pie y abandonó el comedor.

—Fijaos, chicos —dijo Luce.

—También yo lo he visto —dijo Fulbert.

—¿Habéis oído mi pregunta? —dijo Eleanor.

—Contesta a tu madre, Graham —dijo Daniel.

—Tú mismo podrías contestar —dijo Eleanor.

—No, Madre. Te equivocas. No sé qué decir.

—Grave situación, muchacho, tratándose de ti —dijo Fulbert, con su aire de diversión.

—No le costaría mucho resolverla —dijo Eleanor.

—¿Por qué no caigo muerto repentinamente? —preguntó Daniel—. Hay mucha gente a quien le ha ocurrido.

La grave risa de Regan resonó por toda la sala.

—Ojalá Abuelo se hubiese quedado para oír esta risa —dijo Luce.

—Ojalá se hubiese quedado por cualquier motivo —dijo Daniel.

—Daniel, estoy esperando a que me contestes —dijo Eleanor.

—¿Todavía? —preguntó su hijo.

—Cariño, tienes una enorme capacidad de resistencia —dijo Fulbert.

—Ya no me acuerdo de lo que has preguntado. Madre —dijo Luce.

—No estás a la altura de tu madre, muchacha —dijo Fulbert.

—Tus hermanos se acuerdan, y es a ellos a quienes me he dirigido —dijo Eleanor.

—Cuando hablas en ese tono, Madre, no creo que haya nadie capaz de hacerte frente sin encogerse de miedo —dijo Luce.

—Yo no acepto el desafío —dijo Daniel.

—No hay verdaderos motivos de enfado, cariño —dijo Fulbert a su esposa.

—Ojalá tu padre sea de esa misma opinión.

—Estoy segura de que sí —dijo Regan con una entonación muy tranquila.

—En efecto, Abuela, yo también estoy bastante segura —dijo Luce.

—Pues, por si acaso no lo fuera, sería mejor evitar todo riesgo en el futuro —dijo Fulbert.

—Sí, Padre. Yo no hubiera podido decirlo con más fuerza —dijo Luce.

—Creo que yo sí hubiera podido —dijo Eleanor.

—Ablándate un poco, Madre —dijo Luce—. Tus hijos no son un par de delincuentes.

—Son un par de chicos sin un céntimo, y que además no se hacen ningún bien a sí mismos.

Regan miró a sus nietos con una expresión casi compungida, como si el hecho de que hubiera otras personas con más fortuna que ellos fuera un motivo natural de resentimiento.

—Sí, creo que todo el mundo opina que eso es una desventaja —dijo Luce en tono reflexivo—. No tener ni un céntimo. Y sin embargo,

a mí no me gustaría que la gente modificara excesivamente su comportamiento por esa razón. Creo que no me gustaría.

—Los jóvenes no hacen ningún daño mostrándose bien educados con una persona mayor —dijo Fulbert.

—No, Padre. Pero, ¿crees que esta acusación es justa? ¿Cuál es exactamente el delito de los chicos? Quiero decir, en general. No el que hayan podido cometer ahora.

—Su misma existencia —dijo Fulbert—. Los hijos reciben el castigo de los pecados de sus padres.

Luce se rio un poquito, desviando la vista lejos de su madre.

—Su abuelo quiere lo que más les convenga a ellos —dijo Regan.

—Se le ha caído el pañuelo a la abuela, Graham —dijo Luce sin cambiar de tono y sin apenas modificar la dirección de su mirada—. ¿Es de esperar que Abuelo adopte la misma actitud en relación con los otros chicos?

—Es frecuente que los más jóvenes sigan siendo siempre los más jóvenes —respondió Eleanor.

—Qué observación tan críptica, cariño —dijo Fulbert—. Pero he podido identificar la verdad que expresa.

—¿No bajarán hoy los niños? —preguntó Luce.

—Acabo de mandar recado diciendo que no es necesario que bajen —dijo Eleanor—. Si vieran que su abuelo no está, empezarían a hacer preguntas.

—Su yugo es suave y su carga ligera —dijo Graham.

—Intentaré hablar de nuevo con Graham, Madre —dijo Daniel—. No es posible que siempre resulte en vano.

—Y es indudable que en este momento era en vano, hijo mío —dijo Fulbert divertido pero también con aprensión.

—Tranquilízate, querida Madre —dijo Luce—. No te hace ningún bien seguir en este estado de nerviosismo.

—Anda, anda, tampoco es tan grave cariño —dijo Fulbert.

—No soporto que los ignorantes citen la palabra divina.

—Ya lo hemos visto, y los chicos no lo olvidarán.

—No es ésta la razón por la que deberían abstenerse de hacerlo.

—Debería ser una de ellas. Y ya saben cuáles son las otras.

—Padre, ¿está Abuelo solo? —preguntó Luce.

—Yo diría que sí lo está, sin duda.

—¿No quieres ir a hacerle compañía Padre? —preguntó Luce, mirando a Fulbert ligeramente divertida.

—Nunca había oído decir que los padres tengan que recibir el castigo de la compañía de sus hijos Pero no puedo dejar que el viejo

esté a punto de estallar. Corre el riesgo de que se le derrame el agua.

—El abuelo no es una olla, Padre —dijo Luce en tono reposado.

Regan rio, y Fulbert rodeó la mesa, le dio un beso, y luego hizo lo mismo con su esposa y su hija, como si estuviera a punto de abandonar el comedor, pero se quedó.

—Me pregunto si llegaremos a comprender que el Abuelo es un ser humano, antes de que…, mientras los que le rodeamos somos todavía jóvenes —dijo Luce.

—Antes de que se haga más que humano —dijo Graham.

—Sí, antes de eso, chicos —dijo Luce, impávida.

—Cuando Abuelo lo entienda todo, ya no servirá de nada que lo hayamos comprendido.

Regan se puso en pie y salió del comedor en un revuelo de sedas, impulsada por alguna preocupación personal. Eleanor bajó la vista y permaneció quieta. Los ojos de Fulbert recorrieron toda la mesa con un destello de intensa aprensión. Siguió reinando el silencio hasta que llegó a esa fase en la que resulta imposible romperlo.

—No recuerdo haberte prohibido que hablaras, Graham —dijo Daniel.

Graham emitió un sonido.

—Llora, Graham, si quieres hacerlo. Lo comprenderemos.

Luce hizo un sonido involuntario que sirvió como señal, y los hermanos y la hermana se partieron de risa, o de alguna emoción de similar apariencia.

Ante tal actitud, Eleanor tuvo una reacción diferente. Se levantó, y pareció atender a un jarro de flores.

—Chicos, podéis iros a charlar un rato con el abuelo —dijo, metiendo la mano para calcular si había suficiente agua—. Quiero disponer un rato de vuestro padre para mí sola.

—No te muestres tan fría, Madre —dijo Luce, con una voz que todavía no había recobrado por completo la ecuanimidad—. Exagerar los problemas no es el mejor modo de resolverlos.

—Nada más fácil que dejarse contagiar por esa clase de risas —dijo Eleanor en un tono de condonación que decía mucho en su favor, sobre todo teniendo en cuenta que a ella no le había producido en absoluto tal efecto—. Pero ahora vais a dejarnos solos a vuestro padre y a mí. Tenemos muchas cosas de qué discutir.

—Bien, pues, empecemos, cariño —dijo Fulbert recostándose en el respaldo de su silla.

Eleanor se quedó un momento en silencio.

—Es extraño que puedan sacarnos tanto de quicio las personas que

más nos importan.

—No lo es, en absoluto, cuando nos dan motivos, ha sido una buena idea la de mandar a ese par de mequetrefes con su abuelo.

—¿Quieres decir que te ha parecido cruel por mi parte, que lo he hecho a modo de represalia?

—Sin duda, cariño. Y eso es lo que había que hacer. ¿Por qué no habría que enseñarles que en la vida siempre se nos paga con la misma moneda?

—No debería ser su madre quien se lo enseñara.

—No importa quién sea el que les da lo que más les conviene. Y eso es lo que será para ellos una dosis del viejo. Espero que no le estén chafando la guitarra.

Esta última duda quedó resuelta con la apertura de la puerta de la biblioteca y el sonido de la voz de Sir Jesse.

—Así que creéis que necesito compañía. Pues, si tú estás charlando con tu mujer, yo me iré a hacerlo con la mía. Prefiero una mujer a medio hombre He mandado a ese par a que se ocupen de sus asuntos, y espero que así lo hagan.

—Iré a buscarte a la abuela, Abuelo —dijo Luce, adelantándose—. Padre creía que les iría bien a los chicos hablar contigo.

—Así que tengo que cargar yo con la responsabilidad —dijo Fulbert con aire divertido.

—Es posible —le dijo Sir Jesse a su nieta, sin insinuar que no estuviera de acuerdo con ella—. Pero, ¿y a mí de qué me sirve? Ya les trato todo cuanto me corresponde.

—No es culpa de los chicos que no estén del todo a tu altura, Abuelo.

—Ni mía tampoco, en mi opinión. Y que estén tan rezagados me parece cosa suya. Todos somos humanos, o deberíamos serlo. Pero empiezo a tener dudas de que ellos lo sean. ¡Ríen y parlotean como micos, pero salen tan caros como marqueses!

—Ojalá olvidaras lo que te cuestan, Abuelo —dijo Luce pasando los dedos por la chaqueta de Sir Jesse.

—Eso mismo querría yo, pero me llegan recordatorios con demasiada frecuencia. Hay otras personas que parecen tenerlo presente.

—No será por mucho tiempo, Abuelo. Los dos están en su último año en Cambridge.

—¿Y dónde van a pasar los próximos? Imagino que entre rejas. Espero que eso resulte más barato.

—Lo sería, Abuelo —dijo Luce con cierta solemnidad, haciendo

una mueca y una leve reverencia para los ojos de sus hermanos.

—Si somos alimentados por el erario público a través de unos barrotes —dijo Daniel—, ya no hará falta que el Abuelo corra con los gastos de nuestra manutención.

—De todos modos, seguiríamos cargando con nuestra deuda hasta la tumba —dijo su hermano—. O hasta la tumba del abuelo.

—¿Por qué le molesta mucho más mantenernos a nosotros que a los demás? Imagino que porque somos adultos y varones. Ninguno de los otros es ambas cosas.

—Es extraño que yo sea las dos —dijo Graham—. Ninguna de las dos parece convenirme.

—Lo son Abuelo y Padre, y ellos no han ganado nunca ni un céntimo. Nosotros pertenecemos a una nueva generación que tiene que ganarse el pan.

—No tener el derecho de hacerlo no es una situación envidiable —dijo Graham con una leve sonrisa—. ¡Piensa en todas las cosas a las que Abuelo tiene derecho!

—No le envidio —dijo Daniel.

—Quieres decir que él es viejo y tú joven —dijo Graham mirando a su hermano a la cara—. Piensas que él morirá pronto. Pero para él la muerte es una cosa tan alejada que no cuenta. Con lo cual tu ventaja se queda en nada.

—No es posible que se crea un dios.

—Hemos hecho todo lo posible por animarle a que lo piense. Y yo he llegado prácticamente a aceptarlo así.

—Él está empeñado en que lo aceptemos —dijo Daniel.

—Este es el procedimiento que permite llegar a serlo. Y creo que él lo ha conseguido.

—Él piensa que la juventud es la época adecuada para hacer diabluras y ocultarlas —dijo Daniel—. Imagino que recuerda que es así. Y sabe que las diabluras cuestan dinero.

—Le he oído comentar que no hay nada que no lo cueste —dijo Graham.

—Al estar tan dividida, la herencia se esfumará —dijo Daniel—. Y no hay nadie tan reacio como Padre a que llegue esa situación. Soy un primogénito de muy poca categoría. El abuelo tiene motivos para despreciarme.

—Dice Padre que él no llegará a ver el día en que la herencia se haya esfumado —dijo Graham, sonriendo—. Al reclamar para sí la extinción, adopta un punto de vista desde el que todas las experiencias de la vida resultan beneficiadas.

—Él no cree ser inmortal. El abuelo sí lo cree.

—Todavía no necesita creerlo. Le queda por delante un buen trecho.

—Las chicas recibirán la misma parte que nosotros —dijo Daniel—. No hay suficiente para hacerlo de otro modo.

—Ya veo que no crees que Padre sea inmortal.

—Creo que yo lo soy, y que tendré que mantenerme a mí mismo a lo largo de toda esa eternidad.

—Y piensas que vas a conseguirlo siendo de los primeros en la universidad.

—Bueno, ¿y qué esperas tú?

—Lo que yo espero no me deja nada tranquilo —respondió Graham—. Me digo a mí mismo que el día del juicio no durará mucho; y ya sé que cuando uno dice esto es que las cosas le van bastante mal. Pero no cambiaría mis tres últimas horas por las tuyas.

—Todavía no han llegado los momentos intercambiables.

—Momentos en lugar de años. Mantengo mi opinión Y no siempre pierde uno aquello a lo que se agarra. La mayoría de los grandes hombres no triunfó en la universidad.

—Capto la insinuación. Pero tampoco lo han hecho otras clases de hombres.

—¿De qué estáis discutiendo? —preguntó Eleanor, entrando en la sala.

—De nuestras perspectivas —dijo Daniel.

—¿Y creéis que son buenas? —preguntó Eleanor. Mientras, Luce se le acercó con paso silencioso, y, apoyando la mano en el hombro de su madre, siguió su mirada.

Eleanor tenía ambiciones para con sus hijos, y se veía asaltada por la duda de si no serían injustificadas. Sabía de la dificultad de su propia situación, pero procuraba no inquietarse por el miedo a que la de ellos también lo fuera.

—¿Acaso tenemos algo que no sea eso? —quiso saber Daniel.

—¿Harás que tu madre pueda sentirse orgullosa de ti? —preguntó Eleanor, que veía su propia predilección por su hijo mayor como un simple tributo a los méritos del joven.

—Creo que el hecho de que yo no haya sabido fomentar esas mismas esperanzas te parece una deshonra para mí —dijo Graham.

Eleanor le miró ligeramente sorprendida.

—¿Crees que tienes la misma capacidad que Daniel?

—Sí, pero de otra clase.

—Cualquier señal de respeto por sí mismo debe ser bien recibida

—dijo Daniel—. Quizá luego acabe respetando a los demás.

—Creo que suele empezarse por ahí —señaló su hermano.

—Madre —dijo Luce mirando a los dos jóvenes—, ¿sabías que les tratas de forma muy diferente?

—Es corriente que las madres sientan algo especial por el hijo mayor.

—¿No es eso injusto para con el segundo? No por serlo tiene que ser inferior.

—Él no cree serlo —dijo Eleanor, en el tono de quien acaba de ver una posición desde un nuevo punto de vista—. De modo que apenas habrá tenido efectos en él.

—Quizá los ha tenido más intensos precisamente por eso, Madre.

—Debo esforzarme por ser más imparcial. Veo que Graham se ha desarrollado mucho últimamente.

—Siempre tratas de corregir tus errores, Madre —dijo Luce, mirando a Eleanor con una expresión de amable admiración.

—Ya sé que tú crees que tengo el corazón en su sitio —dijo Eleanor, con cierto deje de sarcasmo.

—¿No te parece un buen cumplido? Eso es lo más importante del mundo, puesto que sin esta cualidad ninguna de las otras cuentan.

—Quizá por eso nadie suele decir que el corazón esté en otro sitio.

—Madre…, eres más madre de tus hijos de lo que tú crees —dijo Luce, poniéndose a reír silenciosamente con la vista fija en Eleanor.

CAPÍTULO II

—Hatton en la cama grande, Nevill en la cama pequeña —dijo Nevill Sullivan observando la escena a la que se refería.

—Tiéndete y duerme —ordenó la niñera.

—Hatton se levanta —dijo Nevill en tono de conformidad.

—Cierra los ojos e intenta dormir.

—Nevill cierra los ojos —dijo Nevill manteniéndolos cerrados, pero con cierto temblor en los párpados.

—No me mires mientras me visto.

—Miro a Hatton —dijo Nevill, volviéndose de lado para hacerlo.

—Ahora te has despertado del todo. Tienes que descansar hasta que yo esté lista. Te acostaste muy tarde.

—Tan tarde como Hatton.

—Sí, casi.

—Tan tarde como Hatton —dijo Nevill, alzando un poco más la voz.

—Sí, tardísimo. Lo cual significa que esta mañana estás cansado.

—Nevill está cansado —dijo Nevill, recostándose en las almohadas.

—Honor y Gavin han venido a verte.

—No —dijo Nevill, insinuando en su entonación que no le gustaba la perspectiva.

—¿No quieres verles?

—No. Hatton y Nevill y nadie más.

—Han venido a darte los buenos días.

Nevill puso cara de no estar muy seguro de que quisiera recibir tal saludo, y su hermano y su hermana entraron corriendo en la habitación a medio vestir, y se detuvieron una vez dentro. Siguiendo sus pasos entró la doncella que se había visto frustrada cuando aún no había terminado de preparar su atuendo. La niña era una fuerte criatura de diez años, aspecto animado, rostro bonito y ovalado, ojos grises muy observadores que quedaban empequeñecidos por la redondez de las mejillas, espesa melena rubia, manos y pies pequeños,

y una expresión bondadosa, despierta y bastante satisfecha. Su hermano era un muchacho corpulento de color mortecino y un año menos de edad, con los rasgos más duros, y ojos grandes, pálidos y tranquilos; y Nevill era un niño de tres años, con los ojos castaños y el pelo muy rubio, que ambicionaba permanecer en la infancia y seguir disfrutando del correspondiente trato.

—Esta mañana Nevill está cansado —dijo Nevill mirando a los otros con unos ojos a la vez patéticos y atentos—. Se acostó tan tarde como Hatton.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Honor dando un brinco.

Gavin la miró e imitó su ejemplo, que es la fórmula que seguía para llevar a cabo sus actividades normales.

—Hacen temblar la habitación —le dijo Nevill, inquieto, a Hatton.

Honor y Gavin siguieron dando saltos por la habitación, menos desanimados por la indiferencia de Hatton que espoleados por las protestas de la doncella. Bertha Mullet era una pecosa joven de veintidós años, aspecto saludable, con los ojos y el pelo y las cejas del rojo de la piel del zorro, y facciones ligeramente zorrunas. A veces alzaba las mejillas hacia los ojos, y entretenía a los niños imitando a este animal, y veía en esta habilidad una simple cualidad, cosa en la que Honor y Gavin estaban de acuerdo, a diferencia de Nevill, para quien el número resultaba excesivamente realista. Emma Hatton era una mujer baja y robusta de una edad que jamás revelaba, pero que no podía ocultar sus aproximadamente cincuenta y cinco años. Tenía la cara cuadrada y morena, manos grandes y amables, ojos profundos, pequeños y oscuros, pelo tieso de color gris acero, y un aspecto de superioridad que era tan reconocida como justificada. Era hija de campesinos. Creía que su vocación era el cuidado de los niños y, en consecuencia, se dedicaba a ello. Para Honor y Gavin, Hatton era el centro de su mundo, y Nevill descargaba sobre ella la fuerza de una naturaleza que no tenía otra salida. La doncella que la ayudaba sentía respeto por ella y se inclinaba ante su autoridad, pero encontraba en Honor una camarada más próxima y hasta una igual.

—Salta por los aires —entonó Honor, empezando a recorrer la habitación por este método.

Gavin repitió sus palabras y sus actos.

—Nevill salta por los aires —le dijo Nevill a Hatton, en un tono que convertía sus palabras en un ruego para que ella le ayudara a seguir aquel ejemplo.

—No. Tienes que descansar un poquito más.

—Nevill tiene que descansar —dijo él, a modo de explicación para

los demás.

—¿Por qué no te inventas algo que hacer por tu cuenta, Gavin? —dijo Mullet, que había observado con mirada seria la escena.

—Porque no quiero —dijo Gavin, dando un nuevo salto a modo de demostración de su capacidad de iniciativa.

—Nevill se inventará algo —dijo el pequeño, moviendo la cabeza afirmativamente, como para animar a Hatton en relación con su propio futuro.

—¿Cuántos años tienes, Hatton? —preguntó Honor, como sin darle importancia.

—Más que tú, pero no he llegado aún a los cien —respondió Hatton, automáticamente.

—Hatton tiene cien años —dijo Nevill, muy orgulloso—. Aún no, pero los tendrá pronto.

—¡La señora ya está subiendo por la escalera! Vuestra madre viene a daros los buenos días —dijo Mullet, notablemente agitada.

Honor empezó a abrocharse los botones, como si creyese que causaría mejor impresión estando ocupada: Mullet tiró de ella hacia sí y prosiguió la tarea con sus propias manos; Hatton y Nevill no se vieron afectados; y la despreocupación de Gavin fue tan señalada, que se convirtió en una actitud positiva.

—Bien, pequeños míos —dijo la voz que apenas variaba en relación con las personas a las que se dirigía—, así que ya estáis de vuelta de la playa. ¿Os habéis divertido? ¿Os ha cansado el viaje? ¿Es que nadie piensa contestarme?

Nevill se agarró al vestido de Hatton y alzó los ojos al rostro de ella con desaprobación y aprensión.

—¿No vienes a darme un beso, hijo mío? —preguntó Eleanor.

Gavin se acercó y sufrió el abrazo, y Honor imitó su ejemplo.

—Es una pena que ayer noche hubiera salido. ¡Qué regreso tan aburrido tuvisteis! Ojalá hubiese podido remediarlo.

—Madre no pudo remediarlo —dijo Nevill, en voz de condonación.

—Estaba Abuela —dijo Gavin.

—No es lo mismo —dijo su madre.

—No, fue diferente.

—Fue mejor, ¿no? —dijo Nevill, obsequiosamente.

—Honor me ha besado, pero también me ha permitido que yo la besara, Gavin —dijo Eleanor.

Gavin no contestó, y su madre se volvió hacia la cama de Nevill, como si le pareciese muy inadecuado que el niño la recibiese en esa situación.

—¿Le ocurre algo, Hatton?

—Sólo que está cansado, señora. Se acostó muy tarde.

—Tan tarde como Hatton —dijo Nevill.

—¿No se fue a la cama a la hora de siempre?

—Llegamos aquí demasiado tarde para eso, señora. Y le costó dormirse en esta habitación extraña.

—¿Extraña? Pero si es su dormitorio de siempre.

—Sí. Pero ya no lo recordaba.

—Ya no lo recordaba —le explicó Nevill a su madre.

—¿Y no pudo nadie quedarse a su lado?

—Mullet y yo estábamos ocupadas con las maletas, señora. Y no había nadie más que pudiera hacerlo.

—Sólo Hatton —dijo Nevill.

—Casi no parece que haya estado en la playa.

—Nadie cambia de cara —dijo Gavin.

—Hatton se sentó un ratito a su lado —dijo Nevill, no tanto para informar a su madre como para disculpar a Hatton.

—No te tapes la cara —dijo Eleanor, bajándole las sábanas a Nevill.

—No —dijo Nevill en un tono más agudo, volviendo a tapársela.

—No podrás respirar.

—Nunca respira —dijo Nevill, y cerró los ojos.

—¿Verdad que a medida que se hace mayor va siendo cada vez más travieso?

—Tal como usted dijo, señora, está cansado. Pronto volverá a comportarse normalmente.

—Madre no ha dicho eso —dijo Gavin.

—Será mejor que no le dejes levantarse de la cama —dijo Eleanor, sugiriendo una idea tan desagradable para Hatton como para su hijo.

—Le levantaremos ahora, y ya descansará antes de la cena.

—En su cama pequeña —dijo Nevill, y al instante siguiente cambió de tono—: Nevill se levantará ahora.

—Entonces, voy a bajar y subiré de nuevo cuando estéis vestidos.

—Ya estamos vestidos —dijo Gavin.

—¿Vendrás a vernos otra vez? —preguntó Nevill inclinándose fuera de la cama para coger a su madre de la falda, y mirándola a los ojos.

—Claro que sí. Tu madre vendrá a ver a su pequeñín.

—Ahora se ha ido —dijo Nevill en tono de satisfacción cuando se cerró la puerta.

—Oh, y has dicho que querías que volviese —dijo Mullet en son de

reproche.

—Nevill siempre adula a todo el mundo —dijo Honor.

—¡No es verdad! —exclamó Nevill—. Y Nevill no se casará con Honor cuando sea mayor.

El sistemático uso que Nevill hacía de la tercera persona sugería que cultivaba un hábito infantil.

—No puedes casarte con tu hermana —dijo Gavin.

—Nevill se casará con quien quiera. Y se casará con Hatton.

—¡Hatton y Nevill están comprometidos! —exclamó Honor, en señal de desprecio no tanto por la incompatibilidad de la pareja como por su supuesto estado.

—A Hatton le gusta —dijo Nevill.

—¿Por qué no pueden casarse entre sí dos hermanos? —preguntó Gavin.

—Porque tienen que formar una familia —dijo su hermana—. Si se casaran con personas de la misma familia, nunca llegaría a haber familias nuevas. Pero pueden vivir juntos.

—¿Y pueden entonces tener hijos?

—Me parece que no suelen tenerlos. Pero pueden adoptarlos.

—Nevill será vuestro hijito —dijo el pequeño mostrando que había comprendido perfectamente el diálogo.

—Nevill es un ser inferior —dijo Gavin.

—¡No lo es! —protestó Nevill, agarrándose a la falda de Hatton y señalando con el dedo a su hermano—. Nevill es como él.

—Si la gente se enterase de que tenemos un ser inferior, seríamos procesados —dijo Honor.

—¿Qué significa procesados? —preguntó Gavin.

—Encarcelados.

—Les van a encarcelar —le dijo Nevill a Hatton en tono de consuelo— porque no les gusta que Nevill sea el mejor.

—¿Y por qué tiene que importarnos lo que él sea? —preguntó Gavin.

—Ojalá no os importase tanto —dijo Hatton, provocando una sonrisa en Mullet—. Hace rato que tendríais que haber empezado a desayunar. Nevill tendrá que hacerlo en batín.

—No tengo hambre —dijo Nevill, recostándose.

—Comerás como un ser inferior —dijo Gavin.

—Nevill vomitó en el tren —dijo el pequeño, sin hacerle caso a Gavin.

—Y Honor también.

—Pero él no —le dijo Nevill a Hatton, señalando a su hermano.

—No. Gavin fue el que mejor se portó ayer tarde —corroboró Hatton.

—No. Fue él —dijo Nevill, agarrándosele al brazo y refiriéndose a lo ocurrido.

—Todos nos comportamos de una manera muy incivilizada —dijo Honor.

—Nevill también —admitió el pequeño, asintiendo con la cabeza.

—Tres niños que han regresado al hogar después de un período de exilio —dijo Mullet, hablando como si empezase a contar un cuento.

—No tenemos hogar —dijo Gavin—. Esta casa es de Abuelo. Porque somos pobres.

—No es verdad —dijo Mullet, en un tono más severo.

—Madre dijo que lo éramos.

—La pobreza en una familia como ésta no es lo mismo.

—Menos mal, ¿no? —dijo Nevill, en tono de alivio.

—Seguís teniendo más que la gente corriente.

—¿Por qué no somos corrientes? —quiso saber Honor.

—Lo sois, hasta que demostréis que no es así —dijo Hatton.

—Los mejores son los más pequeños —dijo Nevill.

—Tú dejarás de ser el más pequeño si nace otro bebé —dijo Honor.

Nevill la miró un momento.

—Nevill será el más pequeño —dijo.

—De momento nadie puede discutirle tal ventaja —dijo Hatton, abandonando la mesa para hacer algún recado.

—Qué bien habla Hatton —dijo Mullet, en un tono que parecía un reproche dirigido contra el orden social establecido—. Directa y refinadamente, como una dama.

—¿Directa? —preguntó Gavin.

—Sin andarse por las ramas —explicó Honor.

—¿Verdad que sí? —comentó Nevill, alzando los ojos hacia el rostro de Mullet.

—A ver si no nos eternizamos en el desayuno —dijo Hatton, regresando y hablando en tono un poco afectado.

—¿Y por qué? —preguntó Nevill—. ¿Por qué no, Hatton?

—Tenemos mucho que hacer hoy, porque mañana llega la nueva institutriz.

—¿No viene para Nevill, no?

—No tanto para ti como para los otros. Tú estarás con ella media hora cada día.

—A ella le gustará Nevill cuando le vea, ¿verdad?

—¡Dice Nevill que va a gustarle a ella! —exclamó Honor.

—Me atrevería a decir que por ahora le vas a gustar —dijo Hatton —. Pero el momento crucial llegará más adelante.

—¿Crucial? —preguntó Gavin.

—De crisis —explicó su hermana.

—Entonces irá Hatton a recogerle —dijo Nevill.

—Ya he tenido dos institutrices —dijo Honor—. Conozco los gajes del oficio.

—Sí, los conoces tú y los conozco yo —dijo Gavin.

—Nevill no quiere conocerlos —dijo el pequeño.

—Y también conozco el carácter de esas fieras —dijo Honor.

—Y las trampas que hay por el camino y los obstáculos de la carrera y todo lo demás —dijo Hatton en tono tranquilo y rápido, con la mirada apartada de Mullet y las manos ocupadas—. Pero eso no te autoriza a olvidarte de tu desayuno.

—Sí lo olvida —dijo Nevill, apoyando la mano en su brazo—. Lo olvida, Hatton.

La voz de Eleanor volvió a oírse desde la puerta.

—Bien, ¿estáis contentos de haber vuelto a casa? ¿Habéis empezado a alegraros de haber pasado unos días en la playa? —dijo, insinuando que hasta este momento no habían podido tener esa reacción.

Y le pareció que seguía retrasándose.

—Creo que tienen mejor aspecto, Hatton. Honor ya estaba bien antes de ir, pero veía a los chicos demasiado flacos. Bien, decidme ahora qué tal os han ido las vacaciones. ¿Te has divertido, Honor?

—Sí, Madre. Gracias.

—¿Es lo único que tienes que contarme? ¡Pero, si habéis estado en la playa, os habéis alojado en una casa, y Hatton y Mullet han estado con vosotros para cuidaros, y habéis pasado tres semanas en un sitio precioso con mucha arena y olas! ¿No os habéis divertido muchísimo?

—No era un sitio precioso —dijo Gavin—. Estaba lleno de casas y calles. Y Hatton y Mullet nos cuidan siempre.

—Pero tenía que haber casas, de lo contrario no os hubieseis podido alojar en ninguna.

—Podría haber habido esa casa únicamente.

—¿Y cómo hubieses encontrado de comer sin tiendas?

—Podría haber habido la del pueblo únicamente, ésa que vende casi de todo.

—Vende cordel —dijo Nevill.

—Pero os gusta comer lo mismo que en casa. Y en esa tienda seguramente no lo venden.

—La comida no era tan buena como en casa —dijo Honor.

—Nunca sabemos apreciar lo que tenemos —dijo Eleanor, riendo a pesar suyo—. Supongo que todos los niños son iguales.

—Iguales, pero diferentes —dijo Honor.

—Hatton le compró una pelota a Nevill —dijo el pequeño.

—¿Sí? Pero ya tenías una aquí —dijo Eleanor contemplando algunos juguetes que había en el suelo.

—No —dijo Nevill, rechazando con el tono sus palabras.

—¿Quieres otra?

—No —dijo Nevill con la misma actitud, sacudiendo la cabeza negativamente y después todo el cuerpo.

—¿Qué es lo que quiere, Hatton?

—Una pelota de cordel —dijo Nevill, en un tono que insinuaba que había sido forzado a pronunciar aquellas palabras.

—Ah, quieres un rollo de cordel. Bien, yo diría que podemos comprártelo.

—Hay unos que sólo cuestan un penique —dijo Gavin.

—Cuesta un penique —dijo Nevill, muy serio—. Pero Hatton se la comprará.

—Bueno, Honor. Cuéntame algo de las vacaciones. ¿Qué es lo que más te ha gustado?

—Me parece que la playa —dijo Honor.

—Es lo único que había —dijo Gavin—. Las habitaciones no eran bonitas.

—¿Ah no? ¿Qué tenían de malo? ¿No eran buenas, Hatton?

—Sí lo eran, señora. Limpias y agradables. Los niños quieren decir que eran más pequeñas que éstas.

—Esta casa les va a crear problemas. Les enseñará a esperar más de la cuenta. Y aparte de esas habitaciones que las de aquí no os han permitido disfrutar, ¿no tenéis nada más que contarme?

—Nosotros no hemos dicho eso —dijo Gavin.

—Nevill encontró un cangrejo pequeño —dijo el menor de los hijos —. Tan pequeño como una miga de pan.

—Bueno, algo es algo —dijo Eleanor—. Habéis jugado en la playa, habéis encontrado cangrejos, y habéis encontrado muchísimas otras cosas interesantes, ¿no?

—No han sido muchísimas —dijo Gavin—. Encontramos una red vieja y un pedazo de madera de un barco.

—No estábamos seguros de que fuese de un barco —dijo su hermana.

—De un barco pequeñito —sugirió Nevill.

—¿Y no encontrasteis algas y conchas? ¿Y no caminasteis por el agua e hicisteis castillos de arena y cosas así?

—Sí, cuando hacía buen tiempo —respondió Honor.

—¿Ha llovido mucho?

—No… Sí… Dos días —dijo Honor, encontrando la mirada de su madre, y desviando la suya.

—No es mucho en tres semanas. No parece que sepan apreciar las cosas, Hatton. Cuando yo era pequeña, hubiese recordado durante años unas vacaciones así.

—Y ellos también lo harán, señora. Y han servido para lo que queríamos que sirviesen. Pero la verdad es que los niños son más felices cuando están en casa. Y es una suerte que no ocurra lo contrario.

—Encontramos una concha que no estaba rota —dijo Nevill, para tranquilizar definitivamente a su madre.

—Así que os gusta mucho vuestra casa, pequeños —dijo Eleanor, tratando de sacar el mejor partido posible de la actitud de los niños—. Es lógico que estéis contentos de haber regresado. Y Padre y Madre os dan la bienvenida. Habéis estado sin ellos durante todo este tiempo y por eso no podían ser unas vacaciones perfectas, ¿verdad?

—También tenemos a Abuelo y Abuela —dijo Nevill—. Y Abuela no había salido, ¿verdad?

—Cierto, y tenéis a Madre y Padre y Abuela y Abuelo —dijo Eleanor, poniendo en orden todas estas personalidades—. Y a vuestros hermanos y hermanas, y a vuestra nueva institutriz, que llegará mañana.

—Nevill tiene a Hatton —dijo su hijo más pequeño.

—Y la misma habitación que tuvo Abuelo cuando era un niño como tú.

—No era como Nevill —dijo el pequeño.

—Bueno, cuando era tan pequeño como tú. Él jugaba en la misma habitación que tú.

—No era tan pequeño como Nevill; tan pequeño como Gavin.

—Sí. Tan pequeño como tú, y hasta más pequeño. Estuvo aquí cuando era un bebé. ¿Verdad que te gusta pensarlo?

—Ahora no podría venir aquí —dijo Nevill—. Hatton no se lo permitiría.

—Bien, Honor —dijo Eleanor, volviéndose ahora a su hija, siguiendo quizá un orden natural—. Confío en que te esfuerces con esta nueva institutriz y que no te dediques a jugar sin prestarle la menor atención, como ocurrió con la anterior. Ya tienes edad para que

empieces a aprender cosas.

—Hace mucho tiempo que aprendo cosas.

—Además de perjudicarte a ti, tu actitud perjudica a Gavin. Y no está bien que hagamos cosas que les hacen daño a los demás.

—Gavin sólo aprende alguna cosa gracias a que está conmigo.

—Bueno, bueno. Pero haz todo lo que esté en tu mano. Es lo único que te pedimos. Aunque, si tienes tan buena opinión de ti misma, podemos esperar mucho de ti.

—Sólo he dicho que no tengo la culpa de que Gavin vaya retrasado, como tú has dicho.

—¡Santo Cielo, Hatton! Las niñas son incluso más difíciles que los niños —dijo Eleanor con un suspiro.

—Quien no te parece fácil es la persona a la que le has dirigido la palabra —dijo Gavin.

—Podría resumirse así —dijo su madre.

—A Padre le gustan más las chicas —dijo Honor.

—Nevill es una nena —dijo el pequeño, recordando el trato que su padre les daba a las chicas—. También prefiere a Padre.

—Tú eres un niño —dijo Gavin—. Igual que yo.

—No. Menos. Nevill es un niño pequeño.

—Sí, sí, un niño pequeño —dijo Mullet tomándole de la mano y hablándole a Eleanor al oído—. Y ahora que el niño pequeño ha terminado su desayuno, tiene que venir a ponerse la chaqueta para salir al jardín.

—Como una nena —dijo Nevill, como quien pone una condición.

—Sí, eso. Y cuando regreses del jardín te contaré un cuento de unos niños que tenían una nueva institutriz. ¿Verdad que te gustará?

—Preferiría un cuento de un naufragio —dijo Gavin, que no había valorado con justicia la influencia que sobre él había ejercido el mar.

Eleanor siguió con la mirada a Mullet y Nevill, y le dirigió una sonrisa a Hatton.

—No me habéis recibido muy bien que digamos —les dijo a los otros niños—. ¿Creéis que soy una persona corriente, que puede venir a veros en cualquier momento?

—Vienes a menudo —dijo Gavin.

—Debes recordar que soy tu madre.

—Hay muchas personas que son madres. La hermana de Hatton lo es.

—¡Qué hijo tan honesto tengo! —exclamó Eleanor besando repentinamente a su hijo—. ¿Y qué te ocurre a ti mi pequeña Honor? Parece como si algo te hubiese molestado. ¿Sabes de qué se trata,

Gavin?

—Le ocurre siempre que me tratas mejor a mí que a ella.

—¿Sí? No creo que ella piense que todas las personas son iguales.

—Sí lo pienso, cuando lo son —dijo Honor.

—Bueno, imagino que estás cansada del viaje. ¿Les sentó mal el viaje en tren, Hatton?

—A Honor y Nevill muy mal, señora. Gavin siempre lo resiste bien.

—¡Vaya, vaya, mis pobres Hatton y Mullet! —exclamó Eleanor dándoles ánimos—. Bien, tendré que ir a ver si los otros han encontrado algo que no sea de su agrado. No hay que dedicar toda la atención a esta parte de la casa.

—Nosotros no hemos dicho que hubiera cosas que no fueran de nuestro agrado —dijo Gavin después de que su madre se fuera.

—Tampoco lo ha dicho Madre —dijo Honor—. Pero era evidente que ella no estaba complacida.

Hatton mandó a los tres al jardín con Mullet, que se puso a pasear con los tres colgados de sus brazos, contándoles cuentos. Una vez concluido el rato de ejercicio, ella era la única que lo había hecho, y no poco.

Eleanor se dirigió al aula a fin de visitar al siguiente sector de su familia. Encontró a dos chicas y un chico sentados a la mesa junto con su institutriz, ocupados en el estudio de un atlas que sólo podía ser visto por ellos de uno en uno, y que se prestaba así a un lento avance. Su avance seguía siempre este ritmo, pues Miss Mitford era una persona pausada, y la familia tenía por costumbre no economizar el tiempo sino los materiales. Casi nunca se les ocurría a Eleanor o a Regan que podían hacer una buena inversión con unos pocos chelines. Para ellas nunca estaban bien empleados los chelines, a no ser que hubiera que hacerlo por necesidad o por fuerza mayor. Tener dos institutrices era considerado como un ejemplo de esto último, y se dedicó cierta cantidad de dinero a este fin, pero, para hacerles justicia, sólo emplearon la mínima posible.

—Bien, hijos —dijo Eleanor en un tono algo más cálido porque sentía que estos hijos eran probablemente diferentes de los otros—, vosotros no habéis ido a la playa. Habéis estado en casa, tan felices y contentos. Creo que nunca compensa hacer grandes cosas por los hijos.

—No —dijo James, el más joven de los tres, en un rasgo de solicitud.

—¿Verdad que preferís quedaros en casa?

—Sí.

—¿Y tú, Isabel?

—Sí.

—¿Y tú, mi Venice?

—No estoy del todo segura. Pero no, me parece que no lo prefiero.

—¿Te hubiera gustado ir a la playa? —preguntó Eleanor con un acento de sorpresa que le hubiese parecido más natural a un testigo de la anterior escena—. El año que viene trataremos de enviarte. ¿Qué opina usted, Miss Mitford?

Miss Mitford alzó la vista a modo de respuesta, aunque sin dar ninguna concreta. Era una mujer baja y de aspecto bastante raro, que contaba cincuenta años de edad, aunque aparentaba más. Tenía los ojos verdes y serenos, unos rasgos tan indeterminados que parecían cambiar, y el cabello y la ropa dispuestos de un modo que daba la sensación de ser muy personal, pero que había sido corriente cuando ella era joven. A Miss Mitford le había parecido que era el estilo propio de la mujer, y todavía lo utilizaba con ese fin. Era una persona culta e inteligente, pero prefería trabajar con una familia que en un colegio, y sabía que aceptando un puesto que estaba por debajo de sus posibilidades podía dominar a sus patronos. Lo hacía con impávida calma y sin conceder el menor cuartel, y las críticas, después de recibirlas con sorpresa y negarse a aceptarlas, jamás llegaban a afectarla. Eleanor no la temía, pues no era propicia a esta clase de temores, pero vacilaba a la hora de enjuiciarla o aconsejarla, y casi nunca le preguntaba por los progresos de sus alumnos, a no ser que se lo preguntara a esos mismos alumnos y a espaldas de ella.

Durante esta época James acudía a las clases con sus hermanas debido a que una indisposición recurrente y no muy definida le impedía ir al colegio, aunque no prescindir de su educación. Estas épocas eran de hecho las únicas en las que no prescindía de ella, pues este muchacho sólo era capaz de aprender en casa, y de una mujer. El grado de aprendizaje que podía alcanzar, aunque sólo en determinadas circunstancias, no había sido nunca objeto de atención. Era un chico de doce años, ojos castaños y acuosos como los de Nevill, unos rasgos que eran juzgados de hermosos e infantiles, y vagamente despreciados por esa razón, y una expresión presta, inocente y a veces repentinamente compleja. Su dependencia de Hatton cuando tenía la edad de Nevill había sido superior a la de su hermano, y todavía era mucho mayor que la de todos los demás. Si Hatton hubiese sido capaz de delatar sus preferencias, hubiese dicho que él era su objeto; y el hecho de saber que en el fondo de su corazón existía esta preferencia, arrojaba un rayo de luz en la por lo demás ensombrecida vida del

muchacho.

Isabel era una chica bajita y pálida de quince años, con un rostro que era una versión amable del de Fulbert, manos tan delicadas como las de Honor, una expresión humorística muy personal, y ojos miopes y penetrantes, y Venetia, a la que llamaban Venice, era una chica alta, morena y guapa, que tenía un año y medio menos que ella, de tez viva y suave, bellos ojos muy juntos color avellana, y una actitud afable que encubría una firme autoestima que empezaba a asomar a su expresión, aunque sólo Isabel la hubiera percibido. Estas dos hermanas vivían la una para la otra, como les ocurría a Honor y Gavin; y James vivía en soledad, como Nevill, aunque con menos apoyo, y debido a ello su vida era ligeramente patética. Él lo remediaba acudiendo al cuarto de los niños, donde la bienvenida de Hatton y la reverencia con que Honor contemplaba a su hermano por el hecho de ser mayor, dejaban a Nevill a la intemperie y sumían a Gavin en una oculta desesperación. El sufrimiento de sus hermanos era agradable a los ojos de James, pero no porque fuese malicioso o sintiera hostilidad hacia ellos, sino porque al encontrar pruebas de tristeza en otras vidas se sentía menos diferente. No mostraba aptitud para los libros, lo cual estaba mal visto entre los de su sexo; y cargaba con un sentimiento de culpa, que a él no se le ocurría que pudiera ser inmerecido. En aquella época no se valoraba más el esfuerzo de los niños que el éxito académico —error que ha sido ligeramente corregido en años sucesivos— de modo que en aquel entonces la infancia era un anticipo de la vida más exacto que en la actualidad.

—¿Así que no has ido al colegio, hijo? —inquirió Eleanor.

—No —dijo James, con un leve sobresalto y mirando a Isabel.

—No se encuentra bien —informó esta última.

—¿No? —preguntó Eleanor con cierta vacilación en su simpatía, como si no estuviera del todo segura de la autenticidad de su enfermedad—. Parece que estas indisposiciones se repiten muy a menudo. Miss Mitford es muy amable permitiéndote entrar aquí. ¿Le has dado las gracias?

—No.

—Pues hazlo, hijo.

—Gracias —dijo James, sin perder la compostura ni objetar nada al hecho de que se le tratara como a un niño, que, en realidad, le parecía el trato más natural para él.

—¿Verdad que no está muy por encima de la media, Miss Mitford? —preguntó Eleanor, para la cual era inconcebible que uno de sus hijos pudiera ser absolutamente corriente.

—No, me parece que no lo está.

—¿Cree que está al menos a la altura de la media?

—Bueno, no he sido yo quien lo ha dicho. Quizá haya sido usted.

—¿Le parece que aprendería más si estudiara en casa con sus hermanas?

—Querrá decir con la institutriz de sus hermanas, ¿no? Bien, muchos chicos lo harían.

—Pero imagino que no podremos organizarlo así, ¿verdad?

—No. Somos esclavos de las convenciones.

—Parece que los chicos siempre tienen que ir atrasados.

—Los hay que van adelantados.

—Tienes que conseguir que mejore la opinión que Miss Mitford tiene de ti, James.

—Espero que no crea usted que no le juzgo con generosidad —dijo Miss Mitford.

—¿Nunca cambia de opinión? —preguntó Eleanor, en un tono levemente ofensivo.

—Casi nunca necesito hacerlo. Mis juicios son rápidos y firmes —dijo Miss Mitford, tan solemne como hasta ahora.

—¿Y tú, Isabel, no podrías ayudar a James?

—No tanto como Miss Mitford.

—¿Y tú, Venice? Tienes casi su misma edad.

—¿Puede eso ayudar en algo? —preguntó Isabel.

—Puede ayudarla a comprender el punto de vista de James.

—E incluso a adoptar el mismo que él.

—Sea como fuere, ¿opina usted que las niñas son inteligentes, Miss Mitford? —quiso saber Eleanor, tratando de sacar partido de esta buena predisposición.

—Es buena señal que ellas crean que lo son.

—¿Jamás alaba usted a nadie?

—Soy un poco cicatera en este terreno. Se debe a cierta especie de timidez.

Venice soltó una risilla.

—¿No piensas decirme nada, Venice? —preguntó Eleanor.

—Sí —dijo Venice en un tono alegre e intencionado, y volviendo hacia su madre sus grandes ojos—: Estaba pensando en el mar. Me gustaría ir el año que viene.

—E irás, hija mía. Ojalá se me hubiese ocurrido éste. Debería haber imaginado que necesitabas un cambio de aires. Y habría podido mandar a James con Hatton. Le hubiese sentado bien. ¿No le parece a usted, Miss Mitford?

—Sí.

—Pero no lo sugirió.

—No.

—Miss Mitford sabe que estas sugerencias cuestan dinero —dijo Isabel.

—No cuestan nada, hija. Siempre me gusta que me las hagan. Lo que sale caro es llevarlas a la práctica.

—Si nadie las lleva a la práctica, no tiene sentido que yo haga sugerencias —dijo Miss Mitford, en un tono levemente quejumbroso.

—Pues confío en que la próxima vez no se las guarde para usted. Adiós, hijos; luego subiré a veros. James, ¿ya no te acuerdas de levantarte para abrirme la puerta?

James no pudo negar que se le había olvidado.

—¿Suele olvidarlo generalmente, Miss Mitford?

—Sí.

—¿Se levanta para abrirle la puerta a usted?

—No.

—Tienes que recordar que ya no eres un bebé, James.

—Sí —dijo James, que apenas si tenía posibilidades de pensar que lo era, dada la insistencia de la familia en combatir esta falsa convicción de su parte.

—¿Podría acordarse usted de decírselo, Miss Mitford?

—La verdad es que mi memoria no es mejor que la de él.

—Entonces tendrán que acordarse las chicas. ¿Lo haréis, pequeñas? Y ahora, hijo mío, ya que hoy has tenido que quedarte en casa, será mejor que tomes el té con los pequeños y te acuestes temprano. Cuando no nos encontramos bien no debemos comportamos como las personas que se encuentran bien, ¿no te parece?

—Sí —dijo James, que no tenía tendencia a seguir la rutina de los sanos, que para él suponía un gran esfuerzo.

—¿Por qué tiene que tomar el té con los pequeños? —preguntó Miss Mitford después de que se cerrase la puerta.

—Porque ellos lo toman más temprano que nosotras —dijo Venice.

—Madre no tiene a ningún preferido en este aula —dijo Isabel.

—No sé por qué me suena que yo no soy de sus preferidos —dijo Miss Mitford—. Y mi instinto no suele engañarme en esta clase de asuntos.

—Yo no quiero ser de sus preferidos —dijo Venice, que, como solía ocurrir en su familia, tenía la sensación de no ser suficientemente apreciada.

—Sólo le gustan dos personas: Daniel y Gavin —dijo Isabel.

—El mismo número que a mí —dijo Miss Mitford—. Debería ser un poco más afectuosa.

—A ella le gustan Padre y Luce —dijo James, levantando la vista de su libro.

—Cierto —dijo Miss Mitford—. Supongo que estás leyendo el libro de historia, ¿no, James?

—Sí —dijo James, que estaba leyendo por encima un capítulo especialmente humano de este volumen, un capítulo intensamente humano, ya que trataba de la complicada ejecución de un personaje familiar. En cuanto pasaba el peligro o la tensión, James dejaba que se alejara rápidamente de sus pensamientos.

—¿Qué hora es? —preguntó Venice.

—Dentro de dos minutos ya tendréis que comer —dijo Miss Mitford, dándoles ánimos.

—También a usted le gusta que llegue la hora del almuerzo, Mitta.

—No debes llamarme Mitta más que en aquellas ocasiones en las que se trate de un momento de afecto. Y no es muy afectuoso recordarle a una persona que le gusta comer.

—¡Ya está aquí! —exclamó James, dejando caer el libro en la mesa y desplomándose en una silla.

—Hoy he sido muy puntual —dijo Mullet, haciendo acto de presencia de un modo que demostraba que tenía conciencia de haber interrumpido cierta clase de vida, que, por otro lado, no era para ella tan importante como la de las habitaciones de los pequeños—. Y Hatton me ha dicho que si el señorito James tiene jaqueca, puede pedirle a Miss Mitford que le disculpe de sus lecciones.

James se levantó inmediatamente, eligió unas cuantas galletas y un libro, y dispuso una mesa y el sofá para acomodarse allí con todo su cargamento. Ni él miró a Miss Mitford ni ella le miró a él. La palabra de Hatton era ley en el aula, dado que Miss Mitford había decidido aceptarla como tal. En esto adoptaba una actitud opuesta a la que seguía en relación a la palabra de las demás personas.

—Mire qué despeinada va, señorita Isabel —dijo Mullet, como si la fuerza misma de la advertencia la hubiese hecho posible.

—Ha dicho Hatton que no me toque yo el pelo, porque me lo arranco.

—Pues tendría que subir a las habitaciones de los niños para que se lo peinásemos. Me asombra que la señora no lo haya notado.

—¿Cómo sabe que no lo ha notado? —preguntó Miss Mitford.

—Porque la hubiera mandado arriba a que se lo peinaran —dijo Venice, que se peinaba el suyo con mucho cuidado y destreza.

—A lo mejor es por eso que lo tienes más corto que Venice, porque te lo arrancas —dijo James, dirigiéndole desde el sofá una mirada muy seria.

—Tú sí que te lo arrancas —dijo Isabel.

—¡Nunca me arranco el pelo! —protestó James en defensa propia, y volviendo a su libro.

—¿Por qué tenemos que bajar a tomar los postres dos veces al día? —preguntó Venice.

—Para que la casa funcione de la forma más extraña posible —dijo Isabel.

—Así coméis el doble de postres —dijo Miss Mitford.

—¿Querrá tomar té o café después de comer, señora? —preguntó Mullet.

—Como no tomo postre, creo que será mejor un café. Es más alimenticio.

Mullet se rió, y los niños la imitaron pero más abiertamente, aprovechando la circunstancia para burlarse a gusto de la costumbre que tenía Miss Mitford de acumular provisiones para su alacena privada mientras ellos tomaban el postre abajo. Con esto no hacía más que igualar sus comidas a las de los niños, pero a ellos les parecía una manía muy grosera, y nunca aludían a ella en su presencia.

—¿Quieren los señoritos que le diga a la cocinera que les mande las cosas que más les gustan? —preguntó Mullet.

—Quizá sospechen que las hemos pedido nosotros —dijo Isabel.

James alzó la vista para estudiar la situación.

—Los pequeños bajarán antes de la cena, así que hoy no les verán —dijo Mullet, mostrando su simpatía con la intolerancia de las criaturas a las que dedicaba su vida—. La cena en las habitaciones de los pequeños se retrasará. Bien, ahora tendré que llevarme la bandeja.

—Subiré a que Hatton me cepille el pelo —dijo Isabel.

—No te entretengas más de la cuenta. Debes volver a estudiar tus lecciones —dijo Miss Mitford en tono de advertencia.

—Sólo tenemos un libro —dijo Isabel, insinuando que si se lo llevaba su hermana iba a quedarse sin él.

—¿Por qué no estudian cosas diferentes al mismo tiempo? —preguntó James sin alzar la vista.

—Sería muy duro —dijo Miss Mitford.

Mullet bajó al jardín a por los pequeños, y Eleanor se cruzó con ella cuando ya empezaba a subir la escalera. Los tres críos iban colgados de ella.

—¡Vaya por Dios! ¿Es que ninguno de vosotros sabe andar solo?

Mullet necesitará varios pares de brazos y piernas.

—Mullet ayuda a Nevill —dijo Nevill, en tono un poco desafiante.

—Y parece que también ayuda a los demás. Creo que los tres necesitáis descansar un poco esta mañana.

—Hatton se sentará en la cama pequeña de Nevill —dijo el pequeño al entrar en su habitación.

—Esta mañana no tendré tiempo de hacerlo. Mullet se quedará un ratito contigo.

—A Madre le gusta que nos durmamos solos —dijo Gavin.

—Tu madre exige de Nevill más de lo que él es capaz de dar —dijo Hatton—. Y me parece que contigo le ocurre lo mismo.

Honor se partió de risa.

—¿No te importa lo que ella diga? —preguntó Gavin, con notable asombro.

—A Hatton no le importa —dijo Nevill, con ternura y orgullo.

—La señora ha dicho que tienen que echarse todos un rato —recordó Mullet.

—No creo que seamos incapaces de cumplir esta orden —dijo Hatton—. Y no es necesario que retrasemos su cumplimiento.

Al cabo de un rato Gavin se despertó llorando, y Eleanor acudió a su lado. Le encontró sentado en la cama y tomando el vaso de agua que le ofrecía Hatton, mostrando con el gesto que aceptaba la gravedad de su situación, y también que los demás la entendieran como tal.

—¿Qué te ocurre, hijo mío?

—Quiero que Honor se despierte.

—¿Estabas soñando?

—No.

—Cuéntale a Madre lo que te ocurre.

—Nada.

—¿Hay ladrones? —preguntó Honor, sentándose repentinamente.

—No. Gavin ha tenido un sueño y quiere contártelo.

—No quiero —dijo Gavin dándole la espalda.

—¿Qué te ocurría? —preguntó su hermana en un tono rudo que despejó sus facciones.

—Era como un sueño.

—¿Tenías miedo?

—No.

—¿Me lo contarás por la noche?

—Sí.

—Qué amable ha sido Honor despertándose —dijo Eleanor.

Gavin no contestó.

—¿No lo crees así?

—Ella creía que había ladrones —dijo Gavin, y volvió a darles la espalda.

—¿Qué les ocurre, Hatton? —preguntó Eleanor.

—No es más que el viaje, señora. Mañana ya se les habrá pasado.

—Me asombra que la raza humana haya sido tan partidaria de las migraciones, teniendo en cuenta lo mal que les sienta viajar a los pequeños —dijo Eleanor con su circunstancial sequedad.

Mullet se puso a reír y abandonó presurosamente la habitación, como si considerara un exceso de familiaridad el reaccionar con una carcajada ante un chiste del amo. Honor miró a su madre y se puso también a reír, y Gavin les vigiló a todas con el ceño fruncido.

CAPÍTULO III

Eleanor bajó al comedor, donde ya estaban reunidos para el almuerzo su esposo, los padres de él y sus tres hijos mayores.

—Hatton sigue llevando a los pequeños a su modo. Supongo que será mejor que no haya interferencias por mi parte.

—¿Y qué tiene de malo ese método? —preguntó Fulbert, como si estuviera reuniendo fuerzas para soportar un juicio.

—Muchas cosas que sólo una madre podría captar.

—Entonces, no debemos esperar que Hatton las vea.

—Ni tampoco nosotros, querida Madre —dijo Luce—. No conseguirás que los demás compartamos tu criterio Siempre me siento agradecida del hecho de haber tenido de pequeña a esa misma niñera. Eso hace que no sienta ninguna aprensión por los pequeños.

—Al final acabará siendo Hatton quien gobierne la casa —dijo Eleanor.

—Sois muchas las que parecéis estar haciéndolo —dijo Sir Jesse—. Pero, si bien es cierto que demasiados cocineros estropean el puchero, si hay suficientes sabe mejor.

—Es un verdadero prodigio que podáis colaborar tan bien —dijo Fulbert—. Lo digo como un cumplido, y muy en serio.

—Hablas como si vivieses en otro mundo —dijo Eleanor.

—Es verdad, Padre —dijo Luce.

—¿Qué os pasa, chicos? ¿Os habéis comido la lengua? —preguntó Fulbert.

—Yo confiaba en que así fuera —dijo Sir Jesse.

—No creo haberte prohibido hablar, Graham —dijo Daniel.

—¿Ya has cambiado de habitación, Luce? —preguntó Regan.

—Sí, Abuela. Tomaré la de Graham.

—¿Qué es eso de cambiar de habitaciones? —preguntó Eleanor—. Hasta ahora no me había enterado de nada.

—Luce quiere tener más luz —dijo Daniel—. De modo que estamos organizando las cosas de modo que Graham pueda prescindir de ella.

—¿Y para qué la necesitaba él? —preguntó Sir Jesse, a quien le sentaba muy mal que calumniasen su casa—. ¿Para mirarse al espejo? Puede cedérsela perfectamente a su hermana.

—Era natural consultárselo a ella —dijo Eleanor.

—No sé, Madre, pero me parecía igual de apropiado pedírselo a la abuela —dijo Luce—. O incluso más, ya que la casa es suya.

Eleanor permaneció en silencio, aceptando la posición que había aprobado, y Regan le dirigió una mirada casi compasiva.

—Los pequeños están bajando las escaleras —dijo Daniel—. Hoy tomarán los postres a una hora muy extraña.

—Será mejor que no lo tomen —decidió Eleanor.

—Esa suele ser una mala solución —dijo Fulbert—. No creo que, por una vez, les perjudique hacer las cosas al revés que de ordinario.

Nevill entró en el comedor corriendo como si fuese un caballo, levantando los pies y con la cabeza alzada, en una imitación fácil de reconocer.

—Así que hoy eres un caballo —dijo su madre.

—Un caballo de guerra. Un pequeño caballo de guerra.

—Los caballos de guerra no son pequeños —dijo Gavin.

—No —dijo Nevill, sacudiendo la cabeza de modo negativo y equino a la vez—; un pequeño caballo de guerra.

—Un pony —sugirió Daniel.

—Un pony —aceptó Nevill.

—Los ponies son siempre pequeños —dijo Regan.

—Siempre pequeños —dijo Nevill, muy satisfecho.

—¿Quieres que siga contándote el cuento? —preguntó Luce.

Nevill se le acercó trotando y se quedó junto a ella con la mano apoyada en su rodilla y los ojos fijos en su cara.

—Ya no me acuerdo de si me gustaba o no —dijo Gavin.

—Era un cuento para Nevill —dijo Honor.

—Pero podéis escucharlo todos —dijo Eleanor.

—El cuento de Nevill —dijo el pequeño, lanzándoles una mirada.

—A ver si te acuerdas de dónde lo habíamos dejado —dijo Luce.

—No —dijo Nevill, agitándose rápidamente—. No dejes que te lo diga Gavin. Luce se lo dice a Nevill.

—¿No te acuerdas tú?

—No.

—A pesar de que era tu cuento —dijo Eleanor.

—Nevill no se acuerda —dijo el pequeño, golpeando la rodilla de Luce.

—Léenos un poco del libro —pidió Gavin.

—Bien. Ve a por él y busca la página —dijo Luce—. Sólo tenemos unos pocos minutos.

Honor obedeció presta y eficazmente, mientras Gavin esperaba para después unirse a ella y prestar atención.

—¿Por qué dejas que lo haga todo Honor? —dijo Eleanor, que no estaba contenta del hijo del que más esperaba.

Gavin mantuvo la mirada fija en el rostro de su hermana. Nevill dio media vuelta y se alejó imitando a un pony, esforzándose por diferenciar sus movimientos de los de un caballo.

—¿Nadie va a venir a decirme nada? —preguntó Eleanor— ¿Para qué habéis bajado?

Gavin no permitió que su madre desviara su atención, y Luce siguió leyendo, como si fuera incapaz de comprometerse a una cosa y luego no hacerla.

—Si no habéis venido para nada en especial, tendré que llamar a Hatton. Luce puede leeros el libro en vuestras habitaciones.

—Nunca sube a leernos —dijo Gavin, como quien explica la situación.

—No podemos dejar a vuestra madre al margen.

Nevill dejó un momento de brincar y miró a Eleanor; Sir Jesse y Regan se mantuvieron distantes, negándose a intervenir en cuestiones que no les concernían; Fulbert le hizo una seña a Honor y se la subió a las rodillas; Gavin mantuvo la vista fija y frunció el ceño en protesta por las interrupciones.

—Nada de caras enfurruñadas —dijo Eleanor rodeando a Nevill con el brazo, y buscando con la mirada el cambio que había descrito o, mejor, sugerido—. A ver si la próxima vez aprendéis a comportaros mejor.

—Nevill se va con Hatton —dijo el pequeño en tono aquiescente.

—De todos modos, hubiésemos tenido que irnos pronto a comer —dijo Honor desde las rodillas de Fulbert, muy segura de sí misma.

—¿No quieres irte, hijo? —le preguntó Eleanor a Gavin.

—No me importa.

—Entonces, sube corriendo.

Gavin la miró y rompió a llorar.

—¿Se encuentra Gavin bien del todo, Honor?

—Creo que sí, Madre.

—Entonces, ¿qué le ocurre?

Honor miró a su madre a los ojos.

Daniel y Graham cogieron a Honor y la llevaron en volandas alrededor de la mesa. Ella apoyó los brazos en sus hombros y rio y

gritó agradecida. Eleanor les contempló con una sonrisa de indulgencia, y Gavin con expresión expectante. Nevill se golpeó los costados con las manos y se puso a saltar de un pie a otro; y cuando sus hermanos dejaron a Honor y se llevaron de igual modo a Gavin, se puso a protestar y no dejó de hacerlo hasta que fueron a buscarle a él, momento en el cual les rechazó y se quedó abandonado a la sensación de que nada podría borrar lo que había ocurrido. Después de que Eleanor y Luce trataran en vano de convencerle, y de que Regan hubiese tenido un poco más de éxito en su intento de explicárselo, levantó los brazos y permitió que lo alzaran, dejándose caer como un convaleciente en los de sus hermanos. Ellos le cogieron con fuerza y aceleraron el paso, y el pequeño se sujetó a sus hombros y aceptó esta compensación por lo que había tenido que soportar, mientras Honor les miraba con ojos luminosos, y Gavin con una sonrisa de amable interés.

—Dadle una vuelta a Gavin y luego se acabó —dijo Eleanor.

Nevill se quedó al lado de Regan con la mano apoyada en su rodilla y los ojos dirigidos hacia sus hermanos, con expresión vigilante. Tras haber oído los gritos, Hatton se presentó en el comedor.

—Di «gracias», Gavin, igual que le has oído decir a Honor —dijo Eleanor.

Gavin obedeció.

—Y mira a Graham y Daniel cuando se lo dices.

Gavin volvió la mirada hacia sus hermanos, creyendo suficiente el haber cumplido ambas obligaciones por separado.

—Le llevaban a él —dijo Nevill gimiendo.

—Imagino que debe de ser todavía el viaje —dijo Eleanor, gimiendo también, y mirando a Hatton.

—Fuera lo que fuese, mejor es que no contengan las lágrimas.

—Nevill ha llorado —dijo el pequeño para mantener informada a Hatton.

—Ven a darme un beso y luego sube corriendo arriba —dijo Eleanor.

Nevill se le acercó trotando, se cogió luego de la mano de Hatton y se encaminó de este modo hacia la puerta.

—Ahora vuelves a ser un caballo. ¿Verdad que Daniel y Graham han sido tus caballos?

—Un pony, un pony pequeño —dijo Nevill, que había olvidado aparentemente a sus hermanos.

—¿Y no va el pequeño pony a trotar hasta su padre para decirle adiós?

—Sólo se lo dirá a la abuela —dijo Nevill, y pasó trotando junto a Regan y siguió, por el mismo procedimiento, hasta la puerta.

Honor y Gavin besaron a sus padres y salieron retozando del comedor. Sus voces siguieron oyéndose, gritando ininterrumpida mente, hasta que llegaron al primer piso.

Regan había contemplado la escena con interés, y Sir Jesse sin atención. Este último no se fijaba casi nunca en los pequeños, y no tanto porque no se le ocurriera como porque hacerlo le parecía mal.

—Mañana llega su nueva institutriz —dijo Luce—. Espero que les vaya bien.

—¿Por qué no les da clases Miss…, la que se las da a los otros? —preguntó Sir Jesse.

—¿Cómo puede ser que no recuerdes el nombre de Miss Mitford después de tantos años, Abuelo? —comentó Luce—. Seguro que ella conoce el tuyo.

—Seguro, seguro. Y, si es así, ella es mejor que yo. Tienes razón.

—No creo que nadie se atreva a sugerir nada parecido —dijo Eleanor.

—¿Por qué? ¿Supondría algún riesgo? —preguntó Sir Jesse—. Si lo hay, os ruego que nadie lo asuma. Pero, ¿no se dedica a enseñar? Imagino que si lo hace es porque le gusta, ¿no?

—No creo que sea cuestión de preferencias —dijo Regan.

—Hasta donde se puede elegir, Miss Mitford elige —dijo Eleanor —. Exige que sus alumnos hayan alcanzado cierto nivel. Tuvimos que mandar a James al colegio porque ella le encontraba demasiado pequeño.

—No me extrañaría que las niñas le creasen menos preocupaciones —dijo Sir Jesse—. Si tiene derecho a elegir, que lo haga. Pero, ¿no nos saldría más barato que esa mujer se encargara de todos?

—Tendríamos que aumentarle el sueldo en la misma cantidad que le pagaremos a la otra —dijo Regan.

—Entonces la otra no tiene mucha libertad de elección —dijo su marido, divertido, pero nada más—. Contratad todas las que queráis, si no va a salirnos más caro. Yo preferiría trabajar en una familia en la que estuviera al cuidado de todo. Pero sea como decís o como dice Miss Mitford.

—Abuela no teme descubrir por completo sus pensamientos —dijo Graham—. Y eso es algo poco frecuente.

Regan sonrió a su nieto antes de reanudar la conversación.

—Miss Mitford no es de las que aceptan consejos.

—Tampoco a mí me gusta hacerlo —dijo Daniel.

—Tiene todo el derecho —dijo Luce—. Si nos avergüenza pedirle una cosa, no está obligada a ayudarnos. Y dar clases a otros tres niños supondría un gran esfuerzo suplementario.

—No creo que Miss Mitford se esfuerce más de la cuenta —dijo Regan—. Se cuida mucho.

—No hay nada de malo en ello, Abuela.

—A nosotros no nos parece una actitud muy tentadora —dijo Fulbert—. Pero si me encontrara en la situación de Miss Mitford, hasta yo la defendería.

Regan miró a su hijo expresando su admiración por saberle libre de sus defectos.

—¿No os parece que el mequetrefe es demasiado pequeño para estudiar? —preguntó Daniel.

—¿Por qué no llamas a tu hermano por su nombre? —intervino Eleanor—. Él no olvida el tuyo.

—Le vemos tan poco que aún no nos hemos acostumbrado a él.

—No es bueno para él que le sigamos tratando como a un crío —dijo Luce.

—Pues parece muy partidario de que sigamos haciéndolo así —dijo Daniel.

—De vosotros tres, Gavin es el que más se le parece —dijo Eleanor.

—Quieres decir que eso es lo que tú opinas, cariño, ¿o qué es lo que deseas? —dijo Fulbert—. Aunque admito que tiene sus propias costumbres. O, mejor dicho, que no tiene costumbres propias, a no ser que eso sea tenerlas. Pero yo creo que mi Honor tiene más fuste.

—Las chicas crecen antes que los chicos. Gavin tiene más futuro.

—Sólo hablo de cómo son ahora. He comprobado que es la actitud que más me conviene.

—Eres una madre muy parcial —le dijo Luce a Eleanor—. Menos mal que Hatton carece de este defecto, tan grave para el trato con los niños.

—Fui yo quien eligió a Hatton.

—Te favoreció la fortuna, cariño —dijo Fulbert.

—Mejor di mi sensatez y mi buen criterio.

—Bueno, no tenemos motivos para discutírtelo.

—Lo dices como si quisieras tenerlos.

—No puedo estar más en desacuerdo contigo, cariño.

—¿No está llorando uno de ellos? —preguntó Regan.

—No es más que Nevill —dijo Luce—. Tratándose de él, no quiere decir nada. Y podemos confiar en el siempre atento oído de Hatton.

—Si empezáis a hablar otra vez de Hatton, dejad de confiar en el

mío —dijo su madre.

Fulbert y su padre rieron, y Eleanor pareció sentirse adulada. Era extraordinariamente sensible a la aprobación y la estimación. Entraron en el comedor los niños del aula, de acuerdo con la costumbre que autorizaba o exigía su presencia a la hora de los postres. Se dirigieron a los sitios de la mesa que les estaban reservados. Sólo los pequeños tenían que permanecer en pie, y era de suponer que seguirían así, pues no había más provisión de asientos.

—¿Quién ha sido el último en entrar? —preguntó Eleanor, casi inmediatamente.

—James —dijo Daniel—. Hasta esos extremos ha llegado.

—Pues da media vuelta y cierra la puerta, hijo mío. ¿Verdad que las puertas no se cierran solas?

La experiencia autorizó a James a mostrarse de acuerdo.

—Es una pena que no lo hagan —dijo Isabel—. Me parece absurdo que no inventen puertas que se cierren solas, teniendo en cuenta la cantidad de veces que hay que cerrarlas.

—Bien, esta mañana habéis trabajado mucho —dijo Sir Jesse, liquidando la cuestión en nombre de sus nietos, y empujando hacia ellos una bandeja, antes de retirarse a sus propios pensamientos.

—Abuelo quiere decir que podéis serviros lo que queráis —dijo Eleanor, felicitándoles casi desaprobadoramente.

—Ya son lo bastante mayores para servirse, Madre —dijo Luce.

—Si no lo fuesen, no lo permitirla. No hacía falta que pronunciases este discurso. ¿No quieres un poco, James?

James temió decir que el postre en cuestión no le gustaba, y se sirvió.

—Venice tiene buen aspecto, ¿no? —dijo Eleanor, satisfecha del buen parecido de su hija.

Venice volvió la vista hacia la pared y descargó una patada en el suelo.

—¿Qué hay en la pared que te interesa tanto? —preguntó su madre.

—Estoy mirando los retratos de tía Lucia y tío Daniel.

—Seguro que ya te los conoces muy bien —dijo Eleanor, olvidando que aquello conmovería a Regan, y preocuparía a Sir Jesse, y desviando la mirada cuando todo esto ocurrió.

Los retratos del hijo y la hija muertos fueron realizados con el simple espíritu adulador de la pintura mercenaria del arte Victoriano, y Regan aceptaba el embellecimiento no tanto porque hubiese llegado a creer que se correspondía a la realidad como porque nunca

encontraba nada que estuviera a la altura de los originales. Si el retrato de Fulbert se hallaba situado en un lugar menos honroso, no se debía tanto al hecho de que todavía siguiera con vida como a que el cuadro falseaba palpablemente la realidad. Regan cargaba con la pérdida de sus hijos de la misma manera que cargaba con su cuerpo, sufridamente y con entereza.

—James —dijo Eleanor, aprovechando la oportunidad para poner fin a la pausa—, no está bien que te metas las cosas en el bolsillo para llevártelas arriba. Compórtate como es debido. No te sirvas más de lo que te apetece comer. Abuelo no se refería a eso.

—¿No es esto lo que le hace vomitar? —preguntó Graham.

—¿Lo es, James? Entonces, ¿por qué te has servido? Deberías saber lo que te gusta y lo que no. ¿Por qué lo has hecho?

James tenía varios motivos: cierta renuencia a que se fijasen en él, cierto temor a que cualquier alusión a su estado de salud delatara su holganza de aquella mañana, el propósito de darles su parte a sus hermanas, y la sensación de que debía corresponder con gratitud a la amabilidad de su abuelo. No los expuso, aunque algunos de ellos le honraban, pero parte de sus sobreabundantes sentimientos se le derramó por los ojos.

—¿Estás llorando? —preguntó Eleanor, sinceramente incapaz de creerlo—. ¡Lloras porque tienes tantas cosas buenas! ¡A quién se le ocurre!

—Le han dado una cosa que no le sienta bien —dijo Graham.

—Si las cosas buenas le hacen llorar, mejor será que no las tenga —dijo Eleanor, haciéndole notar a James que un estado de impotencia general no era incompatible con ciertas ventajas anímicas—. Y creo que será mejor que regreséis al aula. Seguramente allí no todo sea tan bueno.

—Al menos no es tan malo —dijo Venice en voz muy bajita.

—¿Qué decías, hija? —quiso saber Eleanor.

—Digo que no hemos estado aquí mucho tiempo.

—Cierto, hija —dijo Eleanor, cambiando de tono—. Pero este almuerzo se está alargando más de la cuenta. Por eso os pido que os vayáis. Sólo por eso.

—¿Por qué, entonces, das otras razones que no son válidas? —inquirió Fulbert.

—Porque soy una madre débil y quejica. Bien, ahora nuestros preciosos hijos nos dejarán. Temo que Abuelo acabe hartándose de todos nosotros.

—Ábreles la puerta a las chicas —murmuró Graham, sin mover la

vista.

—James se está convirtiendo en todo un caballero —dijo Regan cuando surtió efecto este consejo.

—Es un encantador muchacho muy bien educado —dijo Eleanor, como si acabara de encontrar pruebas que demostraran lo contrario.

—Un magnífico chico con buenos modales —dijo Sir Jesse.

James se entretuvo junto a la puerta, prolongando este único momento de disfrute, sin que se le ocurriese pensar que pudiera no ser verdaderamente responsable de su éxito.

—Si pudiera hacerlo, ronronearía de satisfacción —dijo Daniel despidiendo a James.

—¡Qué pronto habéis subido! —se extrañó Miss Mitford levantando la vista de su libro.

Sus alumnos se dispersaron por la habitación sin contestar.

—¿Ha sido un buen postre? —preguntó Miss Mitford.

—Sólo para Venice y para mí —dijo Isabel—. Había eso que no le gusta a James.

—¿Y qué ha tomado James?

—Oh, nada —dijo Venice, volviéndose de espaldas antes de contestar.

—Pero al final he tenido una gran aceptación —dijo James desplomándose en el sofá y cogiendo su libro.

—No te sentará nada bien tumbarte ahí —dijo Miss Mitford, hablando como si aquello pudiera convertir a James en un caso incurable—. Tenemos que salir a dar un paseo.

—Hace un día magnífico —dijo Venice en el mismo tono.

James no alzó la vista, por el simple motivo de que todavía no estaba obligado a hacerlo.

Eleanor apareció en la puerta.

—Isabel, ¿no recuerdas lo que ibas a hacer esta tarde?

—No, Madre.

—Si lo piensas un poco, seguro que te acordarás.

—Tenías que salir con tu padre —dijo Miss Mitford, volviendo la cabeza hacia otro lado.

—¡Ah, tenía que salir con Padre! —dijo Isabel, feliz al recordarlo —. Claro. Me prometió llevarme a dar un paseo. Iré a prepararme.

—Es extraño que lo hayas olvidado, teniendo en cuenta que va a dejarnos muy pronto.

—Oh, en realidad no lo había olvidado —dijo Isabel de camino a la puerta, tranquilizando a su madre respecto a su memoria, aunque sin dar pruebas de que fuera buena—. Estaré lista dentro de un par de

minutos.

—¿No querría ir también Venice? —preguntó Eleanor, pero como si pensara que, a la edad de su otra hija, tal idea fuera descabellada.

—Nos gustaría mucho ir las dos —dijo Venice, como si fuese lo más normal.

—¿Sí? —dijo Eleanor, simpatizando con ella, aunque reprendiéndola a un tiempo, mientras Venice se dirigía a la puerta.

James permaneció tumbado en el sofá, dudando de si sería conveniente llamar la atención acerca de su posición por el procedimiento de abandonarla.

—¿Y James? ¿No podría ir también él? —preguntó Eleanor, casi maliciosamente, consciente de que se trataba de una sugerencia sin precedentes.

—Sí —contestó James, enderezándose, y aprovechando el movimiento para esconder el libro debajo de un almohadón—. Los tres.

—Bien, pues, sal corriendo. No hagas esperar a Padre. ¿Qué libro estabas leyendo?

James lo cogió y lo examinó, como si fuese la primera vez que lo veía; y, de hecho, en aquel momento visto a través de los ojos de su madre, adquirió para él un nuevo aspecto.

—¿Es un libro adecuado para un aula? —preguntó Eleanor en tono rápido y uniforme, dirigiéndose a Miss Mitford y entregándole el libro sin aparentemente echarle ni una ojeada.

—Lo guardaré en mi habitación —dijo Miss Mitford, en su tono de siempre—. Si fuese perjudicial, no creo que a usted le importe que yo lo lea.

—Lo mejor es que tengan narraciones para colegiales o libros instructivos. No estarías leyéndolo, ¿verdad, James?

—Oh, no —dijo James, tan despreocupadamente que casi parecía que esa sola idea le resultase incomprensible.

—Sí que lo leías, hijo —dijo Eleanor en un tono más grave, dando un paso hacia él—. Guardabas el punto con tu navaja.

James cogió la navaja, la apoyó contra el libro, e hizo correr la hoja contra la encuadernación, como si éste fuera el uso que le había dado al libro.

—Así que esto es lo que estabas haciendo, ¿eh? —dijo Eleanor, que sabía tan poco como James para qué podía servir aquella acción—. Pero, de esta forma estropearás los libros. ¿Sabía Miss Mitford que lo estabas haciendo?

—No —dijo James, haciendo un gesto de nerviosa culpabilidad

habitual en él.

—Devuélveselo a ella, y ve a prepararte para salir con Padre. Vaya. Ahora sí que sales disparado como una flecha.

Eleanor contempló sonriendo la partida de su hijo, cuya precipitación había provocado la imagen de su madre, y se volvió a la institutriz.

—¿Verdad que James está empezando a mejorar, Miss Mitford?

—Sí, a su modo —dijo Miss Mitford, muy en serio.

—Es una pena que no tenga más facilidad para los estudios —dijo Eleanor, que no sabía que algunas de las tendencias de su hijo le resultaban provechosas en este terreno—. Ojalá entendiera tan bien a los niños como usted. Me sería muy útil.

Miss Mitford esbozó una sonrisa ausente, imaginando los sobresaltos que se llevaría Eleanor si tuviera la cualidad que deseaba para sí, y preguntándose si había olvidado su propia infancia o había quizá vivido una infancia anormal. Eleanor creía que las vidas de sus hijos eran mucho más ricas y menos cohibidas que la suya propia, y suponía que ellos no podían sentir ninguna de las tentaciones que ella tuvo de pequeña.

—Bien, tengo que volver con mi esposo. Da la sensación de que me pase la vida yendo de un departamento de mi familia a otro —dijo, sonriendo a Miss Mitford, como si insinuara que sus respectivos destinos eran muy diferentes—. Puede usted disponer a su gusto de la tarde, Miss Mitford.

Aunque hubiese podido confirmar que eso era lo que pensaba hacer, Miss Mitford no dijo nada. Se instaló a leer un libro que nunca dejaba al alcance de sus alumnos, y a comer bombones de una caja con la que adoptaba las mismas precauciones. Era una persona bastante satisfecha, poseedora de un conocimiento de los libros juzgado como natural en ella, y de un conocimiento de las personas que hubiera sido juzgado como imposible pero que no podía ser más lógico. Hacía caso omiso de las opiniones de los demás, lo cual la protegía de la visión que la gente solía tener de su vida, y sentía no tanto envidia como pena de Eleanor, que para ella era un ser no muy satisfecho. La influencia que ejercía sobre sus alumnos no era peor por el hecho de que aceptara la vida tal como era, y permitiera que ellos lo supieran. Nunca le decía a James que había observado su doblez, pero ese mismo silencio incomodaba al muchacho.

Eleanor fue al despacho que compartía con su esposo, y esperó a que éste se reuniera con ella. Fulbert se encontraba todavía en el comedor, de donde ya se había ido Regan tras despedir a sus nietos.

Todos le reconocían a Sir Jesse el derecho a tener unos momentos de conversación sin chicos ni mujeres, y cada día le permitían disfrutarlo. Cuando Fulbert dejó a su padre para ir a reunirse con su esposa, ésta le recordó la promesa que le había hecho a su hija, y le informó de las ampliaciones del programa. Fulbert se plantó junto a la puerta, reloj en mano, posiblemente porque tenía fe en la teoría según la cual los jóvenes tienen mejor memoria que los mayores.

—No deberían hacer esperar a su padre —dijo Eleanor acercándose al timbre—. Ni deben dar por supuesto que tú estás pendiente de ellos. ¿Por qué tendrías que hacerlo?

Fulbert fue incapaz de presentar motivos por los cuales debería pensar en su descendencia, y la llamada hizo que los niños bajaran las escaleras con una precipitación que sugería que eran de otra opinión.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Eleanor—. Yo pensaba que estaríais ansiosos por salir lo antes posible, teniendo en cuenta que vais a hacerlo con vuestro padre.

—Hace ya un rato que estábamos preparados —dijo Venice—. No sabíamos cuándo teníamos que bajar.

—Ah, o sea que se trataba de eso. Bien, la próxima vez será mejor que le esperéis en el vestíbulo. Así no hará falta que le estéis esperando cuando ya estéis preparados.

La capacidad de espera de los niños, con notable olvido del influjo hereditario, fue puesta a prueba unos cuantos minutos más; y luego el grupo partió, con las chicas colgadas de los brazos de su padre, y James haciendo cabriolas a su alrededor de un modo que entorpecía su progreso y le hacía objeto de constantes reproches, pero que era el único método que le permitía participar en la conversación.

—Bien, así que os alegráis de libraros de vuestro padre —dijo Fulbert.

—¡No! —dijo Venice, en un tono que sugería la más extrema protesta.

—¡No! —dijo Isabel, en tono menos fuerte y con los ojos rebosantes de lágrimas. Necesitaba a su padre y le daba pánico vivir en aquella casa sin él.

—¡No! —dijo James, en un tono que parecía un eco de los anteriores.

—Tú y yo nos escribiremos cartas —dijo Fulbert apretando el brazo de Isabel—. Cada semana llegará una carta dirigida a tu nombre, y no podrá leerla nadie más.

Isabel pareció complacida, como si lo que Fulbert decía fuese posible, y su hermana pareció no comprender el relativo fracaso

obtenido por su esfuerzo de costumbre.

—Tú compartirás las cartas con ella —le dijo Fulbert, sin tener conciencia de que esto pudiera afectar su anterior promesa—. Les escribiré cartas a mis dos hijas intermedias, y serán para ellas solas. A no ser que se las quieran enseñar a Madre.

Consciente de que no era objeto de atención, lo cual empezaba a ocurrir casi constantemente, James pegó un brinco.

—También las compartirá mi muchacho —prometió Fulbert, sin fijarse más que en este nuevo rasgo de magnanimidad—. El trío del aula tendrá carta propia, y sólo se la mostraréis a los demás en caso de que así lo decidáis vosotros.

La tendencia de los tres a retozar subrayó la alegría que les producía la idea.

—No te me pongas siempre debajo de los pies, hijo —dijo Fulbert, levantando las piernas a fin de no tropezar.

—¿Cómo es Sudamérica? —preguntó Venice.

—Espera un poco. Este no es todavía el momento adecuado para formular esta pregunta. Me gustaría poder darte una información de primera mano.

—Abuelo ya lo conoce —dijo James—. Dijo que las flores y los árboles eran muy diferentes.

—No creo que todo esté igual que como la vez que él estuvo allí —dijo Fulbert, negándose a ceder su futura autoridad sobre la materia, a pesar de que era difícil que los cambios incluyesen a la vegetación—. Espera a que regrese.

—No te pongas delante de mí, James —dijo Venice, con amabilidad.

—Ni de mí —dijo Isabel, más severamente.

—Mantente a un lado, hijo —dijo Fulbert—. ¿Qué es exactamente lo que os gustaría saber? Decídmelo, y me fijaré.

Obligaron a James a hacerse a un lado antes de hacer sus peticiones, y Fulbert hizo una pausa y les atendió pacientemente antes de permitir que el grupo reanudara el paseo.

—Así que Isabel quiere saber si es cierto que todo el continente sudamericano se encuentra debajo del mar, ¿eh? —dijo Fulbert en tono amable.

—Sí —dijo Isabel, acelerando el paso.

Fulbert se inclinó y le susurró unas palabras al oído, y a Venice le dolió no ser capaz de provocar semejantes reacciones ante su curiosidad por el continente desconocido.

—¿Esos países tienen el mar debajo de ellos? —preguntó James—.

¿O la tierra atraviesa el mar de parte a parte?

—Lo que preocupa a Isabel es el mar que está encima de esos países —dijo su padre.

—¿Es cierto que tienen un mar encima?

—Tan cierto como que la gente siente y piensa, hijo.

—Ya —dijo James, más animado.

—Ahora haremos una carrera hasta el árbol y de vuelta aquí —dijo Fulbert, que quería dejar a sus hijos tan llenos de interés como de buenos recuerdos—. Preparados. Que nadie empiece antes que los demás. Tenemos que rodear el árbol y regresar.

Los niños se prepararon para el esfuerzo. James, muy seriamente; Venice, medio en serio; e Isabel, fingiendo un animado apasionamiento que distaba mucho de sentir, pues era más débil que los otros; sin embargo, pese a no poder competir por el triunfo, no quería con la derrota perderse las simpatías de su padre.

—¡Muy bien, Venice! —exclamó Fulbert al llegar a la meta, después de su hija y empatado con el muchacho, e incapaz de cederle el puesto a su otra hija porque la trampa hubiese sido demasiado patente—. Muy bien, hijo. Y mi Isabel ha llegado la última y, encima, agotada.

—Soy muy mala deportista, Padre.

—¿Sí, hija? —dijo Fulbert apoyando su mejilla contra la de la niña —. Pero tú dedicas tus fuerzas a otras cosas. Que, para tu padre, son más importantes.

Venice volvió a tener la sensación de que su éxito había sido más vulgar. Y esa sensación no se vio en absoluto debilitada cuando, a modo de premio por sus respectivos logros, su padre les dio un chelín a cada uno. Una vez terminada la conversación, comprobaron que le habían dedicado una hora entera. Fulbert y James creían que había sido una hora y media, Venice un poco más, e Isabel había perdido por completo la noción del tiempo. Eleanor salió al vestíbulo para recibirles.

—Vaya. Padre parece bastante cansado, y tú también, Isabel Él tiene motivos, porque ha cargado con el peso de vosotras dos, pero parece que tú te canses en seguida. —Eleanor se sentía a la vez conmovida y fastidiada ante cualquier signo de debilidad por parte de sus hijos; se lo tomaba como una amenaza contra ellos, entendidos como posesiones—. Venice parece tan fresca como antes de salir. Me parece, Fulbert, que a Isabel le deprime saber que vas a irte.

Isabel se dirigió inmediatamente a la escalera; Venice la siguió bastante desalentada; y James dio un brinco y alzó la vista para mirar

a su madre.

—Hemos hecho una carrera y ha ganado Venice, y yo he quedado el segundo, y Padre nos ha dado un chelín a cada uno.

—¡Qué divertido! Aunque, ¡tantas carreras y brincos para un pobre chico que no ha podido ir al colegio! ¿A ti qué te parece que significa eso? Bien, lo mejor será que subáis todos al aula inmediatamente. No me gustaría que vuestro padre viera lágrimas y cansancio durante los últimos días antes de irse.

Los niños, no demasiado seguros de las predilecciones de su madre, se fueron arriba, y Fulbert entró en la sala y se desplomó en una butaca.

—¿Sabes, Eleanor, aunque supongo que no lo sabes, que tratas a tus hijos como si fuesen adultos? —Fulbert tenía derecho a hacerle esta crítica, pues no incurría en el mismo error.

—Cuando les trato, me limito a ser como soy. Lo mejor para los niños es la naturalidad.

—Me parece que no hace falta tanta, cariño. Impides que ellos sean naturales. Y cada uno necesita un toque especial y una diferente forma de comprensión.

—Dudo mucho que sea prudente hacer diferencias.

—Hay que hacerlas, en cierto sentido —dijo Fulbert, pensando que él mismo le daba ejemplo en esto a su esposa.

Eleanor soltó una risilla.

—Me extraña que te atrevas a dejarles con su débil madre.

—No carecerás de apoyo, cariño.

—Tengo la sensación de que yo sería incapaz de dejarles, por ningún motivo.

—Es una suerte que yo pueda hacerlo, por un buen motivo. Me voy por ellos. Estoy seguro de que te entregarás a su cuidado. Sé que sabrás ocupar mi lugar.

—Yo no podría dejarle el mío a nadie —dijo Eleanor, que hablaba con sinceridad—. Nadie sería capaz de pensar siempre en los nueve. En este momento tendría que estar dándoles las buenas noches a los tres pequeños.

—Es un deber que me encantará cumplir contigo. Y no te compadezco por el hecho de que vayas a tener que cumplirlo cuando yo me vaya.

Subieron a las habitaciones de los pequeños y encontraron a sus ocupantes aproximándose al final de su jornada.

—Pronto estarás en tu camita —le dijo Eleanor a Nevill.

—Con Hatton.

—Sí. A no ser que quieras empezar a dormir en la habitación de Gavin.

—Con Hatton —repitió su hijo poniendo cara de asombro y desinterés.

—Sí, Hatton te hará compañía un ratito.

—Toda la noche. Nevill estará con Hatton toda la noche.

—¿Te irás muy pronto? —le preguntó Gavin a su padre.

—Dentro de unos siete días.

—Siete días es una semana.

—Toda la noche, toda la noche —dijo Nevill, golpeando con la palma la rodilla de su madre.

—Sí, sí, toda la noche. Honor, dile algo bonito a tu padre sobre su partida. Cuéntale lo mucho que vas a echarle de menos.

Honor se puso a llorar; Fulbert la rodeó con el brazo; Nevill dirigió a su hermana una mirada de respetuosa preocupación; Gavin la observó con el ceño fruncido.

—Anda, sécate las lágrimas y no te apoyes en Padre —dijo Eleanor —. Él está tan cansado como lo estás tú cuando terminas la jornada. ¡Pobre criatura, había estado ocultando sus sentimientos!

—No los ocultaba —dijo Gavin.

—Lo ha intentado; no quería inquietar a Padre. ¿Verdad que también tú sientes que se vaya?

—Si decimos que sí, él se enterará —dijo Gavin, que estaba triunfando en su intento de ocultar los celos que sentía ante el interés despertado por su hermana.

—Padre se irá. ¡Al trote, al galope! —dijo Nevill, ilustrando esta noción del viaje.

—Nevill no entiende nada —dijo Gavin.

—No tiene más que tres años —dijo Eleanor—. Tampoco tú entendías gran cosa a su edad.

—Padre regresará pronto —dijo Nevill, demostrando lo bien que captaba la situación.

—Me parece que yo entendía mejor las cosas —dijo Gavin.

—Si sigues diciendo estas cosas, te exigiremos que saques buenas notas.

—Sólo dan notas a los chicos que van al colegio —dijo Gavin, al que le fastidiaba que James ya tuviese esta experiencia.

—Madre se refería a los comentarios sobre tu marcha en el aula —dijo Honor, provocando una sonrisa en sus padres.

—Pronto irás al colegio —le dijo Eleanor a su hijo—. No siempre estudiarás con una institutriz.

—James va a veces al aula con Miss Mitford. Yo podría estudiar siempre con ella.

—¿Quieres decir que te gustaría ir a clase con Honor?

—No —dijo Gavin, fiel a su idea de que todo sentimiento auténtico debía permanecer oculto.

—Buenas noches, Madre —dijo Nevill, acercándose a Eleanor con pasitos breves y rápidos.

—Buenas noches, hijito. ¿Vuelves a ser un caballo?

—Chu-chu-chu —dijo Nevill, para que ella comprendiera su error.

—Ha pasado a la edad de la máquina —dijo Fulbert.

—¿La edad de los tres años? —preguntó Gavin.

—Padre quiere decir que ha pasado a otra época —respondió Honor.

—Quizá tiene razón el chico cuando dice que podría estudiar en casa —dijo Fulbert.

Eleanor hizo una seña muda en contra de esta referencia a Honor, que ella creía que su hija no había captado, a pesar de que se estaba tratando precisamente de la inteligencia de la pequeña.

—Me parece que no tengo muchas cosas en común con Madre —dijo Honor cuando se cerró la puerta tras sus padres.

—¿En común?

—¡Ya basta de aprender cosas por hoy! Tienes que dejar algo para que te lo pueda enseñar la institutriz —dijo Hatton, provocando la risa de Mullet—. Voy a llevarme a Nevill a la cama. Y vosotros no tardéis en acostaros.

—¿Nos contarás cosas de cuando eras pequeña, mientras le cepillas el pelo a Honor? —le preguntó Gavin a Mullet.

—Sí, os contaré el último capítulo de mi niñez —dijo Mullet, emprendiendo una tarea tan conocida como agradable, con la mirada y las manos concentradas en la cabeza de Honor—. Porque me parece que después de esto ya no volví nunca a ser una niña. Ya sabéis que vivíamos en una casa más o menos como ésta; quizá un poco más pequeña y compacta, pero se le parecía mucho. Y un día, cuando mi padre había salido al extranjero, me quedé sola con los criados. No me quedé con un abuelo y una abuela ni con mi madre, sino sólo con los criados. Y me encontré sola en el aula, y todos los criados estaban en la planta baja. A menudo tenía que pasarme sola muchas horas, pues no había nadie como yo en toda la casa, y prefería mi propia compañía a la de las personas de categoría inferior. Pues bien, me encontraba sentada, con mi raído vestido de terciopelo, balanceando mis pies calzados con mis gastados zapatos; al principio, mis cosas

eran bonitas, pero luego no me cuidaban apenas. Y entonces oí sonar el timbre, y llegó mi padre a casa. «¿Se puede saber qué es esto? —preguntó en cuanto llegó apresuradamente al lugar donde yo me refugiaba—. ¿Cómo es que encuentro a mi hija sola y desatendida?» Los criados subieron corriendo cuando oyeron el timbre, cuando el perentorio timbrazo retumbó por toda la casa. «¡Me encuentro con mi hija, con mi heredera, aquí, abandonada y languideciendo de soledad! ¡En unas habitaciones que serían más propias de un perro!», prosiguió, echándole una ojeada al aula, que estaba muy maltrecha, hablando en un tono más intenso incluso que sus palabras. «¡Abandonada como un pecio, como unos desperdicios! —prosiguió apretando los dientes y los puños según una costumbre que le caracterizaba—. ¡Y pensar que yo creí que la dejaba en manos de unos criados fieles que sabrían atender a mi hija huérfana! Se acabó —continuó diciendo—. Nunca más volveré a confiar en aquellos cuyos corazones no laten con espíritu servicial. Seres rastreros —dijo, alzando el brazo en uno de sus infrecuentes ademanes—, alejaos de los muros que seguirán cobijando a mi hija mientras me quede aliento». Y se quedó allí, con la cabeza inclinada hacia el suelo, esperando que pasaran los criados, casi haciéndoles un saludo como el que les haría un caballero, sintiendo el dolor que produce separarse de quienes te han servido durante toda tu vida. —La voz de Mullet cambió de tono para hacerse más abierta y prosaica—. De modo que así fue cómo nos quedamos los dos solos en aquella casa, sin nadie que nos cuidara y con muy pocas intenciones de cuidarnos a nosotros mismos. En cierto sentido fue bueno que todo ocurriera así, pues pronto nos sobrevendría la ruina, y creo que Padre lo lamentó menos de lo que hubiese podido hacerlo si le hubiese sorprendido a sangre fría. Hubo muchas ocasiones en las que le fue útil ser un hombre de sangre muy caliente. —Mullet dio un suspiro y movió las cejas—. Pero me parece que su muerte fue provocada por el hecho de que viniéramos a menos.

—Y entonces fue cuando te quedaste huérfana —dijo Gavin.

—Sí, entonces se produjo el cambio que partió mi vida en dos.

—¿Le hubiese gustado a tu padre que fueses una niñera?

—Bueno, en cierto sentido respetaba profundamente cualquier trabajo útil, como suelen hacer todos los caballeros. Pero en otro, le hubiese destrozado el corazón —dijo Mullet sin exagerar en absoluto, teniendo en cuenta cuál había sido la reacción de su padre ante vicisitudes de menor trascendencia.

—¿Y qué fue de la casa? —preguntó Honor.

—Fue vendida para pagar las deudas. Mi padre, tal como le

correspondía a un hombre de su posición, estaba muy endeudado.

—No hubiese debido tener tantos criados.

—No, no hubiese debido tenerlos. Pero le hubiera resultado imposible abandonar la forma de vida tradicional en su familia.

—¿Se pudo pagar a todos?

—Si le hubiésemos debido aunque sólo fuese un céntimo a los criados, señorita Honor, jamás hubiese podido yo llevar la cabeza alta —dijo Mullet, enderezando el cuello a fin de hacer inútiles más explicaciones.

—Nos dijiste que tenías a una doncella para ti sola. Pero en esa época no la tenías.

—Mi última niñera estaba a punto de convertirse en mi doncella. Pero el día en que mi padre regresó, no tenía a nadie; absolutamente a nadie —dijo Mullet, muy interesada en la precisión de los detalles—. Estaba a merced de los criados de abajo.

—¿Está Padre endeudado? —preguntó Gavin.

—Como le habléis a alguien de lo que os he dicho, no os contaré más que los mismos cuentos que a Nevill.

—Tendrías que llamarle señorito Nevill.

—Sí, eso tendría que hacer en estos tiempos. Pero cuando hablo de los viejos tiempos se me olvida lo de ahora. Bien, recordad que todo esto es un secreto.

—¿No te creería la gente? —preguntó Honor.

—Seguro que no —dijo Mullet, acompañando sus palabras de una risa despectiva para con la incredulidad del mundo.

—Me parece que Madre no se lo creería.

—A veces ni yo misma puedo creer en mis primeros años —dijo Mullet, anudándole el pelo a Honor con una destreza adquirida en épocas más recientes, y utilizando un justificado tono de sinceridad.

—Daniel y Graham están subiendo —informó Gavin.

—Vuestros hermanos mayores vienen a veros —dijo Mullet en un tono bastante severo—. Olvidaos de todo esto.

Los recién llegados no pretendían precisamente visitar a los pequeños pues, simplemente, al encontrar ocupado su estudio por Luce y una amiga, habían subido al cuarto de los juegos confiando en que a esta hora estuviera vacío.

—Imagino que ya os vais a la cama, ¿no? —dijo Daniel.

—Cuando sea la hora —precisó Gavin.

—Pues ya ha llegado la hora —dijo Daniel, ocupando la silla que su hermano abandonaba.

Pero Gavin la recuperó; su hermano le desplazó, y él volvió a la

carga; Graham y Honor interpretaron la misma escena; la pelea acabó en gritos y diversión, y en su transcurso Honor se dio un golpe en la cabeza y lloró con un abandono proporcionado a su excitación. Llegó Hatton con un dedo sobre los labios y Nevill bajo el brazo, y les advirtió por señas de la presencia de los mayores, en la planta baja. Gavin se vio así refrenado cuando pretendía continuar el juego pese a las consecuencias que había tenido para su hermana, y Nevill, desde debajo del brazo de Hatton, hizo chitón y alzó un dedo para reforzar la orden.

Olvidada de estos cuidados, Hatton dirigió la atención de Mullet hacia Honor.

—Si le aplicas un pañuelo empapado en agua, mañana no se le verá apenas el chichón.

—Así no se enterará Madre, ¿verdad? —dijo Nevill como para consolarlas.

—¿Por qué tienes que llevar en brazos a ese niño tan mayor? —preguntó Honor, tratando de contrarrestar el efecto producido por su llanto.

—Hatton lleva a Nevill —dijo el pequeño.

—Honor tendrá mañana un buen chichón en la cabeza —dijo Daniel.

—No tendrá ningún chichón —dijo Nevill, aparentemente preocupado—. Le pondrán un pañuelo empapado en agua.

—Iremos a acunarte para que te duermas —dijo Graham.

—Hatton se sentará en su cama pequeña —dijo Nevill para tranquilizarle.

—Anda, sé un pony y vete trotando a la cama.

Nevill agitó los miembros, rebelándose contra el brazo que le mantenía cautivo, y en cuanto le dejaron en el suelo dio al trote una vuelta completa a la habitación y salió de ella sin alterar el paso, aceptando como una cosa necesaria y natural que le abrieran la puerta.

—¿Le dolerá la cabeza a Honor cuando esté acostada? —le preguntó Gavin a Mullet.

—Si le duele, ven tú a buscarme.

—Puede ir ella sola. Sólo tiene un golpe en la cabeza.

—Todavía no refresca por la noche.

—A mí me gusta el frío. Me gusta incluso el hielo.

—Le da miedo la oscuridad —dijo Honor, agachándose a recoger sus pertenencias—. Casi tanto como a mí. Pero ya no me duele la cabeza; no necesito el pañuelo.

—Ya no lo necesitas —dijo Gavin, admirado en más de un sentido.

—Ábreme tú la puerta. Voy muy cargada —dijo Honor, subrayando así que sólo lo necesitaba debido a este hecho.

La pareja partió sin despedirse de sus hermanos, que ni notaron el olvido ni trataron de remediarlo. A los pequeños les reemplazó el grupo de estudiantes del aula, que entró en la habitación sin prestar atención a su presencia, como si esta novedad no le afectara. Era Luce quien les hacía marchar, adoptando aires de déspota benévola.

—¿Nos necesitas para algo? —preguntó Daniel.

—Ha dicho Luce que había que airear el aula antes de la cena —dijo Venice.

James se dirigió a una silla y reanudó la lectura de su libro.

—¿Está Miss Mitford a prueba de resfriados? —preguntó Graham.

—Se ha ido a su habitación —dijo Isabel.

—Hace algún tiempo que me pregunto si no sería conveniente que Graham volviera a estar bajo su cuidado —dijo Daniel.

—A ella le gusta que sus alumnos no sean demasiado pequeños —dijo Graham.

Venice rió.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Luce, recostándose en su silla y cerrando las palmas sobre sus rodillas—. Miss Mitford es más adulta y más sabia que Graham. ¿Por qué no podría aprender algo de ella?

—Es una mujer —dijo Venice.

—El saber no vale más por el hecho de que te lo brinde un hombre.

—Pues parece que lo valga —dijo Isabel—. Los hombres salen más caros que las mujeres.

—Y Mitta, ¿no sale cara? —preguntó Venice, sorprendida.

—De todos modos, sigue pareciéndome una persona que, a su modo, parece que haya nacido para mandar —dijo Luce.

—Somos muy pocos los que podemos consumar nuestro destino —dijo Graham.

—Dudo mucho que haya alguien cuyo destino sea obedecer —dijo Isabel—. Seguramente es por esta razón que la gente suele mandar tan mal. Les falta la materia prima adecuada para ejercer ese don.

—A veces me pregunto si los miembros de nuestra familia hemos nacido para mandar —dijo Luce.

—Me parece que Isabel tiene razón cuando dice que la mayoría de familias sí es capaz de hacerlo —dijo Daniel.

Venice se levantó como si quisiera participar en la conversación, pero fue incapaz de encontrar algo que decir.

—Así que James ha aprendido a leer —dijo Graham.

—Tú no vas tan adelantado como él, teniendo en cuenta tu edad —dijo Daniel.

—Mitta se olvidó de retirar ese libro —dijo Venice.

—¿Está mal que James lo lea? —preguntó Luce—. Déjamelo ver, James.

James le entregó el libro a su hermana con una obediencia capaz de aplacar a cualquiera.

—He aquí un ejemplo de la renuencia a obedecer que estábamos comentando —dijo ella enarcando las cejas y devolviéndole el libro.

Miss Mitford abrió la puerta.

—He tenido que subir a buscaros —dijo.

—Cierto, Mitta —dijo Daniel.

—La cena ya está servida.

—¿Qué hay? —preguntó Venice, mientras Isabel se volvía ligeramente interesada por el asunto.

—Algo hecho con huevos —dijo Miss Mitford, en tono quejumbroso.

—Parece que Mitta ya tiene edad para cenar en el comedor —dijo Graham, cuando se cerró la puerta o, al menos, cuando creyó que se cerraba.

—El pan de la dependencia no suele comerse abajo —dijo Miss Mitford.

—¿No has podido esperar un momento más a pronunciar tu discurso? —comentó Daniel.

—Es una pena que no hayas esperado, Graham —dijo Luce.

—No hace tanto tiempo que éramos alumnos de Mitta —dijo Graham.

—¿Te parece que por eso es menos grave que te haya oído decir una cosa tan desagradable? —preguntó su hermano.

—No, pero seguramente le ha servido para que no la pillara por sorpresa.

—Después de sus enseñanzas has recibido las de otros.

—Pero nadie me ha enseñado tanto como Mitta —dijo Graham en el tono que se usa para hacer una cita.

—Pronto se podrá comprobar que no has avanzado nada desde entonces.

—¡Qué pesado estás con tu inminente triunfo universitario!

—¿Por qué tiene que despreciar la gente esa clase de éxitos? —preguntó Luce, con las manos apoyadas de nuevo en las rodillas—. ¿Por qué hay que minimizar una cualidad, de cualquier orden que

sea?

—Es la única clase de éxito que podemos conseguir nosotros —dijo Graham, como si hablara consigo mismo—. Los que obtienen esta clase de logros no suelen llegar a ninguna parte en épocas posteriores, pero los otros tampoco lo consiguen. Nadie llega a ninguna parte después de concluidos sus estudios. Ya veo que he perdido la única oportunidad de éxito que se me ha presentado en mi vida.

—Callaos un momento, chicos —dijo Luce levantando una mano—. Quiero escuchar cómo giran las ruedas de la maquinaria de esta casa. Sí, Madre va al aula a darles las buenas noches. Eso significa que dentro de poco sonará el gong de la cena.

—Y Graham se abandonará a su vicio —dijo Daniel—. ¿No hay modo de remediarlo?

Eleanor había entrado en la habitación del piso inferior.

—Bien, hijos, ¿os lo habéis pasado bien durante este día?

—Ha sido un día corriente —dijo Isabel.

—Eso es una suerte, ¿no os parece? Se os ha atendido debidamente, y además habéis ido a dar un paseo con Padre. Sin duda, esto hace que el día no haya sido corriente.

—Sí, claro.

—¿Y James, ha tenido un buen día en el colegio?

—Sí —dijo James—. No, hoy no he ido al colegio.

—Entonces, ¿no tendrías que haber tomado el té en el cuarto de los pequeños para poder acostarte temprano?

—Ah, sí —dijo James como quien acaba de recordarlo de repente.

—No deberías olvidar estas cosas, hijo. Tienes los ojos cansados. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada —dijo James, con una actitud casi de asombro.

Eleanor abandonó la cuestión. No había llegado a fijarse en el reciente hábito lector de su hijo. Le tomaba por un crío al que cualquier libro sólo podía sonarle a deber, y pensaba que James había tardado más de la cuenta en acostumbrarse a cumplirlos.

—Como no parece que tengas mucho apetito, lo mejor será que subas inmediatamente. ¿Estás demasiado cansado para cenar? Oh, pero si estás sentado encima de un libro.

—Es que esta silla es más baja que las otras.

—Hay muchas donde elegir. ¿Por qué te has sentado en una tan baja que tienes que ponerte una cosa debajo? Por otro lado, una almohada sería sin duda más cómoda que un libro.

James puso cara de que jamás le hubiera pasado esa idea por la imaginación.

—¡Estos chicos! Hacéis unas cosas muy raras. Ahora dame un beso y vete a la cama corriendo.

James abrazó cariñosamente a su madre, y salió de la habitación con la presteza de quien no ha dejado tras de sí nada que le interese.

—Es un chiquillo encantador —dijo Eleanor como quien expresa en voz alta algo que acaba de descubrir recientemente, y subrayando así su buena opinión de James—. ¿No se ha acordado nadie…, no os habéis acordado ninguna de vosotras dos de que tenía que irse temprano a la cama?

—Nos hemos olvidado los cuatro —dijo Miss Mitford—. Lo cual parece demostrar que no era fácil de recordar.

Eleanor sólo sonrió lo necesario.

—Es lo bastante joven como para recordarlo perfectamente por su cuenta, y más teniendo varias personas…, dos hermanas mayores que él, que también lo sabían.

—También yo soy mayor que él —dijo Miss Mitford.

—Este es un asunto que no le concernía más que a él —dijo Isabel.

—La salud del muchacho, hija mía, concierne por igual a todo el mundo. Estoy segura de que Miss Mitford estará de acuerdo conmigo.

—No en cuanto al grado —dijo Miss Mitford.

—Bien, espero que otro día lo recuerdes —dijo Eleanor, sin mirar a la institutriz—. Ahora ven a darme las buenas noches, y después diviértete una hora hasta la hora de acostarte.

—¿Cómo deberíamos divertirnos? —preguntó Isabel—. Me gustaría que Madre nos lo hubiera dicho.

—Podría haberlo hecho —dijo Miss Mitford.

—A mí me basta con lo que ya nos ha dicho —dijo Venice.

—Ya me he leído todos los libros que tenemos —dijo Isabel.

—Vuelve a leer tus libros preferidos —dijo Miss Mitford—. No existe mayor placer.

—Usted no lo cree así. Sabe muy bien que prefiere tener libros nuevos. Cada semana toma uno de la biblioteca.

—Sí. Es una de mis escasas extravagancias.

—Una de sus dos extravagancias —murmuró Venice.

—Madre dice que le sorprende que tenga usted tiempo de leérselos todos —dijo Isabel.

—¿Ah sí? —dijo Miss Mitford, alzando amablemente la vista—. Nunca olvido las exigencias de mi vida personal.

—¿Verdad que no le gustaría volver a ser una niña?

—No. En absoluto.

—A mí me gustaría más ser una mujer, aunque tuviera que ser…

—Podrás ser mujer, sin necesidad de ser institutriz —dijo Miss Mitford, animándola, mientras empezaba a cortar las hojas de un libro que lo requería.

—¿Usted no quería ser institutriz?

—¿Por qué suele decirse que las personas juzgan a los demás de acuerdo con las características de cada uno? Siempre ocurre lo contrario.

Isabel se quedó en silencio y Venice se acercó a escuchar.

—Aunque yo soy diferente, desde luego —dijo Miss Mitford con expresión imperturbable.

—Quería decir que hubiera podido ser usted otras cosas —dijo Isabel.

—No veo cuáles.

—Yo diría que hay cosas peores.

—Sí, también yo, pero en general no suele pensarse así.

—¿Qué le habría gustado ser? —preguntó Venice.

—Lo que soy, con suficiente dinero para seguir viviendo.

Hubo un silencio.

—El bicho raro que soy —dijo Miss Mitford.

—¿No le hubiera gustado casarse?

—No. Jamás deseé vivir una vida colmada y normal.

—Tampoco yo lo deseo —dijo Isabel—. ¿Y tú, Venice?

—No lo sé. No estoy segura.

—Tendrías que pagar el precio de la plenitud del éxito —dijo Miss Mitford, comprensivamente.

—No entiendo por qué se considera que las solteronas tienen menos éxito —dijo Isabel.

—Bueno, porque no pueden demostrar que hayan sido pretendidas —dijo Miss Mitford.

—¿Ha sido pretendida usted alguna vez? —preguntó Venice en un tono que recordaba el utilizado por Honor cuando le preguntó a Hatton por su edad.

—No sondees nunca los secretos del corazón de una mujer —dijo Miss Mitford, dejando el cuchillo y tomando el libro.

Se abrió la puerta y entró James en batín, y dejando la puerta completamente abierta, para indicar que sólo entraba para un asunto breve, se puso a recoger sus pertenencias. Tomó su libro, lo sujetó bajo el mentón, amontonó otros objetos encima de él, y usándolo así a modo de bandeja, salió de la habitación.

—Le dará muchas más vueltas a todo eso si no lo termina —dijo Miss Mitford—. Vale más cumplir con el espíritu de los deseos de una

madre que con la letra.

—Es una suerte para James que pueda hacer lo primero —dijo Isabel—. Yo no encontré en ese libro nada que no supiera de antemano.

—James no lo entenderá —dijo Venice.

—Las personas suelen entender las cosas cuando las leen por primera vez —dijo Miss Mitford.

—Cierto —dijo Venice, a quien le había ocurrido esto.

—Dentro de un año podre leer lo que quiera —dijo Isabel—. A partir de los dieciséis años podemos elegir de entre todos los libros de la biblioteca.

—Pacerás en los saludables prados de la literatura inglesa —dijo Miss Mitford—. Pacer no es la palabra adecuada.[5] Pero sirve muy bien para decirnos que esos pastos son saludables.

—Lo son, sin duda —dijo Isabel.

—Sí, y por eso es bueno saberlo.

—No sé si Madre está enterada de que lo son —dijo Venice, riendo —. Espero que no suba a ver si James se encuentra bien.

Miss Mitford alzó la vista.

—¿No se le ocurrirá también a él? —preguntó Isabel, refiriéndose a la posibilidad de adoptar precauciones.

—Usted teme tanto a Madre como nosotros, Mitta —dijo Venice.

—No tanto. Ella no siente ningún afecto por mí, y esto me sitúa fuera del alcance de su poder. Pero la temo, naturalmente. En el fondo soy una criatura sensible y apocada.

—¿Le importaría mucho que ella la…?

—¿Que me despidiera? Sí. Este será mi último empleo. Cuando Honor haya crecido, me retiraré.

—¿A qué se dedicará entonces? —preguntó Isabel.

—Puedo vivir con mis parientes, si les pago.

—Pero a usted no le gusta su compañía. Siempre se alegra mucho de regresar aquí.

—Y sin embargo creo que disfrutaré mi vida con ellos. ¡Qué persona tan rara e imprevisible soy!

—No está bien que tenga que pagarles a unos parientes.

—Bueno, los ingleses carecemos de instintos familiares. Me refiero a esos a los que tú te referías. De hecho, sí los tenemos, y una de nuestras normas en este terreno dice que los parientes no deben causarnos ningún gasto.

—Quizá es que son pobres —dijo Venice.

—No tanto como tú crees, teniendo en cuenta que soy una

institutriz.

—Quizá no sean parientes próximos.

—Lo son. Es precisamente entre parientes próximos donde se dan los instintos familiares.

—Podría irse a vivir con unos amigos —dijo Venice.

—No hay que olvidar los vínculos de sangre.

—¿Tanto importan? Parece que la gente suele olvidarlos.

—Pero la gente también sabe que los otros los recuerdan. Esta es otra norma de los instintos familiares.

—Es posible que yo me case —dijo Isabel—. No estoy del todo segura de que no vaya a hacerlo.

—Tendrás dinero suficiente para pagar a tu hermana, aunque no trabajes —dijo Miss Mitford.

—Yo no querría que ella me pagase —dijo Venice.

—Las personas con hijos son frecuentemente las que mayor necesidad tienen de dinero —dijo Isabel—. Quizá necesites mi contribución para el mantenimiento de la casa.

—Este es un instinto familiar, pero de otro tipo —dijo Miss Mitford.

Hubo un silencio.

—Nosotras sabemos cosas que no hubiésemos llegado a saber si no hubiera sido por usted, Mitta —dijo Isabel.

—Para eso estoy con vosotras.

—Me refiero a cosas que no tienen que ver con las lecciones.

—Son las que más pronto se aprenden —dijo Miss Mitford.

CAPÍTULO IV

—No hemos arreglado el cuarto de los niños —le dijo Honor en tono despreocupado a la nueva institutriz—. Hatton nos dijo que lo hiciéramos, pero no le hemos hecho caso.

—Entonces, será mejor que lo hagáis ahora. Esto no está preparado para que demos la primera lección.

Los alumnos cruzaron entre sí una mirada de extrañeza ante esta inesperada actitud.

—¿Por qué no lo hace usted? —preguntó Gavin, en una voz casi inaudible.

—No he sido yo quien ha dejado esta habitación tan revuelta.

Honor empujó a patadas algunos juguetes en dirección al armario, y Gavin la secundó perezosamente. Ninguno de los dos parecía conceder valor alguno a los objetos con los que habían estado ocupados.

—¿Cómo es que jugabais con esos juguetes si les tenéis tan poco cariño? —inquirió Miss Pilbeam.

—No hemos dicho que no se lo tengamos —dijo Gavin.

—Son los únicos que tenemos —dijo Honor.

—¿Crees que ella nos dará otros? —le preguntó Gavin a su hermana, acompañando las palabras de un codazo.

—No he venido a ayudaros a jugar, sino a trabajar. ¿Por qué usáis los pies en lugar de las manos?

Miss Pilbeam era una mujer alta y pálida de veintisiete años, rasgos bastante sólidos, ojos pequeños y honestos, manos blancas, expresión sobria y seria, y con una sonrisa que parecía una modificación voluntaria de su cara. Los títulos que la habilitaban para la enseñanza se reducían a la suposición de que por fuerza tenía que saber más cosas que unos niños tan pequeños, y nadie le había pedido que presentara otros.

—Esto bastará para despejar un poco la habitación —dijo Honor, atrayendo la mirada de Miss Pilbeam.

—Sí, bastará —dijo Gavin.

—Ahora, venid a demostrarme que también sois capaces de usar vuestras manos —dijo Miss Pilbeam, adornando su rostro con una sonrisa y colocando unos libros de caligrafía sobre la mesa.

—Nunca empezamos escribiendo —dijo Honor.

—¿Por qué soléis empezar?

—Ortografía o historia o francés o sumas. Eso es todo lo que estudiamos, y también un poco de latín —dijo Honor en un tono tan natural que dejaba fuera de lugar toda posibilidad de emitir una mala opinión acerca de estos estudios.

—Bien, pues hoy empezaremos con la caligrafía.

—¿Por qué tenemos que cambiar? —preguntó Gavin.

—Porque así lo quiero yo.

—¿Es esto un motivo?

—Tendréis que aprender que lo es.

Honor metió su plumilla en el tintero con tal impulso que lo salpicó todo.

—¡Pobre mantel! ¡Con lo viejo que está! —exclamó, indicando la baja opinión que le merecía.

—Es una tela muy bonita. Qué pena que lo hayas ensuciado de este modo.

Honor cogió una esquina del mantel y limpió en él la plumilla, para corroborar su actitud.

—En realidad sólo sirve para proteger la mesa —dijo luego.

—Y parece que la mesa está muy necesitada de esa protección —dijo la institutriz.

Honor se rió.

—¿No tienes un limpiaplumas? —quiso saber Miss Pilbeam.

—No.

—¿Una cosa para limpiar la pluma? —preguntó Gavin.

—Claro —dijo su hermana.

—Yo te haré uno —dijo Miss Pilbeam.

—No hace falta que lo compre usted —dijo Gavin.

—Los venden en las tiendas, pero yo misma puedo hacerte uno perfectamente.

—¿Por qué no lo compra? —dijo Gavin con aspereza.

—Porque no es necesario.

—Nosotros siempre lo compramos todo —dijo Honor.

—Te enseñaré a hacer algunas cosas.

—¿Cuáles?

—Limpiaplumas y alfileteros y secantes de rodillo y varias otras

cosas.

—¿Ha venido para enseñarnos eso? —le preguntó Gavin a su hermana, haciendo un aparte.

—No estoy obligada a hacerlo —dijo Miss Pilbeam—, pero quizá os guste aprenderlo.

—No quiero aprender cosas que no tengo obligación de aprender —dijo Honor.

—¿Le darán permiso para que nos lo enseñe en las horas de clase? —dijo Gavin, haciendo un nuevo aparte.

—No os lo enseñaré durante esas horas —dijo Miss Pilbeam, corrigiendo la posible mala interpretación—. Nos acordaremos de eso en cualquier otro momento.

—¿Sabe construir un arco y unas flechas?

—Sí. Podré enseñarte a hacerlo.

—Sólo le he preguntado si sabía.

—Un arco y unas flechas —dijo Honor.

—¿Querrás tú también aprender a hacerlos? —preguntó Miss Pilbeam.

—Sí, me parece que sí.

—Pues los haremos un día, después de clase.

—¿No se irá usted a su casa al terminar? —inquirió Gavin.

—Lo normal será que me vaya. Pero algunos días me quedaré un ratito con vosotros.

—¿Tiene obligación?

—No, pero a veces os gustará que me quede.

Honor y Gavin se miraron el uno al otro, y rompieron a reír de alegría pues supusieron que eso significaba que eran apreciados.

—Ahora, empezad a escribir. Otro día no habrá tanta charla.

—Es usted la que habla —dijo Gavin.

—Bien, pero ahora dejaré de hacerlo.

—¿Se quedará hoy un ratito?

—No. Esta mañana tengo que regresar a casa. Mi padre quiere verme.

—Oh, ¿tiene casa? —le dijo Gavin a su hermana, señalando a Miss Pilbeam con el pulgar.

—Sí —dijo esta última sonriendo—. ¿Dónde viviría si no la tuviera?

—Podría vivir en la calle.

—¿Conoces a mucha gente que viva en la calle?

—No, pero en realidad a usted no la conocemos.

—¿Tiene usted que hacer lo que su padre le manda? —preguntó

Honor.

—Me gusta hacerlo, cuando está en mi mano. E imagino que a ti también debe de gustarte.

—¿Por qué quiere verla?

—Le gustará saber qué tal me ha ido.

—¿Quiere decir…, con nosotros? —dijo Honor, sorprendida al enterarse de que la marcha de las clases pudiera interesar a alguien de fuera de su casa.

—Sí, y esto me recuerda que no estamos avanzando apenas. A ver qué tal lo habéis hecho.

Honor colocó su cuaderno ante Miss Pilbeam con notable violencia.

—No está demasiado bien, y además lo has emborronado.

—No me interesa hacerlo mejor —dijo Honor, recostándose en el respaldo de su silla.

—¿No tiene que ver mi cuaderno? —quiso saber Gavin, pasándoselo bruscamente a la institutriz.

—Sí, también quiero ver el tuyo. Tampoco está nada bien. Creo que podéis mejorar.

—Esforzándonos —dijo Honor.

—Entonces, la próxima vez tenéis que esforzaros. Ahora pasaremos a la historia.

—¿Necesita cordel corriente para hacer el arco? —preguntó Gavin.

—No. Es un cordel especial. Quizá eso sí tengamos que comprarlo. ¿Cuánto dinero os dan para vuestros gastos?

—Oh, unos tres peniques a la semana —dijo Honor, sin precisar demasiado ante lo insignificante de la suma.

—Eso es lo que nos dan —dijo su hermano.

—Se pueden hacer muchas cosas con tres peniques a la semana —dijo Miss Pilbeam.

—¿Le daban a usted tanto cuando era pequeña? —inquirió Gavin.

—Sí, más o menos esa misma cantidad.

—¿Podía permitírselo su padre?

—Sí. A esa cifra solía llegar.

—Entonces, ¿por qué tiene que ser institutriz?

—Bueno, porque ahora quiero mucho más que eso.

—¿Cuánto gana? —dijo Honor, con la vista y las manos concentradas en su pluma, y con una voz que parecía casi incapaz de alejarse de esa ocupación.

—Sabes muy bien que no tendrías que hacerme esa pregunta.

—Pero usted nos acaba de preguntar cuánto nos daban a nosotros.

—No es lo mismo. Tomad vuestros libros de historia.

—Sólo tenemos uno. Y también tendremos que compartirlo con Nevill.

—¿Nevill es vuestro hermano pequeño? Tiene aspecto de ser un chiquillo encantador.

—No lo es —dijo Gavin—. Siempre hace lo mismo.

—Bueno, le juzgaré por mí misma. Ahora voy a leeros un capítulo y luego os haré algunas preguntas.

Honor se levantó y se tumbó en el sofá.

—No te sientes ahí, Honor. Regresa a tu silla.

—Siempre me pongo aquí cuando me leen.

—Esto no es un libro de cuentos. Ven a la silla y presta atención.

—¿Leer es enseñar? —preguntó Gavin.

—Sí, porque luego os haré preguntas. Todo esto forma parte de nuestro trabajo.

—Pero vamos a ser nosotros los que le digamos cosas a usted, y no usted a nosotros.

—Así es como debe ser.

—¿Enseñar es trabajar? —quiso saber Honor.

—Sí, y también lo es aprender, cuando tanto una cosa como la otra se hacen bien hechas.

—¿Es así como nos enseñará? —le preguntó Gavin a su hermana.

—Confío en que así sea; haré todo lo que esté en mi mano —dijo Miss Pilbeam, decidiendo que debía usar un tono sencillo y sincero, del mismo modo que a veces decidía sonreír—. ¿Vais a prestar los dos mucha atención?

Miss Pilbeam empezó a leer, mientras sus alumnos se ocupaban con lo único que tenían delante de ellos, el mantel; Gavin haciendo una trenza con los hilos de la orla, y Honor sacando hilos y trenzando un cordel. Cuando Eleanor entró, Miss Pilbeam era la única que siguió haciendo lo que hacía, y continuó como si no tuviera conciencia de la interrupción hasta que la visita habló.

—Bien, ¿y qué le han parecido sus nuevos alumnos, Miss Pilbeam?

Miss Pilbeam alzó una mirada tranquila.

—Todavía no sé muy bien qué se puede esperar de ellos.

—¿Qué lección estaba dándoles?

—Hemos empezado por la historia.

—Tengo entendido que han estudiado bastante esta asignatura.

—Pronto averiguaré hasta dónde han llegado.

—Tiene que leer el libro ella misma —murmuró Gavin.

—¿Qué decías, hijo? —preguntó Eleanor—. ¿Qué ha dicho, Honor?

—Ha dicho que Miss Pilbeam estaba leyéndonos el libro. Cuando termine tendremos que contestar las preguntas que nos haga.

Sin alzar la vista, Miss Pilbeam miró primero a uno de sus alumnos, y luego al otro. Quizá estuviera siendo ella la primera que empezaba a progresar.

—Este es un buen modo de utilizar el libro —dijo Eleanor—. Otro día vendré a ver qué tal se defienden los niños. ¿Cómo se encuentra su padre, Miss Pilbeam? Debe de echar muchísimo de menos a su madre.

—Así es, ciertamente. Se encuentra mejor de ánimos, pero depende mucho de mí.

—Usted es una persona útil en dos hogares. Espero que esta mujercita llegue a ser como usted cuando sea mayor.

Honor puso cara de sorpresa.

—¿No crees tú que lo lograrás, hija? A ti también te gustaría que lo lograse, ¿verdad, Gavin?

—No. Me parece que no. Ser útil va bien para los demás, no para uno mismo.

—Con su hermano al lado, Honor no corre el menor riesgo, ¿verdad, Miss Pilbeam? —inquirió Eleanor sonriendo al tiempo que abandonaba la habitación y sin la menor conciencia de lo que la frase significaba para la propia Miss Pilbeam.

—¿Se ha ido su madre? —le preguntó Gavin.

—Ha fallecido. Falleció hace un año.

Gavin y Honor se miraron y se pusieron a reír nerviosamente.

—¿Por qué no lleva entonces luto? —preguntó Honor, como si esto excusara su reacción.

—Justo ahora acabo de dejar de llevarlo.

—Entonces, ya no le importa.

—Claro que sigue importándome. La ropa no cambia nada.

—Entonces, ¿por qué se viste la gente de luto? ¿No es para mostrar que lo sienten?

—No es más que una costumbre.

—¿Y su padre, lleva luto? —quiso saber Gavin.

—Un brazalete negro en la manga. Es lo que suelen hacer los hombres.

—¿Quiere eso decir que él lo siente más que usted?

—Sí. Lamento decir que él lo siente todavía muchísimo.

—¿Hubiese preferido él que se hubiera muerto usted?

—Sí, quizá lo hubiese preferido.

—Yo odiaría a quien quisiera que yo me muriese —dijo Honor.

—¿Se alegra él de que usted ya no lo sienta? —preguntó Gavin.

—Ya sabes que sigo sintiéndolo. Ahora vamos a continuar la clase. Confío en que no tenga que decirle a vuestra madre que no prestáis la suficiente atención.

Honor y Gavin coincidieron con ella hasta el punto de permitir que la clase prosiguiera hasta llegar a su conclusión. Luego Gavin reanudó la charla.

—¿Qué es su padre, Miss Pilbeam?

—Médico veterinario.

—¿Qué clase de médicos son esos? Un oftalmólogo es el que cura los ojos de la gente.

—Sí. Y el veterinario es el que cura a los animales.

—¿Animales? ¿Caballos y vacas solamente?

—Todos los animales. Caballos de caza y perros zorreros y de todo —dijo Miss Pilbeam, elevando la materia prima a su más alta esfera.

—Entonces, su padre no es un doctor de verdad, ¿no?

—En cierto sentido es una cosa diferente, y en otro es lo mismo —dijo Miss Pilbeam, como quien ilumina definitivamente la cuestión a los ojos de sus alumnos.

—Así pues, no es un caballero, ¿no?

—Es un hombre culto. Tuvo que superar unos exámenes muy difíciles.

—¿Tan difíciles como los que les ponen a personas como Daniel y Graham?

—Sí. Yo diría que casi tan difíciles como esos.

—En cambio, no gana lo suficiente para que usted no tenga que ser institutriz.

—A él le gusta que yo haga alguna cosa útil.

—Pero enseñar no es útil, a no ser que se sepa lo suficiente para poder enseñar.

—Yo sé lo suficiente para enseñaros a vosotros.

—Pero ha tenido que leer en ese libro lo que pasó en la historia. No lo sabía antes.

—¿Crees que valdría la pena que yo escribiera otro libro?

Honor rompió a reír.

—No tardará usted mucho en aprender que en esta casa nunca hay nada por duplicado.

Miss Pilbeam la miró en silencio.

—Entonces, nosotros podemos contestar leyendo el libro —dijo Gavin, continuando su discusión.

—Ya veremos lo que dice vuestra madre.

—Ahora solemos hacer sumas —dijo Honor, comprendiendo que

había terminado la charla.

—Dame el libro de aritmética.

Gavin se lo entregó, con una mirada a su hermana, y una serpiente se desenroscó en las manos de Miss Pilbeam.

—¡A quién se le ocurre jugar con una cosa tan de críos! —exclamó ella en cuanto comprendió lo que era. Los rostros de sus alumnos demostraban que sus esperanzas habían quedado satisfechas.

—Es de Nevill —dijo Gavin, a modo de explicación—. Yo sólo la he metido en el libro. He pensado que, como su padre es médico de animales, seguramente le gustaría.

Miss Pilbeam no pudo contener la risa, y enseguida hubo un jolgorio generalizado.

—Es una imitación muy realista —dijo Honor.

—Sí, muy sencilla —dijo Miss Pilbeam—. Ahora tomad nota de esta suma.

—A nosotros siempre nos las anotan.

—Y yo no hago las mismas que Honor —dijo Gavin—. Las suyas son más difíciles. De la mitad del libro.

—A ver, enséñame las que haces tú, Honor.

La niña obedeció, y Miss Pilbeam les dictó los ejemplos, e hizo por su cuenta la que le había correspondido a Honor a fin de poder corregirla si se equivocaba. Pero Honor le dio en seguida la suma correcta.

—Déjame ver el libro.

Honor lo empujó hacia ella.

—Sí, bien. Y muy rápida. ¿Y tú, Gavin?

—Yo hago sólo una suma. Honor hace tres.

—Pues no os lleváis más que once meses. Tendrías que ponerte a su altura, Gavin. ¿Le ayudas alguna vez, Honor?

—No. No me dedico a enseñar a los demás —dijo Honor, insinuando que su experiencia y la de Miss Pilbeam no coincidían.

—Honor es un año mayor que yo —dijo Gavin—. Ella cumple los años el dos de julio, y yo el último día de junio. Me lleva un año menos dos días.

—Me parece que sabes más matemáticas de lo que finges saber —dijo Miss Pilbeam, sonriendo.

—Durante dos días tenemos la misma edad —dijo Honor, que también sabía más de lo que aparentaba—. Esta suma está mal, pero sé encontrar el error. Siempre sé ver dónde me he equivocado.

—Estás muy dotada para la aritmética —dijo Miss Pilbeam.

—¿Más que usted? —preguntó Gavin.

—Creo que está muy dotada para su edad.

—No sólo para su edad. Usted no ha hecho todavía la primera suma.

—No lo he intentado. He visto que Honor no necesitaba mi ayuda.

—Pues parecía que lo estuviera intentando.

—Las apariencias engañan —dijo Miss Pilbeam en un tono agradable que sólo pretendía cubrir las apariencias, pues en esto la institutriz era igual que sus alumnos—. Supongo que Honor adelantará rápidamente. En caso necesario, me prepararé de antemano la lección.

—Pero tendrá que hacerlo en su casa, y su padre se enterará de que no sabe hacer las sumas de Honor.

—Eso no tendría ninguna importancia —dijo Miss Pilbeam, riendo divertida—. Me parece que esta llamada es para vuestro almuerzo.

—También es el de usted.

—Sí, creo que lo tomaremos juntos.

—¿Tiene que pagarse la comida? —le preguntó Gavin a su hermana haciendo un aparte.

—Señorito Gavin, eso es de muy mala educación —dijo Mullet—. La señorita Honor debe de sentirse muy avergonzada.

—No me da vergüenza —dijo Honor.

—¿Le traigo alguna cosa más, Miss Pilbeam?

—No se atreve a decir «Sí» —dijo Gavin.

—Se lo voy a contar a Hatton.

—Puedo hablar con Honor siempre que me dé la gana.

—A Hatton le gustará enterarse.

—Y cuando se entere, le parecerá muy —bien.

—Creo que está un poco raro —dijo Miss Pilbeam—. Es su misma timidez. ¿No podríamos pasarlo por alto esta vez?

—Fijaos en lo amable que es Miss Pilbeam.

—Lo hace para ganarse algún favor.

—Déjalo de mi cuenta, Mullet. Ya veremos, Gavin, lo que opina tu madre.

Mullet se llevó la bandeja, y Gavin se puso a balancear la silla para mostrar su indiferencia, estado que no cabía en absoluto deducir de su expresión.

—A Madre no le gusta tener que preocuparse por naderías —dijo Honor.

—La descortesía no es una nadería.

—Pero sí lo es fingirla —dijo Gavin.

—¿Y por qué finges una cosa tan tonta y tan infantil?

—Honor y yo siempre fingimos.

—Bien, pues, como vuelvas a fingir alguna descortesía, le preguntaré a tu madre qué quiere que haga al respecto.

Gavin dejó de balancearse, dado que ya no tenía objeto seguir haciéndolo.

—No tiene ninguna independencia —murmuró Honor refiriéndose a la institutriz.

Miss Pilbeam fijó la mirada en el rostro de Honor, la mantuvo así durante unos momentos, y la desvió adoptando un aire reflexivo.

—Ahora damos clase de latín —dijo Honor, en tono amable—. Estudiamos un libro que se llama César. Sólo tenemos que leer una página.

—Bien, en ese caso, hoy no daremos latín. Me llevaré el libro a mi casa y me lo leeré, para poder contaros la historia. Así será más sencillo.

—Graham tiene una traducción —dijo Gavin—. Pero Miss Mitford puede leer el latín directamente.

—Oh, aquí no vamos a hablar de traducciones —dijo Miss Pilbeam, de forma absolutamente sincera pues no pensaba mencionar la traducción que tenía en su casa.

—¿No podríamos leer simplemente la traducción? —inquirió Honor—. Así nos enteraríamos de qué trata el libro.

—Pero de ese modo no se aprende latín —dijo Miss Pilbeam, que pretendía usar la traducción exclusivamente para arreglárselas pese a no conocer esa lengua—. Esta mañana estudiaremos un poco de gramática latina.

—La gramática no nos gusta.

—Sin embargo, os será muy útil para leer el libro —dijo Miss Pilbeam, rebosante de seriedad y de fe.

—El latín es una lengua muerta —dijo Gavin.

—Sí. Nadie la habla actualmente —dijo Miss Pilbeam, confirmando y ampliando este conocimiento—. Pero es muy bonito ser capaz de leer en latín. Es la clave de muchísimas cosas.

—¿La clave?

—Sí. La llave. Abre las puertas del conocimiento —dijo Miss Pilbeam, apoyando las manos en la mesa y mirando a Gavin.

—Miss Pilbeam hablaba metafóricamente —dijo Honor.

—Cierto. Me alegra que hayas entendido lo que decía.

—Yo no lo entendía —dijo Gavin.

—Hay que hacer concesiones a esos doce meses de diferencia —dijo sonriendo Miss Pilbeam—. Mirad, ya está aquí vuestro hermano pequeño.

Nevill abandonó a Hatton en el umbral, dio un par de vueltas corriendo en torno a Miss Pilbeam, hizo una pausa apoyándose en sus rodillas, y alzó la vista hacia su rostro.

—Nevill es el más pequeño. Estas van a ser sus primeras lecciones.

—Hatton enseña a Nevill —dijo Nevill, con repentina aprensión.

—No. Miss Pilbeam podrá hacerlo mucho mejor que yo.

—No lo hará mejor que Hatton —dijo Nevill, adoptando ahora un tono de resignación y buena voluntad—, pero lo hará bien.

—Voy a dejarle con usted. Si no se porta bien, mande a uno de los otros a buscarme.

—Podemos llamar a Mullet con el timbre —dijo Honor.

—No. Mullet tiene otras cosas que hacer.

—Podríamos negarnos a ir —dijo Gavin.

Hatton abandonó la habitación tranquilamente, como si la única cosa que le preocupara fuese que Nevill no notara su partida.

Miss Pilbeam se inclinó hacia este último.

—¿Sabes decir el a, b, c?

—A, b, c —dijo Nevill, alzando la vista.

—No sabe nada —dijo Honor.

—Sí sabe —dijo Nevill, sin desviar la vista del rostro de Miss Pilbeam.

—Bien. Te enseñaré cuatro letras, y te enseñaré a escribirlas —dijo Miss Pilbeam, poniéndoselo sobre las rodillas.

—Una silla como Gavin.

—No, estarías demasiado bajo.

—¿Puede Nevill pintar? —preguntó Nevill, que solía sentarse en las rodillas de Mullet para este fin.

—Bueno, puedes pintar las letras de colores.

—Una caja de pinturas —dijo Nevill, dirigiéndose a Honor.

—No. No puedo levantarme a buscarla. Usa estos lápices de colores.

—Mejor será —dijo Miss Pilbeam—. Así no lo ensuciarás todo. Y podrás dibujar las letras con colores.

—Nevill las pintará todas de colores —dijo Nevill, mirando a los demás.

—Déjame que te sujete la mano. Vamos a dibujar una a.

—Una a roja —dijo Nevill, concentrando la mirada, la mente y buena parte de su fuerza en el lápiz.

—Una a roja, una b azul y una c verde —dijo Miss Pilbeam, guiándole la mano.

—A es roja, b es azul y c es verde —dijo Nevill, en un tono que

mostraba que lo había entendido y estaba aprendiendo mucho.

—No importa el color con que hayas pintado cada letra.

—Sí importa —dijo Nevill, sospechando que trataban de alisarle el camino.

—Puedes dibujar cada letra del color que quieras. Puedes dibujar una a verde, una b roja y una c azul.

—Pero siempre de colores —dijo Nevill.

—No. También pueden ser negras.

—No, negras no.

—Sí. Así es como suele hacerse.

—Negras —dijo Nevill, buscando un lápiz de este color.

—Jamás conseguirá enseñarle nada —dijo Gavin.

—Hubiese sido mejor que no tuviésemos colores —dijo Honor.

—No me costará nada enseñarle. Aprende rápidamente. Vosotros, concentraos en las declinaciones —dijo Miss Pilbeam, insinuando que no iba a seguir dándoles tantas confianzas indefinidamente.

—Rápidamente —dijo Nevill, haciendo correr velozmente su lápiz por el papel.

—No. No se hace así. Tienes que hacer las letras como yo te he enseñado. Ahora vamos a hacer una d.

—La d es…, rosa —dijo Nevill, tras haberlo pensado un momento.

—Sí, puedes pintarla con el color rosa.

—A es roja, b es azul, c es verde y d es rosa —dijo Nevill, en el tono de quien da por zanjado un asunto, y disponiéndose a bajar de las rodillas de Miss Pilbeam.

—Espera. Quiero que las dibujes todas otra vez.

—Nevill las dibujará otra vez —dijo el pequeño.

La lección prosiguió hasta que Eleanor entró con unos amigos. Tenía la costumbre de conducir a sus invitados por las diversas partes de la casa, pues estaba convencida de que en ellas radicaba la importancia y el mérito entero de su vida. Nevill abandonó las rodillas de Miss Pilbeam y corrió a recibirla.

—A, b, c, d —dijo, alzando la mirada hacia ella, como si no estuviese muy seguro dónde estaba su rostro.

—Muy bien. Así me gusta. Veo, Miss Pilbeam, que ya ha empezado a aprender algo.

—A, b, c, d —dijo Nevill en un tono más incisivo, como para indicarle que la pregunta era innecesaria.

—Lo has aprendido muy bien, ¿eh?

—Nevill lo ha aprendido todo —dijo Nevill, con un leve suspiro.

—Hay muchas más letras —dijo Miss Pilbeam, dirigiéndose a

Nevill con sus palabras, y con su tono a todos los demás.

—Hay cuatro —dijo su alumno.

—No. Hay muchas. Has aprendido las cuatro primeras.

Nevill la miró. En sus ojos brillaba un destello de comprensión.

—¿Qué estáis estudiando? —les preguntó Eleanor a los otros dos.

—Declinaciones latinas —dijo Honor, sin levantar la vista del libro.

—¿No son maravillosos? —intervino una de las visitas—. Yo creía que sólo los niños atrasados llegaban a veces a satisfacer las expectativas. Pero éstos ya las han satisfecho, y está muy bien que así sea. Estar con una mujer que tiene nueve hijos me hace sentir como si me sometieran a una prueba. Noto en mí cierta tendencia a pensar que ella es más rica que yo. No está bien pensar estas cosas, pero creo que seguramente esa mujer estará de acuerdo conmigo. Qué bonito es que Miss Mitford tenga al pequeño en las rodillas, y que encima esté tan contenta.

—Esta es Miss Pilbeam —dijo Eleanor.

—Claro. Ya me parecía que recordaba su cara. Sabía que no era la misma que la de Miss Mitford. Esta es mucho más joven, *¿no?* Y Miss Mitford parece bastante joven.

—Creo que alguna vez nos hemos cruzado en el pueblo —dijo Miss Pilbeam.

—Sí, tiene que ser eso —dijo Mrs. Cranmer, estrechándole la mano —. Es en el pueblo donde conocemos más caras. Fuera de él, casi parece que no haya ninguna. Usted sabía que mi cara no era la de Miss Mitford. Pero, claro, sólo pensábamos en ella. Lo cierto es que se lo merece. Miss Mitford es una persona que piensa mucho.

Hope Cranmer era una mujer bajita y de aspecto vital que contaba sesenta años de edad. Tenía el pelo fuerte, canoso y esponjoso, nariz hermosa, ojos transparentes de color castaño, expresión abiertamente curiosa y crítica, y una voz tan fuerte y repentina y grave que siempre sorprendía a todo el mundo. Su hijastra estaba situada justo a su espalda, y era una mujer alta y algo desgarbada de treinta y seis años, de ojos pálidos color avellana, nariz y mentón largos y afilados, expresión curiosamente juvenil, y labios obstinados, inocentes y complacientes, que, cuando los empleaba, no se abrían tanto como los del resto de la gente. El esposo y padre era un hombre fuerte y bajo de sesenta y ocho años, de gran nariz aguileña, ojos brillantes y negros de expresión benévola y escéptica, y cierto aire de bienhumorada satisfacción con parte de la vida, y de amable rencor para con el resto.

—Ahora Paul me acompaña siempre —dijo Hope—. Ha ahorrado algún dinero y ha heredado otro poco más, y piensa dedicarse al ocio,

porque le gusta muchísimo. Ha llegado incluso al extremo de abandonar un trabajo que adoraba para entregarse al ocio. Y no ha envejecido ni se le ha agriado el carácter ni ha perdido la salud ni nada de eso.

—Creo, Madre, que se había merecido este descanso —dijo Faith.

—Aunque lo lógico hubiera sido que fuese una de esas personas que en cuanto dejan el trabajo se sienten perdidas. ¿Quién, sino él, podría ser de esa clase de personas?

—Disfruto especialmente del ocio precisamente porque sé que no acabo de merecérmelo —dijo Paul—. Los que se lo han ganado con gran esfuerzo no suelen saber en qué emplearlo.

—Por mucho que me empeñe, no puedo por menos que pensar que damos al ocio una importancia exagerada —dijo su esposa—. Solemos olvidar que la gente que se pasa la vida dedicada a un esfuerzo útil puede envejecer a consecuencia de ello. Y eso es terrible, teniendo en cuenta todo lo que han hecho por evitarlo. Levantarse con las gallinas, pasarse toda la jornada trabajando, y acostarse saludablemente cansados; ¿qué más se puede pedir?

—Debemos confesar que recelamos un poco de su buena fe, Mrs. Cranmer —dijo su hijastro, que completaba la familia.

—Deberíamos conformarnos con el justo medio —dijo Faith.

—No me gustan los términos medios —dijo Paul—, ni me gusta todo aquello que nos impide entregarnos plenamente a lo que sea.

—Seguro, Padre, que tú seguirás este último principio en el cultivo del ocio —dijo Ridley.

Ridley Cranmer era un hombre alto, corpulento y casi imponente de cuarenta y tres años, rostro ancho y cabeza grande, enormes ojos inexpresivos de color indeterminable y que, por tanto, no puede ser registrado, nariz y mentón un poco grandes y carnosos pero no del todo mal cincelados, y unos modales amables, afectuosos y, en caso necesario, caballerosos. Trabajaba de abogado en Londres, tal como había hecho su padre antes que él, y pasaba en su casa el tiempo libre; allí le fastidiaba el espectáculo de la libertad que se concedía Paul, porque le recordaba que su herencia hubiera podido ser incrementada. Esta actitud le parecía a su padre muy poco filial, cosa que a Ridley no le molestaba, así como poco juiciosa, cosa que sí lo hacía.

Ridley y Faith sostenían unas relaciones de intimidad inevitable. Ridley comprendía a su hermana, y ni gustaba ni dejaba de gustar del carácter que aceptaba, y Faith, acostumbraba a no concretar demasiado sus pensamientos, tenía la sensación de que no comprender a su hermano era muy correcto por su parte. Hope decía que era

absurdo que ella y su hijastra se llamasen Hope y Faith,[6] y que admiraba a Paul por no sentirse embarazado al respecto, y que simpatizaba con Ridley cuando éste se mostraba embarazado. Ridley trataba a su madrastra con afectuoso interés, y Faith intentaba ser una hija para ella; y estos esfuerzos aumentaban su tendencia a permitir que se colasen ácidos matices en su entonación aparentemente despreocupada y alegre.

El nombre de Faith había sido elegido por la que fuera su madre, a pesar de, o quizá debido a, la ausencia de tal atributo en su padre. Solía decirse que le sentaba bien, y a ella se le había oído observar en voz baja que esperaba que así fuese. Paul contemplaba la religiosidad de su hija con tranquilo respeto, y Hope lo hacía con una indiferencia que se transformaba en impaciencia ante el empeño de Faith en preocuparse por su escasa inclinación en ese sentido. No se sabía de Ridley si era religioso o no, pues cambiaba de una a otra actitud según quiénes fueran sus contertulios, proceder que cultivaba en relación con otros muchos asuntos.

—¡Es gracioso eso de tener que sentarse en las rodillas de alguien para aprender! —exclamó Hope.

—¡Querrá decir, Mrs. Cranmer, que es gracioso que haya que aprender cuando todavía tiene uno que sentarse en las rodillas de alguien! —dijo Ridley.

—Estoy segura de que son unas lecciones muy interesantes —dijo Faith.

—A los niños no les convienen —dijo Paul—. No elegimos el momento más adecuado para enseñarles.

—Afortunadamente, sabrán apreciarlo más tarde, Padre.

—Parece que coincidís. Y esto ocurre tan escasas veces —dijo Hope — que seguro que tenéis razón. Pero se supone que es ahora cuando tendrían que demostrar su agradecimiento.

—Debe de sentirse usted muy satisfecha, Mrs. Sullivan —dijo Ridley, casi emocionado.

—¿Ya no nos quedan más habitaciones por ver? —preguntó Hope —. Tengo ganas de ver los otros pisos y de ver gente cada vez más joven. ¿No hay ninguno más pequeño que este chiquitín? Me parece que había otro menor. Espero que esta casa no se haya convertido en un hogar sin bebés. No hay nada más deprimente.

—La persona más pequeña que recuerda debía de ser el propio Nevill —dijo Ridley.

—Sí, es el último —dijo Eleanor—. Hoy ha dado clase por primera vez en su vida.

Ridley sacudió la cabeza sin cambiar la expresión de su mirada, y su hermana le dirigió una mirada cargada de intención.

—¿Te acuerdas de mí, Honor? —quiso saber Faith.

—Sí. Es Faith Cranmer.

—¿No es una Miss? —le dijo Gavin a su hermana, señalando a Faith.

—Sí —dijo esta última—. Así es como debes llamarme.

—No es más que Miss, ¿verdad? —le dijo Gavin a su hermana, en un tono más incisivo.

Faith dirigió una leve sonrisa a Eleanor, a modo de comentario ante esta infantil visión de las cosas.

—Nadie piensa que estar casada sea mejor, querido niño —dijo Hope.

—Creo que a mí me parece mejor —dijo Honor.

—¿Y por qué te lo parece? —preguntó Eleanor, con una sonrisa.

—Pues porque es mejor tener una casa y un marido y unos hijos, que no tener nada.

La risa que saludó su respuesta dejó a Honor muy confundida.

—¿Por qué no es mejor? —dijo.

—Lo es en cierto sentido, naturalmente —dijo Faith.

—Creo que a Honor le cuesta entenderlo —dijo Hope—. Casi puedo decir que a mí también me ocurre lo mismo.

—¿Crees que tú eres una ventaja? —le preguntó Eleanor a la niña.

—Hace las sumas mejor que Miss Pilbeam —dijo Gavin.

—Esto resuelve la duda —dijo Paul.

—¿No estarás exagerando un poco? —inquirió Faith.

—No. Así ha sido esta mañana —dijo Miss Pilbeam, en el tono que se emplea para reconocer plenamente el mérito de alguien—. Me he sentido muy complacida.

Eleanor apoyó la mano en la cabeza de Honor.

—¿Qué piensa usted con respecto a la cuestión de esa ventaja, Mrs. Sullivan? —preguntó Ridley.

—Hemos sido testigos de una caricia infrecuente —dijo Hope—. Y es cierto que tienen más valor que las frecuentes. Aunque es posible que, todas juntas, las frecuentes tengan más valor incluso. Pero, de todos modos, tiene mucho valor.

—Más letras —dijo Nevill, dándole unos golpecitos en la rodilla a Miss Pilbeam.

—No. Por hoy ya has aprendido las suficientes. No quiero que luego se te olviden.

—Hay muchas —dijo Nevill, recordándolo.

—Está sediento de saber —dijo Hope—. No tienes necesidad de hacer grandes esfuerzos por tus hijos, Eleanor. Y la gente dice que te dedicas a ellos intensamente.

—No me dedico a nadie más. Imagino que se refieren a eso.

—Pues, si fuese así, no me parecería correcto. La próxima vez me enteraré de qué dicen exactamente.

—Más letras —dijo Nevill, en tono cada vez más apremiante.

—¿Cuántas letras crees que existen? —dijo Miss Pilbeam, inclinándose hacia él.

—Cien.

—No. Hay veintiséis.

—Hay veintiséis —dijo Nevill, impresionado—. Y Nevill las aprenderá todas.

—La siguiente se llama e.

—La e es blanca —dijo Nevill, buscando el lápiz.

—Sí, del color que tú quieras. Las letras se llaman alfabeto.

—Se llaman letras.

—También se llaman letras, sí.

—Así las llama Nevill —dijo Nevill.

—Es la primera persona que conozco a la que le oigo decir, «enseñádmelo todo» —dijo Hope—. ¡Especialmente de su edad! Imagino que los otros ya deben de saberlo todo.

—Apenas si empiezan a estudiar latín —dijo Miss Pilbeam.

—¿Y no equivale eso a saberlo todo? No suele empezarse a aprender latín hasta que ya se sabe todo lo demás. Y ahora bajemos a ver a los que llevan estudiando más tiempo incluso que éstos. Ya veo que tienen razón los que dicen que la vida entera es un aprendizaje.

—Qué idea tan feliz —dijo Faith mientras daba media vuelta para seguirla—. Gracias a ella no lamentaré tanto el haber aprendido tan poco hasta ahora.

—Sé que con eso quieres decir que tú no tuviste oportunidades —dijo Hope—. Aunque yo creo que fueron las mismas que tuvo Miss Pilbeam. Y que sólo ahora has empezado a querer aprenderlo todo. No comprendo por qué te has decidido tan tarde.

—¿Prefieres esta otra silla, Madre? —preguntó Faith cuando llegaron a la mesa, sugiriendo de este modo que no estaba resentida.

—No. Los invitados siempre deben encontrarlo todo a su gusto. ¿Verdad que es encantador por su parte que siga llamándome Madre? Lo encuentro muy filial.

—Eres la única madre que recuerdo.

—Aprecio en lo que vale que no recuerdes otros ejemplos. Tu

padre y Ridley sí los recuerdan, lo cual me parece de una ambigüedad extrema.

—Ridley no te honra con el mismo apelativo —dijo Fulbert.

—Hay ciertas diferencias —dijo Faith—. Es mayor que yo, y varón.

—Sí, parece que hay muchas diferencias —dijo Hope.

—¿Qué tal se las arreglaba Nevill en su primer día de clase? —quiso saber Luce.

—Se las arreglaba muy bien —dijo Hope—. No dejaba de dar instrucciones y conseguir que le obedecieran.

—¿Ha tenido éxito Miss Pilbeam?

—Sin duda. Estaban estudiando latín y el alfabeto. Y estos son los cimientos de todo saber.

—Me alegro muchísimo —dijo Luce—. Fui yo quien sugirió la persona de Miss Pilbeam, porque sabía que tenía verdadera necesidad de encontrar un empleo. Resulta un alivio que las cosas hayan salido bien.

—Qué poco platónica eres, hija mía —dijo Fulbert—. No es el trabajo el que tiene que amoldarse a la persona, sino la persona al trabajo.

—No me importa lo que dijera Platón, Padre —dijo Luce, ilustrando los métodos educativos propios de la familia—. Pero sé muy bien cuándo hay que tener un rasgo de amabilidad. Y éste era un caso que lo exigía, indudablemente.

—Me alegra que Miss Pilbeam tenga un trabajo que le vaya a la medida —dijo Faith—. Ella y su padre me daban mucha pena desde la muerte de Mrs. Pilbeam.

Fulbert desvió su burlona mirada de una joven a la otra.

—No tienes por qué preocuparte de la educación de tus hijos, Fulbert —dijo Hope—. La he visto en todos los pisos. Hay una habitación para cada finalidad Me alegro de que no acostumbremos a hacer estas extrusiones por nuestra casa; la diferencia sería insoportable. Aunque creo que a veces Paul y Ridley dan paseos como éste, para oír los ecos de una voz que aún ronda por esos muros.

—Mrs. Cranmer, mi corazón tiene capacidad suficiente para albergar en él a más de una persona —dijo Ridley.

—Sí, querido, eso es lo que estaba diciendo.

—Y estoy seguro de que puedo decir lo mismo de mi padre.

—No, no puedes —dijo Hope—. Te lo prohíbo.

Faith volvió una mirada grave y neutra a su madrastra.

—Este invierno te perderás las cacerías, Fulbert —dijo Paul.

—Las cacerías, y otras cosas.

—Claro, Padre. Eso no será lo más importante para él —dijo Faith, con una sonrisa.

—No es costumbre mencionar las cosas que por su misma naturaleza íntima están más allá de las palabras —dijo Hope—. Seguro que no nos beneficiaría hacerlo.

—¿Irás tú a cazar, Daniel? —preguntó Paul.

—Tendrá otras cosas que hacer —dijo Eleanor, inmediatamente.

Regan volvió una mirada de turbada simpatía a su nieto.

—Mejor hubiera sido que aún tuviese que estrenarse en esa actividad —dijo Sir Jesse.

—Olvidas, Paul, que sólo se dedican a aprender —dijo Hope—. Basta con que una persona necesite un empleo, para que le encuentren un puesto aquí. Creo que Luce es maravillosa; siempre se esfuerza por librar a los demás de preocupaciones. Y nos habría echado una mano también a nosotros, de no haber sido porque ya hemos hecho todo lo necesario para proporcionarle medios de vida a Faith.

—Disto mucho de considerarme preparada para realizar una tarea tan importante como la de enseñar, Madre.

—Sin embargo, Luce hubiese considerado que lo estabas. A eso me refería. Eso es lo que me parece maravilloso por su parte.

Regan rio disfrutando el chiste, absolutamente libre de toda inquietud con respecto a la situación de sus nietos.

—Creo que tú no sueles ir de caza, ¿verdad, Faith? —inquirió Fulbert.

—No, no voy nunca —dijo Faith, en un tono tranquilo y agradable.

—¿Te ocurre como a Luce, que no está segura de tener la suficiente valentía?

—Es cierto, Padre. No he dicho nunca que posea esa clase de valentía —dijo Luce, sonriendo y callando respecto a otras clases de esa cualidad.

—No es la más importante —dijo Fulbert.

Dudo que haya más de una —dijo Graham—. Yo creo que si no pude cazar fue debido a que carezco de todo tipo de valentía.

—A mí no me falta valentía —dijo Faith en el mismo tono.

—Ella cree que es una crueldad para con el zorro —dijo Hope—. ¿No os parece un derroche de imaginación? Es capaz de ponerse en el lugar del animal.

—Hay que poner en el otro platillo de la balanza el placer que la cacería supone para el ser humano —dijo Sir Jesse.

—Ella cree que el zorro no cuenta con ese factor, o que no lo valora lo suficiente como para pensar que compensa. Cree que el zorro

sólo piensa en sí mismo. Y sin embargo ella piensa en él. Tiene un carácter maravilloso.

—Piensa en el zorro y se olvida de los hombres y las mujeres.

—No, también piensa en ellos. Dice que la cacería les degrada, que deberían buscar el placer de otro modo. Le gusta que sientan placer.

—Hacen falta muchas cualidades para ser un buen cazador —dijo Sir Jesse.

—Abuelo habla con la experiencia de quien ha cazado toda su vida —dijo Daniel.

—Y tú jamás llegarás a poder hacerlo —dijo su abuelo.

—¿Es esta crueldad una forma de mostrarse amable? ¿O una simple crueldad? —preguntó Hope.

—No es más que honestidad —dijo su anfitrión.

—O demostrar valentía moral —dijo Graham—. Dicho de otro modo, ceder a la tentación.

—Estoy segura de que todas esas cualidades podrían aplicarse a objetivos mejores que el de acosar hasta la muerte a una criatura inocente —dijo Faith.

—Acosar está muy bien dicho —dijo Hope—. Me parece una perfecta aplicación del término.[7]

—Creo ciertamente, Mrs. Sullivan —dijo Ridley, inclinándose hacia Eleanor—, que es bastante repulsiva la idea de perseguir a una pequeña criatura hasta el agotamiento y la muerte. No creo que a ninguno de nosotros nos gustara que nos lo hicieran.

—El zorro tiene posibilidades de salvarse —dijo Sir Jesse.

—Él preferiría disfrutar de nuestras posibilidades —dijo Daniel—. Lo cual no quiere decir que yo piense en sus preferencias.

—Eres libre de hacerlo —dijo su abuelo.

—¿Irás de caza como de costumbre, Paul? —quiso saber Fulbert, para quien los escrúpulos de Faith no merecían más atención.

—Más veces que las de costumbre, gracias a que por fin soy dueño y señor de mí tiempo.

—¿Te paso el azúcar, Padre? —preguntó Faith.

—Me parece notablemente desprovista de egoísmo la actitud de Fulbert, que está demostrando ser capaz de interesarse por aquello que se va a perder —dijo Hope—. Somos las personas que, como yo, llevamos una vida vacía, quienes deberíamos tener que irnos.

—Si me voy es precisamente por lo llena que está mi vida.

—Sácale todo el partido posible a la tuya, muchacho —dijo Sir Jesse casi con aspereza—. No eres una mujer.

—Padre lo sabe perfectamente. Abuelo —dijo Luce, con su

acostumbrada seriedad.

—Creo que es uno de esos hombres que lo saben —dijo Graham.

—¿Acaso los hombres le sacan mayor partido a la vida que las mujeres? —dijo Faith—. Yo no lo diría.

—No cambiaría mi vida por la de un hombre —dijo Regan.

—Sería usted una persona muy rara si lo deseara, Lady Sullivan —dijo Ridley, con vehemencia.

—Yo siempre pienso que de haber sido hombre habría tenido más éxito —dijo Eleanor.

—No insinuará usted, Mrs. Sullivan, que le gustaría cambiar, ¿no? —dijo Ridley en un tono casi escandalizado.

—A estas alturas, supongo que ya no.

—¿Te librarías de todos nosotros, Madre? —preguntó Luce.

—No, pero seguramente preferiría ser vuestro padre.

—Eso significaría renunciar mucho a nosotros.

—Significaría tenernos mucho más en cuenta —dijo Fulbert—. No le permito a nadie que minimice la importancia de la paternidad.

—Hay que admitir que en este terreno el papel de la mujer es el más intenso y rico —dijo Ridley.

—Así ocurre en la mayoría de los casos —dijo Faith—. Y las excepciones confirman la regla.

—Más bien la transgreden —dijo Graham—. Pero, ¿qué importa?

—Y tú, Luce, ¿qué preferirías ser, hombre o mujer? —inquirió Regan.

—Mujer, Abuela —dijo Luce con sencillez, volviendo la vista para mirar cara a cara a Regan.

—Y a ti, Padre, ¿qué te gustaría más? —dijo Faith.

—Bueno, yo opino que los hombres dan menos cosas y obtienen más.

—No has contestado a mi pregunta, Padre.

—A su modo sí lo ha hecho, Faith —dijo Luce, en voz baja y divertida.

—No veo qué ventaja hay en no tener que dar —dijo Faith—. No me gustaría tener que prescindir de eso.

—Si le preguntáramos a Faith qué es lo que da, su respuesta sería escandalosa —le dijo Hope a su esposo—. Sólo es capaz de dar cosas intangibles, y de ésas no se puede hablar. Y yo he estado a punto de hacerlo.

—Son muy pocas las personas normales que querrían pertenecer al sexo opuesto —dijo Daniel.

—Eso significaría que son diferentes —dijo Graham—. Lo cual les

parecería una lástima.

—Los seres humanos son maravillosos —dijo Faith.

—Siendo así, sería verdaderamente una lástima —dijo Paul.

—En cierto sentido los seres humanos inspiran tristeza —dijo Regan, mirando a Eleanor.

—Lo más frecuente es que las personas sean responsables de sus propios problemas —dijo Faith.

—Y ser afortunado parece cosa de personas triviales —dijo Hope.

—No todos tenemos que ser Causa de nuestros propios problemas —dijo Regan.

—Yo desearía haber sufrido tanto como ha sufrido usted, Lady Sullivan —dijo Hope—. Me avergüenzo de haber tenido que experimentar tan poca cosa.

Regan rió.

—No conozco ninguna risa tan contagiosa como la de Regan, cuando ríe de verdad —intervino Luce.

—Estoy segura de que la experiencia que la respalda contribuye a darle fuerza —dijo Faith.

—¿Acaso los que no hemos tenido problemas no podemos ni siquiera reírnos de verdad? —preguntó Hope—. Si fuese así, habría que darles la razón a los que dicen que no media mucha distancia entre la risa y el llanto. ¿Cuántos niños entran por allí, seis o siete?

—Sabes muy bien que son seis. Madre.

—Lo sabía. Pero daba la sensación de que hubiera incluso más. Y son tan maravillosos que cada uno de ellos vale por más de uno.

Nevill entró corriendo en dirección a Regan, y se plantó junto a sus rodillas.

—A, b, c, d —dijo.

—¡Qué chico tan listo! No imaginaba que pudieras aprender tan rápidamente.

—A es roja, b es azul, c es verde y d es rosa —dijo Nevill, observando el rostro de Regan para ver qué efecto le producía su saber.

—¿Suele Miss Pilbeam dibujarlas con colores?

—No, lo hace Nevill. Hay veintiséis.

—¿Veintiséis qué?

—Veintiséis a, b, c, d —dijo Nevill, agitando nervioso las piernas.

—Letras —dijo Honor.

—Letras —dijo Nevill, mientras su cara iba recobrando la tranquilidad.

—¿Y vas a aprenderlas todas? —dijo Regan.

—Aprenderá las veintiséis.

—¿Y de qué colores van a ser?

—Blanco, púrpura, castaño, carmesí —dijo Nevill, casi sin respirar.

—¿No le confunde eso de hacerlo con varios colores? —inquirió Eleanor—. Hubiera dicho que todavía le complicaría más las cosas.

—Cree que cada letra tiene un color —dijo Honor—. Pero ha sido él quien ha querido hacerlo así. En realidad, lo que quería era colorearlas.

—¿No es maravilloso que quieran las cosas más difíciles incluso? —dijo Hope—. Es la primera vez en mi vida que oigo algo parecido.

—Seguro que alguna vez has oído decir de un niño que quería colorear cosas, Madre —dijo Faith—. Yo lo hacía siempre.

—Sí, pero yo creía que eso era para facilitar las cosas.

—Nunca logramos pillar a mi madrastra en falta, Mrs. Sullivan —dijo Ridley.

—Nada más lejos de mi propósito que pillarla en falta —dijo Faith, en voz baja.

—Faith es muy abierta —dijo Hope—. Casi todo el mundo se muestra reservado para con sus cosas.

—Espero no estar hablando de mí misma todo el tiempo —dijo Faith—. Y no porque desee ocultar nada.

—Yo en cambio prefiero ocultarlo casi todo —dijo Hope—. Quizá se me escape alguna cosa, pero confío en que no sea todo.

—¿Te ha gustado dar clases con Miss Pilbeam, Gavin? —preguntó Eleanor.

—No ha estado mal.

—¿Y tú, Honor?

—Sí. Madre. Gracias.

—A Nevill también le ha gustado —dijo Nevill, mirando rápidamente todas las caras.

—¿No piensan más que en aprender? —dijo Hope—. Parece que sólo hablen de eso.

—Hoy es un día excepcional —dijo Eleanor—. Tienen una institutriz nueva.

—Sí, la que no era Miss Mitford. ¿Se han librado de ella? Quiero decir si lo que ocurre es que ya son tan mayores que no podía enseñarles nada más.

—No. Todavía no tienen la edad suficiente para ir con ella.

—¿Y quiénes la tienen?

—Estas dos —dijo Eleanor, señalando a Isabel y Venice.

—Y James, ¿tiene alguna persona intermedia?

—No, James va al colegio.

—El colegio está entre Miss Pilbeam y Miss Mitford. Y Daniel y Graham van a Cambridge, y Luce ya no tiene nada más que aprender. Veo que dejé a mis hijastros desprovistos de todas las oportunidades.

—¿Habéis terminado los postres, pequeños? —dijo Eleanor—. Hoy no queremos que os quedéis mucho rato.

Nevill introdujo a la fuerza en su boca el resto que le quedaba y se preparó para irse.

—Ese crío se va a asfixiar, cariño —dijo Fulbert.

Su hijo corrió hacia la puerta, a fin de resolver este problema a su modo.

—Honor, dile a Hatton que vigile que Nevill no se asfixie —dijo Eleanor.

—¿Es de eso de lo que se encarga Hatton? —dijo Hope—. Y la otra niñera y Miss Mitford y Miss Pilbeam se encargan cada una de sus asuntos. ¿Y si ocurriese alguna cosa imprevista? Seguro que en ese caso habría alguien para hacerse cargo de ella. Me alegro de que todo esté previsto.

—La civilización también tiene su lado débil —dijo Fulbert.

—Con tanto respaldo, habría que decir que éste es su lado fuerte —dijo Graham.

—Es más difícil conseguir que otras personas hagan cosas, que hacerlas uno mismo —dijo Eleanor.

—Pues parece una forma insensata de organizar la vida —dijo Daniel.

—¡Qué preferencia por las dificultades encuentro en esta familia! —exclamó Hope—. Siempre se elige lo más duro.

—¿Supongo, Daniel, que no estabas sugiriendo que querrías que tu madre fuese la esclava de todos los departamentos de la casa, no? —dijo Ridley, bastante consternado.

—Sí, me parecería bien que lo fuese, si eso sirviera para ahorrarle problemas.

—¿No va a ir alguien a ver a Nevill? —inquirió Eleanor—. Me asusta pensar que pueda asfixiarse.

—¿De verdad? —dijo Hope—. Estoy de acuerdo. Hasta yo estoy asustada. ¿No podríamos llamar a la persona que se encarga de eso? Sería mejor tranquilizarse del todo.

Los ruidos procedentes del vestíbulo dejaron resuelto el problema, y Venice corrió en ayuda de su hermano.

—Así me gusta, como una buena hermana —dijo Eleanor, cuando su hija regresó empujando delante de sí a Nevill, que andaba dando

brincos de alivia—. ¿No hay que arreglar algo ahí afuera?

—Mullet lo ha oído y ya está bajando —informó entonces Venice.

—¿Has dicho Mullet, verdad? —dijo Hope—. En lugar de Hatton; te habías equivocado, Eleanor; pero no me extraña, teniendo que recordar tantos nombres y cosas.

—Mrs. Cranmer, se está usted riendo de nosotros como familia —dijo Luce.

—Lo que ocurre es que envidio que lo seáis.

Nevill se acercó corriendo a Regan.

—Nevill se lo comió todo de golpe —dijo, mirando a la mesa—. Pero no lo volverá a hacer.

—No. Hoy no comerás nada más —dijo Eleanor—. Cuando alguien vomita es que ya ha comido de sobra.

Nevill se volvió y corrió a la puerta, dado que su presencia allí no le servía de ningún provecho. Una doncella abrió la puerta, y el niño salió.

—Deberías decir «gracias» —le gritó Eleanor, que, aunque procuraba a sus hijos toda clase de atenciones como si se tratase simplemente de un deber, no aprobaba que ellos aceptaran esos cuidados con el espíritu correspondiente.

Nevill regresó corriendo junto a la doncella, y, cogiéndola del delantal, alzó la vista hacia su rostro.

—Gracias —dijo, y tiró de ella fuera de la habitación.

—En realidad, buscaba a otra persona —dijo Hope—. Y eso que suele decirse que los niños peor atendidos se las arreglan luego mejor.

—Honor y Gavin, podéis iros también —dijo Eleanor—. Los mayores podéis quedaros.

—¿Por qué no hacen todas lo mismo? —preguntó Hope— ¿Por qué sería más sencillo?

—No les gustaría. No les convienen las mismas cosas.

—¿Tan bien les entiendes? Y yo que pensaba que los hijos nunca eran comprendidos por sus padres.

—La misma intensidad y posesividad de los sentimientos de un padre o una madre pueden obstaculizar la comprensión —dijo Luce.

—¿Eso he dicho? —preguntó Hope—. Me alegro. No sonaba tan bonito.

—¿Está hoy James en casa? —dijo Eleanor, mirando a su hijo.

—¿Es posible que los sentimientos de los padres hagan que un hijo pueda llegar a resultarles invisible? —quiso saber Graham.

—Pero, ¿está en casa o no? Ya sabes a lo que me refiero. ¿No se encuentra bien?

—Parece que los hijos sí comprenden a sus padres —dijo Paul, riendo.

—Que los hijos entienden a sus madres es una cosa que ya sabemos —dijo Hope—. Pero, ¿verdad que no acostumbramos a comentarlo?

—Hoy hacen fiesta en el colegio —dijo Isabel, mientras Faith echaba una mirada a su madrastra.

—Ah, así que era eso —dijo Eleanor, como si éste fuera un pecado más venial que una indisposición—. Me sorprende que oigamos tan a menudo la palabra fiesta. Pero, si apenas acaba de empezar el trimestre.

—Es el cumpleaños de la esposa del director del colegio —dijo James.

—¿Sí? —dijo Paul—. ¿No será alguna fiesta de la Biblia o de la gramática?

—Cualquiera de las dos sería perfectamente adecuada para dar fiesta en un colegio —dijo su esposa.

—¿Dan fiesta los profesores el día de su cumpleaños? —inquirió Daniel.

—El mío no —dijo James.

—Esto parece justo lo contrario de lo que suele pensarse en relación con los cumpleaños de las señoras —dijo Ridley.

—Es muy amable de su parte hacer fiesta por el cumpleaños de su esposa —dijo Hope—. Da la sensación de que se alegre del hecho de que ella haya nacido.

—No sé por qué tendríamos que alegrarnos también todos los demás —dijo Regan.

—Es James el que se alegra, y él la conoce —dijo Hope—. Es fácil entender lo que significa este rasgo del maestro, y creo que resulta encantador.

—Nunca la he visto —dijo James.

—Bien, eso hace que el maestro parezca bastante concentrado en su propio punto de vista. Pero es agradable celebrar los cumpleaños, Lady Sullivan, y seguro que ese profesor le dará fiesta a James el día en que usted cumpla los suyos, si así lo desea.

—De todos modos. James hace siempre fiesta por mi cumpleaños —dijo Regan, sonriendo.

—Ese es el cumpleaños que hay que celebrar por encima de todos —sentenció Sir Jesse.

Su esposa pareció profundamente conmovida.

—¿Hacéis fiesta el día del cumpleaños de Miss Mitford? —

preguntó Paul.

—Ni siquiera sabemos qué día es —dijo Venice.

—Una injustificable diferencia entre dos educadores —dijo Daniel.

—No está bien menospreciar a las personas que trabajan en nuestra casa —dijo Hope.

—Miss Mitford es una persona que ha leído muchísimo —dijo Faith.

—Cierto, hija, y eso sí que no es menospreciarla en absoluto.

—Da la sensación de que el cartero le traiga libros cada vez que viene —dijo Regan.

—Me parece que esto es casi un menosprecio —dijo Paul.

—Miss Mitford lleva diecisiete años con nosotros —dijo Luce.

—Espero que no estés insinuando que eso es una tragedia —dijo Graham, sin traicionar en el tono que eso era exactamente lo que él opinaba.

—A estas alturas tiene que haber leído efectivamente mucho —dijo Isabel—. Le llegan libros dos veces a la semana.

—Abuela no exageraba tanto como yo creía —dijo Daniel.

—Noventa y seis veces al año, sin contar las vacaciones —dijo Isabel.

—Ahora comprendo, Eleanor, que quisieras que hablasen —dijo Hope—. Hubiera sido una pena perderse todo esto.

—Ahora ya sabemos lo que duran las vacaciones de Miss Mitford —dijo Daniel.

—Yo no —dijo Paul, mientras Fulbert calculaba con los dedos rápidamente y sin esconderse.

—Cuatro semanas —dijo Faith, casi sin aliento, aventajándole mediante un esfuerzo tenso y encubierto.

—Podéis comprobar que traté de darle una educación —dijo Hope.

—Creo que Miss Mitford estará esperándoos —dijo Eleanor, dirigiéndose a los niños.

—Permíteles que se queden otro rato —dijo Fulbert—. Quiero disfrutarlos mientras pueda.

—Sí, Cranmer, voy a perder a mi hijo —dijo Sir Jesse, que tendía a referir cualquier cuestión a su propia persona, y a dirigir sus palabras a los hombres—. Podría decir que quizá no vuelva a verle. Pero en cierto sentido creo que no lo diría en serio.

—Muchos pensarían que iba muy en serio —dijo Regan.

—Yo no —dijo Hope—. Estoy segura de que es inmortal.

—Tengo setenta y nueve años —recordó Sir Jesse.

—Lo ve; ya lo decía yo.

Regan rió.

—Pero yo no debo contar con él —dijo Fulbert—. Y debería trazar los planes necesarios por si me ocurriese algo a mí. Por sí me ocurriese lo único definitivo, quiero decir. Mis probabilidades son sólo las corrientes.

—Seguro que allí hay muchísimos riesgos —dijo Regan.

—Alguien tendrá que comunicar la desgracia a mi madre y mi esposa —prosiguió Fulbert, con esa leve ceremoniosidad que caracterizaba su entonación siempre que se refería a sí mismo—. Alguien tendrá que compartir con ella el cuidado de mis hijos más pequeños. Mis hijos son muy jóvenes, y para mi esposa son incluso más jóvenes de lo que son. Necesito a alguien que no sea de la familia. ¿Te atreverías tú, Paul, a enfrentarte al riesgo de cargar con las responsabilidades de otro?

—No sirvo para resolver los asuntos ajenos. Me ocupo de ellos menos incluso que de los míos, de los que no puedo decir que me haya ocupado todo lo que hubiese debido.

—En tal caso, Ridley, tengo que recurrir a ti —dijo Fulbert, volviéndose hacia él—: No hemos sido nunca amigos íntimos, y quizá tampoco hayamos congeniado apenas; pero voy a confiar en tu personalidad; nuestros asuntos están en tus manos; sabrás trabajar de común acuerdo con mi esposa. ¿Estás dispuesto a aceptar la confianza que deposito en ti?

Ridley se puso en pie.

—La aceptaré, Fulbert. Y pienso considerarla, con todo mi corazón, como un deber sagrado.

—No parece probable que tengas que llegar a cumplir con él alguna vez —dijo Regan.

—Lady Sullivan —dijo Ridley, volviéndose rápidamente hacia ella —, ¿cree usted que discutiríamos este asunto tan despreocupadamente si creyéramos que pudiera llegar a darse el caso?

—¿Cómo ibais a creerlo?

Ridley echó una mirada al resto de los presentes, sus rasgos se relajaron, y tomó de nuevo asiento.

—Bueno, ya basta de esto —dijo Fulbert—. Volveré a ser como soy. Siempre me ha parecido antinatural que una persona trace planes con vistas a su propia extinción.

—Eso sería para nosotros tan perentorio que difícilmente podría gustarnos hacerlo —dijo Regan.

—Sería una actitud valiente —dijo Graham—. Y si la gente piensa que es así, quizá sea cierto.

—Creo que tendríamos que irnos, Madre —dijo Faith.

—¿Quieres decir que les estamos robando sus últimas horas?

—No veo señales de que nadie eche nada de menos.

—Nos alegra que alguien nos ayude a pasarlas —dijo Sir Jesse—. No es fácil hablarle a mi hijo, con esta perspectiva por delante. Y casi todo lo que tengo que decirle puede esperar a su regreso. Sin duda, lo habrá oído ya muchas veces.

—Para entonces su situación habrá cambiado, Sir Jesse —dijo Ridley, hablando con una firme confianza en el futuro—. Tendrá muchas cosas que contar, muchas que resultarán completamente nuevas.

—Sabemos que, si sigue vivo, regresará —dijo Regan—. Y esa será una buena noticia.

—¿Se puede saber, niños, qué hacéis escuchando la conversación de los mayores? —preguntó Eleanor.

—Tú nos has dicho que nos quedáramos —dijo Isabel—; y no sé qué otra cosa podemos hacer aquí.

—Ya podéis salir todos corriendo hacia el aula.

—Veo que mezclas chicos y chicas —dijo Hope—. No estaba yo muy segura de haber acertado al mantener juntos a Ridley y a Faith.

—Ya se separan por su cuenta, y antes de hora.

—Ridley y Faith no lo hicieron. Sólo nos dimos cuenta en el momento en que se separaron.

—Ridley fue siempre un chico muy masculino —dijo Faith—. Y me llevaba algunos años de ventaja, y creo que, además, siempre estuvo muy desarrollado para su edad.

—No te olvides de que estás hablando de tu hermano, Faith —dijo Hope.

—No he dicho nada en contra de él, Madre.

—Le atacabas con tus superficiales alabanzas; de hecho, sin decir nada que pueda ser considerado como una alabanza. Es más, creo que sólo le criticabas.

—No me dedico siempre a alabar o criticar a la gente.

—Sería muy bonito que a veces te dedicaras a lo primero.

—Tampoco tú lo haces a menudo, Madre.

—Bueno, porque pocas veces veo cosas que merezcan alabanzas. Y cuando las veo, es frecuente que me quede desconcertada. De modo que suele resultarme difícil hacerlo.

—Durante los próximos meses voy a ser una persona notablemente importante —dijo Fulbert—. Seguro que todos pensáis que eso supondrá un cambio para mí.

—Ni siquiera se me había ocurrido pensarlo, Padre —dijo Luce, con una sonrisa.

—No será el único cambio, hijo —dijo Sir Jesse—. Personalmente, te aconsejo que saques el mayor provecho de las novedades.

—Venga, niños, fuera de aquí —dijo Luce, batiendo suavemente palmas.

—Sí, Miss Mitford estará esperándoles —dijo Eleanor.

—El corazón de Miss Mitford enfermará si ve decepcionadas sus esperanzas —dijo Graham.

—Ridley, por suerte me has quitado un peso de encima —dijo Fulbert.

—Por suerte, no hay necesidad de creer que ese peso recae ahora sobre mí.

—Me gustaría que alguna vez alguien me diera pruebas de una gran confianza —dijo Hope.

—Cada tipo de persona sirve para una cosa diferente —dijo Faith.

—No creo que este modo de decirlo me deje en mejor lugar, ni tampoco en uno que me resulte más agradable. Lo que tendría que hacer es irme como Fulbert, y dejar que la ausencia hiciese brotar el cariño en los corazones.

—Ese paso supondría un grave riesgo para muchos de nosotros —dijo Ridley, sacudiendo la cabeza en un gesto negativo.

—No insinúo que vaya a atreverme a partir.

—Ridley no se refería al caso de Mr. Sullivan —dijo Faith—. Pensaba en gente corriente como nosotros.

—El hecho de verme emparejada contigo, querida Faith, compensa todo lo demás —dijo Hope.

—Creo que el vacío se irá notando cada vez menos —dijo Fulbert, resueltamente.

—Sería bueno que así fuera —dijo Regan—. Y confío en que así sea.

—¿Y de qué hablaríamos si dejase de notarse por completo? —preguntó Graham.

—¿Crees que, a medida que transcurra el tiempo, irás dejando de añorar a tu padre, Graham? —quiso saber Eleanor.

—Espero que mis mayores lleven razón. Quiero ahorrarme la mayor cantidad posible de sufrimientos.

—¿Y tú, Daniel?

—Si Abuela lo dice, yo me lo creo.

Eleanor volvió la vista, llevada instintivamente a preguntarle lo mismo a James, pero comprobó que ya se había ido.

—Sí pides su opinión a los demás —dijo Fulbert—, también deberías dar la tuya.

—Creo que tiene razón, Madre —dijo Luce.

—Cada día que pase añoraré más a tu padre.

—Estoy segura de que así es, Madre. Y pocas personas podrían decirlo tan impávidamente como tú.

—Me alegro de que haya sido Abuela, y no Madre, quien haya impuesto la moda —dijo Graham.

—Oh, magnífico. Parece que no vamos a notar ese vado —dijo Daniel—. De no ser así, Padre hubiese podido empezar a sufrir pensando en él.

—¡El heroísmo es maravilloso! —exclamó Hope.

—Creo, Madre, que tendríamos que dejarles —dijo Faith.

—Para que podamos revolcarnos en las desgracias de nuestra familia —dijo Regan, como si no le gustara la perspectiva.

—Es la primera vez que soy testigo de la valentía de la desesperación —dijo Hope.

—A mí no me cuesta comprenderla —dijo Faith—. No parece que presuponga la más mínima carencia de sentimientos.

—No deberíamos quedarnos hasta que ya estemos de más —dijo Paul.

—Ni molestar antes de irnos —dijo su esposa—. Adiós, Fulbert; volveremos a vernos antes de que te vayas, y también cuando regreses; no derramaremos lágrimas. Yo oculto todo bajo mi apariencia de alegría, pues parece que eso es lo que suele hacerse.

—Nos exige usted grandes dosis de paciencia, Mrs. Cranmer —dijo Ridley, cuando abandonaban la casa.

—Pero no más de la cuenta. Sé que también querías decir esto.

—No sueles ser tan poco sensato, Ridley —dijo Paul.

—Comprendo lo que Ridley quería decir, Padre —dijo Faith, alzando tan poco la voz que casi habló sólo para sí misma—. No puedo negarlo.

—En ese caso, ninguno de nosotros esperará de ti que lo hagas —dijo Hope—. ¿Llegaré yo a ser el puente que os una a ti y a Ridley?

—¿Muestra usted alguna vez sus verdaderos sentimientos, Mrs. Cranmer? —preguntó Ridley, que proseguía la conversación en un estado de exaltación provocado por la confianza que había sido depositada en él.

—Confío en que no me ocurra a menudo. Hago todo lo posible por ocultarlos.

—Nadie debería avergonzarse de sus verdaderos sentimientos —

dijo Faith.

—Creo que no estaría bien no avergonzarse de ellos —dijo Hope—. A mí me avergüenzan y aterran los míos, y más incluso los de los demás.

—Lo importante son los de los demás —dijo Paul.

—Hay personas en las que yo podría depositar la más absoluta confianza —dijo Faith.

—No te pediremos que digas cuáles son. Podríamos no ser nosotros —dijo Hope.

—Creo que una de ellas es Mrs. Sullivan.

—Oh, entonces no somos nosotros —dijo Paul.

—Confieso que la verdad íntima de las personas suele escapárseme —dijo Ridley—. Parece que la capacidad de penetración no es una de mis cualidades.

—Bueno, no hablábamos de eso —dijo Hope—. Pero yo diría que esa supuesta cualidad no tiene tampoco ninguna importancia. Así puedes pensar lo mejor de todo el mundo; y como las personas suelen actuar de acuerdo con lo que esperamos de ellas, de esta manera les haces mejores.

—Ya estamos en casa —dijo Faith animadamente, como si saludara el final de una conversación que no estaba gustándole—. Casi es la hora del té.

—Me alegro de oírlo —dijo Paul—. Ahora que llevo una vida de mujer, estoy adquiriendo costumbres de mujer.

—Quizá no sea ésta la explicación. Padre. También yo estoy muy dispuesto a tomarme ese té —dijo Ridley.

—Y la tuya es una vida de hombre. De héroe, en realidad —dijo Hope.

—Quizá eso sea una exageración, Mrs. Cranmer.

—Hablar con ese anciano me agota —dijo Paul—. Es como un volcán con el cráter en reposo.

—Si es como dices, quizá sea un verdadero volcán —dijo Hope—. Y eso es como para alarmar a cualquiera. Simpatizo con él si tiene que fingir que es mejor de lo que es. Sé muy bien los esfuerzos que eso requiere.

—¿Los has hecho hoy? —preguntó Paul, riendo.

—No, he estado horrible, ¿verdad? Tal y como soy. ¡Y pensar que Fulbert tendrá que recordarme así!

—Lo mejor es ser uno mismo, sea cual sea la impresión que causemos —dijo Faith.

—Sin embargo, nos han enseñado a vencernos a nosotros mismos

—dijo Hope.

—Quizá nuestra victoria no haya sido completa, Mrs. Cranmer —dijo Ridley.

—Bien, pero no nos preocupemos por la victoria. Lo que cuenta es el esfuerzo.

—El instinto que nos impulsa a disimular nuestra verdadera personalidad no puede ser muy noble —dijo Faith.

—Ningún instinto lo es, imagino —dijo Hope—. Por eso hay que aplastarlos con la razón. Sé que puedo parecer contradictoria, pero visitar a los Sullivan me trastorna. Su casa me parece mucho mejor que la mía.

—Los Sullivan tienen una mansión, Madre. Y esto no es más que un hogar cómodo.

—Sé que no pretendes faltarme.

—Naturalmente que no. No hacía más que decir la verdad.

—No hay mucha diferencia. Es corriente escuchar la expresión «brutalmente franco».

—Creo que es una casa muy pacífica.

—Sí, veo que me has entendido a la perfección.

—No seríamos más felices en una casa mejor.

—Bien, quizá no sería la verdadera felicidad, pero yo prefiero la de esa otra clase. Mientras que tener doce hijos sería de la primera, ¿no?

—Sabes muy bien que Mrs. Sullivan tiene sólo nueve, Madre.

—Sí, pero una burda exageración glosa mejor lo que quería decir, y hace que el número parezca más trivial y más vago. Era incapaz de decir nueve; soy muy cobarde.

—¿No le basta con los dos hijastros con que se ha encontrado? —preguntó Ridley.

—Sabemos que no es lo mismo, Madre —dijo Faith, en tono sereno.

—Bueno, la verdad es que no soy de esas mujeres que jamás se han oído llamar Madre.

—Me pregunto si esos jovencitos sienten mucho afecto por sus padres —dijo Paul.

—Gracias por tu amabilidad, Paul. Quizá esté armando mucho alboroto por nada. Eso creen Faith y Ridley. Ahora que ya he tenido cierto consuelo, mostraré mis mejores cualidades durante el resto de la jornada. Seré una de esas raras personas que las reservan para los miembros de su propia familia. Me alegro de no haberlas gastado con nadie más.

—¿Sientes celos de toda esa descendencia? —inquirió Paul.

—Yo siento celos de Nevill —dijo Faith, bromeando.

—¿El que se asfixiaba? —preguntó Hope.

—Sabes muy bien que ése era Nevill, Madre.

—Ya ha vuelto a salir lo peor de mi carácter. La verdad, parece que sea el único que tengo.

—Me gustaría que no creciese nunca.

—¿Sí? Pues, como no cambie, tarde o temprano acabará asfixiándose.

—Venice se convertirá en una joven muy guapa —dijo Ridley.

—¿Es la que impidió que el pequeño se asfixiara? Creo que ella tampoco debería crecer. Porque hay que evitar a todo trance que el pequeño se asfixie. Eleanor también ha visto lo que le pasaba.

—Tiene otros siete hijos —dijo Paul.

—¿Sí? —dijo Hope—. Vaya. Ya vuelvo a las andadas.

—Me gustaría frecuentar más a las chicas —dijo Faith.

—No te costaría mucho satisfacer este deseo —dijo Paul—. Y, en cuestión de deseos, esa es la actitud más conveniente.

—Creo que me gustan más las chicas que los chicos.

—Entonces, sólo tienes que tener celos de cuatro —dijo Hope—. Aunque, naturalmente, eres aún demasiado joven para esta clase de sentimientos. Más bien eres objeto de los celos de los otros. ¿A dónde va Ridley?

—A Londres —dijo su hijastro, poniéndose ligeramente tieso.

—Claro. Allí eres indispensable. Y también aquí. Lo hemos podido comprobar. En todas partes se te honra.

Faith dirigió una mirada a sus padres, y como vio que ellos no parecían tener intención de dirigirse al vestíbulo, acompañó personalmente a su hermano.

—¿Es Faith tu hija favorita? —le preguntó Hope a su esposo.

—Oh, bueno, sí. Los padres suelen preferir a las hijas.

—También yo la prefiero. Y tú debes imaginar que soy una mujer que nunca ha preferido a las de su mismo sexo.

—Yo diría que generalmente prefieres las de tu sexo.

—Como le ocurre a la mayoría de la gente. Aunque nadie suele admitirlo. Conocemos demasiado bien a nuestro propio sexo para pensar que es posible preferirlo. Aunque la verdad es que todos solemos encontrarlo más familiar y agradable.

—Faith parecía sentir ahora mismo que lo prefería —dijo Paul.

—Sí, pero Faith no sabe nada acerca de su propio sexo. Y difícilmente podría hacerle mayor cumplido que éste. Es malo que la gente se conozca demasiado bien a sí misma; ese conocimiento

muestra que cada uno es lo que es, casi a propósito. Y no es que hable mal de ella en cuanto me vuelve la espalda. No soy en absoluto como se supone que soy.

—Ese sería sin duda el momento que supondría menos riesgos —dijo Faith, regresando y hablando con una sonrisa—. Pero lo mejor es mostrarse abierto y franco con todo el mundo.

—No estaría bien hablar mal de alguien en su propia cara —dijo Hope.

—Nadie está obligado a hacerlo, Madre.

—Nunca quiero tanto a mis amigos como cuando lo hacen. Entonces parece que se entusiasmen por mí, que estén pendientes de todo lo mío. Y también parece que sean originales, creativos casi. Ya ves, yo les alabo a su espalda. Y a ti no parece que te guste mucho, aunque imagino que a nadie le apetece oír alabanzas dirigidas a los otros.

—Creo que eso sería muy agradable —dijo Faith.

—Bien pues, alabemos todos a Ridley.

—Hoy ha recibido una gran prueba de confianza.

—Eso no es una alabanza. Deberías decir que en tu opinión se la merecía.

—Creo que es frecuente que la confianza haga que la gente sea merecedora de ella.

—Faith, a mí me gusta oír a la gente criticar a los demás. Sabes que lo he reconocido. Pero deberías recordar que Ridley es tu hermano.

CAPÍTULO V

—Dice Sir Jesse que debemos seguir haciendo economías —dijo Priscilla Marlowe, alzando de repente la vista del libro—. Dice que eso no tiene por qué dificultar nuestro bienestar. Aunque pude ver que él sabía que lo descartaba.

—Antaño la gente decía que había ahorros elegantes —dijo su hermana, alzando también la vista de un libro—. Imagino que eso significaba unos gastos modestos.

—Dice Sir Jesse que a nosotros nos interesan las cosas del espíritu —dijo Priscilla en un tono ausente que parecía confirmar esta opinión —. Y es cierto que son menos caras que las otras.

—Me pregunto por qué eligió para nosotros esos intereses —dijo el tercer miembro del grupo, abandonando la misma ocupación que su hermana.

—Porque significaban un ahorro —dijo Priscilla—. Y, en este caso, un ahorro elegante.

—Espero que no pretenda reducir nuestra pensión —dijo su hermano con voz chillona y ansiosa—. Porque ya hemos reducido nuestros gastos al mínimo.

—Lo había pensado, pero no ha llegado a decirlo. Le hubiese resultado demasiado embarazoso. Jamás sabremos cuánto le debemos a su tendencia a evitarse situaciones comprometidas. No sé por qué razón tengo que verle yo sola. Imagino que de este modo no ha de sentir más que una tercera parte de la incomodidad que se merece. Como hermana mayor, me toca a mí ir al sacrificio, pero me parece que mi ración de incomodidad es el triple de la que me corresponde.

—Es muy desagradable que él crea que gano mucho más de lo que en realidad obtengo por mis libros —dijo Lester—. El último me supuso sesenta libras, y tardé dos años en escribirlo. Pero me avergüenza confesar lo mal pagado que está mi trabajo. Si él lo supiera, creería que se trata de un trabajo estéril y despreciado. Y por eso cree que me gasto el dinero en mis propias cosas, algo que jamás

me atrevería a hacer.

—Sería egoísta de tu parte —dijo Priscilla—. Pero Susan gana bastante en su colegio, y él no distingue entre nuestros diversos ingresos. Supone que tú eres el que más gana, porque eres el hombre.

—No me molesta que mi hermana tenga que ayudarme. Le cedo el lugar más destacado, pues en justicia le corresponde a ella. Pero me pregunto por qué me desprecia tanto Sir Jesse por ganar tan poco, teniendo en cuenta que él cree que es mucho.

—Está acostumbrado a pensar en cantidades enormes —dijo Susan.

—Pues cuando viene aquí rompe con esa costumbre —dijo su hermana—. Quizá es por eso que nunca parece encontrarse cómodo. Aquí tiene que pensar en sumas muy pequeñas.

—Deberíamos estarle agradecidos por habernos salvado de la penuria —dijo Susan—. Y por habernos dado una educación que nos permite ser autosuficientes.

—Eso lo dices por ti —dijo Lester, gravemente—. Debido a mi voz y mi porte, yo no he podido ser maestro. Los chicos se hubiesen reído de mí.

—Y le estamos agradecidos —dijo Priscilla—. Nunca he entendido a los que dicen que deberían estarlo. Pues claro que deberían.

—No es fácil estar obligado para con él —dijo Lester.

—Nosotros le estamos agradecidos por habernos dado la oportunidad de estarlo —dijo Priscilla—. Nadie suele despreciar esta clase de oportunidades.

—No teníamos otra alternativa —dijo su hermano.

—Como no fuera la de perecer de escasez —dijo Susan—. Sólo éramos tres huérfanos procedentes de Sudamérica, hijos de unos amigos de Sir Jesse, pero sin más derechos que ése.

—Mira en cambio lo que somos ahora —dijo Lester, con una carcajada que más parecía un graznido—. Seguimos siendo huérfanos, pero con ciertos derechos.

Priscilla, Lester y Susan Marlowe contaban treinta y cinco, treinta y cuatro, y treinta y dos años de edad. Tenían el rostro pálido y rectangular, el cuerpo alto y anguloso, ojos redondos, grises y miopes que miraban a través de gafas baratas de montura redonda, pero que parecían notablemente penetrantes, ancha frente en declive de la que el incoloro pelo se había ido retirando para, en el caso de Lester, desaparecer por completo, y unos rasgos tan poco ajustados a las normas que diferían tanto de los de las demás personas como entre sí. La voz de Priscilla era lenta y aparentemente seria, la de Lester estridente y desigual, y la de Susan rápida y grave.

Sir Jesse les había proporcionado una casita en su finca, los servicios de un anciano matrimonio al que deseaba ayudar, y ayudaba con este empleo, y una pensión para suplantar la insuficiencia de lo que ellos ganaban. Nunca les invitaba a su casa, apenas si iba a visitarles, y cuando se cruzaba con ellos por el jardín se limitaba a contestar a su saludo con un gesto pero sin decir palabra; la gente atribuía esta actitud al embarazo que le producía su propia generosidad, aunque se trate de una clase de sentimiento que suela ser despertado más comúnmente por la conciencia de otras cualidades. Ellos estaban acostumbrados a su modo de hacer, apenas si conocían a su esposa, ignoraban que la hostil indiferencia de ésta no se limitaba solamente a sus personas, tenían un conocimiento casi clandestino de Daniel y Graham; y vivían entregados a sus aficiones y angustias y los unos a los otros, tan satisfechos como la mayoría de la gente, y disfrutando más de la vida de lo que suele ser regla general.

—Voy a pasar un mes en casa —dijo Susan, echando una ojeada a la atestada y bajita sala con una expresión que distaba mucho de corresponderse con la realidad observada—. ¿De dónde hemos sacado toda esa leña para el fuego?

—La recogemos por la finca —dijo su hermana—. Salimos después del crepúsculo, para no ser vistos. Aunque nosotros no nos avergoncemos de nuestra pobreza, a Sir Jesse sí le avergüenza; y podría dar la sensación de que no tenemos suficiente combustible.

—Esa impresión daría —dijo Lester—. Y no queremos que nadie crea que él podría proporcionárnoslo, pues ya es bastante lo que hace por nosotros.

—Me parece un buen modo de conseguir que nos la proporcione él —dijo Susan—. ¿Creéis que él sabe cómo la conseguís?

—Seguro que sabe que el carbón que nos manda resulta insuficiente —dijo Priscilla—. Y supongo que si pasáramos frío se enteraría. Da la sensación de que lo sepa siempre todo sobre nosotros.

—Debe de saber entonces que nuestras paredes son delgadas pero que aquí no hay humedad —dijo Lester, seriamente—. Quizá cree que no sentimos el frío.

—¿Acaso se puede hacer con el frío algo que no sea sentirlo? —preguntó Susan—. De otro modo desconoceríamos su existencia.

—Parece que la gente cree que los demás no sienten frío ni dolor ni nada —dijo Priscilla—. No creo que a nadie le moleste sentir el calor. Es más agradable, y no hay que combatirlo con ningún tipo de combustible.

—¿Cómo es que tenemos hoy tanta comida? —preguntó Susan.

—Siento decir que no es porque sea tu primer día en casa —dijo su hermana—. Mrs. Morris tiene que cuidar de su esposo, que se encuentra mal, y esta noche no ha podido cocinar.

—Son los años —dijo Lester, tranquilizador—. No tiene nada contagioso.

—Al menos de momento —dijo Priscilla.

Lester rió.

—Doy gracias por estar en casa —dijo Susan—. Sólo somos capaces de sentirnos a gusto cuando estamos juntos. Nadie que no haya vivido nuestra vida podría comprenderla. Tener un pasado sin padres ni tradición es tan infrecuente como haber sido criado en un orfanato.

—¿Infrecuente? —dijo Priscilla—. Los periódicos hablan siempre de los miles de niños que ingresan cada año en los orfanatos. Y esto demuestra lo poquísimas que son las personas que se comportan tan bien como Sir Jesse.

—Por eso nosotros tenemos que colaborar con esa clase de instituciones —dijo Lester.

—Ah, pero, ¿tú colaboras? —inquirió Priscilla, pasmada—. ¡Hay que ver lo bien que logras que tu mano izquierda no sepa lo que hace su mano derecha!

—No es que yo colabore personalmente —dijo Lester, abriendo los ojos—. Jamás gasto dinero sin decirlo.

—Somos las últimas personas que podrían sostener la obra de los orfanatos —dijo Susan—. Bastante afortunados han sido por no haber tenido que sostenernos a nosotros.

—Creo que Sir Jesse ha sido para nosotros un padre y una madre —dijo Lester, como si la idea le divirtiese—; aunque nadie que le viese cruzarse con nosotros sin dirigirnos la palabra se lo creería.

—La vida familiar no suele llegar a estos extremos —dijo Priscilla —. O, al menos, cuando llega a ellos no suele ocurrir a la vez con el padre y la madre.

—Nosotros no hemos balbuceado nunca nuestras oraciones junto a las rodillas de nuestra madre —dijo Susan—. ¿Qué se puede esperar de nosotros?

—Que trabajemos de firme y que tengamos cierto grado razonable de éxito —dijo Lester, casi como si se preguntara a sí mismo si era así.

—A los delincuentes suele decírseles que se acuerden de la época en la que hacían eso precisamente —dijo Priscilla—. No parece, por lo tanto, que sea un comienzo de buen agüero.

—Nuestros padres eran amigos de Sir Jesse —dijo Lester—. Y vivían en Sudamérica. Es todo lo que quiero saber de ellos.

—Esa amistad parece marcarlos —dijo Priscilla—. Yo no me atrevería jamás a preguntarle nada. Si pudiese contar alguna cosa que no fuese insoportable, Sir Jesse ya nos la hubiera dicho. Y no es de los que piensan que somos incapaces de soportar fuertes cargas.

—Parece que evite el contacto con los hijos de esos amigos —dijo Susan—. Si ejerciéramos alguna influencia adversa sobre él, jamás podríamos perdonárnoslo. Me extraña que nos permita mezclamos entre nosotros.

Lester alzó la vista ante esta idea.

—Es la forma más barata de resolver nuestra situación —dijo—. Él nos da una casa y un poco de dinero, y nosotros ponemos lo demás.

—Nadie que nos viese creería que somos tan hambrientos —dijo Susan.

—Yo diría más bien que tenemos aspecto voraz —dijo Priscilla—. Como si apenas supiéramos de dónde va a venir nuestra siguiente comida. Y de hecho lo sabemos. De Sir Jesse, y de nuestro trabajo.

—Bien, Mrs. Morris —dijo Lester—. Espero que Morris se encuentre mejor.

La mujer cerró los ojos y los mantuvo cerrados mientras colocaba la tetera con su acostumbrada precisión.

—Debe de tener mucho apetito.

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó Mrs. Morris, llevando a cabo un acto que en ella parecía antinatural: mirar a su interlocutor.

—Cocina tanto para él, que no tiene tiempo para nosotros.

—Confío en poder prepararle su cena como de costumbre.

—Si tomamos este té y nuestra cena de costumbre, Morris debe de encontrarse muy mal.

—No podía comer lo que le he preparado —dijo Mrs. Morris, poniendo la mesa para los que sí podían.

—¿Le apetecería quizá algo especial? —preguntó Priscilla.

—No está acostumbrado a satisfacer sus caprichos.

—Ahí está, alejándose por el camino —dijo Susan.

—Puede valerse por sí mismo.

—Se va a la posada.

Mrs. Morris dirigió una ojeada superficial a su marido, como si el recado que él iba a hacer no mereciera apenas atención.

—¡Que no está acostumbrado a satisfacer sus caprichos! —dijo Susan, después de que se cerrase la puerta—. Cada día que pasa se acostumbra más.

—Bueno, eso significa que también nosotros podemos hacerlo —dijo su hermana.

—Me alegro de que Morris pueda vivir su propia vida —dijo Lester, gravemente.

—Lester habla con Mrs. Morris como un hombre hecho y derecho —dijo Priscilla.

—Mr. y Mrs. Cranmer —dijo Mrs. Morris.

—Caramba —dijo Hope—. ¿Tenéis invitados para el té, o siempre os cuidáis tan bien? —Utilizó un tono ligeramente distinto del que empleaba para hablar con los Sullivan.

—Hoy es el primer día que Susan pasa aquí —dijo Paul, que siempre hablaba en el mismo tono.

—Respeto la capacidad de gastar en cosas que ningún desconocido verá. No creo que a ellos les alegre que les hayamos sorprendido disfrutando de estos lujos. Aunque opino que ha sido una feliz coincidencia.

—Nos alegra que puedan así compartirlo con nosotros —dijo Lester.

—Y no finjáis ahora que esto no es para vosotros una solemnidad especial. Yo soy incapaz de deciros lo que opino de vosotros. Casi deseo que hubiese venido Faith; Paul no es de los que captan estas situaciones.

—¿Sabía ella que iban a venir ustedes? —dijo Lester, sencillamente.

—¡Qué bien entiendes nuestra vida familiar! No, no se lo he dicho.

—Imagino que estará igualmente satisfecha de haberse quedado en casa.

—No. No hay nada que le guste tanto como cualquier cambio, por pequeño que sea, y lo necesitaba de verdad. Pero yo lo necesitaba más incluso, porque comparada con ella como compañera, soy tan infinitamente variada como Cleopatra. ¡Y son bien pocas las personas que se atreverían decir esto de sí mismas!

—¿Cuántos de nosotros lo pensamos, sin embargo? —inquirió Paul.

—No digas bobadas. Paul. Poquísimos.

—Poquísimos —dijo Priscilla.

—¿Habéis ido a la casa grande a despediros de Fulbert? —preguntó Hope.

—No. Su partida no nos afecta a nosotros —dijo Susan—. De toda la familia, no vemos más que a Sir Jesse y a los dos hijos mayores.

—¿Ha venido Sir Jesse a veros últimamente?

—Esta misma tarde.

—¡Y pensabais callarlo! Yo hubiese aprovechado la primera

oportunidad para traerlo a colación. ¿Cómo es que ha venido a veros? Tengo que preguntarlo, Paul. A ellos no les importa que me entere, y en su vida se les ocurriría contármelo.

—En parte porque nos debía la visita —dijo Priscilla—, y también para insinuarnos que podríamos ser más ahorrativos.

—Más de lo que ya lo somos —dijo Lester, seriamente.

—Bueno, siempre se puede suprimir algún gasto —dijo Hope—. Pero, me pregunto cómo es que Sir Jesse lo sabía.

—No lo sabía; sólo esperaba que fuese posible —dijo Priscilla—. Pero al ver la casa ha comprendido que se equivocaba, y se ha ido.

—Pero, ¿y el té? ¿Creíais que iba a quedarse?

—¿A tomar el té aquí? —preguntó Lester.

—Sí.

—¿Y tomarlo él con nosotros? ¿Sir Jesse?

—Sí. ¿Es imposible?

—Todo es posible —dijo Susan—. Pero es realmente inimaginable.

—Creíamos que Mrs. Morris no podría cocinar esta noche, porque Morris está enfermo —dijo Lester.

—Muchas gracias. Me alegra saber que no vivís siempre así. No me gustaría tener que pensar que soy un ama de casa tacaña. Soy muy mezquina para muchas cosas; creo que para todas las demás. Y me gustaba pensar que era capaz de hacer una excepción en las cosas pequeñas, materiales. Para las otras, las grandes, no hay remedio.

—Nunca lo hay —dijo Lester, gravemente.

—Ha dicho Sir Jesse que echará de menos a su hijo —dijo Priscilla —. Me ha parecido raro que demostrase tener sentimientos tan comunes.

—Tendré que hacer por él todo lo que esté en mi mano —dijo Paul —. Necesita de la compañía de los hombres, y no soportará la de sus nietos.

—Ya hace por ellos más de lo que está obligado a hacer —dijo Susan—. Y lo mismo en nuestro caso. Cree que ocupamos un nivel especial.

—Bueno, teniendo en cuenta que nos ha dado una casita y una pequeña pensión, la verdad es que nos tiene una consideración muy especial —dijo Priscilla—. ¿Y no os parece maravilloso que lo haga?

—A veces tengo la sensación de ser un hombre capacitado para valerse por sí mismo, y que sin embargo acepta la ayuda de otro —dijo Lester, esperando la simpatía de los demás ante este truco de su imaginación, y recibiéndola.

—Dicen que es mejor dar que recibir —dijo Paul.

—Nosotros no estábamos enterados —dijo Priscilla—. Quienquiera que lo dijo, debía pensar que así era.

—¿No lo confirma vuestra experiencia?

—Nosotros no damos nunca —dijo Lester—. No sería justo para con Sir Jesse.

—Yo siempre pienso que estar aquí es una lección —dijo Hope.

—¿Una lección que sirve para aprender a sacarle partido a las desventajas? —intervino Susan.

—Pues, sí, Susan, supongo que eso es lo que quería decir. Pero también que sirve para aprender a sacarle partido a las cualidades de cada uno.

—No vamos a decir que carecemos de ellas —dijo Priscilla—. Mencionarlas sería menos violento.

—Pero, menciónalas, menciónalas —dijo Hope—. Creo que hasta ahora no lo ha hecho nadie.

—Intelecto, individualidad, una forma especial de encanto —dijo Priscilla, con los labios muy serios.

Su hermana rió.

—¿Por qué lo encuentras tan gracioso? —dijo Hope—. A mí me parece casi solemne. Siento tentaciones de ponerme en pie. Y ahora alguien debería enumerarlas de nuevo.

—Todos podríamos haberlo hecho —dijo Paul.

—Me alegro de que seas una persona más amable que yo, Paul. Detestaría que fueses tan implacable como una mujer. Está bien que los maridos posean algunas cualidades masculinas.

—Nosotros estamos muy conformes con nuestra suerte —dijo Lester.

—Veo que así es —dijo Hope—; y aunque no puedo entenderlo, eso me permite apreciar mejor mi más cómodo destino.

—Yo creía que era más difícil —dijo Lester.

—No sé si sentirme adulada o molesta por esa frase. Me gusta pensar que la posición que ocupo no es fácil, pero en cierto modo cualquier clase de dificultad suena a humillación.

—Creo que usted nos mira por encima del hombro —dijo Susan.

—Bueno, la pobreza y la dependencia suelen ser despreciadas —dijo Hope, en un tono más incisivo—. Tampoco vosotros habéis hablado en favor de ellas. Pero también a mí me inspiran compasión, y no creo que la compasión sea tan horrible como a veces se piensa. Es absurdo afirmar que es lo mismo que el desprecio. Tiende a fomentar la amabilidad, cosa que jamás hace el desprecio.

—Hay quienes incluso se compadecen de sí mismos —dijo Priscilla

—. De modo que esos dos sentimientos tienen que ser muy diferentes el uno del otro. Lo que ocurre es que la gente llama desprecio a la compasión. Y de ahí surge la confusión.

—¿Qué es ese paquete, Priscilla? —preguntó Lester.

—Oh, se me había olvidado. Lo ha traído Sir Jesse esta tarde. Es una fotografía de nuestra madre. Ha dicho que la encontró por casualidad. Es extraño que Sir Jesse pase revista a sus cosas. Siempre habría dicho que tenía alguien que lo hiciera por él. Debe de ser una de esas ideas erróneas que se hacen los pobres acerca de los ricos. No me he atrevido a abrir el paquete estando sola.

—Claro. Claro que no —dijo Lester, mirando el paquete como si él pudiese temer abrirlo en cualesquiera circunstancias.

—¿Qué es lo que teméis? —quiso saber Hope—. Ya sé que es una pregunta que demuestra muy poca sensibilidad por mi parte, pero hoy no hay nada que haga salir a superficie mis mejores cualidades. Si nuestro primer encuentro con vuestra madre tampoco lo logra, es que no tiene remedio.

—Parece extraño que la mayoría de la gente conozca a su madre desde el primer momento —dijo Priscilla.

—Ahora sabremos de dónde procede nuestra extraña fisonomía —dijo Susan.

—Tendremos que investigar —dijo su hermana.

—A mí no me importa cuál pueda ser su aspecto —dijo Lester.

—Ved cómo emergen los intensos sentimientos que unen a los chicos con sus madres —dijo Hope.

—Estoy segura de que Lester no es uno de esos hombres capaces de avergonzarse de su madre —dijo Priscilla.

—Siempre me ha parecido una tontería eso de que las fotografías parecen mirarnos —dijo Susan—. Pero parece que esta va a sentir esa tentación.

—Me alegro de que nos mire con los ojos condonantes de una madre —dijo Priscilla, apartando la foto de su propia mirada.

—Estoy segura de que sus patitos feos, para ella son cisnes —dijo Hope.

—Es alta —constató Lester.

—No sé por qué —dijo Hope—, pero de repente tengo ganas de llorar.

—Y tan fea como nosotros —dijo Susan—. O quizá no tanto.

—No, no tan fea —dijo Lester.

—Para su hijo, la madre siempre es bella —dijo Hope—. No había motivos para que Lester tuviera miedo de verla. En el caso de sus

hermanas, sin embargo, las cosas eran distintas.

—Tiene una buena cara y una buena cabeza —dijo Paul.

—Os felicito a todos —dijo Hope—. Y también a ella, naturalmente. Jamás había visto una familia como ésta.

—Me extraña que se hiciera amiga de Sir Jesse —dijo Lester.

—¿Es eso lo único que tienes en contra de ella? —inquirió Paul, riendo.

—Es todo cuanto sabemos de ella —dijo Susan—. Quizá pensó que él sería un buen amigo para sus hijos.

—Ya sabemos de dónde le viene a Susan su lado práctico —dijo Priscilla—. De Madre. Esta es la primera vez que vuelve a casa justo a tiempo para darle la bienvenida a ella.

—De modo que Sir Jesse no ha traído ninguna fotografía de vuestro padre —dijo Paul.

—Y me alegro —dijo Priscilla—. Estas reuniones familiares me resultan agotadoras.

—Tenemos que hacer enmarcar la fotografía —dijo Susan.

—No se vaya todavía, Paul —dijo Priscilla—. Siéntese aquí, junto a Madre.

—Me da vergüenza que nuestros ojos ociosamente curiosos hayan sido testigos del encuentro —dijo Hope.

—Creo, Lester, que deberías compartir a Madre con nosotras —dijo Priscilla—. Las madres no son del todo indiferentes a sus hijas. Quizá Madre no me cambiaría a mí por todos los hijos del mundo.

—¿Cuánto cuesta un marco? —quiso saber su hermano.

—Esto te viene de Madre.

—Depende de la calidad —dijo Susan.

—Y esto también te viene a ti de ella —dijo Priscilla—. Pero, ¿creéis correcto que el primer ahorro que hagamos tras haber conocido a Madre le tenga a ella por víctima? Aunque, naturalmente, a las madres no suele gustarles que sus hijos se gasten el dinero en ellas.

—Contribuiré a comprar el marco —dijo Lester, que no siempre tomaba una decisión de esta clase en relación con los gastos de la familia.

—Ahí vienen Ridley y Faith —dijo Susan—. ¿Cómo sabían que estaban ustedes aquí?

—¡Eso mismo hubiera dicho Madre! —exclamó Priscilla.

—Yo no he sido —dijo Hope—. De modo que, algo se lo habrá dicho.

—Dedujimos que estaríais aquí —dijo Faith al entrar con su

hermano—. Hemos pensado que podíamos regresar caminando todos juntos a casa.

—¿Tenías necesidad de regresar caminando a casa, hija? —preguntó Hope.

Hubo una pausa.

—Hemos tomado el té —dijo Faith, como indicando que no iban a imponer este deber a la casa que ahora visitaban.

—Espero que aquí no molestemos —dijo Ridley, con una sonrisa por lo absurdo de esta posibilidad.

—Eso espero —dijo Hope.

—¿Habéis estado mirando viejos álbumes? —dijo Faith, mirando a la mesa—. Siempre he pensado que las fotos anticuadas son muy interesantes.

—Arrojan sin duda mucha luz sobre el pasado —dijo Ridley.

—¿Quién es esa señora? —dijo Faith, con una viveza que no daba a entender que esperase gran cosa como respuesta.

—Es nuestra madre —dijo Lester, entregándole la fotografía—. Nos la ha traído Sir Jesse hoy mismo. Nunca la habíamos visto.

—Oh, no lo sabía —dijo Faith, dando un paso atrás con la mirada fija en el rostro de él.

—Es lógico —dijo Paul.

—Y demuestra que tendríamos que medir muy bien nuestras palabras —dijo Faith, jovialmente—. Pero no he dicho nada despectivo, me parece. Y todavía no había mirado la fotografía.

—Tu opinión hubiese carecido de valor —dijo Paul.

—Debe de ser un día especialmente importante —dijo Ridley—. Me imagino que la visión de esa imagen habrá estimulado vuestras imaginaciones.

—Más bien parece que su efecto sea el de permitirnos prescindir de ella por primera vez —dijo Priscilla.

—¿Le encontráis algún parecido con alguno de vosotros? —preguntó Faith—. ¿O creéis, mejor dicho, que alguno de vosotros se le parece?

—Yo diría que Lester se le parece un poco —dijo Susan.

—Dicen que los hijos suelen parecerse a su madre —dijo Faith.

—A partir de ahora ya no seremos tres, sino cuatro —dijo Priscilla, colocando la fotografía en la repisa de la chimenea.

—Hay en casa una fotografía que pienso destruir —dijo Hope—. Quiero que Faith sea sincera cuando dice que soy la única madre que ha conocido.

—Siempre lo he sido —dijo Faith—. No tengo la costumbre de

decir una cosa por otra.

—Entonces, espero que nosotros no hayamos sido nunca cinco.

—A mí me parece que las fotografías sirven sobre todo para recordar personas a quienes llegaron a conocerlas —dijo Faith.

—Entonces, apenas sirven de nada —dijo Paul.

—Para aquéllas que no llegaron a conocerlas, más vale una fotografía que nada —dijo Lester.

—Tienes razón, Lester —dijo Ridley, simpatizando con él—. Cualquier cosa es mejor que nada.

—¿Tiene Sir Jesse alguna fotografía de vuestro padre? —preguntó Faith.

—No, que nosotros sepamos —dijo Susan.

—¿No se lo habéis preguntado? —dijo Faith, sonriendo ante esta indiferencia.

—No acostumbramos a hacerle preguntas.

—Creo que a él no le molestaría una pregunta sobre esta cuestión.

—Podría no ser la excepción —dijo Paul.

Faith dirigió una mirada a su padre, como si su actitud la hubiese dejado perpleja.

—¿Os serviría de algo que se lo preguntase yo? —les dijo a los Marlowe—. Podría hacerlo como quien no quiere la cosa, y luego pasar a otro asunto, y venir luego a deciros cuál había sido el resultado. Creo que yo frecuento la casa más a menudo que vosotros.

—Nosotros no la pisamos nunca —dijo Lester.

—Supongo que es una costumbre que se ha ido consolidando con el tiempo.

—Lo es, sin duda —dijo Hope.

—Vosotros no queréis ir —dijo Paul, escrutando los ojos de los Marlowe.

—No vestimos adecuadamente —dijo Susan—. Y notaríamos mucho que dependemos de él.

—En ese caso, ¿no sería perfectamente adecuada vuestra forma de vestir? —inquirió Hope.

—A mí me parece que ese vestido le sienta muy bien a Susan —dijo Faith.

—Ella tiene que tener ropa de acuerdo con su trabajo fuera de aquí —dijo Lester.

—Por mucho que se arregle, la gente sigue pareciendo lo que es —dijo Faith.

—Menos mal que nadie se entera —dijo Hope—. Y yo no pienso creérmelo.

—Tendríamos que tener el mismo aspecto que la otra gente —dijo Priscilla—, y eso cuesta dinero.

—Creo que os gustaría la novedad de visitar la casa de vez en cuando —dijo Faith.

—Daniel y Graham vienen a veces a vernos aquí —dijo Susan.

—¿Ah sí? No lo sabía.

—Me extraña que un detalle así haya escapado a tu atención —dijo Hope.

—Seguro que a Mrs. Sullivan le complace que ellos puedan disfrutar de esta oportunidad, Madre.

—Lo que les hace venir son sus propios sentimientos —dijo Paul.

—Sí, vienen a vemos —dijo Priscilla—. Es uno de esos casos en los que las personas hallan su felicidad en un ambiente más humilde que el de su vida corriente.

—No creo que se fijen en el ambiente —dijo Faith, insinuando que ella sí era muy observadora.

—Es tanto lo que le debemos a Sir Jesse, que nuestras relaciones con él no pueden ser naturales —dijo Lester.

—Eso no supone falta de generosidad por ninguna de las dos partes —dijo Faith.

—Más bien por parte de Sir Jesse —dijo Priscilla.

—Ya sé que las ligeras incomodidades que trae consigo cualquier posición desacostumbrada suelen ser difíciles de superar —dijo Faith.

—Y así tiene que ser —dijo Hope—. Toda situación embarazosa ya es bastante mala de por sí.

—Nos hemos alejado de la cuestión de la fotografía de vuestro padre —dijo Faith.

—Y ahora tú nos has devuelto a ella —dijo Hope.

—Son muy raras las personas, Madre, que no se hacen sacar nunca ninguna fotografía.

—Nosotros nos contamos entre ellas —dijo Priscilla—. Quizá sea cosa de la familia.

—Alguien le sacó una a tu madre —dijo Faith.

—Ya, pero es corriente que los hijos salgan más al padre que a la madre, o a la inversa.

—¿Somos nosotros quienes nos hacemos sacar fotografías —preguntó Paul—, o los otros quienes nos las sacan porque quieren tener un recordatorio?

—Y quienes nos dicen que sonriamos —dijo Hope—. Si alguien quisiera un recuerdo mío, sería incapaz de refrenar mi alegría.

—Me conmueve pensar que hubo personas que quisieron tener un

recuerdo de Madre —dijo Priscilla—. Eso dice mucho en favor de ellos, y de ella.

—Creo que yo no he sido jamás inmortalizado por este método —dijo Ridley.

—Piensa, sin embargo, en cuántas veces lo has sido por otros —dijo Hope—. A mí no me han sacado ninguna desde el día de la boda. Aquel día a tu padre le apetecía tener un recuerdo de mí. Las personas suelen querer fotografías de los otros cuando éstos están a punto de pasar la vida junto a ellas, aunque es difícil saber de qué les servirán.

—Sir Jesse echará mucho de menos a su hijo —dijo Faith—. Será un tercer vacío en su casa.

—¿Hay otros? —preguntó Hope—. Lo que yo sé es que la casa está llenísima.

—Lady Sullivan perdió a dos hijos. Madre.

—Pues no sé por qué, pero nunca tengo la sensación de que la casa esté vacía. Hay montones de piececitos andarines. Dieciocho en total.

—Imagino que para ella, y pese a todo, es una casa vacía.

—Es lógico que tú lo comprendas tan bien. Nuestra casa también debe de tener para ti sus vacíos.

—Usted ocupa en ella un lugar importante, Mrs. Cranmer —dijo Ridley, en tono de leve reproche.

—Sí, ahora es mi casa.

—Sir Jesse sí que ocupa una posición perfecta —dijo Susan.

—Yo votaría más bien por la de Eleanor Sullivan —dijo Ridley, mirando a su alrededor con grave vehemencia—. Tiene todas las ventajas de la mujer casada, sin ninguna de las preocupaciones ni de las engorrosas ceremoniosidades que trae consigo generalmente esa posición.

—Yo hubiera dicho que esas son cosas muy queridas por las mujeres —dijo Hope.

—Yo estoy segura de que no deseo ninguna posición que no sea la mía —dijo Faith, frunciendo el entrecejo al pensar en la de otros.

—Yo aceptaría cualquier posición que fuese mejor que la mía —dijo Hope.

—¿Crees que las posiciones de las personas indican sus cualidades? —inquirió Paul.

—No, sólo indican las características de su posición —dijo su esposa—. Todo el mundo está satisfecho de sus cualidades. Las de los Marlowe son cosas casi inexpresables. De hecho, aparte de ellos, nunca he oído a nadie capaz de expresarlas.

—Yo se las he oído expresar a mucha gente.

—No hace falta que subrayes esa leve nota de mezquindad que había en mis palabras.

—Siento decir que yo no estoy satisfecha de mis cualidades —dijo Faith con una sonrisa breve e irónica.

—¿No crees que tienes algo que no tiene nadie más? —preguntó Hope—. Yo lo he notado.

Faith alzó la vista y miró a su madrastra.

—Ya sé que crees que no soy capaz de resistir tu mirada —dijo esta última—. No sé por qué, siendo así, me sometes a esta prueba.

—Creo que será mejor que nos vayamos, Madre.

—Deberíamos regresar todos juntos, pero como Priscilla no puede prescindir de Padre y de mí, los demás tendréis que iros solos.

—Los demás somos sólo Ridley y yo, Madre.

—¿Solamente? Entonces, nadie más.

—Creo que habrá que hacer caso de esta insinuación de parte de la persona de cuya largueza no necesitamos dudar —dijo Ridley, levantándose con una ancha sonrisa—. No tenemos más remedio que retirarnos ahora tan graciosamente como nos sea posible.

Faith se quedó un momento quieta, indecisa, y después pasó de un Marlowe al siguiente en una silenciosa y agradable despedida, y fue luego la primera en retirarse.

—Es cierto que las madrastras son crueles —dijo Hope—, pero también lo son los hijastros, aunque ellos no tengan esa misma mala fama. Todos tenemos derecho a sobrevivir, y sólo los más fuertes lo consiguen, de modo que la lucha parece inevitable.

—Me pregunto por qué tenemos todos derecho a la vida —dijo Susan—. Pero me alegro de que Sir Jesse lo reconociera en nuestro caso.

—Tenemos derecho a ganarnos el pan —dijo Lester, casi dudando de sus palabras.

—Tenemos muchísimos derechos —dijo Priscilla—, pero no parece que sean muy beneficiosos.

—¿Nos acompañarás a casa, ahora que ya no será posible que adelantemos a los otros? —preguntó Hope.

Hubo un silencio.

—Bueno, es el primer día que Susan está en casa —dijo Priscilla.

—Y tendría que regresar aquí andando —dijo Lester.

—Sabes que podrías usar nuestro coche —dijo Hope—. No vale la pena humillarse hasta el extremo de utilizar una falsedad para rechazar una invitación —dijo Hope.

—¿Hay otra alternativa? —inquirió Paul.

—¿Tanto aprecias tu vida en esta casita? —dijo Hope.

—Sí, la apreciamos —dijo Priscilla—. Nuestra extraña y retraída experiencia nos ha unido mucho.

—La casita es nuestro hogar —dijo Lester—. Nos lo dio Sir Jesse.

—Eso siempre me ha inspirado cierta lástima —dijo Hope—. Pero nunca hace falta preocuparse por los demás. Siempre parecen estar muy satisfechos.

—Es poca cosa, pero es nuestra —dijo Susan.

—Estoy completamente de acuerdo. Pero, ¿vale la pena decirlo con una frase hecha? No suelen reflejar la verdad.

—Pero la señalan —dijo Priscilla—. Aunque, naturalmente, ya está ahí sin necesidad de que nada la señale.

—Me alegro de que ya esté ahí —dijo Lester, muy contento—. Lo que ocurre es que nadie más ve la casita con nuestros ojos.

—Libros y una chimenea —dijo Priscilla, mirando estas cosas—. ¿Qué más podemos pedir?

—Ya veo que no tenéis más que eso —dijo Hope, un tanto exasperada—. Pero, ¿acaso os impide eso salir de casa para cenar con unos amigos? Podríais, además, disfrutar también de esto.

—Ya sabemos que hay más cosas —dijo Susan—. Almohadones y flores y cosas que reflejan con un centelleo la luz del fuego.

—Pero preferimos la luz del fuego por sí sola —dijo Priscilla.

—Ya lo veo —dijo Hope—. Pero a mí me gustan las cosas que la acompañan. No pido ni siquiera una inteligencia que esté por encima de las cosas materiales; ya disfruto bastante con la mía, que se encuentra en su mismo nivel.

—Jamás en la vida había visto un fuego mejor que éste —dijo Paul.

—Es de haya del jardín —dijo Lester.

—¿Os la manda Sir Jesse? —preguntó Hope.

—No, pero tenemos su autorización tácita para recogerla.

—¿Os enorgullece esta señal de intimidad? ¿O bien os humilla andar escasos de combustible? Tengo que recordar que el haya hace muy buen fuego. Quiero un fuego así para que su luz juguetee con mis pertenencias. No me importa que sea darle un mal uso. No lo quiero más que para eso.

—Es un error usar la azucena para adornar otras cosas —dijo Susan.

—No sería tan mezquina si os gustase un poquito más —dijo Hope —. ¿Qué sentido tendría que me esforzase por hacerme digna de vuestra amistad, si en realidad es imposible que lo consiga? Ya sabéis

cuánto anhelo vuestro afecto; a todo el mundo le gustan las cosas que les realzan; y creo que vosotros exageráis mi deseo de esas cosas. Naturalmente, no lo exhibo públicamente, sobre todo teniendo en atenta que vosotros estáis tan abandonados y sois tan excéntricos. Es una cosa que no esperáis de una persona mezquina, aunque, no sé muy bien por qué juzgáis mezquinas a las personas. De todos modos, con vuestra ayuda no tendría que pasarme todas las veladas con mi familia. Lo cual me encanta, sobre todo por Paul, pero también me gusta hacer cosas por mí misma, y creo que no lo ignoráis.

—Ya, pero Susan acaba de llegar hoy mismo a casa —dijo Lester.

—Y yo llegué hace treinta años. Ya veo que ella no tiene tanta necesidad de un cambio como yo. Y, naturalmente, me gusta comprobar que atendéis en primer lugar a sus necesidades. Bien, os dejaré viendo cómo la luz del fuego juguetea con nada. Aunque si os negáis a ejercer vuestro influjo sobre mí, no veo cómo voy a ser capaz de mejorar.

—Nos gusta usted tal como es —dijo Lester.

—Ahora podré irme de aquí con una migaja de consuelo. Detesto irme con las manos vacías. ¿Queréis que os haga enviar una carretada de leña de haya?

—Sí, si usted lo desea —dijo Lester.

—¡Hay que ver la prisa que se da la gente para hacerte pasar a los hechos! Ahora ya estamos comprometidos a hacerlo. Bien, os la enviaremos con todo nuestro cariño, tanto el mío como el de Paul, y confío en que llegue bien.

—Sabemos que así será —dijo Paul.

—Hope nos respetaría más si nuestra posición fuera la corriente —dijo Susan, una vez se quedaron solos—. Que ella lo mencione abiertamente no cambia las cosas.

—¿Es ésta una de las razones por las que no nos respetamos a nosotros mismos? —dijo Lester, haciendo simplemente una pregunta.

—La única, me parece —dijo Priscilla.

—Ridley y Faith parecen respetarnos —dijo Lester.

—Faith respeta a todos los seres humanos por el hecho de serlo —dijo Susan—. Y Ridley es abogado, y sabe lo corriente que es estar sin un céntimo; y nos respeta por tener ese poquito dinero que nos da Sir Jesse, y por ser capaces de ganar otro poquito más.

—¡Yo sí que siento respeto por nosotros! —exclamó Priscilla.

—Y a los demás, ¿les respetamos? —dijo Lester.

—Yo muchísimo, la verdad —dijo Priscilla—. Parece que naden en la abundancia. Por ejemplo Faith, con su naturaleza caritativa y su

confortable hogar y su vida ociosa. Creo que los seres humanos están notablemente bien dotados. Importa más tener un corazón amable que un título de marqués, pero he comprobado que hay mucha gente que disfruta de ambas cosas.

—No es lo mismo un buen hogar que un título de marqués —dijo Susan.

—Pues yo creo que en realidad son lo mismo.

—Es raro que no podamos preguntarle a Sir Jesse nada sobre nuestros padres —dijo Lester.

—Eso es sólo porque él no nos ha contado nunca nada —dijo Susan.

—Es una pena que una cosa excluya la otra —dijo Priscilla—. Y no veo cómo remediarlo. Cuando me dejó la fotografía, apenas dijo nada de ella.

—Quizá pensaba en lo que la fotografía nos diría a nosotros, si pudiera hablar —dijo Susan.

—Él estaba absolutamente seguro de que no puede. Y estoy segura de que no me atrevería a escuchar. Y no creo que, de poder, quisiera hacerlo.

—Deberíamos imaginarnos cosas sobre nosotros mismos.

—Si fuesen ciertas, Sir Jesse no hubiera tenido necesidad de ayudarnos —dijo Lester.

—Nunca parece sentirse orgulloso de lo que ha hecho —dijo Priscilla—. Casi corre un velo sobre ello.

—Creo que lo corre sobre nosotros —dijo Susan—. No nos exige que vayamos a la iglesia, porque entonces tendría que reconocernos.

—Sería malograr tristemente nuestros domingos —dijo Lester, sobresaltado.

—Me pregunto si somos tan raros como creemos ser —dijo Susan.

—No podemos hacer otra cosa que confiar en que así sea —dijo su hermana— y seguir esforzándonos.

—Oigo la voz de Daniel —dijo Susan—. E imagino que Graham viene con él.

—Eso no sería una voz —dijo Lester, en el tono de quien se limita a constatar un hecho.

—Espero que no os moleste que haya traído a Graham —dijo Daniel—. Prefiero tenerle al alcance de la vista.

Graham tomó asiento.

—¿Se ha ido ya vuestro padre? —preguntó Susan.

—No. Si lo hubiera hecho, yo estaría en casa, ocupando su lugar —dijo Daniel.

—Me gustaría tener suficiente dinero para ir tirando —dijo Graham, echando una ojeada a la habitación.

—¿Por qué se empeña la gente en desear una cosa así? —inquirió Priscilla—. ¿Por qué no desea tener de sobra?

—Porque no quiere pedir más de la cuenta —dijo Graham—. Aunque, en realidad, la gente lo pide todo.

—Las cosas inalcanzables son más deseables —dijo Daniel.

—¡Y qué actitud tan sensata es ésa —exclamó Priscilla—, cuando nada es como uno se esperaba!

—Esto colmaría las esperanzas —dijo Graham— de cualquiera cuya educación haya sido vista como un deber insoslayable.

—También a nosotros se nos ha educado así —dijo Susan—, pero parece que no nos pesa tanto.

—Da la sensación de que Sir Jesse haya acabado adquiriendo esa costumbre —dijo Priscilla—. Que, por cierto, es muy útil.

—Me gustaría que pudieseis venir a veces a casa —dijo Graham.

—Sir Jesse se avergüenza de nosotros —dijo Susan—. No hemos llegado nunca a saber por qué.

—No fingiremos que sabemos los motivos —dijo Priscilla.

—Dudo que jamás lleguemos a saberlos —dijo Lester.

—Abuela podría explicároslo —dijo Daniel—, pero nunca recibe bien a los forasteros.

—Entonces, ¿cómo se las arreglan vuestros amigos para entrar en la casa? —quiso saber Susan.

—No entran —dijo Graham—. No tenemos amigos.

—El acero ha penetrado en el alma de este muchacho —dijo Daniel.

—A Lester y a Graham les rechina la voz —dijo Susan.

—Lester debe estar tratando inconscientemente de alcanzar una nota de otro mundo, diferente de éste y más espacioso —dijo su hermana.

—Mis gustos son muy simples —dijo Graham.

—Apenas has tenido oportunidades de adquirir otros —dijo Daniel.

—Dicen que eso suele fomentar los gustos caros —dijo Priscilla.

—¿Ha sido así en vuestro caso? —dijo Graham.

—No, pero nosotros somos raros. Es inútil negarlo.

—¿Es por eso que Hope no se siente cómoda cuando se relaciona con nosotros? —intervino Lester.

—Se debe solamente a que no nos conoce mucho —dijo Priscilla—. No hay que tomárselo a cosa personal.

—Hope es una persona en la que late algo muy de segunda

categoría —dijo Susan—. Y ella cree que mejora la situación bromeando constantemente acerca de ello.

—Y acierta —dijo su hermana—. El resultado es verdaderamente bueno. De primera. ¿No te gusta?

—Ojalá ya hubieran transcurrido los próximos seis meses —dijo Graham.

—Yo no lo deseo —dijo Lester—. Significaría que nos quedarían seis meses menos de vida a los tres.

—Y a nosotros también —dijo Daniel—, y a todo el mundo.

—Oh, permitidme que os presente a nuestra madre —dijo Priscilla —. Sé que no es corriente, pero yo disfruto muchísimo de la vida. Estoy de acuerdo en que la vida es bella.

—Os parecéis más a vuestra madre que los unos a los otros —dijo Graham.

—Por fuerza tenemos que tener todos algo de ella —dijo Lester.

—De modo que en realidad siempre había estado aquí —dijo Priscilla—. Lo cual hace que me sienta bastante ridícula.

—¿Quién de vosotros añorará más a vuestro padre? —preguntó Susan.

—Abuela —dijo Graham—, y a continuación Madre, supongo, y luego alguna de las chicas. Pero a nadie le gustará su ausencia. Parece como si Padre estuviera sosteniendo una plaga que pende sobre nosotros.

—Yo casi no le conozco —dijo Lester.

—Pero debes de tener la sensación de que empiezas a conocerle —dijo Priscilla—. ¿No te parece un privilegio?

—Tendremos que calmarnos —dijo Daniel—. No podemos pasarnos los seis meses en este estado de tensión.

—Eso de calmarse parece horrible —dijo Priscilla, mirando a Graham—. Y nada menos que durante seis meses, y en plena juventud, teniendo en cuenta lo triste que es esa edad. No quiere eso decir que yo no la encuentre agradable. Siempre me pregunto por qué suele la gente aferrarse a ella, cuando para la mayoría resulta tan antipática. A mí en cambio me resulta cada vez más agradable. Bueno, ya podéis ver que no la he perdido todavía.

—A mí podría gustarme —dijo Graham, echando una ojeada a la habitación.

—Libros y un fuego en la chimenea —dijo Priscilla—. Y eso es todo. No soy de esas personas que menosprecian lo que tienen. Estoy casi segura de que vosotros creéis que me ocurre lo contrario.

—La gente suele compadecerse de nosotros —le dijo Lester a

Graham, para informarle.

—Porque sólo disponemos de lo imprescindible para vivir —dijo Priscilla—. Y por ello es ridícula esa actitud de la gente, porque disponer de lo imprescindible es muy importante. No creo que nos compadecieran más que ahora si no lo tuviéramos.

—Se compadecen de vosotros, pero no se compadecen de mí —dijo Graham, en un tono casi de incredulidad.

—Bueno, tú vives en la mansión de Sir Jesse, y nosotros vivimos aquí —dijo Susan.

—Tengo allí un sitio en la mesa y una habitación en uno de los pisos altos.

—¿Y qué haces cuando te sientas a la mesa, Graham? —inquirió Daniel.

—No puedes pedir encima la compasión de los demás —dijo Priscilla—. Y no te serviría prácticamente de nada.

—Nosotros conocemos ese sentimiento, pero no nos molesta —dijo Lester.

—Pero no sabéis en qué consiste compadecerse de uno mismo —dijo Graham—, y esa es la única clase de compasión que importa.

CAPÍTULO VI

—¿No hay nadie que quiera venir a despedirse de Padre? —preguntó Eleanor en voz alta e incrédula, desde el vestíbulo, mirando hacia los rellanos de los pisos superiores—. ¿No queréis verle una última vez? ¿Habéis olvidado que va a irse?

—Es posible que estemos tan cansados de esa imagen que al final hayamos acabado por rendirnos y aceptarla —dijo Isabel, tratando de no rezagarse mientras bajaban la escalera en pos de su hermana.

—¿Ha sido todo igual que de ordinario? —preguntó Eleanor, en el mismo tono y enarcando las cejas—. ¿Os parece que hoy es un día como los demás?

—Qué extraño resulta que seas tú quien insinúe esa idea —dijo su hija—. Creíamos que preferirías estar sola con Padre en el momento de la despedida, y que fue por eso que él subió a vernos ayer noche.

—Ah, así que era eso. No, no quiero reservármelo para mí en estos últimos instantes. Seguro que él querrá recordarnos a todos juntos —dijo Eleanor, con quejumbrosa honestidad—. No soy la única persona importante de su vida. Subid corriendo arriba y aseguraos de que baja todo el mundo. Se irá dentro de media hora.

Isabel subió un tramo de escaleras y le gritó el recado a Hatton.

—Viendo la prisa que se da Isabel, cualquiera diría que vuestro padre todavía tardará un mes en irse —dijo Eleanor.

—Pues casi —le dijo Isabel en voz baja a Venice cuando volvió a bajar—. A él le quedan treinta minutos, pero a nosotros nos ha concedido uno solo.

—¿Quieres que vaya a buscar a Luce, Daniel y Graham? —inquirió James, revoloteando alrededor de su madre.

—Sí. Diles a todos que vengan. No comprendo esta actitud tan despreocupada. Es como si no tuvierais padre. La verdad, soy incapaz de explicármelo.

Eleanor se vio liberada de emprender tal esfuerzo por la aparición de sus hijos e hija procedentes del estudio; Luce iba cogida del brazo

de su padre, y sus hermanos tenían la expresión de quien acaba de recibir los últimos consejos y oír la despedida final. Sir Jesse y Regan llegaron procedentes de la biblioteca, el primero resuelto y casi cortés, la segunda destrozada y sombríamente resuelta. Hatton apareció en el rellano con los niños, puso la mano de Nevill en la de Honor, y se retiró al otro lado de la balaustrada a esperar acontecimientos.

—Bien, ya estamos aquí para sacarle todo el jugo que sea posible —dijo Regan—. Esto demuestra que seremos capaces de soportarlo. Algo es algo.

—Demuestra que lo soportaremos —dijo Graham.

—Un dolor compartido es un dolor medio aliviado —dijo Fulbert, animadamente—. Y repartido entre una docena de personas, seguro que casi desaparecerá, y no dejaré atrás más que ojos secos.

—Abuela. Luce, Daniel, Abuelo —dijo Nevill, como si desarrollara la idea de su padre—. Venice, Padre, Graham, Isabel. Y también Nevill está aquí, y Hatton. Y Madre y James.

—Padre es hoy la persona más importante —dijo Eleanor.

—Todos con Padre —dijo su hijo, apoyando su opinión.

—Pero él tiene el deber de abandonarnos.

—No —dijo Nevill, despreocupadamente—. Padre ya no va a irse.

—El pobre lo ha oído decir demasiadas veces —dijo Fulbert.

—Lo mismo nos ha ocurrido a los demás —dijo Regan, parpadeando rápidamente.

Luce dispuso una silla para su abuela y se quedó acariciándole los hombros, y Nevill corrió a otra silla, trepó en ella, y, con la mirada fija en Regan, sacó del bolsillo el pañuelo y lo conservó en la mano.

—¿Cómo es que vas vestida para salir, Luce? —quiso saber Eleanor, a la que cualquier preocupación personal le parecía improcedente en un momento así.

—Porque voy a ir a la estación, Madre.

—¿Además de los chicos?

—Sí.

—¿Habrá suficiente sitio en el coche?

—Sí.

—¿No será demasiado duro para ti?

—Sí —dijo Luce, sonriendo—, pero no hace falta pensar en minucias.

—¿Y no crees que eso podría resultar deprimente para tu padre, justo en el último minuto?

—No, Madre, él no va a enterarse.

—¿Tiene sentido que vayas?

—Lo tiene —dijo Luce, dando muestras de paciencia—. Padre será despedido no sólo por un par de jóvenes sino también por una mujer.

—Para mí sería insoportable.

—A mi modo, Madre, soy una mujer fuerte.

—Y supongo que yo soy una mujer débil.

—Es la primera vez que oigo a una mujer afirmar algo así sin dar muestras de estar satisfecha de ello —dijo Graham, que había estado observando a su madre.

—A mí me gusta tanto la fortaleza como la debilidad —dijo Fulbert —. Amo profundamente ambas cosas.

Luce movió más rápidamente las manos sobre los hombros de Regan, como si quisiera sofocar así cualquier emoción que pudiera estar a punto de brotar.

—Espero que un acontecimiento como éste marque un giro de ciento ochenta grados en la vida de Graham —dijo Daniel.

Venice rio, y Eleanor la miró interrogándola en silencio acerca de la causa de ese sonido.

—Madre —dijo Luce en voz baja—. Permítele a Padre que nos deje en un ambiente de alegría.

—Difícilmente podría serlo, si tienes en cuenta que nos deja por seis meses.

—Quizá no vaya a ser alegre cuando ya se haya ido. Pero mientras esté todavía aquí, mostrémonos capaces de superar la prueba.

—Isabel pone la misma cara que si estuviese en un funeral —dijo Eleanor, insinuando que eso era pasarse de la raya.

—Quizá acierte —dijo Regan.

—No quiero que su padre la recuerde así.

—¿Por qué suele suponerse que las personas olvidan todos los momentos con la sola excepción del último? —preguntó Daniel.

Isabel empezó a sollozar; Fulbert le pasó el brazo por los hombros; ella no pudo controlar su llanto, que empezó a sonar casi en voz alta. Hatton hizo acto de presencia y se quedó mirándola desde el pie de la escalera, como si dudara de cómo debía actuar.

—Isabel, si no eres capaz de contenerte, Hatton tendrá que subirte arriba, como si fueras de los pequeños —dijo Eleanor, como si su hija estuviera más cerca de esa etapa de lo que en realidad lo estaba.

—Ven a sentarte al lado de Abuela —dijo Regan, con la misma actitud, pero de modo obsequioso.

Isabel se sentó en el suelo a los pies de Regan; ésta se puso a acariciarle el pelo, y Luce observó la escena y se alejó, viendo que sus cuidados habían sido hechos innecesarios por esta desviación de los

pensamientos hacia otra persona.

—¿Qué estás haciendo, Gavin? —inquirió Eleanor.

—Dibujo —dijo su hijo, continuando su actividad.

—¿No te parece un modo algo extraño de pasar la última media hora con tu padre?

—No.

—¿Por qué te has puesto a dibujar precisamente ahora?

—Por nada.

—Déjame ver lo que estás dibujando.

—No —dijo Gavin, guardándose la hoja en el bolsillo.

—Qué modo de comportarse. Imagino que lo único que ocurre es que te ha trastornado la partida de Padre.

—No es cierto.

—Nevill dibujará —dijo Nevill, saltando de la silla y corriendo al lado de su hermano.

Gavin le volvió la espalda.

—Déjale dibujar, Gavin —dijo Eleanor.

Gavin insistió en su actitud.

—Dale una hoja.

—Sólo tengo una.

Nevill se quedó con los pies separados y los brazos colgando a los costados, a punto de entregarse a un lamento de frustración.

—¿Podría mi buena y servicial hija traerle un lápiz y un papel? —preguntó Eleanor.

Venice se reconoció a sí misma en esa descripción, y llegó a tiempo para impedirle a Hatton, que había descendido medio tramo de escaleras, que bajara más. Nevill apoyó el papel en una silla, y dibujó de pie, apretando el lápiz con tal violencia que parecía que la tensión emotiva le incapacitara para utilizarlo de manera normal.

—¿En qué consiste el misterio del dibujo de Gavin, Honor? —preguntó Eleanor.

—No hay ningún misterio, Madre.

—¿Qué estaba dibujando?

—Un retrato de Padre.

—Ah, era eso. Qué bonito —dijo Eleanor, como si se hubiera encontrado a sí misma en falta a raíz de cierta conjetura a la que no se le podía aplicar este adjetivo—. ¿Verdad que está muy bien que haya tenido esta idea?

—La idea no es mía, sino de Honor —dijo Gavin.

—Pobrecita hija, quería conservar un retrato —dijo Eleanor, haciendo una declaración adecuada a las circunstancias, pero que hizo

que su hija se pusiera a llorar con tal violencia que hubo que solicitar los servicios de Hatton para que la alejase de allí.

—Aquí sí que hay un rostro animado que Padre podrá recordar —dijo Eleanor tomando en su mano la cara de Venice.

Venice se quedó mirando fijamente al frente y se golpeó el costado, y Eleanor se volvió hacia los chicos, a los que las reacciones de sus hermanas ante el acontecimiento habían dejado notablemente perplejos.

—¿Le has preguntado a tu padre si puedes hacer algo por él, como hijo mayor? —le preguntó a Daniel, con su vaga nota de reproche.

—Sí, se lo he preguntado, y me ha respondido.

—¿Y tú, Graham?

—Sí, y con el mismo resultado.

—Estoy segura de que puedo confiar en mis dos hijos mayores.

—Esa convicción debe de haber nacido en este mismo instante —dijo Daniel.

—Madre, ¿verdad que no has depositado grandes esperanzas en tus hijos? —inquirió Luce.

—Estoy tan acostumbrada a educarles y guiarles, que había olvidado que ya ha llegado el momento de obtener resultados.

—¿Y no te lo recuerdan los resultados?

—A veces desearía que les permitierais que apareciesen.

—Graham no tiene necesidad de mostrarse tímido ante sus pequeños esfuerzos por mejorar —dijo Daniel.

—Déjame ver tu retrato de Padre, Gavin —dijo Eleanor, ignorando a sus hijos mayores.

Gavin se sacó el papel del bolsillo y se lo entregó a Graham, como si esta aproximación a la obediencia fuera suficiente, y Eleanor les miró sin moverse, como si aceptara este método de acercar el dibujo a un nivel más apropiado.

—Es evidente que se trata de un varón —dijo Graham.

—Esto reduce a la mitad el número de personas a las que podría representar —dijo Daniel.

—Es un hombre adulto —dijo Gavin—. Tiene arrugas.

—Podría decirse que esto las reduce a una cuarta parte.

—Dejadme ver cómo soy a los ojos de mi hijo —dijo Fulbert—. Acepto las arrugas, tanto aquí como en el original. En mi vestidor hay una fotografía mía enmarcada que puede pasar a formar parte de las posesiones de Honor, si así lo desea.

Honor, que había sido devuelta al grupo en un estado de pálida calma, alzó el rostro con alegría.

—Tiene la ventaja de que no se ven las arrugas, pues la hizo un artista menos honesto, que las borró.

—Si el marco es de plata, Honor podría ganar mucho dinero vendiéndolo —dijo Gavin.

—Pero sin duda querrá conservarlo —dijo su madre—. Es un retrato de Padre.

—¿Podré quedármela incluso cuando Padre regrese? —preguntó Honor.

—Ya es tuya —dijo Fulbert—. Y la ausencia de arrugas será cada día un rasgo más notable.

—Ahora ya te sientes más animada, ¿verdad, hija? —dijo Eleanor.

—Sí —dijo Honor, admitiendo que este era el resultado natural del obsequio.

—Así tendrás siempre un pedacito de Padre contigo.

—En mi dibujo sale todo él, hasta las manos —dijo Gavin.

Nevill, que había estado trazando rápidas pero estudiadas líneas en su papel, se acercó ahora y lo ofreció para su inspección.

—Es Luce; es Abuela —dijo.

—Aparecen diferenciadas en el mismo grado que en el caso anterior —dijo Daniel—. Hay indicaciones del sexo y la edad.

—Cierto —dijo Luce, como si esta circunstancia fuese casi increíble.

—Es Hatton —dijo Nevill, sosegadamente.

—¡Pobre Padre! —exclamó Luce, en parte para sí—. Se encuentra reunido con su familia el día en que debería ser el héroe, pero todo el mundo parece acercarse más que él a las candilejas.

—Él es la base sobre la que todo lo demás se apoya —dijo Graham —. Eso debe de ser suficiente, sin duda.

—Sí, muchachos, pero eso no será ya por mucho tiempo.

—Si existiera algún motivo debido al cual eso hubiera tenido que dejar de ser así —dijo Graham—, a estas alturas ya habría hecho notar sus efectos.

—El tren llegará en punto —dijo Luce.

—Imagino que eso sí que estaba prefijado desde hace mucho tiempo —dijo Daniel—. ¿Nadie tuvo en cuenta ese dato cuando organizamos la escena final?

—Nos habría dado tiempo para representar una función —dijo su hermano.

—Y eso es lo que hemos hecho, Graham —dijo Luce.

—No es posible que Padre tenga cada vez menos arrugas —dijo Venice.

—Hemos resistido y luchado fielmente —dijo Graham—; hemos bromeado con los labios apretados; dos de nosotros hemos llorado. ¿No nos hemos merecido la liberación?

—La función ha terminado —dijo Sir Jesse, avanzando de repente a grandes zancadas, con el ceño fruncido—. Se acabó el desfile de mujeres llorosas y de jovencillos exhibicionistas. Mi hijo no necesita nada de eso para encaminarse a su deber. También yo, en mis tiempos, he tenido que abandonar a mi familia, y no tuve que exponerles a nada de esto. ¿Es que todo el mundo piensa solamente en librarse de su carga? Dejadle que piense en otras cosas.

Respirando pesadamente, volvió a retirarse a un lado. Fulbert alzó la vista con una expresión que convertía su rostro en el de un muchacho; Regan les observó a los dos con una mirada procedente también del pasado; y en el subsiguiente silencio, Luce se acercó a su madre.

—Voy a poner fin a la escena, Madre. Por Padre y también por nosotros. Cada vez tiene menos sentido y menos entidad. Por mucho que ahora la prolongásemos, no lograríamos hacerla más significativa. Asumo la responsabilidad de anunciar que el tiempo ha terminado.

—¿Ya es hora, verdad? —preguntó Fulbert, volviéndose y empezando a hacer la ronda de despedidas, como si hubiera comprendido que era un error prolongarlas—. Ya es hora de que empiecen los meses que me devolverán a vosotros. Soy como un delincuente que ansia que el cumplimiento de su condena empiece lo antes posible; y lo soy, porque hubiese debido cumplirla hace muchos años.

Siguió acercándose a todos los miembros de su familia con cierta firme tranquilidad, abrazando a las mujeres y las chicas con un ademán que sugería que el gesto tenía un significado especial para cada una de ellas, y partió antes de que la emoción pudiera manifestarse. Regan se puso en pie y se quedó mirando al frente con un rostro que de repente era inexpresivo y viejo, y Sir Jesse permaneció en silencio y casi ausente, como si se negara a seguir participando en la escena. Eleanor estaba pálida y controlada; Isabel y Honor salieron derrotadas de su combate contra las lágrimas; Venice y James se mostraron muy tímidos y nerviosos ante la atención que despertaban en los demás; Gavin pareció no sentirse afectado; y los dos jóvenes se entregaron a los deberes propios de la ocasión.

Nevill se acercó corriendo a Fulbert cuando éste llegaba a la puerta, y le puso bruscamente su papel en la mano.

—Un retrato de Padre —dijo.

—Nevill ha sido capaz de hacer el sacrificio supremo: ha sacrificado a Hatton —dijo Graham, provocando una sonrisa en Regan.

Luce esperaba a su padre y le indicaba por señas que no se detuviera, con una actitud que no concedía cuartel, y cuando Daniel abrió la puerta del coche, subió casi apresuradamente y tomó asiento. Fulbert la siguió con su acostumbrado porte ágil; los hermanos se sentaron en la parte de atrás; Fulbert alzó la mano en dirección a su madre y su esposa, o a una de las dos, pues ambas tomaron esa despedida personalmente. Del grupo que había permanecido en el vestíbulo, fue Regan la primera en hablar.

—Bien, al menos los chicos regresarán. No cortemos el riesgo de perderlos.

Sir Jesse dio media vuelta y se encaminó a la biblioteca denotando en su aspecto tan absoluta carencia de expectativas que su esposa salió tras él con el rostro alterado. Eleanor fue la siguiente en decir sus primeras palabras.

—James, me parece que no has pronunciado una sola sílaba en toda la última media hora que Padre ha estado pasando con nosotros.

James miró a su madre y mantuvo la misma actitud.

—¿Por qué crees que estabas aquí?

—Hatton nos ha dicho que bajáramos.

—¿Es que no querías despedirte de tu padre?

—Sí, pero ya lo hicimos ayer noche.

—¿Y no te hubiera gustado decirle una última palabra?

—Bueno, ya hablamos ayer noche. Era mucho mejor. Lo tuvimos para nosotros solos —dijo James en un tono casi inarticulado.

—Ah, era eso. Bien, creo que puedo comprenderlo.

James se limitó a relajar sus facciones y sus miembros.

—¿Verdad que tú tampoco has hablado con Padre, Gavin? —preguntó Eleanor, en un tono casi inexpresivo, como si vacilara a la hora de aceptar los motivos de sus hijos.

Gavin la miró en silencio.

—Aunque, claro, tú estabas haciéndole un retrato —dijo Eleanor, tratando de encontrar una justificación adecuada a su caso.

—Nevill también lo ha hecho —dijo el pequeño, poniéndose a buscar el papel, pues sabía que su padre no se lo había llevado.

—No podemos impedir que Padre se vaya a América —dijo Gavin.

—No, pero en cierto modo se va por vosotros —dijo Eleanor, inmediatamente—. Se va porque quiere asegurar nuestro futuro.

—Entonces también se va por ti.

—Naturalmente, se va sobre todo por mí. Pero yo lo tenía muy presente.

Gavin reflexionó un momento y luego abandonó el tema.

—Pareces absolutamente agotada, Isabel —dijo Eleanor en un tono más incisivo—. ¡Hay que ver lo que trastorna el menor esfuerzo! Da la sensación de que no puedes soportar casi nada.

—La última media hora me ha resultado verdaderamente insoportable —dijo Isabel, para los oídos de su hermana.

—Venice, llévatela arriba, y dile a Miss Mitford que he dicho que se fuera con Hatton y se tendiera en la cama.

Isabel se fue a descansar; indirectamente, esto hizo que también Venice desapareciera; James se quedó con un sentimiento de justificación personal; y Nevill corrió hacia Eleanor y le ofreció su papel.

—Un retrato de Madre —dijo.

—¡Mi pequeño, mi consuelo!

—Un retrato de Madre; Padre volverá pronto; todos se han ido pero volverán mañana —dijo Nevill, enumerando rápidamente los diversos motivos de consuelo.

—Luce y Daniel y Graham regresarán dentro de unos minutos —dijo Gavin.

—Regresarán dentro de unos minutos —dijo Nevill, transmitiendo esta información a su madre antes de dejarla.

—Honor, ¿no sería mejor que tú y Gavin os fueseis a jugar a algo? —dijo Eleanor, mirando a sus silenciosos hijos.

—Nevill será un caballo —sugirió el pequeño.

—¿Te gustaría ir a buscar esa foto de tu padre? —preguntó Eleanor, viendo la necesidad de otra solución.

Honor y Gavin corrieron hacia la escalera, y Nevill les echó una ojeada y continuó con su ejercicio.

James hizo un ademán de repentino recuerdo y salió corriendo tras los otros dos, produciendo en su madre la impresión de que se le había ocurrido algún objetivo, que sin embargo no suscitaba su interés, que era precisamente la impresión que había pretendido causar.

De repente Nevill comprendió que se había quedado a solas con su madre.

—Nevill se va con Hatton —dijo en el tono de quien da una oportunidad a la situación, antes de abandonar toda esperanza.

—Yo te llevaré —dijo Eleanor, ofreciéndole la mano.

Nevill la aceptó, y subió la escalera como quien está concentrado en un solo objetivo. Una vez en el cuarto de los pequeños, alzó la vista

para mirar a su madre.

—Padre regresará mañana, regresará pronto —dijo, y entró corriendo en la habitación.

Eleanor comprobó que Isabel dormía, y cuando pasaba por el aula fue a visitar a Venice y Miss Mitford.

—¿Estás ahí en pie sin hacer nada, hija? ¿Es así, Miss Mitford?

—Sí.

—¿Le parece que ése es un buen modo de luchar contra el abatimiento?

—No creo que esté abatida.

—¿No podría encontrar alguna ocupación?

—A las chicas de su edad no les interesa nada.

—¿No podría inventarse algún pasatiempo?

—La dignidad humana no se lo consiente.

—¿Tan digno es estar ahí sin hacer nada?

—Lo es, un poco al menos. Y se está acostumbrando a la nueva situación. Me parece muy sensato de su parte.

—Yo opino que tendremos que dejar que sea el tiempo el que acabe acostumbrándonos.

—Eso mismo opina ella. Aunque, claro, media hora no sirve de gran cosa.

—¿Está James por aquí?

—Está con los pequeños. Como su padre se iba de casa, le han dado vacaciones en el colegio.

—Y volverá a tener vacaciones el día en que regrese. No comprendo cómo consigue hacer algún progreso en sus estudios Aunque supongo que apenas avanza. ¿También las chicas tienen hoy descanso? Isabel duerme.

—Ojalá haya podido descansar —dijo Miss Mitford—. Ojalá no duerma con uno de esos sueños pesados que no sirven para aligerar el espíritu.

—¿Podríamos Isabel y yo tener una fotografía de Padre, como Honor y Gavin? —intervino Venice, repentinamente.

—Sí, claro que sí, hija mía. Te pondré una en tu cuarto. Seguro que habrá algún marco en el que vaya bien.

—¿Sí? —preguntó Miss Mitford, al ver esta interrogación en los ojos de Venice—. Me parece que no suele ocurrir.

—Bueno, no recuerdo ninguno en este momento. Pero lo encontraremos.

—Yo no tendría ni idea de dónde buscarlo.

El rostro de Eleanor reveló que a ella le ocurría lo mismo.

—Yo tengo un par de marcos que ya no uso —dijo Miss Mitford.

—¿Qué fotografías tenía en ellos? —preguntó Venice.

—De mi padre y de mi madre. Pero prefiero quitarlas porque suelen inducirme a recordar.

—No hagas preguntas, Venice —dijo Eleanor—. Limítate a decir que te encantará que, ya que ella no los usa, Miss Mitford te deje esos marcos. Y luego vienes a verme y te daré la fotografía.

—¿A quién pondrás en el otro marco? —quiso saber Miss Mitford —. Si quieres te daré una fotografía mía, para que haga de contrapeso.

Venice, medio sonriendo, vaciló un instante. Y Miss Mitford sonrió del todo.

—Ven conmigo y te daré una foto mía —dijo Eleanor—. Así tendrás a tus padres a ambos extremos de la repisa de la chimenea. Le agradezco que haya tenido usted este toque de humor, Miss Mitford. Ahora la encuentro mucho más animada.

Cuando Isabel despertó, se encontró a su hermana colocando las fotos en la repisa.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó, y escuchó el relato—. Más que la de Madre, hubiese preferido la de Mitta —dijo.

—No hubiese quedado bien junto a la de Padre —dijo Venice, absteniéndose de criticar la opinión de su hermana desde otros puntos de vista.

—Me parece que diré que estoy demasiado cansada para bajar a tomar los postres.

—¿Es posible que estés tan cansadísima, incluso después de haber dormido? Madre te ha visto durmiendo.

—Después de lo que hemos vivido estos últimos días, es perfectamente posible que lo esté.

—Bueno, ¡si quieres darles tú misma esta explicación! —dijo Venice, logrando con sus palabras que su hermana se pusiera en pie.

—Y recuerda —dijo esta última cuando, más tarde, abandonaban el aula— que ya me he recuperado y que no estoy deprimida, y que he querido bajar. Sólo estaba cansada y trastornada por la partida de Padre.

—¿Y si me preguntan qué has comido?

—Pues les cuentas cualquier bola —dijo Isabel, como si sus anteriores advertencias no exigieran eso mismo.

—Bien, mi cansada hija —dijo Eleanor—, ¿te encuentras ya recuperada?

—Sí, Madre, gracias.

—¿Ha comido bien, Venice?

—Sí.

—¿Y James? ¿Qué tal se encuentra? ¿No crees que podrías ir esta tarde al colegio y estudiar algunas horas? Podrías hacer este esfuerzo por Padre.

—Cuando nos dan fiesta, se supone que tenemos que hacer fiesta —dijo James, con muy poquita voz.

—¿Quieres decir que realmente te daría vergüenza ir ahora al colegio?

—No —dijo James, a quien admitir que así era le hubiera dado incluso más vergüenza.

—¿Qué quiere decir James, Isabel?

—Bueno, que nadie espera que vaya. Y que se supone que si dicen una cosa tienen que cumplirla.

—Madre, creo que, a pesar suyo, Padre ya ha supuesto un tremendo esfuerzo para los pequeños en el día de hoy —dijo Luce, echándole inconscientemente una ojeada a Sir Jesse.

—El chico tiene razón. O una cosa o la otra —dijo éste, insinuando que trataba de compensar su anterior desaparición—. Ya que ha empezado el día de un modo, que lo termine igual.

—En ese caso, tendrá que dar un paseo y luego descansar —dijo Eleanor, que parecía creer que a su hijo le convenían actividades casi contrapuestas entre sí—. Hoy no es un día de fiesta en el sentido que tiene normalmente la palabra.

—Seguro que James está absolutamente de acuerdo en eso —dijo Graham.

—Pero si nunca tiene ningún día de fiesta —dijo Isabel—. Ni siquiera sabe qué significa una fiesta normal. Para él, un día de fiesta debe de ser algo así como un tributo rendido en honor a otros.

James dirigió a su hermana una mirada como la de quien ve a una persona conocida desapareciendo de su vista.

—¿Alguno de vosotros quiere que le cuenten cómo ha pasado Padre los últimos momentos? —preguntó Eleanor.

Su casual utilización de una expresión que suele aludir a otras cosas provocó cierto regocijo.

—¡A quién se le ocurre reírse de esto, si en realidad habéis entendido mis palabras en el sentido que fingís haberlas entendido!

—El chiste consiste en que se puedan prestar a esa otra interpretación —dijo Daniel.

—¡Chiste! —exclamó su madre, frunciendo el ceño.

—Hemos sostenido una conversación corriente —dijo Luce, en un tono no afectado por lo que había ocurrido—. De repente nos hemos

encontrado discutiendo sobre cuál es la mejor época para salir de viaje desde Inglaterra. Los últimos momentos —su voz se estremeció al pronunciar estar palabras— suelen carecer de vitalidad e interés.

—¿Por qué te empeñaste en ser testigo de ellos? —inquirió Eleanor.

—Para impedir que fuesen para Padre peores de lo que podían ser, Madre.

—Nevill se sienta en las rodillas de Abuela —dijo Nevill.

Regan le alzó y él se instaló sobre ella, gustoso de depender de su esfuerzo, y empezó a abrir y cerrar los ojos.

—No ha dormido a su hora —dijo Venice—, debido a la despedida.

—El uno no ha dormido, el otro no ha ido al colegio, nadie ha hecho nada —dijo Eleanor con un suspiro.

—Buenas noches, Abuela —dijo Nevill, sonriendo y mirando a Regan a los ojos.

—Este niño debe de pesarle mucho. ¿No podría cogerle alguien? —intervino Sir Jesse, juzgando que el chiquillo dejaría de pesar en cuanto lo tomase en brazos cualquier otra persona.

—Déjale tenderse, Abuela —dijo Luce, mirando a la pareja.

—No —dijo Nevill, peleando por recuperar su anterior posición.

—En cuanto ya esté dormido, Hatton podrá llevárselo sin despertarle —dijo Venice.

Decidieron confiar en esta habilidad de Hatton, sacrificando temporalmente a Regan, y Eleanor se volvió a sus hijos.

—¿Recordáis claramente las instrucciones de vuestro padre?

—Sí. Todavía no han quedado relegadas tras una capa de costumbre —dijo Graham.

—Ojalá os hubiese enseñado a contestar en serio las preguntas serias. Empiezo a cansarme de esta manía de aprovechar cualquier cosa como pretexto para decir frases ingeniosas. Al final no sabréis hablar de otro modo.

—Mejor será que nos abstengamos de mirar a Graham, ahora que está en un aprieto —dijo Daniel.

—Me alegro de llevar sobre mis hombros la carga de los dos —dijo Graham.

—Me parece que has estado muy severa, Madre —dijo Luce, riendo —. Es natural que los chicos sean así.

—No siempre podemos dejar que nuestro carácter se manifieste tal cual es, y encima dar por descontado que los demás estarán dispuestos a soportarlo.

—Eso es lo que hacemos la mayoría de las personas —dijo Sir

Jesse, refiriéndose a que él ilustraba a menudo lo dicho con su comportamiento.

—Me parece que sí —dijo Eleanor, y con su suspiro pareció referirse también a sí misma.

—¿Tan malévola es nuestra naturaleza? —quiso saber Isabel.

—Malévola no, pero sí mezquina y estrecha de miras —dijo su madre—. Lo cual ya es bastante grave.

—Madre, siempre tienes una opinión personal acerca de ti misma y de los demás —dijo Luce.

—¿Y tú, James, manifiestas tu carácter tal cual es? —preguntó Eleanor, con uno de sus ataques de frialdad.

—No; sí; no lo sé —dijo James, con cara de sorpresa y aprensión.

—¿Finges ser diferente de como eres?

—Oh no —dijo James, que de repente vio su vida como una continuada serie de subterfugios.

—¿Y tú, Venice?

—No, me parece que no.

—¿Y tú, Isabel?

—No lo sé. No lo he pensado. Ni pienso hacerlo. Probablemente casi todo el mundo actúa del mismo modo.

—No me parece una forma bonita de hablar.

—Tampoco era bonita la pregunta. Era una de esas que obligan a los otros a pensar que mejor sería que no se relacionasen con nadie.

—Has contestado más claramente de lo que te imaginas.

—Bueno, supongo que eso es lo que pretendías con tu pregunta.

—¿Crees que las personas disfrazan su verdadera personalidad?

—Hasta cierto punto sí, naturalmente. De lo contrario, las cosas nos irían muy mal. Yo te estaría muy agradecida si volvieras a ponerte tu disfraz.

—Recuerda, Isabel, que estás hablando con tu madre.

—Pero no he sido yo quien ha elegido el momento de hacerlo.

—Hija, ya sé que estás cansada y trastornada, pero no perdamos la sensatez. ¿Crees que está bien que te aproveches inmediatamente de la partida de tu padre?

—No. En absoluto. Pero tú has sido la primera que te has sentido culpable. Y al hablar con James has descargado tus sentimientos en un niño indefenso.

Graham dejó reposar la mirada en Isabel, como si creyera que esta última descripción no servía para James.

—Isabel, voy a tener que pedirte que te vayas arriba —dijo Eleanor.

—No siento el menor deseo de quedarme aquí.

—Pues no lo hagas, hija.

Isabel se puso en pie y, rompiendo a llorar, salió de la habitación. Luce se levantó casi en el mismo momento y, haciendo un ademán de hombros, se fue en pos de ella.

—Vaya, ¡cuantísimo humo sin que nada arda! —dijo Eleanor, sin mirar a la cara de nadie.

—Sí que empezaba a arder, Madre, y tú has puesto la cerilla —dijo Daniel.

—Era un material muy inflamable.

—No por ello ha sido más prudente tu actitud.

—Venice, ve a ver qué ocurre —dijo Eleanor.

Venice salió y encontró a su hermana sollozando en la escalera, y Luce en pie a su lado; y como no sentía deseos de regresar y explicar lo que había visto, se quedó con ellas. Lo mismo le ocurrió a James, que fue el siguiente emisario, y a Honor, que le sucedió. Gavin fue el primero en dar el parte de la situación.

—Isabel está sentada en la escalera, llorando, y los demás se han quedado en pie junto a ella.

Nevill reptó hasta saltar al suelo y corrió junto a Eleanor.

—Isabel llora, pero enseguida se calmará. Y Padre regresará pronto y le pondrá el brazo sobre los hombros.

Eleanor acarició el pelo del pequeño.

—¿Crees que podrías ir a ver a Isabel y convencerla para que regrese junto a Madre?

Nevill corrió hacia la puerta, esperó que se la abrieran sin mirar a quien lo hacía, subió los peldaños hasta llegar junto a su hermana, la tomó de la mano y empezó a arrastrarla de vuelta al comedor. Luce entró detrás de ellos dos, como si siguiera manteniendo su vigilancia, y Venice y James y Honor la siguieron en actitud no muy convencida. Sir Jesse puso algunas viandas en un plato y lo empujó hacia su nieta, que rio vacilante ante semejante intento de reanimarla, y Nevill se puso al lado de ella, mirando primero a la bandeja y luego a ella.

—Ahora será mejor que subáis arriba y disfrutéis allí de todo esto —dijo Eleanor—. Tomad, otro plato para los más pequeños.

Honor lo cogió y Nevill corrió a su lado, mostrándose muy dócil ante la perspectiva. En respuesta a la llamada, Hatton se presentó en el comedor, tomó ambos platos con una mano, y la mano de Nevill con la otra, y salió de la habitación precediendo a los demás. Los otros cinco niños la siguieron. Luce se sentó de nuevo en su silla y suspiró.

—¡Señor, Señor! Una familia es un mundo en miniatura. Es como

si se dieran en ella todas las emociones de las que es capaz la humanidad.

—Fueron esas emociones las que al principio la fundaron —dijo Daniel—. No es de extrañar que no la hayan abandonado.

—¡Y qué tremendo es dirigir una institución así! —dijo Eleanor.

Sir Jesse alzó la vista, pero comprendió que no se habían referido a él.

—Creo que ése es el lugar que más me gustaría ocupar —dijo Daniel.

—A mí no —dijo su hermano.

—Isabel quiere muchísimo a Padre —dijo Luce, mirando a todos los que seguían sentados a la mesa—. Sus sentimientos parecen desproporcionados, teniendo en cuenta lo mayor que es.

—Si el problema es ése, mejor será que no tratemos de adivinar lo que puede ocurrir en los meses que nos aguardan —dijo Graham.

Regan se cubrió el rostro y empezó a sollozar. Luce abandonó su silla, y con un movimiento de las cejas que indicaba que ésta era la misión que siempre le correspondía, acudió a su lado para aliviarla. Sir Jesse indicó por señas a sus nietos que, en ausencia de Fulbert, se fueran con él, y dejó que las mujeres cuidaran de sus propios asuntos, según insinuó su expresión. Luce se quedó a cierta distancia de Regan, como si todavía no hubiese llegado el momento de intervenir, y se limitó a tocarle los hombros de vez en cuando, como muestra de lo que le reservaba. Eleanor observó a su suegra con cierta cautela, y Regan notó su mirada y la devolvió de modo casi desafiante.

—No intentes contenerte, Abuela. Déjate llevar; te sentará bien —dijo Luce, adoptando un método seguro, aunque no pretendiera serlo, para ayudarla a recobrarse.

—Tu abuelo se ha ido —dijo Regan—. Los hombres no sienten lo mismo que las mujeres.

—Es posible que no, Abuela —dijo Luce, dando a sus manos unos movimientos regulares—. ¿Sabes que creo que Isabel se te parece mucho, en algunas cosas?

El rostro de Regan y el de Eleanor reaccionaron ante esta posibilidad de distinto modo.

—A ti no te gusta, Madre, que la gente demuestre sus sentimientos —dijo Luce.

—Depende de la edad y de otras cosas.

—La edad no tiene apenas relación con esto, a juzgar por lo que nos ha ocurrido a Isabel y a mí —dijo Regan, con una sonrisa.

—Ya te has recuperado, Abuela —dijo Luce.

—¿Pasamos a la sala? —preguntó Eleanor—. Ya que tenemos que consolarnos las unas a las otras, mejor será que nos instalemos cómodamente.

Cuando Regan entraba en la sala abriendo paso a la comitiva, Hope apareció junto a la chimenea.

—Les he dicho que iba a esperar aquí. Ya sé que no hubiese tenido que venir. No está bien entrometerse en una familia en un momento como éste Pero sabía cómo iba a encontrar a todo el mundo, y me ha parecido que podía contribuir a aliviar la situación, si estaba en mi mano. Si sólo resulto un fastidio, me iré No está bien tampoco dejar solos a los que sufren. Quiero sacrificarme por mis amigas. He obligado a los míos a sacrificarse, abandonándoles. Ningún sacrificio será suficiente.

—Ha conseguido usted que Abuela se ría, Mrs. Cranmer —dijo Luce, como si la animara a seguir.

—Lo cual demuestra que me he olvidado de mí misma, porque hoy me encontraba verdaderamente abatida. Ahora comprendo por qué los antiguos bufones acostumbraban a ser personas tan tristes. Si su oficio consistía en alegrar a gente que lo necesitaba, hubiese sido una muestra de insensibilidad por su parte no estar tristes también ellos. Cualquier grado de tristeza en sus personas debía de ser insuficiente para dar cuenta de su reputación.

—Los cómicos y los escritores y todas esas personas suelen ser, he oído decir, de temperamento melancólico —dijo Luce—. Y no tienen contacto con las personas a las que alegran.

—Ya, pero quizá lo que cuenta es el contraste entre lo animados que son desde un punto de vista profesional y lo poco contentos que están desde un punto de vista normal, humano. Si vemos a un luchador o a un acróbata sentado en su casa, podemos pensar que es muy perezoso. Todos solemos dedicar el tiempo de ocio a quejarnos. Pues bien, hoy os he visto a ti y a tus hermanos llevando a vuestro padre a la estación, y me he dicho a mí misma: «Ahí van esos pobres niños, enfrentándose a una de las mayores dificultades de su vida, y, mientras, yo estoy aquí, limitándome a organizar mi casa, es decir, utilizando mi ocio para quejarme». Por eso he venido. Para sentirme rechazada, para que no se me diera la bienvenida, porque así tendré que sufrir un momento difícil. La verdad, no puedo seguir viviendo sin tener que padecer alguno.

—Ahora es Madre la que se ríe —anunció Luce—. Y yo pensaba que hoy sería imposible conseguirlo, por mucho que nos esforzáramos.

—He sido una mujer triste y amarga durante demasiadas horas —

dijo Eleanor.

—Las circunstancias no te han permitido ser como eres normalmente —dijo Hope—. Eso demuestra cómo eres en realidad.

—No hay muchas cosas de mi vida que pueda recordar con orgullo.

—Pero, ¿hay alguien capaz de hacer una cosa tan rara? La gente suele volver la vista atrás con arrepentimiento, o pensando en lo que habría podido ocurrir y no ocurrió, o considerando que todo llegó cuando ya no nos hacía falta. Jamás me atrevería yo a enorgullecerme del pasado.

—Hoy me he visto rodeada de caritas muy tristes, y no he hecho apenas nada por animarlas.

—Me siento incapaz, en estas circunstancias, de recordar cuántas son.

—Habrán cumplido otros seis meses para cuando su padre vuelva.

—Sí, es cierto. Pero, ¿tanto importa eso? No es como estar enfermo o sufrir de ansiedad.

—Nevill tendrá tres años y medio —dijo Luce, en el mismo tono de lamentación.

—¿Y supondrá eso alguna desventaja para él? ¿Es que hay en la edad algún aspecto que no llego a comprender?

—Su infancia se les está escapando —explicó Luce.

—Sí, pero no lo hará más aprisa porque Fulbert esté lejos de aquí. Yo diría que cada día transcurrirá de una forma terriblemente lenta. Por otro lado, ¿no se paraliza el tiempo durante la infancia? Yo siempre he creído que la infancia es como esos días tan larguísimos y calurosos del verano.

—Hoy ha hecho mucho frío —dijo Eleanor.

—Por eso he venido a traer un poquito de calor vulgar y corriente. Sé que es vulgar y corriente; no pretendo otra cosa. Disfruto charlando con mujeres, y sé que cuando lleguen las horas tristes se las dedicarás a otros, pues esa es una de las características de tu temperamento. Empezaré diciendo que Faith tiene tanto dominio de sí misma que resulta imposible convivir con ella.

—Pues parece que tú te las arreglas para hacerlo —dijo Regan.

—¡Otra risa, Mrs. Cranmer! —exclamó Luce.

—Sí, me las arreglo, pero a base de meter siempre la pata. Y aunque eso no significa que mime a Paul, lo que cuentan son los pequeños sacrificios cotidianos. Mucho más que un solo sacrificio muy grande.

—No creo que la gente supiera reconocer ese gran sacrificio,

aunque lo viera —dijo Eleanor.

—¡Ves cómo te estoy ayudando mucho! Ver los errores de los demás es una señal saludable. Es una suerte que este rasgo sea prácticamente universal.

—Y Ridley, ¿hace muchos sacrificios? —preguntó Regan.

—Bueno, quizá es que está esperando a hacer uno muy grande.

—Espero que no estaremos abusando de su amabilidad —dijo Eleanor.

—No creo que hayas podido entender que me refería a eso —dijo Hope.

Regan se puso a reír, y Eleanor adoptó una momentánea expresión de desconcierto.

—Cuando Fulbert regrese podrá encargarse de nuevo de los deberes que tiene aquí —dijo Regan, entregándose de nuevo a la tristeza.

—Y Ridley seguirá esperando —dijo Hope—. Y a mí me gusta que mis hijastros se sientan frustrados. Hoy puedo decirlo, porque lo digo para ayudarles a ustedes.

—¿Sabe usted, Mrs. Cranmer, que de hecho está consiguiéndolo? —dijo Luce, uniendo las cejas.

—¿Dónde está Sir Jesse? —quiso saber Hope—. Me paso el rato temiendo que se presente.

—Está en la biblioteca, con los chicos —dijo Eleanor.

—Siempre suelo decir que todos preferimos la compañía de los de nuestro mismo sexo. Lo cual es un elogio para todos, cuando, como ahora, todos comprenden lo que quiero decir. Cuando a nadie le molesta que le entiendan. Me alegro de que Faith no esté aquí. Si estuviera, pondría mala cara, como si lo que he dicho fuese muy poco caritativo.

—Faith está aquí, Mrs. Cranmer —dijo Luce en un tono casi inaudible, mirando por la ventana y tratando de contener una sonrisa.

—Claro, no podía fallar. Tiene que presentarse para dejarme en mal lugar.

—No creo que esto sea justo.

—No lo es, pero he venido para ayudarlas. Ser justo no serviría de nada, mientras que el hecho de que me dejen en mal lugar puede tener su utilidad. Esperaremos a que Faith venga a hacer su papel. Si es por las mujeres de esta casa, no me importa.

Faith miró todas las caras, con una expresión ligeramente interrogativa.

—Me temo que he elegido el peor día para hacer una visita.

—Lo dudo, hija —dijo Hope.

—Tengo la sensación de ser una presencia que no será bien recibida.

—Tampoco creo que puedas tenerla.

Faith se quedó mirando a su madrastra.

—Ya está ocurriendo lo que yo había anunciado —dijo Hope, agitándose nerviosamente—. Pero me alegra ser de alguna utilidad.

La expresión de Faith se transformó hasta convertirse en una interrogación.

—Parece que has tenido que ir a hacer algún recado que no me habías comunicado —dijo Hope.

—No me gustaba pensar que ibas a tener que regresar andando sola a casa, Madre.

—De todos modos, cuando caminamos juntas no hay modo de que llevemos el mismo paso.

—Trataré de andar con paso más corto.

—Y si yo hago lo contrario, a lo mejor hasta coincidiremos. Lo cual es una pequeña parábola de nuestra vida cotidiana.

—Lamento ser tan alta —dijo Faith, mirando a las presentes con una sonrisa de desaprobación—. Pero no me parece justo que sea la persona más baja la que tenga que adaptarse. Eso le corresponde a la más alta.

—Debe de ser maravilloso poder dar desde la abundancia —dijo Hope.

—Como mínimo, soportable —dijo Regan.

Luce cruzó una mirada con Faith, sonriendo en relación con la actitud de las mujeres de más edad.

—¿Qué tal están los niños? —preguntó Faith, volviéndose a Eleanor.

—Me temo que han vivido un día muy triste.

—Quizá iría bien que subiera a verles.

—Sería una gran amabilidad por tu parte.

—Vayamos de piso en piso —dijo Hope, haciéndose objeto de una mirada de Faith, que hubiera preferido hacer la visita en compañía de Eleanor únicamente—. Si no subo, tendré la sensación de que no he estado aquí. Y sería una lástima que no aprovechase este apacible humor que tengo hoy. Siempre que veo a los niños tiene que ser cuando estoy avinagrada.

—Tengo que ir a ver a mi esposo —dijo Regan, cuando atravesaban el vestíbulo.

—Veo que no tengo ni idea de qué es la verdadera unión conyugal.

Sir Jesse estaba muy ocupado jugando a uno de sus juegos de juventud con el mayor de sus nietos, mientras el segundo les miraba. Con los años había perdido la destreza, y Daniel estaba teniendo dificultades para permitirle que hiciera buenas jugadas, pero sin que se le notase. Graham estaba pálido del esfuerzo que para él suponía seguir la partida y fingir pasión por lo disputada que estaba siendo.

—Juventud y Vejez —dijo Faith, echan una ojeada a la escena—. Ojalá fuese una buena pintora.

—Ya has hecho un retrato, con palabras —dijo Luce.

—Pero me temo que no era muy sutil —dijo Faith, bajando la vista al tiempo que daba media vuelta para subir la escalera.

—Veremos primero a los mayores —dijo Hope—. Cuanto más subimos, más jóvenes son. Es extraño que los pequeños sean los que más tienen que trepar. En los libros suelen hablarnos de piernas pequeñas y robustas que se encaraman con esfuerzo a los peldaños, pero no sé por qué tiene que ser así.

—Los cuartos de los niños siempre son los que más alejados están de los pisos bajos —dijo Faith.

—Sí, hija, eso he dicho. Pero, ¿por qué?

—Para que no nos llegue el alboroto de los críos —dijo Eleanor.

—Yo hubiera dicho que esos sonidos son los más hermosos del mundo. Parece que no comprendo las cosas que me he perdido. Aunque seguramente es lógico.

Los niños del aula estaban recostados en sus sillas, escuchando a Miss Mitford, que les leía en voz alta. Se pusieron en pie, algo avergonzados de tanta relajación.

—Veo que vuelven a estar animados —dijo Eleanor, para quien cualquier forma de entretenimiento era señal de buen humor.

—¿Y cómo sabes que lo están? —inquirió Hope—. Quizá Miss Mitford trata de distraerles.

—Espero que haya tenido algún éxito. ¿Verdad, Miss Mitford, que ya se han recuperado?

—No.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Porque su padre les ha abandonado.

—Pero están disfrutando de un libro.

—Todos tenemos fuerzas para recibir lo que otros hacen por nosotros.

—Bueno, confío en que al menos les resulte provechoso. ¿Y tú, James, qué estás haciendo? No parece que escuches.

James no dijo que estaba hundido en el letargo del agotamiento.

Se enderezó y señaló una caja que tenía a su lado.

—Estoy ordenando mi caja de curiosidades.

—No parece que les hayas prestado mucha atención —dijo Eleanor, sonriendo porque creía que los chicos son incapaces de llevar a cabo esa actividad con algún resultado práctico—. Sería mejor que le pidieses a Venice que te echara una mano.

—¿Por qué Venice? —preguntó Hope.

—Es una mujercita muy servicial.

—Miss Mitford me ha dicho que me ayudará a ponerles etiquetas a todas las cosas —dijo James.

—Bueno, eso serviría para imponerle el orden al caos. ¿Por qué tienes apoyada la caja en un libro? Jamás en la vida me había encontrado a ningún niño que utilizara los libros para cosas tan raras.

—Sin el libro se cae —dijo James, retirando el libro y provocando la caída estrepitosa de la caja; luego la recogió como si tratase de protegerla.

—¿De dónde has sacado ese libro? —quiso saber su madre.

—Del comedor —dijo James, contestando inmediata y cordialmente.

—He visto un hueco en los anaqueles. ¿Te has llevado más de uno?

—Tres —dijo James, sujetando la caja bajo el mentón, y ajustando mientras las manos por debajo de ella—. Todos iguales. Los otros dos están en mi habitación.

—Entonces, corre a buscarlos, hijo. No son libros que te convenga leer.

James buscó con la mirada alguien a quien confiarle su caja, la dejó en las bien dispuestas manos de Faith, y salió corriendo hacia arriba.

—¿Qué libro es? —preguntó Hope.

Eleanor la miró a los ojos, mientras le hacía un comentario intrascendente a Miss Mitford, y todo el mundo comprendió que aquel no era un tema que se pudiera discutir en presencia de Venice e Isabel, tanto por el libro que ya estaba allí, como por los otros dos que James había ido a buscar. James regresó, puso los libros en manos de Eleanor sin mirarlos, y luego recobró con sumo cuidado su caja.

—¿Por qué los has cogido? —inquirió su madre.

—Parecían interesantes —dijo James, en un tono casi confidencial —. La encuadernación es casi igual que la de los cuentos de hadas alemanes que tiene Miss Mitford. Había nueve, todos iguales. Aunque quizá hacía falta abrir las hojas.

—¿Y no sabes abrirlas? —comentó Faith, inmediatamente.

—Cuando lo intento, siempre acabo rompiéndolas —dijo James, mirándola con expresión franca en los ojos, aunque no en el resto de su actitud.

—Estaría muy mal que los libros del comedor tuvieran las hojas rotas —dijo Eleanor—. En otra ocasión, abstente de cogerlos.

—¿Te gustaría tener un abrecartas?

—¿Son esas navajas que se usan para abrir las páginas de los libros? —dijo James, con su acostumbrado desconocimiento de la aplicación de las cosas.

—Sí. La próxima vez que venga, te traeré uno.

—Isabel parece fatigada, Miss Mitford —dijo Eleanor—. Y eso que se ha acostado después de comer. Pero no puede pasarse la vida durmiendo.

—Desde luego que no, y menos en un día como éste y en esta familia.

—Le hemos evitado todo lo posible.

—Sin duda. Pero aun así no se habrá podido evitar gran cosa.

—Sería mejor que se acostaran —dijo Eleanor, sugiriendo que podían emplear una de las fórmulas que ella acostumbraba a poner en práctica para combatir la ansiedad y otros sentimientos.

—No hace falta que estéis en pie, niños —dijo Luce—. Sabemos que la de hoy ha sido una jornada muy larga.

—¿Es imprescindible que se sienten? —dijo Hope—. Creo que lo que más les gusta es tumbarse. ¿Están postrados debido a la partida de su padre?

—Sí —dijo Miss Mitford.

—Seguro que querrían librarse de nosotras —dijo Faith, dirigiéndose con decisión hacia la puerta—. Al fin y al cabo, ellos no nos han invitado a entrar aquí, ¿no?

—Da la sensación de que tú te sientas permanentemente invitada, hija —dijo Hope.

—¡Qué expresión tan franca tiene James! —exclamó Faith cuando llegaron al rellano de la escalera.

Luce le tocó el brazo y se llevó un dedo a los labios, y señaló con un ademán la puerta, aún abierta. Faith asintió con un gesto y sonrió, dando una respuesta igualmente muda.

—No me parece que les hayáis dado un buen recibimiento —les dijo Eleanor a sus hijos—. Ha sido una amabilidad por su parte venir a veros. ¿No lo crees así, Isabel?

—A mí no me lo parece. Si lo fuera, no vendrían tan a menudo. A la gente no suele gustarle tanto mostrarse amable.

—Creo que no tienes motivos para decir esto, hija. Hoy has demostrado que tienes mucha paciencia.

—Oh, y tú también —dijo Isabel, alzando las manos a la cabeza.

Miss Mitford hizo intención de reanudar la lectura del libro, y Eleanor abandonó la habitación sin solicitar la ayuda de James en la puerta, y cerrándola de hecho ella misma con cierta brusquedad. Por un momento su expresión se pareció a la de Isabel. Su hija había llegado al límite de sus fuerzas, y ella también.

El grupo subió al piso de los pequeños, donde Honor y Gavin estaban ocupados en la mesa, y Nevill permanecía sentado sobre las rodillas de Hatton, con cara sonrojada y exhausta.

—Nevill está demasiado cansado para dormir —dijo el pequeño, volviéndose a las visitas.

—¿Lo está, Hatton? —preguntó Eleanor, con cierto agotamiento en su actitud.

—No ha podido dormir después del almuerzo, señora. Mañana por la mañana ya estará bien.

—Pero todavía no tiene que irse a la cama —dijo Nevill, en un tono más incisivo.

—Espero que no se encuentre mal —dijo Eleanor.

—Sí —dijo Hope—. También yo lo espero. De hecho, espero que nadie se encuentre mal.

—¿Qué hacen los otros? —inquirió Faith.

—Estamos pintando flechas para nuestro arco —dijo Gavin—. Miss Pilbeam nos ha ayudado a hacer los arcos. Las flechas las hemos comprado en la tienda.

—Nevill tiene un arco-y-flecha —dijo el pequeño, pronunciando las tres últimas palabras como si fuesen una sola, y señalando una de las obras de Mullet que reposaba sobre una silla.

—Ese arco no es de verdad —dijo Gavin.

—Es un arco-y-flecha pequeñito —dijo Nevill, muy satisfecho.

—¿Y contra qué pensáis disparar? —dijo Faith, en tono algo receloso.

—Oh, contra pájaros y animales y cosas —dijo Gavin—. No son de juguete Pueden producir heridas mortales.

—Supongo que no tendremos muy buena puntería —dijo Honor—. Y las flechas no están envenenadas.

—Nevill disparará contra un pájaro —dijo el pequeño, alzando la voz para decir lo que estaba pensando—. Y contra un pollo. Y contra una gallina.

—Seguro que es muy fácil acertarle a un pato —dijo Gavin.

—Y un pato —dijo Nevill, de acuerdo con él, e instalándose más cómodamente en el regazo de Hatton.

—Hatton, hay que evitar que siembren el pánico entre las aves de corral —dijo Eleanor.

—Entonces, ¿para qué pueden usar el arco? —dijo Hope.

—¿Por qué no disparan contra un blanco? —dijo Faith.

—¿Qué es un blanco? —quiso saber Gavin.

—Un trozo de madera que sirve especialmente para disparar contra él —dijo Faith, vacilando entre la impaciencia y la precisión—. Se le hacen unos agujeros o unas marcas, para que se pueda apuntar.

—Yo prefiero disparar las flechas contra algo que esté vivo. Me parece que dispararé contra pájaros silvestres.

—Nevill también —dijo Nevill.

—¿Y si le acertaras a uno y lo hirieses?

—No se enteraría. Se moriría —dijo Gavin—. Las personas mayores disparan contra los pájaros.

—Y también contra los animales —dijo Honor—. Disparan contra la caza mayor.

—¿Y para qué os serviría un pájaro muerto? —preguntó Faith.

—Para cocinarlo y comérnoslo —dijo Gavin.

—O para hacer un funeral —dijo Honor.

—Y decir oraciones —dijo Nevill en voz más baja, uniendo las manos.

—Pero quizá no llegue a morirse y se quede malherido —dijo Faith.

—Entonces volvería a dispararle hasta que se muriese —dijo Gavin.

—¿Tanto te fías de tu puntería?

—Tiene buena puntería —dijo Honor, defendiendo, aunque sólo fuese por una vez, a su hermano—. Si puede herir a un pájaro una vez, puede acertarle otra.

—Podríamos disecar un pájaro y regalárselo a Padre cuando vuelva a casa —dijo Gavin.

—¿Y cómo lo haríais? —preguntó Faith, creyendo que se trataba de un proceso parcialmente prohibido.

—Sacando lo de dentro y rellenándolo con otra cosa. Fred sabe hacerlo. Es el chico del jardinero.

—Fred es un buen chico —dijo Nevill.

—¿No sería mejor regalarle un pájaro vivo que uno disecado? —dijo Faith, mirando a Nevill críticamente.

—Entonces no sería un pájaro nuestro —dijo Honor—. No podría

ser de nadie. Sería como todos los demás pájaros.

—A Padre le gustan los pájaros disecados. En su vestidor tiene uno —dijo Gavin.

—Un pajarito rojo —dijo Nevill—. Nevill cazará un petirrojo para Padre.

—«A robin redbreast in a cage / Puts all Heaven in a rage»[8] —citó Faith, cada vez más dolorida.

—Faith tiene cosas en común con los Cielos —dijo Hope.

—Enjaulado no —dijo Nevill—. En una caja de cristal, muy bonita.

—No hace falta que matemos a ningún petirrojo. Padre mata otras clases de pájaros —dijo Honor.

—Todos colgados —dijo Nevill—. ¡Pobres pájaros!

—Sí, a eso me refería —dijo Faith—. ¡Pobres pájaros!

Nevill palmeó y emitió los sonidos que solía hacer cuando espantaba a las gallinas.

—Si el pájaro estuviese disecado y muerto, no podría correr —dijo Gavin.

—Pero puede cantar —dijo Nevill—. El pájaro de Padre canta desde dentro de su caja.

—No creo que pueda hacerlo —dijo Faith.

—Tuit-tuit —dijo Nevill, como para demostrar que eso no era cierto, y haciendo como que escuchaba.

—Me parece que en realidad no son crueles con nada ni con nadie —dijo Eleanor.

—Sólo con Faith —dijo Hope—. Creo que con ella sí lo son. Tres contra una.

—No tengo en absoluto esa sensación —dijo Faith.

—Lo único que pasa es que no tenemos las mismas ideas que ella —dijo Honor.

—Es imposible que todo el mundo tenga las mismas ideas, ¿verdad? —dijo Faith—. Pero confío en que algún día lleguemos a estar de acuerdo sobre esta cuestión.

—Algún día Nevill cazará un pajarito para ti —le prometió Nevill, como si pretendiera enmendarse, cuando Faith se inclinó hacia él para despedirse.

CAPÍTULO VII

—¿Ha leído ya todo el mundo la carta de Padre? —preguntó Eleanor—. Está escrita para todos nosotros. Había además una nota para mí, pero ya me la he quedado.

Regan retiró una nota personal para ella, dirigiendo a su esposo una mirada en la que le prometía leérsela.

—Aquí hay una carta dirigida a Isabel —dijo Eleanor, enseñando el sobre—. Será mejor que mire si dice algo, antes de subirla arriba.

—No, Madre —dijo Luce adelantando la mano para refrenarla—. No está bien abrir las cartas de los demás. Que le llegue intacta a Isabel, tal como ella espera. Así aprenderá qué hay que hacer con la correspondencia.

—¿No lo sabe ya? —intervino Daniel—. ¿No ha visto nunca una sola carta?

—No creo que haya recibido nunca una carta dirigida a su nombre —dijo Graham—. Como no tiene amistades, sólo puede recibir noticias de la familia. Y la familia suele convivir con uno. Eso al menos es lo que le ocurre a Isabel.

—Es posible que vuestro padre haya añadido en su carta algo que se le haya ocurrido a última hora —dijo Eleanor, sosteniendo todavía la carta.

—En ese caso, ya te lo comunicará Isabel —dijo Daniel.

—No estoy muy segura de que vaya a hacerlo. Es una niña extraña, muy independiente. Y es posible que a su padre se le haya olvidado darle instrucciones explícitas.

—Cualquier mensaje que quisiera dirigirte a ti lo habrá incluido en tu propia carta —dijo Graham.

—No es muy seguro. Generalmente se acuerda de las cosas en el último momento. Quizás escribió esta nota a propósito, para añadir algo, y decidió que le daría una alegría a Isabel dirigiéndola a su nombre.

—No tenemos ninguna base sobre la que sustentar esa deducción

—dijo Sir Jesse, con naturalidad.

—Sólo no la habría para quienes no conocieran a Fulbert.

—¿Estás segura, Madre? —preguntó Luce—. Creo que es más característico de Padre que tenga un mensaje personal para cada uno de nosotros. Generalmente puedo saber a quién se dirige según cuáles sean el tono y las palabras que emplea.

—Pero difícilmente podrías deducir nada de sus notas —dijo Eleanor, sonriendo—. Si piensas así es que no le has visto escribir nunca.

—Como vivimos en la misma casa, solemos comunicarnos de palabra —dijo Daniel.

—Pero también se relaciona con personas de fuera de esta casa —dijo su madre—. Su vida no está ocupada exclusivamente por su familia. Y suele tener mucha correspondencia.

—En ese caso, es de suponer que dirige las cartas a las personas que tienen que leerlas. Y ésta está dirigida a Isabel.

—Cualquier carta escrita por mi propio esposo a mi propia hija no tiene por qué permanecer en secreto para mí —dijo Eleanor, rasgando el sobre.

—Ya lo vemos —dijo Graham.

—Por tu tono, se diría que vivimos en estado de extrañamiento.

—Dos de nosotros lo harán a partir de ahora.

—No, hijo. Isabel apenas si se fijará en que el sobre está abierto.

—De todos modos, parece que Padre ha malgastado un sobre —dijo Daniel.

—La debilidad que supone haber cedido al instinto de la curiosidad, Madre, me parece indigna de ti —dijo Luce.

Eleanor pareció sorprendida por la acusación. No había sentido ningún interés por lo que Fulbert hubiera podido decirle a su hija, y había explicado abiertamente sus motivos.

—No distingues entre tus hijos, Madre. Pero Padre los considera de uno en uno.

—No tienen ninguna necesidad de toda esa diferenciación. Estoy harta de oír hablar de ella.

—Menos mal que no la necesitan —dijo Sir Jesse.

—Sólo les enseña a ser suspicaces y exigentes.

—Dos características que no desearías que apareciesen en Isabel —dijo Daniel—. Espero que tu método tenga buenos resultados.

—La carta no dice nada —dijo su madre, dejándola en la mesa—. Cuando alguien suba arriba, puede llevársela a Isabel.

—¿Quién será su portador? —quiso saber Graham.

—No hace falta que sea ninguno de vosotros. Yo misma se la llevaré cuando suba al aula. Por otro lado, las chicas están a punto de bajar.

—Podrías meterla en un sobre nuevo —dijo Graham.

—No me avergüenzo de nada de lo que hago —dijo Eleanor, enarcando las cejas—. Jamás se me ocurriría ocultar lo que he hecho. He abierto la carta de Isabel, y no me importa que ella lo sepa.

—Cosa que yo lamento —dijo Daniel.

—Jamás he comprendido en qué sentido el hecho de revelar nuestras propias bajezas puede hacerlas menos despreciables —dijo Graham.

—Nadie suele revelarlas —dijo Sir Jesse.

—Isabel —dijo Eleanor, alzando la voz al oír pasos en el vestíbulo —, ven a darnos los buenos días. ¿Estáis todas ahí?

Isabel y Venice y Miss Mitford entraron en la habitación.

—Buenos días —dijo Miss Mitford, mirando a Eleanor, y hablando en el tono de quien cumple una orden.

—Buenos días, Miss Mitford. Buenos días, queridas hijas. Quiero leeros la carta de Padre. Entrad a escucharla.

Las dos chicas escucharon la carta, hicieron las preguntas y comentarios corrientes, y se dispusieron a salir.

—Aquí hay una nota para ti, Isabel —dijo Eleanor, entregándosela a su hija.

—Gracias. Padre prometió escribirme —dijo Isabel, volviéndose luego para mostrarle la carta a su hermana.

—Iba dentro de mi carta —dijo su madre.

—¿Quién la ha abierto? —preguntó Isabel.

—Vamos a ver ¿Quién tenía derecho a hacerlo? —dijo Eleanor, acariciándose el pelo—. No la ha tocado nadie que no debiera hacerlo. Yo no lo hubiera permitido. He querido ver si había algún mensaje para mí. En mi carta hay uno para todos vosotros.

Isabel miró la carta de su madre, que estaba sobre la mesa.

—Pues tú no se la has enseñado a nadie.

—Naturalmente que no, hija. A Padre no le hubiera gustado.

—¿Y quería que tú vieses la mía?

—Piénsalo un momento, y luego dímelo tú misma.

—Es una pena que a veces hagas cosas de tan poca categoría —dijo Isabel con cierta flema—. Es una forma muy fea de utilizar tu poder.

—¿Qué otras cosas de poca categoría sabes que he hecho?

—Admites que el calificativo era correcto. Y si se hace una vez, puede haberse hecho otras.

—Pero, hija mía, ¿verdad que me hubieras enseñado tu carta?

—Seguramente no habría tenido más remedio que hacerlo. Pero al menos hubiera sido yo la primera en leerla. Aparentemente, habría sido libre de mostrártela o no. Nadie habría pisoteado los derechos de los demás.

—¡Qué forma de calificar una cosa tan carente de importancia como que una madre repase muy por encima una carta dirigida a su hija!

—El hecho de que ocurra entre una madre y su hija, o más bien, que haya sido una madre quien lo haya hecho, no hace sino aumentar la gravedad de las cosas.

—¿Tan importante te parece que una niña mantenga secreta su correspondencia? En sí mismo no creo que te parezca un asunto tan serio.

Isabel cogió la carta de su madre y rasgó el sobre.

Eleanor no se dignó a prestar atención, como si se tratase de un incidente que ni siquiera merecía un comentario.

Isabel echó una ojeada a la carta, y después abrió la que estaba dirigida a ella. Una leve sonrisa asomó a sus labios mientras la leía, y luego se la guardó en el bolsillo y devolvió la primera. La actitud de Fulbert con respecto a la correspondencia era tal como la había descrito anteriormente su esposa. Había cumplido con su deber aprovechando un breve hueco en medio de una apremiante jornada de trabajo. Le había resultado más cómodo hacer que sus sentimientos de esposo y de padre fuesen los mismos. Las dos cartas contenían las mismas palabras, exactamente, y sólo se diferenciaban por el encabezamiento y la despedida. Isabel dirigió una mirada a los presentes.

—Padre no distingue entre Madre y yo —dijo, con cierto orgullo satisfecho—. Ha copiado una carta de la otra. No sé cuál fue la original.

Eleanor tomó su propia carta y comprobó que así era. Regan rasgó el sobre de la suya y dirigió una mirada de súplica a su nieta. Isabel le cedió su carta personal, y Regan hizo una rápida comparación, y sonrió aliviada. Graham, que había estado observando a su abuela, se relajó.

—Pretendías sacrificarme a mí, pero has sacrificado a Padre —dijo Isabel dirigiéndose a su madre—. Pensabas que yo iba a quedar mal, como una criatura infantil y tonta, y has logrado que sea él quien parezca serlo. Tratas a los ausentes como te da la gana. Él y yo estábamos en tus manos.

—No he pensado en cómo ibas a quedar tú —dijo Eleanor—. Ni siquiera podía pasárseme eso por la cabeza. Simplemente, se me ha ocurrido, tal como he dicho, que quizá hubiera algún mensaje de Padre. Y ya has podido comprobar que la carta no iba dirigida a ti especialmente.

—Tú también has podido comprobar lo mismo en la tuya. Y si no hubieses leído la mía, no me habrías permitido leerla. Sólo lo has consentido porque de este modo hacías que todo este asunto pareciera trivial.

—Bueno, me alegro de que al final sea considerado así —dijo Eleanor, comprobando que estaba oponiendo su poder al de su hija, pues de otro modo no hubiese podido resistir sus ataques—. No ha sido tan difícil conseguirlo.

—Sabes muy bien que tú no le dirás a Padre que las dos cartas eran iguales.

—Jamás se me ocurriría. Y tú le das demasiada importancia al hecho de que te mande una nota a ti. La escribió para darte una satisfacción. Pero lo que no sabía es que iba a resaltar de este modo.

—Desde luego que no —dijo Sir Jesse.

—Es evidente que no creía que fuera a resaltar en lo más mínimo —dijo Isabel—. Él pretendía que fuese privada.

—Yo he escrito a veces la misma carta a diferentes personas —dijo Daniel—. Pero jamás a dos que vivieran bajo el mismo techo. Me parecía que la diferenciación era una condición imprescindible.

—Y entonces se te ocurrió esa brillante idea —dijo su abuelo.

—Tu padre está muy atareado —dijo Eleanor.

—Y esa es una circunstancia que lo desorganiza todo —dijo Graham, suspirando.

—Bien, Isabel podrá escribirle ahora una carta de contestación muy bonita, larga y divertida —dijo Eleanor, insinuando ciertos deseos de vengarse de su hija—. No tiene deberes que atender y podrá dedicarle todo el tiempo que desee. ¿Procurará usted que lo haga, Miss Mitford?

—No sé. Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Tiene toda la razón —dijo Sir Jesse.

—Entonces, que ella misma se preocupe de hacerlo —dijo Eleanor —. Es lo bastante mayor para escribir sus propias cartas.

—Y también para leerlas. Una cosa es consecuencia de la otra —dijo Isabel—. La correspondencia es un asunto privado.

—¿Merece el nombre de correspondencia una nota tan breve?

—Tú lo usaste para referirte a la tuya. Y hablas de mandar largas y

divertidas contestaciones. Si describo esta escena, mi respuesta podría perfectamente ser ambas cosas. Quizá lo haga.

—No puedo creer que te complazcas en crearle a tu padre ningún tipo de incomodidad, por ligera que sea. Teniendo en cuenta que iba escaso de tiempo, tampoco me parece tan antinatural que haya tomado una carta como modelo de la otra.

—Creo que puedo describir la escena sin necesidad de referirme a ese detalle. No me parece que sea lo más importante de lo ocurrido.

Eleanor dirigió una mirada casi aprensiva a su hija, y se volvió a la institutriz.

—Así que hoy James ha ido al colegio.

—Sí.

—No ha encontrado ninguna excusa para quedarse en casa. De haber sabido que Isabel iba a recibir una carta de su padre, lo hubiera aprovechado.

—Da la sensación de que se trate de un acontecimiento portentoso —dijo Sir Jesse.

—Venice debería escribirle una carta a Padre, así quizá reciba también un mensaje la próxima vez —dijo Eleanor, dirigiéndole una sonrisa a su hija.

—Padre podría encargar que le imprimiesen copias de su nota. Así tendríamos una cada uno —dijo Graham—. Y a cambio recogería una abundante cosecha.

—¡Cuánta trascendencia le dais a la circunstancia de que haya dos cartas iguales! —exclamó Eleanor, como extrañada de tal actitud.

—Es cierto que lo son —dijo Sir Jesse.

—Y precisamente porque suponías que serían distintas. Madre, todavía has tenido que darle más vueltas.

—Bueno, dejemos de dárselas, pues, a esta minucia. Cambiemos de tema, por favor. ¿Creéis que habéis vivido las semanas transcurridas desde que Padre se fue tal como a él le hubiera gustado? ¿Tienes tú esa sensación, Isabel?

—Sólo puedo vivirlas de una manera, que me viene impuesta. Quizá la pregunta se te aplique mejor a ti. ¿Qué piensas tú de estos días, incluida la mañana de hoy?

—He hecho todo lo que estaba en mi mano —dijo Eleanor—. Aunque me atrevería a decir que él querría que lo hubiese hecho mejor.

—¿Os parece que imprimamos una docena de ejemplares de una carta que le parezca bien a todo el mundo, y que luego la firmemos todos? —preguntó Daniel—. Nevill podría poner una cruz al pie.

—Te han servido en bandeja un motivo para tus chanzas —dijo Eleanor—. Seguro que entre tú y tu hermano le sabréis sacar todo el partido posible.

—Suelen compartir esta clase de cosas —dijo Sir Jesse.

—Ojalá que Padre no se quede allí durante mucho tiempo —dijo Isabel.

—¡Qué discursito tan raro! —exclamó su madre—. No ibas a desear lo contrario, ¿no? Y ya sabes que tiene que permanecer allí durante seis meses.

—Isabel es más joven e indefensa que tú, Madre —dijo Luce, sin alzar la voz.

Eleanor miró a Isabel, y de repente se llevó las manos al rostro y rompió a llorar.

Sir Jesse se levantó y abandonó la habitación con la carta a la altura de la vista, y fingiendo estar concentrado en ella. Regan dirigió una sonrisa a su familia, mostrándoles su afecto. No le parecía grave que la carta hubiese sido abierta, y suponía que los problemas habían aparecido sencillamente porque había llegado el momento de que así ocurriera. Su hijo había abandonado a su familia, y éste era el resultado.

Miss Mitford se sentó a esperar el final de la escena. No la abandonó porque poseía un intenso tono humano. Tal como ocurría más a menudo de lo que nadie pudiera sospechar, ella era la más feliz de los presentes. No permitía que su interés se viera malogrado por la compasión que pudieran inspirarle su ama o su alumna. La compasión había acabado por convertirse en el trasfondo normal de sus pensamientos, y las demás emociones seguían surgiendo a pesar de todo.

—¿Teníamos conciencia de hasta qué punto nos ayudaba la simple presencia de Padre? —preguntó Luce—. Solemos creer que sólo nos ayuda quien hace una cosa en concreto. Esto es una lección.

—Cuando regrese comprobará que se ha convertido en un dios —dijo Daniel—. Y no va a resultarle fácil sobrellevarlo.

—Yo sólo quiero verle tal como es —dijo Eleanor, alzando la vista —. Miss Mitford, seguramente pensará usted que esta extraña escena carece de motivos.

—No creo que haya consecuencias si no hay causas.

—Bueno, que han sido motivos triviales. Es indudable que había muchas emociones contenidas, y que exigían ser liberadas.

—Espero que haya resultado un alivio —dijo Miss Mitford.

—Sí. Creo que lo ha sido. Me parece que ahora me encuentro

mejor. ¿Opinas tú lo mismo, Isabel?

—No. Me parece que no. Yo no tenía emociones, hasta que esta escena las ha provocado. Creo que me encuentro peor.

Regan soltó una risa amable.

—Me parece que no te entiendes a ti misma —dijo Eleanor—. Tu padre sí que te entiende. Pobrecilla, eres de las que más sufren su ausencia.

Naturalmente, Isabel se puso a llorar. Venice se sintió inquieta porque no encontraba motivos para derramar lágrimas. Miss Mitford se puso en pie.

—Sí, salid al aire libre —dijo Eleanor, como si ese movimiento sugiriese una fórmula capaz de resolver todos los problemas—. Llévate tu carta, Isabel. Te gustará conservarla.

Isabel miró la carta con una sonrisa vacilante.

—Sí, es gracioso —dijo Eleanor—. ¡Pobre Padre! Debía de estar muy atareado. Pero quería enviarte una nota especial para ti. Lo sabes muy bien.

—Y Madre lo sabrá de ahora en adelante —dijo Isabel, cuando salía al jardín—. Creo que ha recibido una lección, y que la necesitaba.

—Me gustaría que me hubiese llegado el momento de rendir cuentas a vuestro padre —dijo Eleanor, dirigiéndose a sus hijos mayores—. Me aterra la perspectiva de tener que guiaros durante tantísimos meses. Parece que una sola mano no basta.

—Te debemos muchas cosas, Madre —dijo Luce.

—Excepto por lo de esta mañana, ¿no? Lo único que yo pido es que seamos honestos en nuestras relaciones.

—Yo pediría cosas más infrecuentes y mejores —dijo Graham.

—Solemos dar por supuesto que hay que ser perfecto —dijo Daniel —. Todo lo que no alcance la perfección nos parece una afrenta y un motivo de ira.

—Yo he aprendido a no buscarla —dijo Eleanor.

—Te exiges mucho, Madre, a tu modo —dijo Luce.

—Miss Mitford y las chicas ya están de regreso —dijo Eleanor—. Ha empezado a llover, claro. Hoy es uno de esos días en los que tiene que salir todo mal. A lo mejor quieren estar sentadas con nosotros hasta que sea la hora de la clase.

—¿No te parece que sería arriesgado, si es un día de esos? —preguntó Graham—. De momento no ha fallado ni una sola vez.

—Venid, hijas, y quitaos el abrigo —dijo Eleanor—. Podéis quedaros un rato con nosotros. Así será un día diferente. E imagino

que a Miss Mitford le encantará disponer de una hora de soledad.

—¿No necesito también yo un día diferente? —preguntó Miss Mitford.

Las risas que saludaron estas palabras demostraron que eso era algo que jamás se le podía ocurrir a ninguno de ellos, y Miss Mitford se dirigió a la puerta; todos creyeron que era una figura ridícula, menos Graham, para quien le pareció la imagen de la tristeza. A él le hubiera animado enterarse de lo que ella pensaba de sí misma.

—Bien, ¿hay algún tema que no esté cargado de peligros? —preguntó Luce.

—Seguro que éste sí que lo está —dijo Daniel.

—Hablemos como siempre —dijo Eleanor—. Los temas saldrán por sí solos. Casi nunca nos faltan.

Transcurrieron los minutos y lo anunciado por Eleanor no ocurrió. Ella cogió su labor, como si el silencio la dejase indiferente. Cuando Venice soltó una risilla, la miró sonriendo.

—Habría que hacerles fotografías a los cinco —dijo Regan, observando a sus nietos.

—Tendríamos que hacer un grupo con todos ellos, y mandarle la fotografía a Padre —dijo Eleanor—. No les hemos sacado ninguna a todos juntos desde el nacimiento de Nevill.

—¡Hay que ver la sinceridad con que están hablando, teniendo en cuenta que no tienen intención de hacer el esfuerzo ni de gastar el dinero! —exclamó Daniel, dirigiéndose a su hermano.

—Debemos estar agradecidos por el hecho de que se les haya ocurrido —dijo Graham—. Es cierto que les gustaría hacerlo.

—Seguro que a Padre le encantará recibirla —dijo Isabel.

—Lo que más le gustaría a Padre es una fotografía de Madre —dijo Luce.

—Se llevó una consigo —dijo Eleanor.

—Y también una de Abuela, supongo.

—No. No quise cargarle con una fotografía mía —dijo Regan.

—Él mismo me pidió a mí que se la diera —dijo Eleanor—. Mejor dicho, estaba metiendo en la maleta una fotografía bastante mala, y yo le di otra.

—No nos olvidará —dijo Luce, en tono pacífico.

—Seguro que no, hija —dijo Eleanor—, pero las fotografías no pretenden evitar el olvido sino hacer compañía, crear la ilusión de que contamos con la presencia de la persona.

—En ese caso, la presencia real debe de ser muy indefinida —dijo Regan.

—¿Qué es mejor, que alguien se lleve en su maleta tu fotografía, o que no se la lleve? —preguntó Graham.

—Para mí, el hecho de que se la lleve es un tributo —dijo Daniel.

—Lo es en cierto sentido, naturalmente —dijo Eleanor.

—Supongo que tenía alguna en su habitación —dijo Regan.

—Había fotografías de todos nosotros —dijo Eleanor—. De todos los que vivimos en esta casa.

—Madre había dicho que acabaría saliendo un tema de conversación, y así ha sido —dijo Graham.

Regan rió, y se fue a cuidar de la marcha de la casa.

—No suele ocurrírsele a vuestra abuela que yo pudiera desear quedarme sola con mis hijos —dijo Eleanor.

—A casi ninguno de nosotros suele ocurrírsele que los demás quieran librarse de nuestra presencia —dijo Daniel—. Yo no recuerdo haberlo pensado nunca.

—Tengo la tentación de ir tachando los días hasta que Padre regrese —dijo Luce.

—La vida en esta casa es, o parece, más insípida incluso que antes de que se fuera —dijo Isabel—. Y esto produce la sensación de que estemos esperando algo.

—No es posible que os parezca insípida, siendo tantos hermanos —dijo Eleanor, sencilla y absolutamente convencida de que no podía ser de otro modo—. Tenéis vuestras propias habitaciones y vuestros propios intereses. Y Miss Mitford os dedica todo su tiempo, y da la sensación de que os parezca muy divertida.

—Ya ha salido otro tema —dijo Graham.

—Pero ya no quiero oír hablar de ninguno más —dijo Eleanor, haciendo un ademán negativo con la cabeza—. No debemos utilizar la ausencia de Padre como una excusa para las quejas y la indolencia. Veo que ha dejado de llover, y todavía os queda tiempo para correr un rato antes de subir al aula. No sé si Miss Mitford se habrá fijado.

—Cuando está leyendo no se fija en nada —dijo Venice.

—¿No hace otra cosa que leer? Espero que no os enseñe a pasaros la vida encima de los libros. Hay otras cosas en la vida.

—No en todas las vidas —dijo Graham.

—Eso es lo que nos enseña durante las horas de clase —dijo Isabel —. Nosotras creíamos que eso era lo que se suponía que debía enseñarnos, y ella también lo cree. Pero cuando no damos clase, no nos manda lo que tenemos que hacer.

—Yo hubiera dicho que Isabel es la persona menos insípida del mundo —dijo Eleanor mirando a sus hijas, que abandonaban la

habitación—. Siempre resulta divertida, y siempre se divierte. Y Venice es una niña que sabe amoldarse a todo. Creo que no puede haber ningún aula más feliz que la suya. Tiene suerte James de poder participar a veces en sus actividades.

—De modo que al final todo resulta en beneficio de James —dijo Graham.

—Cualquiera diría que le tomas por un personaje patético —dijo Eleanor—. Tiene todo lo que pueda desear.

—Querido Graham —dijo Luce, en voz baja—, cada uno de nosotros sólo puede hacer las cosas de acuerdo con su naturaleza y entendimiento. Es inútil esperar más que eso. Nadie es capaz de darlo.

—Eso no reduce el patetismo. Sino que lo explica.

—En parte no es más que el patetismo propio de la infancia, Graham.

—De la última fase de la infancia, cuando el niño trabaja y se ve constantemente encarcelado y exhortado. Cuando tiene que sobrellevar una carga muy pesada para sus escasas fuerzas.

—James es de los que sabe cómo sacudirse las cosas de encima —dijo Luce.

—Todos mis hijos son indudablemente figuras trágicas —dijo Eleanor.

CAPÍTULO VIII

—Dos para Madre, y cuatro para Padre —dijo Faith, distribuyendo las cartas mientras desayunaban—. Y tres para Ridley.

—¿Y cuántas para ti? —preguntó Paul.

—Siete, Padre —dijo Faith, modestamente.

—¿Y no merecían la misma atención que las demás?

—Bueno, Padre, no hacía falta referirse a ellas.

—¿Por qué, si te has referido a las de los demás?

—A nadie le gusta llamar la atención hacia sus propios asuntos, cuando tiene más que los otros.

—¿Ah, no? —intervino Hope.

—Faith ha utilizado un magnífico modo de atraer el interés general —dijo Ridley.

—Al fin y al cabo, sólo tienen importancia para uno mismo —dijo Faith, como si su hermano no hubiese hablado.

—A mí me hubiera gustado tener más de dos cartas —dijo Hope—. Así parece que sólo se hayan acordado de mí dos personas.

—Las siete personas que se han acordado de mí han sido amabilísimas —dijo Faith, medio en broma.

—Pero todavía es mejor ser la clase de persona de la que todas ellas se acuerdan.

—No era eso lo que yo pretendía insinuar, Madre.

—No hacía ninguna falta que lo insinuases, hija.

—Faith es una empedernida escritora de cartas —dijo Ridley.

—Escribir cartas no es un vicio —dijo su padre.

—Creo que en su caso se ha convertido en un hábito. Y la gente se siente obligada a contestar las cartas que recibe.

—Ya entiendo. Me parece muy buena idea eso de ponerse en su lugar —dijo Hope.

Faith bajó la vista a sus cartas, como si pretendiese protestar en nombre de ellas, pero mantuvo silencio.

—Faith mantiene correspondencia con todos los que se han

cruzado en su camino —dijo Ridley.

—No veo por qué tendría que olvidarme de alguien, después de haberle conocido —dijo Faith.

—No comprendo que la gente no vea esos porqués —dijo Hope.

—Yo nunca dejo de sentir interés por las personas a quienes he conocido.

—A mí me gusta tener noticias de ellas, y de los diversos caminos por los que han ido cayendo por la pendiente.

—No siempre ocurre eso, Madre.

—Y es con esas excepciones con las que yo me escribo. A mí me llegan dos cartas por cada siete que te llegan a ti. Esto demuestra cuál es la proporción.

—Creo que las personas que le escriben cartas a Faith se encuentran ya bastante abajo cuando ella las conoce —dijo Ridley, riendo.

—No veo por qué razón habría que interesarse solamente por los más afortunados —dijo su hermana.

—Parece que te cuesta bastante ver los porqués —dijo Hope.

—Me gustan esas personas debido a sus cualidades personales.

—Si tuvieran tantas como dices, no serían objeto de una correspondencia —dijo Paul—. Serían muy atractivas y estarían siempre rodeados de amigos.

—Imagino que Faith no querrá decirnos los nombres de quienes la escriben —dijo Hope.

—No veo por qué tendría que hacerlo. No es éste el tipo de ambiente que yo elegiría para revelarlos.

—Seguro que aquí se sentirían muy incómodos, hija —dijo Hope.

—¿De quién es esa carta, Ridley? —preguntó Faith, mirando más allá del lugar que ocupaba su madrastra—. Parece que hayas recibido malas noticias.

Ridley mantuvo la vista fija en su carta y no dijo nada. Sus padres se volvieron para mirarle, y él permaneció tan quieto como si se encontrara en un escenario. Parte de su actitud hacía pensar que se sentía efectivamente como si pisara las tablas.

—Mrs. Cranmer —dijo, empezando a levantarse de la mesa—, ¿podría concederme unos momentos?

—Todos los que quieras. Hasta que no sepa de qué trata esa carta, no me servirán de nada.

—Me gustaría aplazar el momento de comunicárselo.

—Pues no lo hagas, hijo.

Ridley volvió a sentarse y pareció quedar sumido en alguna

reflexión, hasta que su padre se puso en pie y leyó la carta por encima de su hombro.

«Querido Ridley:

Debo confiar en que seas capaz de cumplir tu palabra. Estoy tan enfermo que cuando la presente te llegue seré hombre muerto, a no ser que previamente te haya llegado un telegrama. No hay ninguna necesidad de precipitar la comunicación de las malas noticias a los que no tienen culpa de nada, y creo que la de mi muerte debería llegar a mi familia a través de ti. En cartas posteriores te explicaré todo lo que tienes que decirles. He escrito esta carta de mi propio puño y letra. Sé que ayudarás a mi esposa hasta el límite mismo de tus fuerzas. El que seguirá siendo tu buen amigo durante lo que le quede de vida, al igual que espera lo seas tú de mí en la tuya.

FULBERT SULLIVAN».

La familia se quedó en silencio. Paul, sumido en sus pensamientos, Faith llevándose el pañuelo a los ojos. Hope se levantó con un movimiento casi rebosante de energía.

—Bien, alguien tiene que ser el primero en hablar. Y ya veo que esperáis que sea yo. Soy una de esas personas cuyos sentimientos nunca son tan intensos como para ser inexpresables.

—Es inevitable que lamentemos profundamente esta noticia. Madre —dijo Faith.

—¿Qué tienes que hacer, Ridley? —inquirió Paul.

—Acudir junto a Mrs. Sullivan, Padre, acudir junto a Eleanor Sullivan y decirle la verdad. Y desde el fondo de mi corazón te juro que desearía que me librasen de este cáliz.

Faith miró a su hermano con los ojos muy abiertos.

—No debo perder el tiempo —prosiguió Ridley, como si no recordase ya sus últimas palabras—. Lo máximo que puedo hacer es conseguir que el golpe sea lo más rápido y compasivo posible. Sólo puedo hacer lo que está en mi mano.

—¿Crees que quizá una mujer podría hacerlo mejor? —dijo Faith.

Ridley se volvió y le miró a la cara.

—No fue así como Fulbert lo dispuso. Y no será así. Soy incapaz de faltar a la palabra dada a una persona que ha fallecido.

—Lo decía solamente por si te servía de algo.

—Y Ridley te ha dicho que no sirve de nada, hija —dijo Hope.

Ridley miró a su madrastra con una expresión que insinuaba que aquel comentario estaba fuera de lugar en una ocasión como ésta.

—Naturalmente, ahora todo el mundo manifestará sus mejores cualidades —dijo ella—. Es cierto que no hay nada peor que tener que

dar tus condolencias. Yo me pongo inquietísima siempre que la gente empieza a manifestar sus mejores cualidades. No me refiero a las de Ridley, puesto que en este momento son indispensables, pero en general prefiero que todos mostremos nuestro carácter corriente y defectuoso.

Faith alzó la vista como si fuese incapaz de reconocerse a sí misma en estas últimas palabras.

—Son cosas que no parece que sirvan para reducir las diferencias —continuó Hope—. Siempre ocurre lo mismo en las circunstancias más dolorosas. Me alegro de que para nosotros no lleguen a esos extremos.

—No parece que sea muy urgente comunicar la noticia —dijo Paul —, pero tarde o temprano Ridley tendrá que ir a darla.

—Soy incapaz de mirar a la cara a los miembros de esa familia, Padre, ahora que sé lo que ha ocurrido. Ni siquiera mi aprendizaje profesional de la inescrutabilidad me sirve de nada en esta ocasión.

—Ya me dirás si puedo ayudarte en algo, Ridley —dijo Faith, amablemente, después de haber meditado unos instantes.

—Lo mejor de Faith parece ir perfeccionándose más incluso a cada momento que pasa —dijo Hope—. Ridley, en cambio, no puede ser mejor de lo que ya ha demostrado. Tendrá que decidir en qué momento va a ir.

—No me han dejado libertad de elección, Mrs. Cranmer. De haberla tenido, me temo que quizá habría encontrado alguna excusa para aplazarlo. Pero, estando las cosas como están… —Ridley enderezó la espalda y salió de la casa.

—Las mejores cualidades de Ridley no sirven para la vida cotidiana —dijo Hope—. Es la primera vez en treinta años que he podido comprobarlo. Quizá habría estado más a la altura si hubiese tenido que practicarlas más a menudo. Aunque quizá sólo sirvan para casos de emergencia.

—Confiemos en que esta vez sabrá defenderse —dijo Faith—. Al fin y al cabo, Mr. Sullivan depositó en él su confianza.

—Estoy segura de que sí sabrá —dijo Hope—. Ya ves que tengo tan buenas cualidades como tú.

—¿No estamos malgastando esa idea de tanto repetirla, Madre?

—Mis mejores cualidades son mejores que las tuyas. Jamás las utilizo para embarazar a los demás. Prefiero emplear para ese fin mis peores defectos. ¿Ves como tengo razón cuando digo que detesto que la gente manifieste sus mejores cualidades? ¿Por qué tendría que gustarme, si se usan para cosas tan feas? Y creo que eso es lo que suele

ocurrir generalmente.

—Espero que mis peores defectos no se hayan manifestado por ahora —dijo Faith en un tono más ligero.

—Seguro que no, hija. Estoy segura de que estabas dando lo mejor de ti misma.

—Padre —dijo Faith—, creo que Madre está mucho más trastornada por la noticia de lo que aparenta.

—Ya lo sé. A mí me ha bastado con las apariencias —dijo Paul.

—Cuando os los proponéis, sois mucho mejores de lo que jamás hubiera podido imaginar —dijo Hope—. Y esto es un consuelo para mí, aunque hasta ahora no lo hubiera sido nunca. Si también Ridley está sirviendo de lo mismo para Eleanor, creo que por fin entenderé lo que Fulbert quería decir.

—Bien, Madre, ¿no te parece que ahora deberíamos pensar qué es lo que podríamos hacer por ellos?

—Creo que sí; estaré de acuerdo con todo lo que tú digas. Si no somos inmodestos en nuestro ofrecimiento de ayuda, y no empezamos a imaginar que somos la clase de gente que por fuerza tiene que ser bien recibida en unos momentos como éstos, creo que podremos hacer al menos lo que esté a nuestro alcance. Pero no sé muy bien en qué puede consistir eso.

—¿Es necesario que estemos tan inseguros de nuestra capacidad? Si adoptáramos esa actitud, jamás haríamos nada por nadie.

—Lo cual es un estándar demasiado elevado para nosotros. De modo que acudiremos a la mansión y desempeñaremos las tareas femeninas propias de las circunstancias. Supongo que ellos serán capaces de soportarlo. Ya se sabe que los actos bien intencionados no hacen sino agravar el dolor, de modo que seguro que lo harán. Y dejaremos a tu padre solo, para que sufra de la simple forma en que lo hacen los hombres. Siento una terrible ansiedad por él, y lo peor de esa ansiedad es la irritación que me produce.

—Iré con vosotras —dijo Paul.

—Ahora ya puedo entregarme al servicio de los demás. Trataré de que el dolor les resulte lo más llevadero posible. En este momento Ridley debe de estar comunicando la mala noticia. He oído decir que es peor darla que recibirla, pero no estoy de acuerdo.

Ridley había llegado a casa de los Sullivan y había pedido por Eleanor. Le condujeron al salón, donde ella se encontraba en compañía de Luce y Regan. Él había confiado en poder hablar con ella a solas, y tuvo que adaptar sus palabras. Sostuvo la mirada de Eleanor y luego avanzó y le apoyó la mano en el hombro. Ella alzó, alarmada,

la vista, pero la voz de Regan se anticipó a la suya.

—Ha muerto, ¿verdad? Ha seguido el camino de los otros. Bien. Ahora ya puedo vivir en paz. Ya no me queda ninguno.

Eleanor se había puesto en pie, pálida y quieta, sin acordarse de los que la rodeaban. Luce tomó la carta de la mano de Regan, y se acercó a su madre y la rodeó con sus brazos. Regan volvió a hablar, sin dirigirse a nadie en concreto.

—No ha servido de mucho tenerlos, pues al final mi marido se ha quedado sin ningún hijo. Todo lo hemos echado a perder; tanto el tiempo como los sentimientos. Y ahora nos hemos quedado sin sentimientos. Y al final sólo nos tenemos el uno al otro.

—Lady Sullivan —dijo Ridley, en voz baja—, tenemos que decírselo a su esposo.

Regan hizo un movimiento que hubiera sido ágil si hubiese conservado todavía la juventud y la fuerza, y desapareció. Sir Jesse no se enteraría de la muerte de su hijo por los labios de Ridley.

Daniel y Graham llegaron procedentes del lugar donde se encontraba su abuelo, con la verdad en sus rostros, y conscientes de que ahora estaban atados a Sir Jesse. Prestaron su atención a su madre, mientras imaginaban su propio futuro; la plena madurez, la pérdida de su padre, la necesidad de servir a dos generaciones; y vieron cuál había sido la verdad de la vida de su padre, que tan fácil les había parecido a ellos.

Eleanor alzó la vista y habló con su tono siempre rebosante de naturalidad.

—Será mejor que mandemos llamar a los niños. No está bien que tarden en saberlo.

Sus palabras revelaron su modo de ser, y sus hijos tuvieron que enfrentarse a lo que de ella sabían. Sentía un gran dolor, no fingía sentirse desesperada, trataba de hacerle frente a la pérdida y al deber, no podía dejarse arrastrar por el sufrimiento de sus hijos. Luce miró a Ridley, en actitud de muda súplica.

—Mrs. Sullivan —dijo él, inclinándose hacia ella—, ¿no querría dejar que los pequeños disfruten unos momentos más de su felicidad? Así se evitará usted otro sufrimiento.

—No es así como debo actuar. Habrá que decírselo.

Los niños del aula fueron convocados. Captaron la amenaza en el recado, y llegaron con ojos atemorizados. Su madre les rodeó con los brazos.

—Hijos, hoy nos ha sobrevenido una gran desgracia. Padre no regresará a nuestro lado Tendremos que vivir solos.

Los niños rompieron a llorar, al principio de forma uniforme e indiferenciada. James fue el primero en recobrarse, y en tratar de hacerse una idea de lo que iba a ser su vida. Venice miró a su madre, como si la impulsara el instinto de ayudarla. Isabel permaneció en pie, como si estuviera sola. Ridley se quedó con la mirada fija en Eleanor, con una expresión de veneración y condolencia.

Regan regresó a buscar la carta para llevársela a su esposo, la tomó de manos de Ridley y salió de la habitación. Cuando pasaba delante del grupo, le dirigió una mirada desprovista de esperanza y de amabilidad, casi carente de compasión; una mirada de firme resignación dirigida a las indefensas víctimas.

—Hijos míos —dijo Eleanor—, ¿querréis hacerle un primer favor a vuestra madre? ¿Querréis decírselo en mi nombre a los más pequeños? ¿Seréis capaces de empezar a echarme una mano?

Venice se dirigió a la puerta, como si estuviera dispuesta a cumplir con aquel ruego. James hizo ademán de seguirla, echando una ojeada a su madre. Isabel la miró a los ojos, pero como si no hubiese oído lo que ella había dicho.

—¿No tienes fuerzas para hacerlo, hija? —preguntó Eleanor, mirando a Isabel—. Entonces, yo misma me encargaré. ¿Por qué voy a descargar mi deber en los hombros de los que tienen menos fuerzas que yo? Es la madre quien debe librar a sus hijos de lo más penoso. James, ¿quieres ir a buscarlos y traérmelos?

James empezó a salir corriendo de la habitación, se refrenó y moderó su paso, y dirigió una mirada suplicante a sus hermanos.

—Yo iré a decírselo, Madre —dijo Graham.

—No, Graham —dijo Luce, avanzando con la mirada fija en su madre—. Lo más natural es que sepan la verdad aquí, rodeados de todos nosotros. Así no será más que una sola conmoción y un solo recuerdo, y les librará de sufrir en el posterior encuentro. Tenemos que recordar cuáles son las cosas que más dolor causan a los niños.

—Hay un dolor que no vamos a poder ahorrarles —dijo Eleanor, con una sonrisa desdibujada—. Y no creo que, en comparación con ése, los otros resulten muy importantes. Pero, dispón tú misma, hija. Agradezco cualquier clase de ayuda que se me quiera prestar.

Enviaron un mensaje arriba. Hatton entró con los niños, y permaneció en la habitación, como si no quisiera hacerles prescindir de la protección de su presencia. James pareció deslizarse hacia ella, y se quedó a su lado, sugiriendo así la esfera con la que identificaba su vida. Eleanor atrajo a los pequeños hacia sí, y pronunció las mismas palabras que les había dicho a los otros. Honor lloró tan sobresaltada

como desesperada, captando que su vida había cambiado; Nevill lo hizo abandonándose al dolor general y en armonía con él; Gavin no lloró, y miró de forma interrogadora y resentida los rostros de los mayores. Daniel le apoyó la mano en la cabeza y le dijo unas palabras para darle ánimos. Su madre alzó la vista, no muy segura de qué curso debía seguir, pero la bajó de nuevo como si se negara a juzgar lo que veía. Sir Jesse y Regan entraron y se dirigieron a las butacas situadas junto a la chimenea, aceptando una vez más con resignación las viejas costumbres en una nueva forma de vida. Al pasar junto a ella, Sir Jesse apoyó la mano en el hombro de Eleanor, y Regan dirigió a sus nietos una sonrisa no afectada por la experiencia que se ocultaba bajo ella. Luce esperó a que se redujera la tensión, y después se dirigió donde se encontraba Daniel, que supo que ella le colocaba en el lugar de su padre.

—Tenemos que hacer un esfuerzo, Madre —dijo él—. No cabe otra cosa. Tenemos que superar este momento. La vida no estará esperándonos eternamente.

—Cuando la vida ha hecho lo que ha hecho, podría tener al menos la delicadeza de hacer precisamente eso —dijo Graham.

Gavin soltó una fuerte risotada, y su madre volvió la vista hacia él. No sabía que el niño saludaba así la primera ruptura de aquel oprimente clima. Nevill dejó a Hatton y se acercó a Daniel.

—Nevill no llorará más —prometió, y miró al resto de la sala—. Todos dejarán de llorar.

Venice le tomó las manos como para jugar, pero él pareció echar algo de menos en su ánimo, y regresó al lado de Hatton. Eleanor dirigió a Venice una sonrisa de aprobación, la que reservaba para cuando esta hija daba muestras de valentía.

—¿Ha tenido Padre una enfermedad normal, como las de Inglaterra —preguntó Gavin—, o allí son diferentes?

—Todavía no lo sabemos, hijo mío —dijo Eleanor—. Creo que ha sido diferente. Pronto tendremos noticias.

—¿Cómo sabemos que ha muerto?

—No ha muerto, hijo mío. Está más vivo que nunca.

—Pero, ¿cómo sabemos que está eso que solemos llamar muerto? —preguntó Gavin, frunciendo levemente el ceño.

Eleanor se lo explicó, y Gavin estuvo escuchándola hasta que lo entendió, y luego se alejó de ella.

—¿De qué sirve que ahora esté más vivo, si no puede estar con los suyos? —intervino Honor, en un tono que parecía anunciar el tono maduro con el que hablaría en el futuro—. Y siempre ha estado más

vivo que otras personas. No debería estar lo que solemos llamar muerto. No debería estarlo.

—Mrs. Sullivan —dijo Ridley, como si se le hubieran escapado las palabras—, ¡qué magnífico deber al que consagrar su vida! Ahora podemos comprobar cuánto era lo que su esposo poseía.

—No soy persona preparada para sobrellevar semejante carga.

—Tengo a mis nietos —dijo la voz de Sir Jesse desde la chimenea —. No me voy de vacío a la tumba.

Nevill miró hacia el lugar de donde procedía la voz, y acercándose a un jarrón de la mesa, sacó unas cuantas flores y se las dio bruscamente a su abuelo.

—Todas para Abuelo.

—¿Querrás traerme unas cuantas a mí también? —preguntó Regan, volviéndose con más lentitud que de costumbre, como si su capacidad de reacción se hubiese debilitado.

Nevill volvió junto al jarrón, echó una mirada atrás para ver las flores de su abuelo, y corrió y se las cogió para ponerlas en manos de su abuela.

—Todas para Abuela —dijo, secándose las manos en la ropa, como si aquella misión le hubiese resultado desagradable.

—Siéntate, querida Isabel, y trata de no llorar más —dijo Eleanor —. Ya sabes que no nos ayudas poniéndote así.

Isabel obedeció como si todo le resultara indiferente, y, retirando la vista de ella, su madre dejó escapar un suspiro.

—No sé cuándo podré volver a mi propio dolor —le dijo a Ridley, con una leve sonrisa.

Ridley encontró la mirada de Eleanor, la sostuvo fugazmente, y Nevill corrió a su lado y alzó los ojos hacia su cara.

—Todos dejarán de llorar —le dijo, como si le diese instrucciones.

Ridley dirigió una sonrisa a Eleanor.

—«*O sancta simplicitas*» —le dijo.

—¿Qué quiere decir eso? —quiso saber Gavin.

—Que la infancia es sagrada —dijo Eleanor.

—¿Verdad que tú no piensas lo mismo? —dijo su hijo.

—¿Qué ocurrirá cuando todos hayan dejado de llorar? —le dijo Graham a Daniel—. ¿Quedará algo que hacer?

—¿Queda algo que hacer? —se dijo Eleanor a sí misma, en un tono dirigido sólo en parte a los oídos de los demás.

Daniel la acompañó a un asiento; Ridley le miró con una expresión diferente; Regan volvió la vista desde la chimenea, y durante un momento la posó en Ridley.

Gavin se separó del grupo y se fue hacia la puerta.

—¿A dónde vas, hijo mío? —preguntó Eleanor.

—Arriba.

—Pero allí estarás solo.

Gavin reanudó la marcha.

—¿No preferirías quedarte con todos nosotros?

—No me gusta mucho ver a las personas cuando están así.

—No podemos impedir que lo de Padre nos haya entristecido. Pero vamos a hacer todo cuanto esté a nuestro alcance por ser valientes.

Gavin esperó, como si tratase de sopesar las pruebas en favor de esto, y luego siguió su camino.

—¿No te importa estar solo?

—Si Honor viniese conmigo, no estaría solo.

—¿Quieres subir, Honor?

—Me da lo mismo.

—No tienen fuerzas para soportarlo —dijo Luce.

—Es lógico, hija —dijo su madre, en un tono más incisivo—. No podía ser de otro modo.

—Ahora Nevill llora siempre —dijo Nevill, con tristeza—. Es porque Padre se ha ido.

—Creo que deberíamos liberarles de esta obligación, Madre —dijo Luce—. No tienen edad para todo esto.

—Si sólo se tratara de liberarles, ya podrían irse, naturalmente. Pero el único que todavía es muy pequeño para entenderlo es Nevill.

—De todos modos, la situación sigue siendo terrible para todos ellos, Madre.

—Nevill es el único que es muy pequeño —dijo Nevill.

—Y todos nos alegramos de que lo seas —dijo su madre, sonriéndole.

—Ahora Nevill ya está mejor —dijo el pequeño, en un tono que perdió su carácter animado cuando vio a Regan—. Pero la pobre Abuela todavía no lo está.

—¿No podrías acercarte a ella y hacer algo para que se sienta mejor? —dijo Luce.

Nevill acudió al lado de Regan y se detuvo junto a sus rodillas, para estudiar qué podía hacer. La fija mirada con que la observaban los ojos del pequeño la hizo sonreír y finalmente soltar una breve risa, y el pequeño corrió de vuelta junto a Luce para informar de su éxito.

—Ahora Abuela ríe. Ahora todos ríen —dijo, volviéndose para comprobar que se había producido el cambio.

Sir Jesse le llamó a su lado y se lo subió a las rodillas.

—¿Qué haríamos sin nuestro muchachito?

—Abuelo también quiere a Nevill —dijo Nevill, un poco sorprendido.

—Creo que ya puedes llevártelos, Hatton —dijo Eleanor—. No les estoy sirviendo de ninguna ayuda.

Nevill se fue corriendo hacia la puerta convencido de su éxito; Gavin salió de la habitación y anduvo hasta la escalera; Honor miró a su alrededor como si casi no se hubiese enterado de lo que estaba ocurriendo, se levantó bruscamente de su silla como si estuviese aturdida, y siguió a sus hermanos.

—Ven a darle un beso a tu madre, Gavin —dijo Eleanor, como si los demás pudieran dejar de cumplir con este deber.

Gavin regresó, participó pasivamente en el abrazo, y volvió sobre sus pasos.

—Cuando estés arriba te gustará pensar en Padre.

Gavin hizo una pausa a cierta distancia del grupo, y miró a su madre.

—No parece que a ninguno de nosotros le apetezca mucho hacerlo.

—Ya sé que eso te pondrá triste. Pero si no nos ponemos tristes, difícilmente podremos recordarle.

Gavin hizo una pausa para reflexionar.

—Creo que yo sí puedo.

—Bien, pues, recuérdale a tu modo. Adiós, Honor; tú también pensarás en Padre.

—A partir de ahora, jamás podré pensar en nadie más.

—También pensarás en tu madre, y recordarás que ahora está sola.

—Todos lo estamos ahora. Era Padre quien nos mantenía unidos. Son los padres los que se encargan de eso.

—Sé que tu padre lo hizo. Pero todavía te queda tu madre.

—Y tú tienes a Luce y a Daniel y a Graham. Y Abuela tiene a Abuelo. Todos nosotros tenemos a alguien. Pero eso no cambia las cosas. Padre era quien nos protegía.

—Llévatela arriba, Hatton —dijo Eleanor—. Sé que contigo estarán seguros.

—Hatton cuidará de ella —dijo Nevill, corriendo hasta situarse junto a Honor—. Nevill también.

Haciendo casi una cabriola, James se acercó a su madre para despedirse de ella, a modo de prolegómeno para retirarse también con Hatton.

—¿Vas a irte con ellos, hijo?

James hizo otro movimiento.

—¿Quieres irte? —preguntó Eleanor, adoptando un tono amable de condonación.

—No —dijo James, con menos gravedad.

—¿Prefieres quedarte abajo conmigo?

—Sí, lo prefiero.

—Entonces quédate, querido hijo. Me gustará tu compañía. Puedes dejarle conmigo, Hatton.

—Me gustaría que me ayudase a cuidar de Honor, señora. La pequeña necesita de alguien un poco mayor que ella. Hoy no está en condiciones de tomar la iniciativa.

—En ese caso, hijo, sube y consuela a tu hermanita, y recuerda que lo haces por tu madre.

James se retiró con la sensación de haber establecido satisfactoria, y hasta meritoriamente, los cimientos sobre los que se basaría su futuro.

Mullet aguardaba al abrumado grupo, y se puso a hablar inmediatamente, como si hubiese estado reservando para ellos todas sus fuerzas.

—Bien, ya estáis aquí, sanos y salvos. Y tenéis vuestra casa, y nos tenéis a Hatton y a mí. Hay niños que, cuando muere su padre, lo pierden todo, pero a vosotros no os ha ocurrido eso.

—¿Por qué? —preguntó Gavin.

Hatton se retiró para permitir que Mullet hiciera una demostración de sus dotes, y James la siguió silenciosamente y se fue a su habitación.

—Porque esta casa es de vuestro abuelo, y seguiréis viviendo aquí con él. No tendréis que mudaros a una casa pequeña ni que enfrentaros a una vida diferente.

—¿Y por qué lo hacen algunos? —quiso saber Gavin.

—Una casita pequeña y bonita —dijo Nevill, acercándose a Mullet.

—¡Santo Dios! ¡La de hundimientos y desastres que ha habido en mi familia! Casi no daríais crédito a vuestros oídos si os lo contara todo. Al principio, la prosperidad y el lujo y el ocio, y después todo se vino abajo y no quedó más que pobreza y necesidad. Pobreza sólo en cierto sentido, claro; todo es relativo. Y la desgracia se debe en parte a que te sientes abandonado por los amigos. Recuerdo por ejemplo a un primo de mi padre que era un médico conocido y vivía en Harley Street, que es donde suelen vivir los médicos famosos. Y tenían mayordomo y cocinera y todo el acompañamiento de criados y criadas. Y vivían de acuerdo con sus caprichos. Sí, su destino no podía ser más agradable. Hasta que la maldición que pesaba sobre sus

cabezas cobró fuerza y cayó sobre ellos. Nuestra familia parece haber estado siempre condenada a la desdicha. Murió mi tío, y todo aquello se acabó. Tuvieron que cobijarse bajo un techo humilde, y sólo pudieron conservar un criado; bueno, era uno de esos buenos criados de los de antes, y además tenían a un par de jovencitas, pero al oír hablar a mis parientes cualquiera hubiera dicho que vivían en la más absoluta penuria; y también tuvieron que abandonar sus relaciones de alta sociedad y enfrentarse a un futuro diferente. Sí, a menudo me acuerdo de ellos, actuando con su andrajosa petulancia de gente bien en un medio social de segunda categoría, dándose siempre aquellos aires de ricos venidos a menos, una actitud que de haber sido personas de auténtica categoría jamás habrían adoptado. La trivial mañana de compras después del diálogo con la tiránica cocinera; la dosis de menosprecio de parte de los tenderos, en lugar del respeto al que se habían acabado acostumbrando, porque esa clase de personas son las primeras en notar y hacerte notar la diferencia; la tarde en torno a un fuego poco vivo, echando de menos a las amistades que solían acudir a las fiestas que antes daban frecuentemente. A eso se reducía la vida de mis primos. A menudo pienso que ha sido muy prudente por mi parte cortar de raíz con el pasado. Sí, creo que he elegido mejor que ellos.

—A mí me parece que no —dijo Gavin—. No tienes ni la mitad de lo que tienen ellos. Y quizá es por eso que no te escriben.

—Es posible; cosas hay en el mundo más improbables. A menudo recuerdo a las personas que venían a nuestra casa y aceptaban nuestra hospitalidad. ¿Cuántos amigos me quedan de mi vida anterior? Ninguno. Pero no les estaría agradecida si vinieran a ensombrecer mi horizonte. Sólo fueron amigos mientras hizo buen tiempo.

—¿Cómo se pronuncia horizonte? —preguntó Gavin, porque Mullet había acentuado mal la palabra.

—Horizonte —dijo Honor mecánicamente, y pronunciándola bien. [9]

—Bueno, la pronunciación varía según los círculos sociales. Y mi educación quedó interrumpida antes de hora, de modo que carezco de los cimientos normales. Por otro lado, mi padre pensaba que las chicas no tienen necesidad de ser educadas tan concienzudamente como los chicos. Esta era una de las ideas anticuadas que había heredado de sus antepasados. Se suponía que yo no iba a dedicarme nunca a nada, de modo que, ¿para qué me hubiera servido aprender tantas cosas? Y eso fue lo que ocurrió.

—Pero hubieses podido ser institutriz en lugar de niñera —dijo

Gavin.

—Para él no había ninguna diferencia —dijo Mullet—. El que tiene que trabajar para otros, tiene que trabajar para otros. Eso pensaba él.

—Creo que tu padre era una persona bastante chiflada.

—Desde un punto de vista moderno, tenía sus chifladuras. Pero por mucho que me resistiese a hacerlo, yo le adoraba precisamente por sus chifladuras —dijo Mullet, corroborando así la teoría según la cual los seres humanos aman lo que ellos mismos han creado—. Y, al fin y al cabo, yo le debo el ser.

Honor se levantó de su silla y se acercó a Gavin con una ligera sonrisa.

—Quizá sea al revés —dijo la niña, como si notara que lo que había ocurrido ese día había liberado su lengua.

Gavin pareció desconcertado, y en aquel momento regresó Hatton y miró inmediatamente a Honor.

—Bien —dijo, animadamente, cruzando una mirada con Mullet—, ya es hora de que toméis el almuerzo. Supongo que Mr. Ridley se quedará a comer, y le veréis cuando bajéis.

—Ya le hemos visto —dijo Gavin.

—Yo no quiero bajar —dijo Honor.

—Baja mujer, será un cambio —dijo Mullet.

—No es cierto. Bajamos todos los días —dijo Gavin—. Será igual que siempre.

Honor alzó la vista para mirarle a la cara, aturdida por un conocimiento que no le permitía avanzar.

—Ya, pero volveréis a subir enseguida —dijo Hatton—. Ahora Gavin tomará un poco de carne, ¿eh?

—Sí.

—Buen chico. Así me gusta.

—Nevill se lo comerá todo —dijo Nevill vigorosamente.

—Dos buenos chicos.

—Pero Nevill será el que comerá más.

—Ya veremos cuál de los dos. Y ahora Honor vendrá y comerá sentada a mis rodillas.

Honor se acercó inmediatamente a Hatton.

—Nevill se sentará en las rodillas de Hatton —dijo el pequeño.

—No. Hoy será Honor mi nena pequeñita.

—No. El más pequeño es Nevill.

—Tú eres el más pequeño, y Honor es la más pequeña.

—Ella ya es mayor —dijo Nevill, sosteniendo sin usarlos el cuchillo y el tenedor.

—Y el pobre Gavin no es ni una cosa ni la otra —dijo Mullet.

—No es nada —dijo Nevill, mirando con tristeza a su hermano.

—Honor se está durmiendo —dijo Gavin, con cierta rudeza.

—Está cansada —dijo Hatton.

—Nevill está cansado —dijo Nevill, apoyando la cabeza en la mesa.

—Yo no lo estoy —dijo Gavin, a voz en grito.

—Eres un valiente —dijo Mullet.

—Nevill es valiente —dijo el pequeño, recostándose contra Hatton —. Un soldado valiente.

Honor rompió a llorar, derramó lágrimas hasta que se le agotaron, y se quedó en pie, pálida y casi inconsciente de lo que ocurría a su alrededor, mientras le indicaban que tenía que ir abajo. Hatton les acompañó hasta la puerta y se quedó afuera, con los oídos atentos. Mullet permaneció a su lado, como si sus servicios fueran a ser necesarios de un momento a otro.

—Miss Luce será una segunda madre para los pequeños —dijo.

—Les irá bien tener otra madre —dijo Hatton.

—¿No crees que la señora ya les atiende bien?

—Hace todo lo que está en su mano, pero los niños no quieren lo que ella les da. En cierto sentido no necesitan casi nada. Quieren más, y al mismo tiempo, menos.

—El señorito Nevill casi no podrá recordar a su padre.

—No es gran cosa lo que el señor pudo hacer por ellos últimamente —dijo Hatton, suspirando—, y ahora ya no puede hacer nada más.

Los niños entraron en el comedor y se quedaron distantes y silenciosos.

Nevill miró a su alrededor buscando algo que hacer. Honor se encontraba exhausta y Gavin en un estado de torbellino interior. Eleanor hablaba con Ridley, y Regan estaba abstraída en sus pensamientos. Honor paseó la mirada por los rostros de la mesa, y se acercó a Isabel. La ausencia de Fulbert en los últimos meses había ahorrado a la familia el dolor del asiento vacío. Sir Jesse, de pura costumbre, señaló con un ademán las bandejas que había sobre la mesa.

—¿Pueden comer hoy postre? —preguntó, en una voz que se limitaba a señalar que no era un día corriente.

Gavin se acercó a la mesa.

—Sí —dijo el chico.

Sir Jesse le acercó un plato y pareció olvidarse de su presencia, y

Nevill se plantó junto a su hermano. Eleanor volvió la mirada hacia ellos.

—Así que vais a tomar postre, ¿eh? —dijo, en un tono de voz que no añadía matiz alguno a sus palabras.

—Sí —dijo Gavin.

—Sí —dijo Nevill, en pie y con las manos y los ojos al nivel de la superficie de la mesa.

—¿Quieres tomar un poco de postre, Honor?

—No, gracias.

—Tómalo si quieres, hija.

Honor no contestó.

—James, ¿has intentado cuidar de Honor?

James miró a su madre, repentinamente abrumado por el recuerdo.

—¿Has hecho por ella todo lo que estaba en tu mano, hijo mío?

James miró a su madre a los ojos, y los suyos se le humedecieron.

—Es que…, me parece que no…, creo que no quería que la ayudase.

—No importa, hijo —dijo Eleanor, con amabilidad—. No ha podido evitarlo. Estoy segura de que te has comportado lo mejor posible.

James miró a Honor, vio que ella no se enteraba apenas de nada, y comprendió que incluso para un niño huérfano de padre sigue habiendo excusas.

—Gavin, dile a Hatton cuando subas que Honor tiene que tenderse un rato en la cama —dijo Eleanor.

Gavin no hizo ninguna señal.

—¿Me oyes, hijo mío?

—Ella misma se lo puede decir.

—Pero yo te he pedido que se lo digas tú.

—Nevill se lo dirá —dijo el pequeño, dirigiéndose a su madre—. Gavin, ¿quieres ser menos útil que Nevill?

—Eso no es ser útil, porque lo puede decir ella misma. Y tenderse en le cama no sirve de nada. Aunque tú siempre creas que sirve de algo.

—No remediará el hecho de que Padre nos haya dejado. Pero aliviará la jaqueca de Honor.

—¿Tienes jaqueca? —le preguntó Gavin a su hermana.

—No.

Nevill alzó la vista por encima de sus manos, para echar una ojeada a todos los presentes.

—¡Pobre Honor! —exclamó, rápidamente—. ¡Pobre Isabel! ¡Pobre

Abuela! —Y volvió a su plato. Pero, levantando la vista de nuevo, como si se le hubiese ocurrido un poco tarde, añadió—: ¡Pobre Luce!

—Parece que Nevill crea que sólo las mujeres tienen sentimientos —dijo Daniel.

—Porque son los que mejor conoce —dijo Graham—. Y porque seguramente son más intensos.

—¡Pobre Graham! ¡Pobre Daniel! —exclamó Nevill, con amabilidad.

—¡Pobre Madre! —dijo Eleanor, con ternura.

—¡Pobre Madre! —dijo su hijo, de acuerdo con ella—. Pero Padre regresará dentro de mucho tiempo, y Mr. Ridley se quedará hasta que él llegue.

—No comas más de la cuenta —dijo Venice, en tono inanimado.

—Hoy come poco —dijo Nevill, rindiendo con gravedad tributo al acontecimiento.

Hatton abrió la puerta y se quedó junto a ella con la vista fija en quienes estaban a su cuidado. Nevill la miró a ella y luego miró de nuevo la mesa, abasteció su boca con adecuada moderación, y se fue a su lado; Honor le siguió lentamente; James miró a Hatton y luego a su madre; Gavin siguió comiendo.

—Id con Hatton, mis pobres seis hijos —dijo Eleanor—. Ella sabrá ayudaros mejor que vuestra madre. Vete, James, si quieres.

James no tuvo más remedio que vacilar cuando vio que se le imputaba esto último, y comprendió que no era la última vez que iba a ocurrir.

—¿Has tomado postre? —quiso saber su madre, que no comprendió correctamente el sentido de la pausa.

—Oh, no —dijo James, en un tono tan ligero que señalaba que tal idea era muy equivocada.

—¿No querías?

—No.

—¿No te apetece tomar ahora un poco?

—No, gracias.

—¿No te has acordado hoy del postre?

—No —dijo James, como si siguiera sin acordarse de él.

—Entonces ya puedes irte, hijito. Con Hatton estarás bien cuidado.

Ridley esperó a que se cerrase la puerta, y se inclinó hacia. Eleanor.

—Los sentimientos que solemos tener en relación con esos viejos criados antiguos que han dedicado toda su vida a nuestro servicio son muy especiales. Estas personas han sabido, más que nadie, hacerse

acreedoras de nuestro aprecio.

—Mis hijos tienen por Hatton sentimientos mucho más intensos que los que yo les inspiro.

—¡Mrs. Sullivan! —exclamó Ridley, con una sonrisa muy ancha en sus labios ante esta ampliación de la verdad que él había enunciado.

—Hatton no es mucho mayor que Ridley —dijo Daniel.

—Pero él no es un criado —dijo su hermano—. Los criados suelen envejecer antes. Y hay muchos motivos para que ocurra así.

—Yo era bastante mayor que estos niños cuando mis sentimientos se desviaron, o mejor dicho se ampliaron, de Hatton a mis padres —dijo Luce.

—Y no podemos decir que eso ocurriera hace mucho tiempo —dijo Ridley.

Regan abandonó la habitación, como si sólo fuera capaz de mantener vivos sus sentimientos en la soledad. Ridley se apresuró a abrirle la puerta y, mientras ella salía, se quedó en píe, adoptando el aire de quien pone toda su atención en lo que está haciendo.

—El dolor de los ancianos parece en cierto modo irremediable —dijo, al regresar junto a Eleanor—. En la misma proporción en que carece de la fuerza de la madurez, se encuentra desprovisto de nuestra capacidad de reacción y recuperación.

—Ninguno de vosotros cree parecerse en nada a los viejos —dijo Sir Jesse—. Pero sentís las cosas de la misma manera que ellos, de igual modo que las sentís igual que los jóvenes. Cada uno sufre de acuerdo con su modo de ser.

Ridley dirigió una mirada vacilante hacia el extremo de la mesa, donde creía que Sir Jesse estaba abstraído en su dolor.

—Todo dolor verdadero debe durar hasta el final —dijo Eleanor.

—Sé que así es como piensa usted en este momento, Mrs. Sullivan —dijo Ridley, vehementemente comprensivo.

Un criado entró con un mensaje y se lo entregó a Ridley.

—Mrs. Sullivan —dijo él, con una sonrisa triste—, mi familia solicita ser recibida, pero está dispuesta a que no se le permita entrar. —Su tono insinuaba que también él estaba preparado para aceptar esta culminación de sus oficios.

—Diles que entren, Madre —dijo Luce—. A los chicos les irá bien el cambio. Y no tenemos motivos para rechazar esta amabilidad.

—Si va a resultar beneficioso para alguien, hija, que pasen.

—Es evidente que se trata de un rasgo de amistad —dijo Daniel— porque difícilmente serán los invitados quienes resultarán beneficiados.

—¿Por qué se nos atribuye únicamente a nosotros ese estado de insatisfacción? —preguntó Graham—. ¿Acaso los demás se dan por satisfechos?

Hope se dirigió en silencio a su sitio de costumbre; Paul avanzó hasta Sir Jesse y se sentó a su lado; Faith permaneció a un lado, como si se negara a reclamar nada para sí, ni siquiera una silla.

—Confío en que no parezca que Paul trata de ocupar el lugar de Fulbert —murmuró Hope.

—No podría aunque quisiera, Madre.

—Lo sé, hija. Eso es lo que yo decía.

—Mrs. Cranmer se encuentra incómoda debido a nuestra situación —dijo Luce, sólo para los oídos de Eleanor—. Esto demuestra la amistad que siente por nosotros.

—Espero que no me mire nadie —dijo Hope—. Siento una terrible vergüenza por el hecho de no estar muerta. Sólo se tronchan las vidas más útiles, por mucho que nos resistamos a aceptarlo. ¿Qué tendría que hacer para que los demás comprendieran que preferiría haber muerto en lugar de él?

—¿Cómo están los niños? —preguntó Faith.

—Nadie le contestó, pues no se había dirigido a nadie en particular.

—Sabía que iba usted a venir, Mrs. Cranmer —dijo Luce—. No sé por qué, pero lo sabía.

—Creo que Luce tenía motivos para esperarlo —dijo Daniel.

—Y no han dado ustedes orden de que no se nos recibiera —dijo Hope—. Ahora me doy cuenta de que hasta este día jamás había sabido agradecer nada.

—No, Mrs. Cranmer, no hemos dado esa orden —dijo Luce.

—¿Cómo están los niños? —dijo Faith.

—No es poca cosa saber que contamos con amigos para la etapa tenebrosa que se extiende delante de nosotros —dijo Graham.

—Sé que no hay desesperación comparable a la de la juventud —dijo Hope—. Casi me da tanta vergüenza ser tan adulta como estar viva, y seguro que nadie ve la diferencia tan bien como yo.

—¿No vas a sentarte, Faith? —inquirió Daniel, que estaba en pie al lado de su silla, como su hermano.

—No, no me importa seguir en pie —dijo Faith.

—A mí sí —dijo Graham.

—Siéntate, Faith, y permite que también lo hagan los chicos —dijo Luce—. No debemos añadir pequeñas pruebas a esa otra tan tremenda que estamos sufriendo.

Faith hizo un leve movimiento de sobresalto, y miró inmediatamente a su alrededor, como si sus pensamientos no hubiesen abandonado su pregunta a sus labios.

—¿Cómo están los niños?

—No lo preguntes más veces, hija —dijo Hope—. Quizá estén tan aturdidos de dolor que prefieren no hablar de ello.

—Se encuentran en diversos estados, Mrs. Cranmer —dijo Luce—. Lo que nos impide contestar es el hecho de que la pregunta se refiera a todos en general. James y Gavin y Nevill no sienten por ahora excesiva ansiedad; Honor e Isabel sí la sienten; Venice se encuentra en un estado intermedio. Esto es todo lo que yo sé.

—¡Pobrecillos! —exclamó Faith.

—Veo que Ridley puede servir de apoyo para tu madre, y Paul para tu abuelo —dijo Hope—. Me parece que no es necesario que me avergüence de que ellos no hayan muerto.

—Mrs. Cranmer —dijo Luce, como si hablara llevada de un impulso repentino—, ¿querría servir de apoyo para Abuela? Está sola en la biblioteca, y no me siento capaz de intentarlo yo. —Sonrió un poco—. Se me están acabando las fuerzas.

—Estoy segura de que ésta es la sonrisa más valiente que he visto en mi vida —dijo Hope, corriendo hacia la puerta—. Me escandalizo de pensar que a mí me quedan fuerzas, pero pienso ir a gastarlas todas, hasta el último gramo. Cuanto antes las agote, mejor.

—Encuentro a Luce diferente —dijo Graham, mirando a su hermana—. Ninguno de nosotros debería volver a ser el mismo. Espero que al final no resulte que soy yo el único que no ha cambiado.

—Estoy segura de que tú serás uno de los que cambien, querido Graham —dijo Luce.

Hope cruzó el vestíbulo y encontró a Regan sentada junto al fuego de la biblioteca.

—No me preste la menor atención —dijo Hope—. Verá como casi no se entera de que he entrado. Sé que no he vivido ninguna experiencia auténtica, pero he oído decir que no hay sentimientos más profundos que los de las madres, y por eso he venido a hacerle compañía.

Regan alzó la vista.

—Les he oído entrar —dijo.

—No hable de este modo tan poco natural. Todavía me hace sentir más inferior. Jamás me he encontrado en ningún estado semejante; no he tenido ni una sola oportunidad de sentir nada parecido. Imagino que para usted es la tercera.

—La tercera —dijo Regan—. No tuve más que tres.

—Veo que no estoy sirviéndole de nada. Mis palabras hubiesen debido provocar un mar de lágrimas.

—Llorar no sirve de nada.

—Yo creía que era una válvula de escape, un alivio. Pensaba que si la persona que se siente triste llora hasta que ya no le quedan más lágrimas, puede decirse que ya ha pasado lo peor. ¿Cómo es que suelen difundirse estas informaciones tan incorrectas? ¿Carecen las lágrimas de poder curativo?

—Si así fuera, yo debería saberlo —dijo Regan, con una leve sonrisa—. Cuando llega lo peor, ya no hay modo de alejarlo. Aunque supongo que usted debe de imaginar que puedo vivir en el pasado, como otros ancianos.

—Sí, lo he oído decir. ¿También eso es incorrecto?

—Los ancianos suelen vivir más en el presente, lo cual es muy sensato por su parte; y en el futuro, lo cual quizá no lo sea, aunque es la única forma de vivirlo que les está permitida.

—¿Puede decirse, entonces, que es falso que vivan de sus recuerdos?

—Los recuerdos sólo tienen un sentido. Sirven para traerte al presente. Y esto les arrebata toda la vida que podrían albergar.

—¿No produce ninguna satisfacción saber que no hay nada tan solemne y digno como haber vivido experiencias muy intensas? Esto sí que me gustaría saberlo.

—La intensidad no sirve de ninguna ayuda en los malos momentos. Y no veo por qué tiene que haber solemnidad y dignidad en el hecho de estar muy ajado. Lo digno sería poder salirse cada uno con la suya.

—Veo que estoy sirviéndole de gran ayuda. Me parece que ahora ha hablado con mucha naturalidad. De todos modos, creo que usted menosprecia mi vida porque le parece superficial.

—Hay personas que parecen capaces de deslizarse sobre la superficie de las cosas —dijo Regan, mostrando en su tono que estaba de acuerdo con esa opinión.

—Me parece que ahora ya la he ayudado bastante. Encuentro sensatas todas sus palabras. A veces la gente es hasta excesivamente natural. Me parece que casi todo el mundo lo es.

Regan rió.

—Usted no es de esas personas que no ven nada, no oyen nada y no saben nada —dijo—. Jamás me lo ha parecido.

—Eso es justo lo que yo necesitaba oír. ¡Y pensar que está usted satisfaciendo esta necesidad mía en un momento como éste! Ahora ya

ha conseguido emerger usted de su propio dolor. Y esto debe de significar que ya ha pasado lo peor. ¿O vuelvo a equivocarme?

—Lo peor va y viene —dijo Regan.

—Pero, ¿cada vez con menos intensidad?

—Más embotado, al menos.

—¿No puede decirse que esto es, en cierto sentido, una mejoría?

—Una gran mejoría. Los que piensan lo contrario no han tenido que sufrir grandes dramas.

—Pero yo pienso que es así; no me lo había dicho nadie. No hace falta que me avergüence de mi vida fácil, dado que no me ha causado ningún daño.

—Bueno, no sirve de nada estar llorando sola aquí —dijo Regan—. Podría regresar junto a mi familia. Quizá a ellos no les beneficie apenas, pero a mí me irá muy bien.

—Te esperaba, Abuela —dijo Luce—. No es propio de ti que te quedes quieta y arrinconada. Sabía que darías un paso adelante.

—Lo cual no resulta una costumbre muy práctica en este momento. No será bien recibida.

—Le estoy muy agradecida, Mrs. Cranmer —dijo Luce—. Nos ha devuelto usted la persona y la voz auténticas. Todos nosotros estamos dando los primeros pasos por un nuevo camino. Lo cual nos resulta especialmente difícil debido a que no estamos teniendo que cumplir con los ritos de rigor, que siempre son una barrera que separa la primera conmoción del comienzo del futuro. Tendremos que arreglárnoslas solos y por nuestra cuenta.

—Me parece una buena manera de decir que no vamos a celebrar funerales —dijo Graham.

—Ahora que entiendo lo que significaba —dijo Daniel—, estoy de acuerdo.

—Y yo también —dijo Hope—. Jamás volveré a decir que los funerales son una forma obsoleta y espantosa de boato. Ahora comprendo por qué sobrevive esa costumbre. Bien, voy a llevarme de aquí a mi familia. Supongo que Ridley no se quedará ahora a vivir con vosotros, ¿no?

—Creo que Nevill le ha sugerido que lo hiciera —dijo Daniel.

—Ya ha estado aquí el tiempo suficiente para que podáis opinar sobre su presencia Y veo que lo habéis hecho. Paul, debemos irnos. Hemos hecho todo lo que podíamos hacer; quiero decir que nadie puede hacer nada.

—¿Podría ver a los niños? —preguntó Faith.

—No, Faith —dijo Luce en un tono tranquilo, casi implacable—.

Ya es mucho lo que han tenido que soportar en el día de hoy. Quiero decir que —sonrió sin mover la cabeza— incluso el más bienintencionado y delicado roce podría resultarles insoportable. No quiero que tengan que enfrentarse a nada más.

—Espero que Faith sea verdaderamente una de esas personas capaces de perdonarlo todo —dijo Hope—. O al menos una de las que saben perdonar las grandes ofensas, aunque no las pequeñas. Con eso bastará.

—Jamás me atrevería a rozar siquiera la tristeza —dijo Faith, dudando aún junto a la puerta.

—¿Podrás aceptar mi palabra, Faith? —preguntó Luce—. ¿Tanto si estás de acuerdo como si no lo estás? Ya sé que es una de esas cosas que no parecen evidentes, pero confiaré en tu capacidad de comprensión.

—Claro. Te entiendo —dijo Faith.

—Dios mío, ¿lo entiende? —dijo Hope.

—Gracias, Faith —dijo Luce.

—En mi caso, son siempre los niños quienes toman la iniciativa —dijo Faith—. Jamás soy la instigadora de los acontecimientos.

—¿Es posible que las palabras de Luce no hayan tenido el más mínimo efecto? —dijo Hope.

—Bien, Faith, ve, y hazlo lo peor que sepas —dijo Luce, con otra sonrisa.

—No tenía ni idea de que la gente pudiera, a propósito, decir en broma cosas serias —dijo Hope.

Faith salió de la habitación tan sigilosamente que casi parecía correr un velo sobre sus actos, y subió los diversos tramos de escaleras hasta las habitaciones de los pequeños, con una expresión que fue haciéndose más resuelta a medida que más le costaba respirar.

—Bueno, ¿qué estáis haciendo? —dijo, asomando la cabeza por el hueco que dejaba la puerta que ella había entreabierto, como si pretendiera sorprender y abordar a los ocupantes de la habitación.

Isabel y Venice y Honor no estaban haciendo nada; James leía en el sofá; Gavin y Nevill jugaban en el suelo, a un juego similar pero cada uno por su cuenta.

—Cuando una señorita entra en una habitación, los chicos deben ponerse en pie —dijo Hatton—. James, tráele una silla a Miss Cranmer.

James cumplió la orden, dejando su libro abierto en la mesa, para reanudar su lectura en cuanto regresase.

—Así que hoy no estáis pintando flechas, ¿eh? —dijo Faith,

aceptando la silla como si fuese un tributo merecido.

Hubo un silencio.

—¿Verdad que no pintáis flechas? —preguntó Hatton.

—No —dijo Gavin—. Estamos jugando a soldados.

—Nevill también —dijo el pequeño, colocando en posición a uno de los que él tenía.

—¿Y qué hacen los soldados? —dijo Faith—. ¿Están librando una gran batalla?

—Decid lo que hacen —dijo Hatton, que no sabía de qué se trataba.

—Están celebrando un funeral militar —dijo Gavin, sin alzar la vista del suelo.

—Entierran a un general —dijo Nevill, solemnemente, con el brazo preparado para ordenar su tropa—. Entierran a un hombre alto y grande como Padre. Pobre Padre, está enterrado en un país lejano. Pero ahora es como un soldado.

Hubo un nuevo silencio.

—¿Tenéis algún féretro? —preguntó James, en tono forzado.

—No —dijo Gavin—. Pero está envuelto en un capote marcial.

—Sólo tenemos un capote —dijo Nevill, cogiendo un soldado y empezando a envolverle en algo.

—¿Y qué hacéis los demás? —quiso saber Faith.

—James está…, o estaba, leyendo —dijo Hatton—. Los demás no tienen ganas de hacer nada.

—Hay ciertas diferencias entre chicos y chicas, ¿verdad? Esto parece demostrarlo.

—No hable de los niños como si no estuviéramos aquí —dijo Gavin.

—Gavin, esto ha sido una grosería —dijo Hatton.

—Tanto como la suya.

—Hoy está bastante raro, señorita.

—Estoy normal —dijo Gavin.

—Nevill también —dijo el pequeño, en tono ausente.

—No sé qué decirles —dijo Faith.

—No hace falta que diga nada —dijo Gavin, dirigiéndose a Hatton.

—Discúlpele, señorita.

—No me importa que no lo haga. Así no tendré que disculparla yo a ella.

—Bien, creo que tendré que despedirme —dijo Faith, como si eso fuese una amenaza.

—Vuelva pronto. Adiós. Vuelva a ver a Nevill —dijo el pequeño,

alzando la vista desde el suelo.

Faith miró a las tres niñas, y después de una segunda vacilación se acercó a ellas y se agachó y les dio un beso a cada una de ellas, dirigiéndoles una sonrisa muy ancha y mirándoles a los ojos.

Después, con las mejillas coloreadas algo más intensamente, se volvió a Nevill.

—¿Me das un beso?

Nevill se enderezó desde el suelo y levantó la cara, y, después de que Faith se arrodillara y le diese un beso, reanudó su juego.

En el momento en que Faith cerraba definitivamente la puerta, Honor habló por primera vez.

—No es una persona maravillosa precisamente —dijo.

James dirigió a Honor una mirada que a veces dirigía a Isabel, y volvió a su libro.

—No me he sentido muy orgullosa de ninguno de vosotros —dijo Hatton.

—Tampoco nadie estaría orgulloso de ella —dijo Gavin.

—Tú me has avergonzado profundamente, Gavin.

—Me alegro.

Faith bajó al salón, y habló en un tono animado, satisfecho.

—Bueno, me alegro de haber podido echarles una ojeada. He recordado que tenía instrucciones de limitarme a eso.

—Eso es, en todo caso, lo que tú has entendido, Faith —dijo Luce.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Hope—. No tengo ni idea de qué es lo que va a decir Luce a continuación.

—¿Los has encontrado normales? —preguntó Eleanor.

—A las chicas no. Los chicos parecían más animados.

—Espero que no se hayan mostrado maleducados contigo —dijo Hope.

—¿Y por qué hubiesen tenido que hacerlo, Madre?

—Por nada, hija. Por eso espero que no lo hayan hecho.

—Nevill se ha mostrado muy amistoso, igual que James. Las niñas no han llegado a tanto; sus sentimientos son más intensos. Gavin es un diamante que todavía está completamente sin pulir. Le he prometido a Nevill que volveré pronto a visitarle.

—¿Estaban todos juntos? —dijo Eleanor.

—Sí, con Hatton, en el cuarto de jugar.

—Imagino que no soportan el estilo de Miss Mitford en un momento de dolor como éste —dijo Hope.

—Ojalá hubiese entrado a decirle alguna cosa a Miss Mitford —dijo Faith.

—¿Por qué hubieses debido hacerlo? —inquirió Hope.

—Siempre es bonito ver a una amiga, Madre —dijo Faith, subrayando con su tono la amistad y la igualdad.

Sir Jesse y Paul se acercaron a los demás procedentes de la chimenea, sin interrumpir su conversación. Paul salió inmediatamente de la casa, sin dar oportunidades de quedarse unos momentos más a sus familiares. Ridley se inclinó sobre la mano de Eleanor, y siguió a su padre con una expresión de sentimientos contenidos.

—Ojalá no tuviéramos que soportar más que el dolor —dijo Graham, en cuanto estuvieron solos.

—Lo mismo deseo yo, Graham —dijo Luce—. Pero tenemos que sobrellevar muchas cargas. No puedo decir que ellos no lo sean para mí, ni que no prefiero estar sola con mi dolor. Pero no tenemos elección.

—Ni elección ni gran cosa más —dijo su hermano.

—Cierto, Graham. Casi nada más.

—Tu modo de tratar a Faith ha sido para mí una chispa de consuelo —dijo Daniel.

—Era incapaz de fijarme en ella. Ahora entiendo a qué se refiere la gente cuando habla del egoísmo del dolor.

—No apruebo la frase. Hace pensar que se obtiene de él alguna ventaja personal.

—Y si significa que los que sufren deberían prestar atención a los que no lo hacen, me parece incluso cruel —dijo Graham.

—¿Y por qué no íbamos a estar concentrados en nuestros propios problemas? —dijo Luce.

—Si no lo estuviéramos, dirían que carecemos de sentimientos —dijo Daniel.

—La gente es verdaderamente cruel —dijo Graham.

—Madre —dijo Luce cuando Eleanor pasaba junto a ellos—, ¿no sería mejor que te sentaras y descansases?

—No estoy cansada, hija.

—Tú tan honesta como siempre, Madre. Pero quizá dispongas solamente de las falsas energías de la extenuación.

—Ojalá la extenuación produjera esos efectos en mí —dijo Graham.

—Ni siquiera la noto —dijo Regan, en un tono que no confirmaba sus palabras.

Luce se sentó junto a su abuela, como si ya no tuviera fuerzas para seguir ayudándola.

—Todos nosotros debemos seguir adelante —dijo Sir Jesse—.

Algunos no podremos hacerlo más que de manera muy lenta, pero iremos en la misma dirección que los demás. Y mi hijo ha dejado tras de sí varios muchachos.

—Hablas como si las mujeres no existieran, Abuelo —dijo Luce.

—Es una pena que los hombres no consigan dejar de existir —dijo Regan.

—Están más expuestos al riesgo que las mujeres, Abuela. Aunque eso es algo que tiene su lado más brillante.

—Quizá, pero para ellos.

—Sí, Abuela, sólo para ellos.

—Yo pertenezco al sexo que tropieza con peligros —dijo Graham —. Y en cierto modo no me parece muy conveniente.

—No lo es, querido Graham —dijo Luce.

—Tenemos que esforzarnos por alejarle de ellos —dijo Regan, en un tono que no escatimaba para su nieto la vida que su hijo había perdido.

—No me parece a mí que Graham sea de la clase de personas que incurren frecuentemente en ellos —dijo Sir Jesse.

—Es una lástima que Abuela haya tenido que conocernos —dijo Graham—. Se diría que le basta con tener noticias de nuestra existencia.

—Ridley ha hecho grandes esfuerzos por nosotros —dijo Eleanor —. No me atrevo a imaginar cómo hubiera sido todo sin él.

—No nos hubiésemos enterado de lo que ha ocurrido —dijo Graham—. Siempre le veré como el portador de las malas noticias.

—No creo que vayamos a verle muy a menudo —dijo Luce.

—Lo siento, pero estoy muy inquieta —dijo Eleanor, que andaba de un lado a otro de la habitación—. Supongo que estoy rara, ojalá sea capaz de cumplir con mis deberes para con todos vosotros. Es como si mi propio dolor estuviera fuera de mi alcance. Me siento simplemente agobiada por el temor al futuro.

—Todos temblamos un poco ante eso, Madre —dijo Luce.

—Ha sido un bonito detalle por parte de Hope eso de venir inmediatamente —dijo Regan.

—No es frecuente, Abuela, que digas algo en favor de personas de fuera de la familia —dijo Luce.

—Es mucho mejor que la mayoría de la gente.

—A mí me gusta mucho, Abuela, pero, ¿crees que es *mejor* que los demás? ¿Es esa la palabra más adecuada?

—Sirve tanto como cualquier otra.

—Jamás habría imaginado, Abuela, que fueras capaz de tener una

amiga.

—Hay que hacer lo que está en nuestra mano para con las personas que nos quedan. Y me ha parecido que a mí me quedaba una.

La familia quedó abrumada por el peso del silencio.

—Madre —dijo Luce—, ¿te parece que nos ayudemos a nosotros mismos en este primer día? ¿Digo que hagan bajar a Nevill para que nos dé las buenas noches?

—¿Está bien que le sacrifiquemos a él? —preguntó Graham.

—No lo haremos, Graham. No vamos a pedirle más de la cuenta.

Hatton acudió a la llamada y condujo a Nevill hasta el interior de la habitación. Había adoptado un aire desaprobador, y no le dio instrucciones al pequeño. Este parecía preocupado y se quedó esperando a saber qué querían de él, antes de regresar a su propio mundo.

—Así que has venido a darnos las buenas noches, ¿eh? —dijo Eleanor.

—Buenas noches, Madre —dijo Nevill dirigiéndose hacia ella a fin de dar lo antes posible este primer paso.

—Ha venido, pero tiene prisa —dijo Regan.

—Buenas noches, Abuela —dijo Nevill, haciendo lo mismo con ella, y dirigiendo luego la mirada al resto de los presentes y hablando más aprisa—. Buenas noches, Luce; buenas noches, Abuelo; buenas noches, Graham; buenas noches, Padre; buenas noches, Daniel.

Se volvió para mirar a Hatton, preguntándole con los ojos si había llegado ya el momento de retirarse.

—Padre no está aquí, mi pequeñín —dijo Eleanor.

—Sí, está aquí —dijo Nevill, en tono ausente—. Ha regresado hoy.

—No, no puede regresar a nuestro lado, hijito.

—Buenas noches, Abuelo —se corrigió Nevill, buscando alguien que pudiera sustituir a Fulbert.

—Qué extraño que haya dicho eso, y nada menos que hoy —dijo Luce.

—Ha oído mencionar muy a menudo a su padre —dijo Regan, a modo de sencilla explicación.

—Esto es todo lo que le queda de su padre —dijo Eleanor, con un suspiro.

—¿Es posible que cuando las personas aceptan la muerte de alguien, se asombren luego de los resultados que produce? —preguntó Graham.

—Bien, ¿qué has estado haciendo arriba? —le dijo Eleanor a Nevill.

—Nevill ha jugado con los soldados. Y Gavin también.

—¿Habéis jugado juntos?

—No. Nevill jugaba solo.

—¿Y qué hacían los soldados?

—Enterraban a un general —dijo Nevill, adoptando un tono más grave—. Enterraban a un soldado como Padre. Tocaban los tambores y hacían ruidos como los de los truenos.

Hubo una pausa.

—¿Cómo se le ha ocurrido una cosa así? —preguntó Eleanor, dirigiéndose a Hatton.

—No lo sé, señora. Jamás conseguimos saber cómo se les ocurren las ideas.

—Se le ha ocurrido a Nevill —dijo el pequeño, con un orgullo que ofrecía protección a su hermano.

—¿También Gavin estaba jugando? —inquirió Eleanor, repentinamente.

—No —dijo su hermano—. Gavin jugaba solo.

—¿Y Honor?

—No, la pobre Honor estaba sentada en una silla.

—¿Y James, tampoco jugaba?

—Oh, no —dijo Nevill en tono virtuoso—. Nevill no habla con James cuando está leyendo.

—Bien, buenas noches, hijito.

Nevill aceptó esta señal de libertad, pero cuando iba de camino a la puerta se volvió hacia Regan.

—No se oyó ningún tambor —empezó a decir, e hizo una pausa al ver que le fallaba la memoria, y se volvió y salió corriendo de la habitación.

—Me parece bien que de todo esto se derive alguna diversión —dijo Regan.

—No solemos tener presente la distancia que nos separa de los niños —dijo Eleanor.

—Ahora sí la tenemos —dijo Daniel.

—Como mínimo, Madre la tiene —dijo Graham.

—Eso solía decir Padre —dijo Luce.

—¿Qué es lo que solía decir tu padre? —quiso saber Eleanor.

—Que no acostumbrabas a tener presente la distancia que te separa de tus hijos, Madre —dijo Luce, en tono franco y reflexivo—. Lo mismo dices tú de ti misma. Lo que sin duda él te dijo a menudo.

—Ahora tendré que tener muy presente esa distancia. Diría incluso que tendré que ir aceptándola.

—¿Por qué tendrá que ser distinto ahora que antes? —intervino Regan.

—Bueno, porque tendré que interpretar dos papeles.

Regan se quedó en silencio.

—Di lo que estás pensando, Abuela —dijo Luce—. No es justo que te lo guardes para ti.

—Si además de ser nosotros mismos pudiéramos ser también otras personas, no importaría lo que nos ocurriese a nosotros.

Por otro lado, sufrir una pérdida no nos proporciona nuevas cualidades.

—Supongo que los días irán pasando —dijo Eleanor, como si hablara consigo misma.

—No parece que éste vaya a hacerlo —dijo Graham.

—¿No sería mejor que durante un tiempo estuviéramos separados? —preguntó Daniel.

—¿Por qué tendría que serlo? —inquirió Eleanor, cambiando la expresión de sus ojos.

—Porque de ese modo no tendríamos que cargar con el dolor de los otros, además de cargar con el nuestro.

—Me gusta cargar con el tuyo. No querría que se alejase ni por un instante de mis pensamientos. Vosotros en cambio podríais olvidaros del mío, ¿no?

—Si no estuviéramos juntos, habría más probabilidades de que ocurriese. Tendremos que aprender a no herir nuestros propios sentimientos.

—Bien, me iré a mi habitación y así te daré un descanso —dijo Eleanor.

—Y podrás también tener un respiro al no vernos, Madre —dijo Luce.

—Podéis expresarlo como queráis, si lo que pretendéis es engañaros a vosotros mismos. A mí no podréis engañarme.

Luce se quedó quieta, con la mirada baja, mientras su madre abandonaba la habitación.

—Así tiene que ser —dijo la joven alzando la vista—. No sirve de nada disimularlo.

—Hubiésemos podido posponerlo —dijo Graham, con cara de preocupación.

—De nada hubiera servido, Graham. Hay que hacer frente a los pequeños y sutiles sufrimientos que acompañan al dolor. Y no creo que sean su parte menos grave.

—Deberían serlo, me parece —dijo Graham.

—Id con vuestra madre —dijo Sir Jesse, sin miramientos, dirigiéndose a sus nietos—. ¿Qué importan vuestros sufrimientos personales, dado que sólo os afectan a vosotros? Id y haced todo cuanto podáis por aliviar su carga, que es mucho más pesada que la vuestra. ¿Qué otra cosa podríais hacer? ¿Para qué creéis que servís en esta casa?

Sus nietos abandonaron la habitación. Daniel con una expresión de docilidad casi divertida, Graham con cara de alivio, y Luce con aire de resignarse a servir de apoyo a los demás. Regan les miró partir compasivamente.

—¿No les querías para nada, no? —dijo Sir Jesse, en un tono que pretendía ser una excusa parcial.

—No quiero nada de lo que los otros puedan darme; me bastaría con tener a mis tres hijos.

Una expresión casi humilde se esbozó en el rostro del marido.

—Los hombres sentís las cosas de otro modo —dijo Regan—. La familia no es para vosotros más que parte de la vida.

—Hubiera dado los años que me quedan de la mía por salvar a mi hijo.

—¿Y por qué ibas a hacerlo? —preguntó Regan—. Son lo único que te queda. Él tenía mucho más que perder que tú.

Entraron una nota dirigida a Eleanor, y la dejaron para ella sobre una mesa.

—Es de Ridley —dijo Regan, mirando el sobre—. Ahora estará cruzándose constantemente en nuestro paso.

—No había más remedio que hacerlo así. Cabía la posibilidad de que yo que no viviera. No podíamos predecir el futuro.

—Fulbert supo prever los riesgos.

—Parece que sí.

—¿Qué querrá decirle Ridley a Eleanor? Se ha pasado con ella la mitad del día.

—Es imposible leer a través del sobre —dijo Sir Jesse.

Regan tomó la carta, como si estuviera dispuesta a probar a hacerlo.

—Tengo ganas de abrirlo.

—Ya lo veo. Pero, ¿no deberías cambiar de idea? —dijo Sir Jesse, con una sonrisa que sugería que tanto él como su esposa se encontraban en plena juventud.

—Si Ridley me escribiera una carta a mí, no me importaría que Eleanor la leyera.

—Pero te sorprendería que lo hiciese. Y sabes que no lo haría.

—En cierto sentido debe de ser un mensaje dirigido a todos nosotros.

—En tal caso, ya nos comunicarán lo esencial de la nota. Quizá es para comunicarle que mañana no podrá venir.

—Estoy segura de que no es para eso. Probablemente sea referente a todos esos trámites tan engorrosos.

—Parece que no tienes necesidad de abrirlo. Y da la sensación de que si lo hicieras crearías una situación violenta. Ridley tiene que hablar con ella de los asuntos de Fulbert. No son gran cosa, debido a que yo sigo con vida, pero ella los desconoce por completo.

—Menos mal que Fulbert vivió el tiempo suficiente para formar una familia —dijo Regan, que de nuevo estaba a punto de perder el control de sí misma—. De otro modo, tenerle a él nos hubiera servido de tan poco como tener a los otros.

—Nos quedan nuestros recuerdos —dijo su esposo.

—Sí, puedes sumarlos a su familia.

Eleanor entró en la habitación y echó una ojeada en busca del sobre.

—Me han dicho que había llegado una nota para mí.

—Hubiesen debido llevártela —dijo Sir Jesse, que aparentemente se alegraba de cambiar de tema.

—Luce y los chicos estaban conmigo —dijo Eleanor, como sí tratara de compensar así la última impresión causada por sus hijos—. Los criados han debido de imaginar que no queríamos que nos estorbara nadie.

Regan miró a Sir Jesse a los ojos, pero los de éste no le dijeron nada.

Eleanor abrió la carta, se sentó y la leyó.

«Querida Eleanor:

No podía permitir que acabara este día sin expresarte lo que no he sido capaz de decirte cara a cara: la profunda admiración que siento por tu desinteresada resolución y valentía. Muchas cosas dependerán de tu fuerza y tu prudencia, y trabajar contigo será un privilegio cada vez mayor.

Con toda mi simpatía y gratitud.

RIDLEY CRANMER».

—¿Te tutea Ridley ahora? —preguntó Regan, comentando la única parte de la carta que había visto.

—En la carta lo hace. Yo siempre le tuteo.

—Es mucho más joven que tú.

—Unos cinco años solamente.

—¿Hay algún mensaje para el resto de la familia?

—No. Es una breve referencia al trabajo que tendremos que hacer él y yo.

—¿Y no podía esperar a mañana?

—Imagino que hay cosas que es mejor decir por escrito —dijo Eleanor, dirigiéndose a la puerta con la carta.

—Bueno, no había espacio para gran cosa más —dijo Regan—. Apenas si he podido ver la primera cara. No sé por qué se la ha guardado para sí.

—Yo no diría que lo haya hecho —dijo Sir Jesse.

CAPÍTULO IX

—Hoy no me esperabais —dijo Sir Jesse, entrando en la casita de los Marlowe.

—No —dijo Lester—, pues de lo contrario hubiese usted podido hablar con Priscilla a solas.

—Me alegro de haberos encontrado a todos. Debería sentirme feliz de tener tan buenos amigos. Ahora ya no me quedan hijos.

Hubo una pausa.

—Su hijo vivió una vida feliz —dijo Susan.

—¿Te parece que eso es motivo suficiente para perderlo? Es una frase que suele decirse como si lo fuera.

—Tenemos que encontrar motivos —dijo Priscilla—. Que no los hubiera resultaría insoportable. Cuando una persona ha llevado una vida triste, acostumbramos a decir que la muerte ha sido una liberación. Lo hacemos para impedir que todo parezca no obedecer a plan alguno.

—Es una imprudencia criticar a uno de vosotros en presencia de los demás.

—Y nosotros no desperdiciamos esa cualidad criticándonos los unos a los otros a la cara, tal como suele hacerse —dijo Priscilla.

—No llegasteis prácticamente a conocer a mi hijo.

—Le vimos unas cuantas veces.

—A vosotros os hubiese gustado conocerle mejor, y a él le hubiera gustado conoceros a vosotros.

—No llegamos a enterarnos —dijo Lester, con expresión de sorpresa.

—Hicimos todo lo posible por conocerle todo lo que usted deseaba que le conociésemos —dijo Priscilla.

—Ojalá me hubiese muerto yo en lugar de él —dijo Sir Jesse.

—¿Por qué suele desearse una cosa así? —preguntó Priscilla—. Se podría desear que no muriese nadie.

—Me hubiese gustado haberos visto a todos juntos. Creo que no

llegué a hacerlo.

—No habría sido difícil organizarlo. En realidad no debió de desearlo mucho.

—Le quedan a usted los hijos de su hijo —dijo Susan.

—Susan le ofrece el consuelo convencional —dijo Priscilla—. Pero, ¿acaso puede ofrecerse otro? Lo que le ocurre es que no le gusta no ofrecer ninguna clase de consuelo.

—No lo hay —dijo Sir Jesse.

—Eso la coloca en una situación difícil.

—Os tomáis mis problemas a la ligera.

—No tenemos la suficiente confianza como para verlos de cerca —dijo Lester, inmediatamente.

—No es gran cosa lo que he hecho por vosotros. Hubieseis podido pedirme mucho más.

—No esperábamos nada —dijo Priscilla—, y de ahí que nos haya encantado recibirlo.

—Eres una joven muy generosa. Y no te falta conocimiento de la vida.

—Siendo así, tenemos algunas cosas en común.

—Pudiera ser —dijo Sir Jesse, mirando el fuego—. Pudiera ser.

—Me gustaría que no se empeñase en mirar el fuego —dijo Priscilla, haciendo un aparte con los ojos—. Dicen que suelen verse caras en las llamas, pero me temo que él no verá más que la leña.

—Vosotros no me teméis —dijo Sir Jesse—. Podríais pedirme todo lo que quisierais.

—¿Significa eso que está enterado de que la cogemos sin pedírsela? —preguntó Priscilla.

—No necesitamos nada más —dijo Lester.

Sir Jesse le dirigió una mirada casi amable, que parecía establecer cierta comparación.

—No veis apenas a los miembros de mi familia, ¿verdad?

—A veces vienen a vemos Daniel y Graham.

—¿Y no viene también Luce? —preguntó Sir Jesse, utilizando su entonación repentinamente más severa.

—No. Ella no viene nunca —dijo Lester, limitándose a confirmarlo.

—¿Por qué somos unos parias? —intervino Susan, mirando a Sir Jesse a los ojos.

—Eres tú quien utiliza esa palabra —dijo este último.

—Y usted, aunque no la utilice, también la acepta —dijo Priscilla —. Y nosotros no tenemos derecho a objetar. No sabemos nada de nosotros mismos, excepto que usted conoció a nuestros padres.

—Esa es la razón por la que me he preocupado por vosotros.

—Esa fue para nosotros una amistad afortunada.

—No me corresponde a mí decirlo.

—No he tenido más remedio que opinar así —dijo Priscilla.

—Debo irme —dijo Sir Jesse—. Me alegro de haber venido a veros. Espero que no me critiquéis demasiado. Siempre he pensado en vuestro bienestar.

Salió de la casa cabizbajo, como si confiase en no ser visto por aquellos a quienes él no viera, y alzó la cabeza en cuanto llegó a otro camino.

—¿Qué hubiese hecho él, si no nos hubiéramos mostrado agradecidos por la atención que ha dedicado a nuestras necesidades más perentorias? —preguntó Susan.

—Él sabía perfectamente hasta donde quería llegar —dijo Lester.

—Y sabe por qué razón las personas no suelen simpatizar con su benefactor —dijo Priscilla—. Eso es debido a que los que son ayudados esperan que se les permita compartir a partes iguales la riqueza del que les ayuda, cosa que no suele suceder, naturalmente. Es por esto que él imagina que le tenemos antipatía.

—¿No vamos a saber jamás nuestra historia? —preguntó su hermano.

—Creo que hoy ha quedado confirmado —dijo Susan—. Ha habido algo que le ha hecho llegar todo lo lejos que quería llegar. Quizá sea mejor así.

—Y eso nos proporciona cierto sentimiento de seguridad —dijo Priscilla—. Yo diría que no seríamos capaces de soportar el conocimiento de los hechos. Quizá no podríamos perdonar a Madre.

La criada entró en la salita.

—Señorita, Sir Jesse ha hablado hoy conmigo. Es la primera vez que lo hacía. Me ha dicho que confiaba en que les estuviese cuidando muy bien a todos ustedes.

—¿Por qué le ha entrado de repente la manía de romper todas sus costumbres? —quiso saber Susan.

—Su hijo ha roto, al morir, una de ellas —dijo Priscilla—, y una vez que había empezado, no ha podido detenerse.

—¿Cómo tendremos que comportamos cuando muera Sir Jesse? —dijo Lester—. ¿Tendremos que ir al funeral?

—Tendrás que ir tú en representación de todos nosotros —dijo Susan.

—¡Menos mal que Susan está enterada de estas cosas! —exclamó Priscilla—. Yo no hubiera sido capaz de contestar a esa pregunta.

—Confío en que nos deje lo mismo que ahora nos da —dijo Lester, con ansiedad—. Seguro que sabe que si no lo hiciera nos crearía graves problemas.

—Es maravilloso que haya gente capaz de preocuparse por lo que va a ser de los demás después de su muerte —dijo Priscilla—. Yo siempre he pensado que no se puede esperar tanto.

—La gente suele pensar que sí —dijo Susan.

—Y nosotros no deberíamos hablar de los otros como si estuvieran a punto de morir, por el simple hecho de que sean viejos.

—No me parece una especulación infundada —dijo gravemente Lester.

—Pero sí demasiado vulgar para nosotros —dijo Priscilla—. Hemos intentado crear nuestra propia visión de las cosas, y debemos tratar de evitar que se nos eche a perder por simple descuido.

—No suena como si fuese una actitud natural —dijo Susan.

—Cierto, pero a menudo las cosas tienen que deberle tanto al arte como a la naturaleza. Eso es lo que suele ocurrir con las mejores, en mi opinión.

—¿Qué actitud tiene Sir Jesse en relación con nosotros, de respeto o de menosprecio? —preguntó Lester.

—No es imposible que coincidan ambas cosas —dijo Susan.

—Uno de los dos sentimientos tiene que dominar —dijo su hermana—. Y aunque, teniendo en cuenta la ayuda que nos da, pueda parecer extraordinario, creo que en su caso el dominante es el de respeto.

—Siente un gran afecto por ti —dijo Lester.

—No en vano he hecho grandes esfuerzos por conseguirlo. Suele decirse que el esfuerzo consciente no es el mejor modo de granjearse el aprecio, pero a mí me parece un método bastante bueno, y también el único, en ocasiones.

—No debemos limitarnos a considerar cuáles puedan ser los mejores métodos —dijo Susan—. ¿Para qué servirían los demás? Y pueden resultarnos muy útiles.

—Ya hemos recibido la visita de Sir Jesse —dijo Lester—. No volverá por aquí hasta dentro de varios meses.

—Esta era una visita especial, motivada por la muerte de su hijo —dijo Susan.

—No es necesario que tú le veas cuando viene —dijo Priscilla.

—Su visita nos produce una gran tensión —dijo Lester—. Sabemos que estamos en sus manos.

—Veo que, aunque yo creyese que os había quitado ese peso de

encima, de hecho habéis padecido bastante. Pero Sir Jesse no está resentido contra nosotros porque estemos vivos cuando su hijo ha muerto. Da la sensación de que crea que le ha quedado todavía algo: nosotros. O nos ama más de lo que nos merecemos, o su dolor ha hecho que se nos acerque más. Es extraño comprobar que estas cosas ocurren de verdad.

—Especialmente entre Sir Jesse y nosotros —dijo Lester.

—¿Le dolería la muerte de alguno de nosotros? —quiso saber Susan.

—Quería facilitamos las cosas —dijo su hermana—. Las personas suelen pensar que ojalá hubiesen sido capaces de ayudar más a aquellos que ya no pueden ser ayudados. Si lo desearan antes de ese momento, tendrían que cambiar de actitud. Es fácil comprender por qué suele aplazarse.

—Nosotros no tendremos que arrepentimos de no haber ayudado a Sir Jesse —dijo Lester, meditabundo.

—¿Creéis que nos revelaría quiénes son nuestros padres en caso de que alguno de nosotros se casara? —preguntó Susan.

—Yo no podría mantener a una esposa —dijo Lester, sobresaltado.

—Si no podemos averiguarlo por métodos menos drásticos, tendremos que abandonar toda esperanza —dijo Priscilla.

—¡Si esa fotografía pudiese hablar! —dijo Susan—. Sir Jesse no la mira nunca. Para él carece de interés.

—Hace todo lo posible por no mirarla —dijo Lester.

—¿Por qué suele suponerse que las cosas inanimadas son tan comunicativas? —preguntó Priscilla—. Podría ser que la fotografía no nos dijera nada. Y podría estar del lado de Sir Jesse.

—¡Y pensar en todo lo que podríamos contarle nosotros a la fotografía! —exclamó Susan.

—Bueno, tampoco sería tanto —dijo Lester.

—No hay mucho que contar —dijo Priscilla—. Eso es lo que averiguarían las fotografías.

—Mr. Ridley Cranmer —dijo Mrs. Morris desde el umbral.

—Da gusto venir a veros —dijo Ridley, haciendo una pausa una vez en el interior de la salita, como si sus dimensiones impidieran dar un solo paso—. Siempre podemos confiar en que os encontraremos en casa. Para un hombre ocupado, no siempre resulta fácil concertar una cita.

—Me pregunto si a Madre le gustaría saber que somos así —dijo Priscilla.

—Veo que seguís comprobando que la fotografía de vuestra madre

añade un interés más a vuestras vidas —dijo Ridley, mirando la repisa de la chimenea—. Comprendo que os sugiera muchas imágenes del pasado. Y me extraña que Sir Jesse no os la diese antes.

—La encontró por casualidad —dijo Susan.

—¿Sí? —dijo Ridley—. Tengo entendido que esta tarde Sir Jesse ha venido a veros.

—Cierto. Acaba de irse.

—Le vi alejándose de la casa.

—Entonces, no lo pondrás en duda —dijo Priscilla.

—¿Os honra frecuentemente con sus visitas?

—No. Rarísimas veces —dijo Susan.

—Es triste pensar que ahora se ha convertido en un hombre sin hijos.

—Eso es lo que ha dicho de sí mismo —dijo Lester.

—¿Ah sí? —dijo Ridley, interesado.

—¿Te parece que es curioso que lo haya dicho?

—Me cuesta muchísimo imaginarme a nuestro amigo Sir Jesse hablando de una cosa tan íntima.

—La noticia ya se había filtrado —dijo Priscilla.

Ridley echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas.

—Ojalá hubiese podido utilizar este mismo procedimiento para hacérsela llegar a la familia. Pero recayó sobre mí el deber de revelársela a través de un método mucho menos fácil: de palabra. —La última frase fue pronunciada en un tono mucho más grave.

—Ese hubiera sido un momento difícil para cualquiera —dijo Susan.

—Pero he obtenido una compensación siendo testigo de la valentía y la resolución que han mostrado todos ellos —prosiguió Ridley—, y sobre todo por el principal personaje de la escena, Eleanor Sullivan. Ella sí que ha estado excelsa. Negándose a ceder a los sentimientos personales, negándose a pensar en sí misma. Avanzando firme y serenamente hacia el futuro. Ha sido impresionante.

—Su vida va a ser difícil —dijo Lester.

—Insoportablemente difícil diría yo, Lester —dijo Ridley, mostrándose de repente emocionado—. Creo que habría que hacer algo por aliviar una carga tan pesada.

—Tiene tres hijos mayores.

—Y el mundo les relega a su posición, señala cuánto y cuán poco pueden hacer. Para ella son sus hijos. Nada podría hacerles descender de esa altura; nada puede aumentar su importancia. Nada altera la profunda, esencial y limitada relación.

—También tiene a los padres de su esposo.

—Yo más bien diría, Lester, que ellos la tienen a ella.

—De modo que así es cómo siente Madre nuestra presencia —dijo Priscilla—. Casi siento la tentación de retirarla de la repisa.

—Déjala donde está —dijo Ridley, con una actitud bastante dramática, y volviendo a mirar la fotografía—. Nada estaba más lejos de mi intención que subvalorar esa relación. Es vuestra madre. Vosotros lleváis huellas de su lineamento. Ahí está en el lugar que le corresponde.

—Dice la gente que nos parecemos a ella —dijo Susan.

—A eso se refería Ridley —dijo Priscilla.

—Ahora tendré que dejaros —dijo Ridley, sin haber oído aparentemente las últimas palabras, e incapaz quizá de oírlas debido a la intensidad de sus sentimientos—. Mis deberes me reclaman. Y en estos días tan tristes no han hecho más que aumentar. Pasaba por aquí, simplemente.

—¿Por qué suele la gente dar esta razón para justificar sus visitas? —dijo Susan—. Es imposible que se estén presentando continuamente en casa de todos los conocidos que les pillan de paso.

—Se limitan a insinuar indirectamente que no se tomarían ninguna molestia para hacer esa visita —dijo Priscilla—. Quieren dar la impresión de que no tenían muchas ganas de visitarte. Y en realidad dan la de que sentían tantos deseos de hacer esa visita, que se sienten avergonzados de la intensidad de su sentimiento. Sir Jesse ha venido porque quería venir. Nosotros sólo haremos visitas si nos ocurre esto último.

—No es propio de Ridley que visite solo a personas carentes de posición y de familia.

—También él tenía motivos para querer venir.

CAPÍTULO X

—Bien, muchacho, tengo que solicitar tu ayuda —dijo Ridley, entrando en el vestíbulo de casa de los Sullivan—. He venido a charlar un momento con tu abuelo.

—No sé dónde está —dijo Gavin.

—¿Podrías hacerme el favor de enterarte?

—Nosotros no solemos preguntar por él.

—Abuelo está en la biblioteca —dijo Honor, acercándose—. ¿No podría usted mismo ir a verle allí?

—¿Y desafiar al león en su guarida?

—Abuelo es un león grande —dijo Nevill, deteniéndose junto al grupo—. A veces ruge muy fuerte.

—A veces —dijo Honor, haciendo una mueca madura, y mirando de soslayo para comprobar si Ridley se había fijado.

—¿Jugáis a menudo en el vestíbulo? —dijo este último.

—Sólo cuando llueve —dijo Gavin.

—¿Queréis que juegue a leones con vosotros? —preguntó Ridley, mirando la piel que había en el suelo, y aparentemente animado por la repentina idea de utilizarla para conseguir su propósito.

—Sí —dijeron Honor y Gavin.

Nevill giró sobre sus talones y empezó a trepar afanosamente por la escalera, y se detuvo a una altura segura para contemplar la escena, de cuyo éxito no le cabía la menor duda. Ridley se echó la piel sobre la cabeza y corrió en diferentes direcciones, emitiendo ruidos amenazadores y haciendo que Honor y Gavin saltaran a los lados con risas y gritos de alegría. Nevill contempló las carreras con los ojos luminosos y dilatados, y, cuando Ridley corrió hacia él, huyó escaleras arriba soltando penetrantes chillidos. Hatton descendió reconviniendo a los niños, y Miss Mitford se presentó muy alarmada por no haber sabido distinguir lo que había de terror real y de terror disfrutado en la voz de Nevill. Regan avanzó movida del mismo ánimo que Hatton, y dirigió una sonrisa a Ridley, en un raro rasgo de benevolencia.

—Me declaro culpable. Lady Sullivan —dijo este último, con los brazos abiertos y la alfombra sostenida en uno de ellos—. Me ha pillado con las manos en la masa.

—Veo que os habéis divertido —les dijo Regan a los niños.

—Ahora ya se ha acabado —dijo Gavin.

—Y lamento decir que no nos están animando a continuar —dijo Ridley.

—Que Abuela se esconda detrás de la escalera —sugirió Gavin.

—Nevill matará al león —gritó Nevill, bajando tentativamente algunos peldaños—. No dejará que se coma a la pobre Abuela. Nevill lo matará bien muerto.

—Ya está. Muerto. Y lo has matado tú —dijo Ridley, dejando caer la piel al suelo.

—Está muerto del todo —dijo Nevill, lamentándolo, descendiendo el resto de la escalera y acercándose a tocar cautelosamente la piel con el pie, para después pisarla tranquilamente—. Pero Nevill hará que vuelva a vivir.

—Ya estaba muerto antes —dijo Gavin.

—Pero hubo un tiempo en el que estaba vivo. Vivía en un bosque y rugía de verdad.

—En una selva —dijo Honor.

—Una selva —dijo Nevill, con reverencia.

—No es un león, es una leona —dijo Gavin—. No tiene melena.

—En realidad es un tigre —dijo Honor.

—¿Cuál de los dos es más fiero? —quiso saber Nevill.

—El tigre —dijo su hermana.

—Entonces es un tigre, un tigre muy grande. No. Es un león. Los leones son más fieros.

—He caído en desgracia. Lady Sullivan —dijo Ridley—. Lo sé. Y hoy hubiese debido evitarlo a toda costa. He venido a solicitarle un favor.

—Nevill es un león —dijo el pequeño, metiendo la cabeza debajo de la piel y cargando con todas sus fuerzas contra Ridley.

—Ojalá pudiera yo decir lo mismo de mí —dijo Ridley, repeliendo amablemente el ataque—. Carezco del arrojo del león. He venido a pedir que me reciba su esposo, pero mi atención se ha visto desviada por estos presuntos habitantes de la selva. Y me parece que les he ayudado a convertir en realidad su ambición.

—Parece que no haya nada más fácil que desviar tu atención —dijo Regan.

—Mi recado era tan importante para mí, que he acabado

aplazándolo por no incurrir en el riesgo que supone.

—¿Y cuánto tiempo pretendes seguir en esa actitud?

—Ahora mismo cambiaré, si usted me ayuda.

Regan le miró silenciosamente a los ojos, negándose a aceptar su insinuación, y de repente dio medio vuelta y salió del vestíbulo precediendo a Ridley.

—El pobre Mr. Ridley tiene que ir a ver a Abuelo —dijo.

Nevill, con la preocupación asomándole a los ojos.

—Él quiere verle —dijo Gavin.

—No. Ha dicho que no le apetecía.

—Ha dicho que sí.

—El ambiente está cargado de insinuaciones —dijo Honor, sosteniéndose en una pierna y balanceando la otra—. Hatton y Mullet hablan con palabra preñada.

—¿Qué? —preguntó Gavin.

—Hatton es gorda y grande —dijo Nevill—. Aunque no tanto como Mullet. Pero bastante gorda y grande.

—Se acerca una nube del tamaño de la mano de un hombre —dijo Honor.

—¿Por qué hablas tanto y no dices nada? —comentó Gavin—. Para hablar así es mejor callarse.

—Hay un momento apropiado para cada cosa —dijo su hermana.

—¿Quién te crees que eres? —dijo Gavin, y puso fin a la conversación.

El grupo del aula bajó por la escalera. James tomó asiento en el último peldaño y abrió un libro; Isabel se apoyó en la barandilla; Venice fue hasta donde se encontraba Nevill, dispuesta a entretenerle.

—¿Por qué habéis bajado todos?

—Como no hacemos ejercicio, tenemos que jugar en el vestíbulo —dijo James, elevando un poco la vista.

Isabel dejó caer la cabeza sobre sus brazos, excusándose a sí misma de la obligación enunciada.

—Últimamente la atmósfera está muy cargada —dijo.

—Cierto —dijo Honor, asintiendo con la cabeza.

—Nevill juega a leones como Mr. Ridley —dijo Nevill, metiéndose debajo de la piel.

—Ah, así que el ruido era por eso —dijo Isabel.

—Parecía que alguien se hubiese hecho daño —dijo James, como sin darle importancia.

—Eran los gritos de esos condenados —dijo Honor.

—No permitáis que hable así —dijo Gavin, muy desdichado.

—Se aproximan las rompientes —dijo Honor.

Gavin se fue hasta donde estaba ella, y le dio una patada.

—Gavin, me parece una falta de educación —dijo Venice—. Y además, no deberías nunca darles patadas a las niñas.

—¿Qué quieres, que se las dé a Nevill?

—No —dijo Nevill, arrojándose en brazos de Venice.

—Nunca debes usar la fuerza con las chicas, ni con chicos más pequeños que tú.

—Entonces, puedo usarla con James.

Honor se acercó a Gavin y le devolvió la patada. Él se limitó a frotarse la pierna, y reanudaron sus relaciones normales.

—No querían hacerse daño —dijo Nevill, retirando la mirada después de haberles estudiado detenidamente.

Procedentes de la biblioteca, llegaron Sir Jesse, Regan y Ridley, que no interrumpieron su conversación, ni se fijaron en los niños, los cuales no hicieron nada porque se fijaran en ellos.

—Siempre le estaré agradecido, Sir Jesse, por la hospitalidad de su casa.

—No te han traído tus propios asuntos.

—Pero le he confesado que a medida que avanzaba el tiempo he empezado a hacerlo por motivos personales. ¿Cuántos meses han transcurrido desde la muerte de su hijo?

—Nosotros lo recordamos —dijo Regan—. Y no hace ninguna falta decírselo a quien no lo recuerda.

—No he olvidado todo lo que debemos a la memoria de un hombre que fue amigo mío.

—Él depositó su confianza en esa amistad —dijo Sir Jesse, con acentos muy graves.

—Y me he hecho merecedor de ella hasta el límite de mi capacidad —dijo Ridley, adoptando de repente un tono más firme—. Y si han surgido unos sentimientos capaces de derribar lo que sólo era un simple sentido del deber, ha ocurrido sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo, ni como hombre ni como amigo. Me he visto arrastrado por los sentimientos de la virilidad. Lamento profundamente que mis palabras puedan parecer crueles; no sé decirlo con otras.

—Pero, ¿por qué lo son? —dijo Sir Jesse—. Las cosas no suelen ser así, por el hecho de que sean simples. No necesitan componendas.

—Eleanor era la esposa de su hijo. Y es la madre de sus nietos. He venido a hablar con usted y con su esposa porque son ustedes quienes ocupan la posición de padres en relación con ella. Creo que no he cometido ninguna falta.

—Eleanor no tiene familia desde que la conocimos —dijo Regan—. Nadie puede reclamar sus medios, ni los de su familia.

—Todavía no hemos empezado a discutir ese asunto.

—Los hechos no exigen disensión. Estoy seguro de que lo sabes perfectamente.

—Tú viniste aquí para hacerle un favor a nuestro hijo —dijo Sir Jesse—. Nosotros siempre creímos que estabas en esta casa porque querías servir sus intereses. Pero no entraré a tratar de cuáles puedan ser nuestros propios sentimientos. Estoy dispuesto a darte la enhorabuena. No deseo que caiga sobre ti ningún mal. He estado ciego. No he fijado mi vista en tu vida, sino en la mía.

—Me alegro de que ya haya pasado la última media hora —dijo Ridley, hablando como si las palabras de Sir Jesse hubieran sido menos serias de lo que eran—. Me he sentido como un colegial que tiene que confesar una cosa que no resulta fácil decir.

—No es corriente que los colegiales tengan que confesar cosas como ésta —dijo Regan.

Ridley se puso a reír, como si quisiera ganarse el favor de Regan mostrándole que comprendía sus palabras.

—¿Qué te parece la idea de tener nueve hijastros? —preguntó ella.

—Espero no olvidar jamás que son nietos suyos.

—No importaría que te ocurriese eso, porque a ellos no les pasará.

—Sospecho que no, ciertamente —dijo Ridley—. Y yo sería el último que les recomendaría que lo olvidasen. Y no porque crea que ellos sufrirían la mayor pérdida. Lo cual me permite pedirles su permiso para ir a recoger a la persona que más lo sentiría.

Eleanor estaba con sus tres hijos mayores en su estudio, y salió con ellos.

—Bien, querida, vamos a perderte —dijo Sir Jesse—. ¿Cuánto perderemos, además de ti?

—Ya sabía yo que ésta sería la cuestión —dijo Eleanor.

—Nosotros tenemos nuestras vidas —dijo Regan—. Vosotros habéis concentrado vuestros pensamientos en las vuestras.

—Ellos creen que las tenemos —dijo Sir Jesse—. Pero nosotros hemos de enfrentarnos a los días que nos quedan. Tenemos derecho a preguntar qué van a dejarnos.

—Hay muchas cosas que habrá que discutir —dijo Eleanor.

—Que ya se han discutido —dijo Sir Jesse—. Empecemos por donde lo dejasteis. Ahí es donde intervenimos nosotros.

—Hemos pensado varias posibilidades y las hemos descartado.

—¿No hay ninguna que no hayáis descartado?

—La que nos ha parecido mejor —dijo Eleanor, con franca y fría simplicidad— es que Ridley y yo tengamos una casa en el pueblo, y que dejemos a los niños con sus abuelos, en el buen entendido de que yo tendré acceso diario a ellos. Nosotros no hubiéramos podido permitirnos hacer por ellos lo que hacen sus abuelos, y para los chicos no hay nada mejor que vivir bajo la dirección de un hombre que tiene su misma sangre. Yo seguiré contribuyendo a sus gastos en la misma medida en que he venido haciéndolo hasta ahora. Esto parece servir los intereses de todos nosotros.

Regan inspiró profundamente y rompió a llorar.

—Sir Jesse —dijo Ridley, evitando mirar a la esposa de éste—, me gustaría decir que cumpliré mi papel en el nuevo orden con todo mi entusiasmo; y que contribuiré sinceramente al bienestar de aquellos con los que tendré una relación semi-paternal. Si el esfuerzo honesto sirve de algo… —Se interrumpió al ver el rostro de Regan.

—Nunca inútil —dijo Sir Jesse.

—No sé qué opinarán ellos —dijo Regan.

—Estamos todos aquí, Abuela —dijo Luce, en voz baja y clara.

—Nuestros mayores no tardarán mucho en notar estos nueve pares de ojos —dijo Daniel.

—Lo lógico es que hayan tenido la sensación de que alguien les estaba mirando —dijo su hermano.

—Lady Sullivan —dijo Ridley—, sea lo que sea, yo no quiero oírlo. Dudo que esté pensado para mis oídos.

—Dinos sinceramente lo que piensas —dijo Regan, mirando de repente a Eleanor.

Luce se adelantó y tomó la mano de su madre.

—Pienso que me he sentido incapaz de sobrellevar sola mi carga. Nunca ha tenido fe en mí como madre. Mis hijos no perderán nada por el hecho de no tenerme en su misma casa. Ojalá ocurriese lo contrario. Y seguiré estando a su servicio. No creo que sirva de nada aplazar un cambio que ya está decidido, y no me preocupa hacerlo tan pronto. Me caso porque desconfío de mí misma, porque me desespera mi soledad y por gratitud a un sentimiento parejo al que yo misma he tenido. No estaba en situación de rechazarlo.

—Te deseamos la mayor felicidad, Eleanor —dijo Sir Jesse—. Haces lo mejor para ti y para los demás, y son muchos los que sólo se preocupan por lo primero.

—Y, dicho esto, ¿les parece que suspendamos por ahora la sesión? —preguntó Ridley, con una sonrisa, y apoyando la mano en el hombro de Eleanor—. Mejor dicho, que la suspendamos definitivamente,

puesto que ya hemos discutido el asunto.

Regan dirigió a Eleanor una mirada tan intensa de desesperada consternación por haber aceptado la caricia de otro, que Sir Jesse dio un paso para interponerse entre las dos.

—Tienes otras cosas que decirles a otros, Eleanor. Con nosotros ya has cumplido.

—Serán las mismas —dijo Eleanor—, pero habrá que decirlas.

—No, Madre querida —dijo Luce—, no creo que haga falta. Ya sabemos todo lo que hay que saber. No necesitamos que nos lo repitas. Soportaremos que te alejes un poquito de nosotros, si eso sirve para que tú puedas seguir tu camino.

—Hija mía, siempre me has facilitado las cosas.

—Y en este caso tú puedes facilitármelas a mí —dijo Ridley.

—No creo que ellos lo estén encontrando muy difícil —dijo Eleanor, mirando a sus hijos.

—No te corresponde a ti ver nuestros problemas, Madre —dijo Daniel—. No te serviría de ninguna ayuda.

—No, Eleanor, no pidas que te los cuenten —dijo Sir Jesse.

—Casi me gustaría estar convencida de que son más graves —dijo Eleanor—. Daniel, ¿tienes algo personal que decirle a tu madre?

—Me gusta todo lo que pueda contribuir a tu felicidad. Y no soy yo el único que piensa así.

—A mí me ocurre lo mismo —dijo Graham, deslizando la mirada hacia Ridley.

—Hijos míos, sois muy amables y justos para conmigo.

—Nevill también; Nevill también —dijo el pequeño, acercándose a su madre.

—No me había fijado, pero parece que estáis todos aquí —dijo Eleanor, volviéndose a ver el resto del vestíbulo.

—Hoy llueve, Madre —dijo Luce—, y has mandado recado de que suspendieran las clases.

—Madre ha pasado por alto a seis de sus nueve hijos —dijo Venice.

—No os he olvidado ni por un instante, hija —dijo Eleanor—. Pero no sabía que hubierais venido al vestíbulo. Quizá esto sea un ejemplo típico de mis relaciones con vosotros.

—En cierto sentido le estamos agradecidos a Ridley —dijo Graham.

—Graham —dijo impulsivamente Ridley—, lo que has dicho me parece infinitamente generoso. Espero no olvidarlo jamás.

—¿Y qué tiene que decirme Isabel? —preguntó Eleanor.

—Simplemente lo que te han dicho los otros. No hemos tenido

tiempo de preparar un discurso. Y de este modo te has librado de una tensa inauguración para tu nueva vida.

—No hubiera sido Madre la que más tensa hubiera estado —dijo Venice.

Ridley miró divertido a Eleanor, adoptando el aire de quien está a punto de compartir la carga que suponía el ingenio y la viveza de los miembros más jóvenes de la familia de ella.

—Bien, James, ¿qué tienes que decirle a tu madre? —dijo Eleanor.

James alzó la vista del libro, sobresaltado.

—¿No estabas escuchando, hijo?

—No —dijo James, casi sin voz—. No debo escuchar las conversaciones de los mayores.

—En general debes seguir cumpliendo esa norma, pero hoy hubieras podido hacer una excepción. Si te hemos permitido dejar de ir al colegio era porque queríamos que escuchases lo que teníamos que comunicarte.

—Si en nuestra familia abundaran más los grandes acontecimientos, James se quedaría completamente desprovisto de formación —dijo Daniel.

—Todo seguiría suponiendo para él un esfuerzo tremendo —dijo Graham—. Él, más que todos los demás, debe de haber comprendido ya que la vida entera es un largo período de formación.

—De modo, hijo, que no te has enterado de lo que estábamos diciendo. Pues bien, va a ocurrir una cosa que hará que mi vida sea más feliz. ¿Adivinas de qué se trata?

—¡Padre no ha muerto! —exclamó James, poniéndose en pie de un salto, y disponiéndose a manifestar su alegría.

—No, no es eso. Sabes que eso es imposible. Pero hay una persona que va a ocupar su lugar, que cuidará de mí en lugar de él. ¿Adivinas quién es?

—¿Mr. Ridley? —preguntó James, en el tono de quien da un paso a sabiendas de que todavía no ha llegado al final.

—Sí, él. Mr. Ridley —dijo Eleanor, mirando más allá de donde estaba su hijo.

—Pero, ¿no hace ya algún tiempo que cuida de ti?

—Cierto, pero ahora vamos a vivir juntos, para que pueda cuidarme mejor incluso. Seguro que te alegrará saber que ya no estaré sola.

—¿Vivirá aquí?

—No. Él y yo tendremos otra casa, muy cerca de ésta.

—¿Y dónde viviremos nosotros? —intervino Venice.

—Aquí, como siempre, con Abuelo y Abuela. Y yo vendré a visitaros todos los días. Me veréis tan a menudo como ahora.

—Pero no estarás aquí por las noches —dijo James.

—Muchos días me quedaré lo suficiente como para daros las buenas noches. No temáis perder a vuestra madre.

—¿Y siempre será así?

—Seguirá siendo así en el futuro previsible.

—¿También nosotros iremos a tu casa? —quiso saber Venice.

—Claro que sí, hija. Siempre que queráis.

—Entonces, todo será igual que ahora.

—Sí, con la única diferencia de que seréis más felices, porque sabréis que yo no voy a estar sola mientras vosotros disfrutáis juntos de vuestro trabajo y vuestras diversiones.

Los niños, al oír que alguien revelaba estas circunstancias de su vida, se quedaron callados.

—Y espero que mi presencia al fondo no sea mal recibida —dijo Ridley.

—Sí. No —dijo James, dando un brinco—. No.

—¿Qué quieres decir, hijo? —preguntó Eleanor.

—Que no estará al fondo —dijo James, en un tono casi inaudible.

—Naturalmente que no. Es muy amable de tu parte haber dicho eso. Y además me ha parecido una muestra de sensibilidad y acierto. Y ahora, mis niñas vendrán a darle un beso a su madre, y le mostrarán que también sus corazones se han alegrado, aunque quizá la timidez les impida manifestarlo.

—También yo podría ser incluido en relación con esto último —dijo Ridley—. Me parece que estoy encontrando señales de que se me acepta en mi nuevo papel.

Isabel y Venice recibieron el abrazo de Ridley. Venice mirando hacia un lado cuando los ojos de él se fijaban en ella. James planeó alrededor, no muy seguro de si iba a ser objeto de un saludo similar, y fue recompensado con un golpecito en el hombro.

—¿En qué estás pensando, Isabel? —dijo Eleanor, sorprendiendo en el rostro de su hija una expresión que quería que ella justificase, o, mejor, desmintiese, antes de que se fuera.

—En nada —dijo Ridley, sonriendo y anticipándose a la respuesta que era de esperar.

—Isabel ya ha superado esa fase. Contéstame, Isabel.

—No está bien que quieras saber lo que piensan los demás. Si fueran pensamientos dignos de ser conocidos, ya los hubiera expresado con palabras.

—¿Piensas a menudo cosas que crees mejor callarte? —inquirió Eleanor.

—No en el sentido que tú lo dices. Aunque si fuera así, no sería de extrañar en una persona que es hija tuya.

Eleanor miró a Isabel a los ojos, y se dirigió hacia los hijos más pequeños. Ridley la siguió, como si no hubiera sido testigo del enfrentamiento. Mullet había llegado con una bandeja y empezaba a servir la comida. Hatton comprendió el significado de la escena que se estaba desarrollando, y dio instrucciones de que los pequeños se quedaran abajo.

—¿Es necesario que toda nuestra vida familiar tenga el vestíbulo por escenario? —intervino Daniel—. Bastaría con instalar aquí las camas, y la cosa sería ya perfecta.

James se llevó el libro a su peldaño, y se sentó encima de él. Por su expresión se hubiese podido decir que estaba entrando en una nueva vida en la que le iba a resultar más fácil seguir haciendo cosas como ésta. Isabel se dirigió a una ventana y se quedó en pie junto a ella, enroscando el cordón de las cortinas en el dedo, y sin fijarse cuando la borla empezó a golpear contra el cristal. James alzó la vista y la desvió hacia ella, para retirarla despreocupadamente en cuanto supo de qué se trataba. También Graham la observó, y su mirada no se liberó tan rápidamente de su objeto. Nevill, sentado en el regazo de Mullet, miró a su madre por encima del borde de un vaso.

—¿Os gusta la comida? —preguntó ella.

—Es la misma de siempre —dijo James.

—Pero es buena, ¿no?

—A Nevill le gusta —dijo el pequeño.

—Bien, ¿qué creéis que hemos venido a comunicaros?

—No permitas que Honor trate de adivinarlo —dijo Gavin, frotando nervioso un pie contra otro.

—Tengo que daros una noticia que está relacionada conmigo. ¿Verdad que no es corriente que os hable de mí misma?

—Lo es desde que murió Padre —dijo Gavin.

—Sí, he estado pensando en mí misma. No había casi nadie más que pudiera hacerlo. ¿Se os ha ocurrido alguna vez pensar que yo estaba sola?

—No lo estás —dijo Honor—. No lo estás más que nosotros. No tenemos a Padre, pero tenemos a otras personas. Y a ti te ocurre lo mismo.

—Pues bien, a partir de ahora tendré a una persona que pensará en mí del modo como lo hacía Padre, y no tendré que pensar que sólo

tengo lo mismo que los otros. ¿Adivinas quién es?

—Es Mr. Ridley —dijo Honor inmediatamente—. Pero ya le tienes ahora.

—Sí, pero ahora voy a tenerle de otro modo. Vamos a pertenecemos el uno al otro.

—¿Vas a casarte con él?

—Sí, hijita.

—La ley no lo permite —dijo Gavin.

—Creo, jovencito, que yo soy mejor juez de esa cuestión —dijo Ridley—. Las leyes son mi profesión.

—Pero no puedes ser el verdadero esposo de Madre.

—Eso es exactamente lo que voy a ser.

—Pues en los países civilizados no está permitido que las mujeres tengan más de un marido. Eso sólo ocurre entre los salvajes. Y allí lo corriente es que sean los hombres quienes tienen varias esposas.

—Hay países en los que se practica la poliandria —dijo Honor.

—¿Y crees que nosotros estamos inaugurando esa costumbre en nuestro país? —preguntó Ridley, sonriendo.

—Dile a tu Madre que deseas que sea muy feliz —susurró Mullet.

—¿Por qué serás más feliz casándote con Mr. Ridley que estando siempre con él como ahora? —quiso saber Honor.

—Qué par de ojos tan observadores, Niñera —dijo Ridley.

—Nosotros no la llamamos Niñera —dijo Gavin.

—Nevill la llama Mullet —dijo Nevill.

—He aquí un personaje que tiene indudable éxito en esta familia —dijo Ridley, señalando a Mullet y dirigiéndose a Eleanor.

—No deberías hablar de ella cuando ella puede oírte —dijo Gavin.

—Me parece que les he trastornado —dijo Eleanor—. No voy a dejarte solo, hijito mío. Vendré a veros todos los días.

—¿No vivirás en casa? —preguntó Honor.

—No, pero viviré en una casa que estará muy cerca de aquí.

—¿Con él? —dijo Gavin, indicando a Ridley con un ademán.

—Sí. Ya se habrá convertido en mi esposo.

—¿Debido a lo que dice la ley?

—¿A qué te refieres, hijo?

—Si es debido a lo que dice la ley que no puede vivir aquí, como Padre.

—La ley no tiene nada que ver con eso. Nos ha parecido que era una buena idea tener una casa para nosotros dos.

—Supongo que es por Abuela —dijo Honor.

—¿Qué quieres decir, hija mía?

—Abuela no permitiría que nadie viniese aquí a ocupar el sitio de Padre.

—¡Qué encantadores son los niños! —le dijo Ridley a Eleanor, con una sonrisa.

—Tú no crees que nadie pueda reemplazar a otra persona, ¿verdad? —le dijo Eleanor a Honor.

Honor alzó la vista y la mantuvo fija en los ojos de su madre.

—Creo que en cierto sentido ella cree que es así —dijo amablemente Ridley.

—Nevill le tendrá a él en lugar de Padre —dijo el pequeño, señalando a Ridley con el mentón.

—Pobrecito mío —dijo Ridley, inclinándose hacia él—. No habrá ningún padre que pueda ocupar su lugar en tu memoria.

—Ahora que estarás en lugar de Padre, Honor ya no volverá a llorar. A Honor no le gusta que Padre se vaya.

—¿Llora? —le preguntó Eleanor a Mullet.

—A veces, cuando se acuesta, señora.

—Debierais habérmelo dicho.

Mullet se abstuvo de decir que Honor rechazó violentamente tal posibilidad.

—A Honor no le gusta que la gente hable de eso —dijo Gavin.

—Me da igual —dijo Honor.

—Bien, ¿qué tal habéis pasado este día de fiesta? —preguntó Eleanor, como si los niños pudieran comprender que había otros aspectos de la vida a tener en cuenta—. Me ha parecido que, ya que yo era feliz, también vosotros teníais que serlo; por eso ordené que hoy no os dieran lecciones.

—Lecciones —dijo Nevill, como si la perspectiva le alegrase mucho, y bajando de un salto del regazo de Mullet.

—No, hoy no va a venir Miss Pilbeam —dijo Ridley.

—Sí vendrá.

—No. Hoy es fiesta.

—Su actitud dice mucho en favor de Miss Pilbeam —dijo Ridley.

—Siempre dice cosas que favorecen a los demás —le dijo Gavin a Honor.

—Hoy no va a venir —dijo Nevill, en un tono entristecido que luego se fue animando—: Pero mañana volverá a venir.

—Nevill aprende mucho —dijo Eleanor.

—C, a, s, a, casa; m, a, s, a, masa —dijo Nevill—, para confirmar esta apreciación.

—Para ser un chico, va muy adelantado. Aunque siempre resulta

difícil saber si un pequeño promete o no —dijo Eleanor, pensando en James y Gavin y aplazando la resolución del problema.

—Y sin embargo los chicos disfrutan de su sexo —dijo Ridley.

—¿Qué? —preguntó Gavin.

—Que les gusta llegar a convertirse en unos hombres —dijo su madre—. ¿Te gustaría ser una mujer cuando fueras mayor?

—Casi preferiría serlo.

—Yo preferiría ser hombre —dijo Honor.

—Nevill será una señora —dijo el pequeño.

—Parece que todos vosotros queréis ser lo que no podéis ser —dijo Eleanor—. Los pequeños están más cerca de sus madres. Los hombres no suelen convivir tanto con ellas.

—Padre sí lo hacía —dijo Honor.

—Cierto, pero piensa un momento en esto. Es cierto que te sentiste muy triste cuando murió Padre, pero te hubieras sentido muchísimo más triste si hubiese muerto yo.

Hubo una pausa.

—No es verdad que se hubiera sentido más triste —dijo Gavin.

—No hubiera podido sentirlo más por la muerte de ninguno de los mayores —dijo Honor, haciendo que Gavin se volviera de medio lado con todo el rostro sonrojado.

—Es evidente que estamos metiéndoles en demasiadas honduras —dijo Ridley.

—Lo entendemos todo perfectamente —dijo Honor.

—Pero se os escapan los sentidos subyacentes —dijo Eleanor, en tono reflexivo, sin darse cuenta de que estaba tratando a su hija de igual a igual.

—¿Hay cosas de esas cuando una mujer se casa por segunda vez?

—Ahora sí que no entiendes nada de nada.

—Finges que no lo entiendo, pero sabes que no es así.

—Naturalmente, los hijos suelen pensar que les perteneces enteramente —dijo Eleanor.

—Nunca nos has pertenecido enteramente —dijo Gavin—. No como Hatton y las personas que sí nos pertenecen. Pero se supone que tú perteneces a Padre.

—Sabes que Padre murió, ¿verdad, hijo? —dijo Eleanor, amablemente desconcertada.

—Ya sabes que lo sé. Si no hubiese muerto no podrías casarte con otro.

—Bueno, bueno, trataremos de mirar hacia el futuro. Es natural que al principio os trastorne. Pero no vais a perderme. Casi no os

enteraréis de que no estoy en casa.

—¿Estarás aquí a la hora del postre? —quiso saber Gavin.

—No siempre, pero vendré siempre que me lo pida Abuela.

—¿Tendrá que pedírtelo?

—No, pero me parece que a veces lo hará.

Nevill alzó la vista con una expresión impresionada.

—Madre no estará aquí. Sólo estarán Abuela y Luce —dijo, mencionando a las otras dos personas encargadas de la supervisión.

—Generalmente sí, pero vendréis a tomar el té a mi casa.

—Honor y Gavin también irán —dijo Nevill, en un tono que garantizaba la buena voluntad de todos.

—¿Y estará él allí? —preguntó Gavin, dirigiendo una mirada a Ridley.

—Sí, naturalmente. Será mi casa y también la suya. La compartiremos.

—La compartirán —dijo Nevill, en un tono de aprobación.

—¿Tendrás más hijos? —quiso saber Gavin.

—No. No lo creo —dijo Eleanor.

—¿Por qué?

—Nadie suele tener más de nueve.

—La reina Ana tuvo dieciocho.

—Sí, pero yo no soy una reina.

—¿Tienen las reinas más hijos que los demás?

—Parece que a veces sí —dijo Eleanor, sonriendo.

—Si tuvieras más, ¿con quién vivirían, contigo o con Abuela? —inquirió Honor.

—Conmigo —dijo Eleanor, obligada a seguir la conversación.

—Y entonces, ¿iría Hatton a tu casa para cuidar de ellos, o se quedaría aquí con nosotros?

—Se quedaría con vosotros. Nunca os faltará.

—Hatton se quedará siempre aquí —dijo Nevill—. No se irá con los otros niños.

—Aquí viene Hatton a buscaros —dijo Mullet, utilizando el tono de quien está resentido porque se ha olvidado su presencia.

—Impulsada sin duda por el instinto —dijo Ridley, sonriendo, y mirando a Eleanor—. Me parece que la ordalía no ha perdido intensidad a medida que disminuía la edad de quienes nos juzgaban.

—Mr. Ridley cuidará siempre de ella, y Padre regresará pronto —dijo Nevill, volviendo la vista hacia su madre por encima de la mano de Hatton.

—¿No es capaz de entenderlo un poco mejor?

—Lo entiende todo, Señora. Y dice todo lo que piensa.

—Padre no regresará nunca, pero Mr. Ridley estará siempre con ella —dijo Nevill, dando inmediatamente una prueba de lo que Hatton había dicho.

—Bien, ahora vais a darme todos un beso, y me diréis que os alegra que vaya a ser más feliz —dijo Eleanor, insinuando con el tono que se sentía más tranquila pensando que su tarea había terminado.

—Yo os pediré lo mismo, ya que la felicitación también me incluye a mí —dijo Ridley—. Y espero convertirme en una visita bien recibida en el cuarto de los niños.

Honor y Gavin cumplieron las órdenes sin entusiasmo, y su hermano pequeño volvió la cabeza una última vez para mirar a los mayores.

—Nevill le dará un beso otro día —prometió el pequeño.

Hatton le dejó trepar el primer tramo de escaleras, y luego le cogió en brazos y lo llevó hasta el cuarto dé jugar, sin que la expresión de Nevill experimentara el menor cambio. Honor y Gavin se sentían un poco violentos al final de la escena, y les siguieron hablando en voz alta. Nevill corrió dos o tres veces por todo el cuarto y se detuvo un momento junto a las rodillas de Hatton, de modo aparentemente casual.

—Hoy Nevill bajará pronto a ver a Abuela. Madre ya no estará.

—Sí estará. Todavía no va a irse. Aún tardará un tiempo en casarse.

Nevill observó la expresión de Hatton, y volvió a correr.

—¡Qué cambio para la familia! —comentó en voz baja Mullet, dirigiéndose a Hatton—. ¿Quién lo habría dicho, el día en que murió el amo?

—Ese no era, desde luego, el momento más adecuado para imaginárselo.

Gavin estalló en una sonora carcajada.

—¿También pasaron cosas de estas en tu familia, Mullet? —dijo Honor.

—Bueno, en cierto sentido quizá sí —dijo Mullet, algo forzadamente.

—Me iré a continuar con mis remiendos —dijo Hatton—. Yo no tengo fiesta como otros.

—¿Y qué fue? —preguntó Honor, después de esperar a que se cerrase la puerta.

—A unos parientes míos les ocurrió algo parecido —dijo Mullet, empezando a doblar ropa, como si se explicara mejor teniendo las

manos ocupadas—. Era una familia de unos primos que vivían en Londres; bueno, una tía y unos primos, pero mi tía era una persona de esas cuya presencia apenas notas, y siempre pienso que en realidad fueron mis primos los castigados por el golpe del destino.

—Y bien, ¿qué fue lo que ocurrió? —dijo Honor.

—Es un poco difícil de explicar —dijo Mullet, con una vacilación natural, pues todavía no sabía exactamente qué era—. No lo supe nunca de primera mano. Fue una de esas cosas rodeadas de sombras por todas partes, de cuyas repercusiones nadie pudo escapar. Bien, tras la aflicción sentida por mi tía al enviudar, siguió un período de calma. Mi tía estaba aún desconsolada, desde luego, pero pudo mantener el curso de su vida. Hasta que finalmente sobrevino el cambio. Apareció en el horizonte el hombre que iba a ser mi tío. —La voz de Mullet adoptó un tono más grave al referirse a su propio destino—. Un hombre alto y de aspecto siniestro, de labios delgados y con una cicatriz que le cruzaba la cara y se retorcía con un dibujo extraño en torno a la boca. Guapo en cierto modo, claro, pero con un encanto siniestro. Y con una presencia que parecía proyectar primitivo hechizo.

—¿Cómo se hizo esa cicatriz? —quiso saber Gavin.

—Nunca lo explicó. Parecía haber una ley no escrita que prohibía que los seres humanos hablasen de ella —dijo Mullet, con una voz más aplomada—. Y ni mi padre ni yo supimos nunca nada sobre su origen. Pero me atrevería a decir que él pensaba que no hubiera estado bien que yo oyese esa historia.

—Entonces, él estaba enterado, ¿no? —dijo Honor.

—Bueno, esas son cosas que suelen correr entre hombres. Y sospecho que él, que era muy astuto, se recelaba algo. A su modo, era un hombre astuto.

—Bien, ¿y qué le ocurrió a la familia?

—En cierto modo, nada; en cierto modo, todo. Esta es la mejor manera de expresarlo.

—Pero, ¿qué fue? —inquirió Honor, que no opinaba lo mismo.

—Aquella casa empezó a respirar una atmósfera extraña, misteriosa. Parecía que nunca se oyeran risas, que el sol no brillara nunca en aquellas habitaciones. Y en lugar de aquellos niños felices, acostumbrados a gritar y jugar en el enorme vestíbulo de alto techo, no se veía más que a hombres y mujeres altos y serios, de ojos hechizados, y labios que ya no recordaban qué es reír. Y mi tía entraba y salía reptando de la casa, convertida en una criatura triste y silenciosa, que parecía tener más en común con el otro mundo. Así

estaban las cosas en aquella familia.

—Pero, ¿qué es lo que hacía ese hombre de la cicatriz? —dijo Gavin.

—Puedes preguntarlo, Gavin. Hacía lo que hacía. Y es mejor no añadir nada más.

—Hacía alguna de esas cosas que no se les explican a los niños —dijo Honor.

—Y para hacerlas necesitaba dinero —prosiguió Mullet, más aprisa —. En aquellos tiempos, el dinero de la esposa le pertenecía al marido; y él se aprovechaba del dinero de ella, y lo iba gastando de penique en penique, o de libra en libra, imagino, de tal modo que las sumas eran cada vez más importantes, sobre todo teniendo en cuenta el estado de los bienes de ella. Sí, sin duda que ella debió de pensar que había llegado la época de las vacas flacas.

—¿Y ahora, cómo están las cosas? —preguntó Honor.

—Por lo que yo sé, igual que entonces. Prefiero no saber nada. Seguro que serían malas noticias.

—Me parece que aquí no estamos tan mal como en esa familia.

—Desde luego que no lo estáis —dijo Mullet, riendo un poco—. Y, ahora, recordad que esta noche debéis llegar abajo puntualmente.

Honor se volvió hacia la puerta, esperando ver a Hatton, y viendo confirmadas sus expectativas.

—Cuando Madre no esté aquí no tendremos que ser tan puntuales —dijo Gavin, limitándose a constatar un hecho.

—¿Y por qué no? —preguntó Mullet.

—Nos visitará con la frecuencia suficiente como para hacernos cumplir —dijo Hatton.

—Es curioso que Mr. Ridley y Madre quieran vivir juntos —dijo Honor—. Es una coincidencia.

—Muy corriente en los matrimonios, supongo —dijo Hatton.

Mullet rió.

—Este no es un verdadero matrimonio —dijo Honor—. La Reina se negaría ahora a recibir a Madre. No querría recibir a ninguno de los dos.

—No digas tonterías, Honor. Claro que les recibiría —dijo Mullet.

—Lo de Mr. Ridley es más grave, porque es el hombre quien pide en matrimonio a la mujer.

—Las mujeres no pueden pedirlo —dijo Gavin.

—Nadie ha hecho nada malo, ni la señora ni Mr. Ridley.

—No es tan malo como para que les metan en prisión —dijo Honor —. Pero hay cosas malísimas que tampoco tienen penas de prisión.

—Seguro que has oído hablar de personas que se casaban por segunda vez. No es propio de ti decir todas estas tonterías.

—Sobre estos asuntos, sólo hablan sensatamente las personas raras —dijo Hatton.

—Honor es rara —dijo Gavin—. Lo dijo Padre.

—Bueno, porque ella se esfuerza para que la gente lo crea —dijo Mullet.

—No me importa que lo crean o no —dijo Honor—. No quiero que todos piensen lo mismo.

—A James no le importa que Madre se case con Mr. Ridley —dijo Gavin—. A mí tampoco me importa, si ellos quieren hacerlo.

—Esa es una buena razón —dijo Hatton.

—A Nevill no le importa —dijo Nevill—. Nevill es como James.

—Yo sé por qué Madre quiere casarse con él —dijo Honor—. Esas cosas las entiendo siempre. Es porque ahora no tenía a nadie que pensara en ella tanto como pensaba Padre, y porque estaba muy acostumbrada a que fuera así. Pero si mi primer marido hubiese sido de esta forma, jamás se me ocurriría volver a casarme.

—Me extrañaría mucho que alguien te pidiese en matrimonio —dijo Gavin—. Y tú no estás autorizada a pedirlo.

—Nevill se casará con ella —dijo el pequeño, señalando a Honor con el mentón.

—No te lo permitirán —dijo Gavin—. Eres hermano de ella.

—A él tampoco se lo permitirán —dijo Nevill, señalando a Gavin.

—No quiero que habléis de nada de esto cuando estéis abajo —dijo Hatton—. Ni una sola palabra, a no ser que los mayores lo mencionen.

Su mandato fue obedecido inmediatamente por uno de ellos, que corrió hacia Regan en cuanto ésta entró en la habitación.

—Nevill no dirá nada de eso —prometió.

—¿Cuál es el tema prohibido? —inquirió ella.

Nevill la miró, como si hubiese estado dispuesto a explicárselo de haber contado con las palabras necesarias.

—De la boda de Madre y Mr. Ridley —dijo Gavin, en un tono implacable.

—Eso es lo que piensa la niñera —dijo Sir Jesse—. Quizá nosotros pensemos de otro modo.

—Hoy no he evitado la cuestión —dijo Eleanor.

—En boca cerrada no entran moscas —dijo Honor.

—No seas exagerada —dijo Eleanor.

—Nevill me recuerda a James cuando tenía esa edad —dijo Luce, como si no hubiese oído nada de lo dicho hasta entonces—. En

cambio, no se parece en nada a Gavin.

—Gavin y Nevill no —dijo el pequeño—. James y Nevill.

—Para mí, ninguno de vosotros se parece a los demás —dijo Eleanor—. Aunque quizá Daniel y Gavin tengan ciertas semejanzas.

—Y también Isabel y Honor, Madre —dijo Luce.

—Bueno, no es que tengan muchas semejanzas, sino muchas cosas en común.

—En cierto sentido me parece una observación muy aguda, Madre, pero Padre solía decir que eran iguales —dijo Luce, estableciendo con su tono el ejemplo de la posibilidad de seguir haciendo referencias a su padre con toda normalidad.

—¿Has decidido ya qué casa será, Eleanor? —preguntó Regan—. Supongo que has encargado que te la busquen.

—Lo hemos hecho todo menos firmar el contrato. Creo que hemos cumplido con nuestro deber.

—Es una casa bonita —dijo Nevill.

—¿Y tú qué sabes? —dijo Gavin.

—Madre vivirá en ella con Mr. Ridley.

—¿Qué casa es? —quiso saber Honor.

—La casa cuadrada que hay cerca de la iglesia —dijo su madre—. La llaman la Casa Gris.

—¿No es muy pequeña?

—Para nosotros dos, no. Tiene seis dormitorios. Esta casa os ha dado unos criterios inadecuados. Siempre he intuido que algún día tendríais que ir modificando vuestras ideas.

—Es de un tono gris —dijo Gavin.

—No. No es gris —dijo Nevill.

—Tiene un césped verde —dijo Luce.

—¿Dónde está el césped? —preguntó Gavin.

—En la fachada de la casa —dijo su madre.

—A eso no le llamo yo césped.

—¿Y cómo le llamas?

—Un poco de hierba.

—Pues vas a tener que vivir en un castillo.

—Un castillo grande, muy grande —dijo Nevill—. Nevill vivirá en un castillo con soldados. Se llama un fuerte.

—Tendré que compraros una casita de juguete —dijo Eleanor—. Vi algunas en Londres.

—¿Cuándo las traerás? —inquirió Gavin, acercándose un poco.

—Las traerá Ridley. Será un regalo de los dos. Quizá las traiga mañana mismo.

—No. Hoy —dijo Nevill, cada vez más entusiasmado—. Hoy.

—Ya verás como te las traen mañana mismo —dijo Luce.

—Ya verás como no —dijo Nevill, con la voz de la experiencia.

—¿Hay algo más que la casita? —dijo Gavin.

—Sí, la casita y un poco de hierba —dijo Eleanor, sonriendo.

—Una casita con gallinas —dijo Nevill.

—Miss Pilbeam podría ayudarnos a construir una pocilga —dijo Honor.

—Parece que se van modificando los planes de ampliación —dijo Daniel.

—El éxito ha coronado tu idea, Madre —dijo Luce.

—Pero a nosotros no nos gustaría vivir en una casita —dijo Gavin.

—Nevill vivirá en una casita —dijo el pequeño—. Con Hatton.

—¿Y qué comerás? —preguntó Daniel.

—La gallina pondrá un huevo —dijo Nevill, sin la menor vacilación.

—¿Y quién se comerá el huevo, tú o Hatton?

—Uno para Hatton y otro para Nevill.

—Ah, pero, ¿tu gallina pondrá dos huevos?

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, catorce.

—Si comieses tantos te sentarían mal.

—Nevill se los dará todos a Hatton —dijo Nevill, como quien resuelve perfecta y generosamente el problema.

—Bien, vosotros tres ya podéis subir arriba —dijo Eleanor—. Mientras estáis aquí no hay manera de que puedan hablar los demás. Vamos a ver, James, dinos algo.

—Después de casarte, ¿vendrás a menudo a almorzar? —dijo James que, al encontrarse en esta embarazosa situación, recordó un momento del día en que quizá podría librarse de otras situaciones semejantes.

—Vendré siempre que me lo pida Abuela. Y ahora, veamos si puedes abrir la boca sin hacer ninguna pregunta.

—Delante de tu casa hay una araucaria. En la hierba; bueno, en el césped.

—¿Crees que alguna vez llegarás a tener casa propia? —preguntó Eleanor.

—Sí. Todo el mundo gana lo suficiente para tenerla Incluso los aparceros tienen su casita. Y si no gano un buen jornal, siempre puedo ir al asilo.

—Ved cómo no ha sido en vano que estos niños hayan estado recibiendo estímulos constantemente —dijo Daniel—. Fijaos en el

salto que separa las ideas de James de las de los otros.

—Los pequeños ya han aceptado la idea de vivir en una casita, y James la de hacerlo en el asilo —dijo Graham, mirando por la ventana —, de modo que Madre no tiene por qué seguir preocupándose por el sentido de la realidad que reina en esta familia.

—Pero sería muy triste que tuvieran que llevarte a un asilo, ¿no? —dijo Eleanor dirigiéndose a James, pues le parecía que el chico aceptaba esa perspectiva con demasiada naturalidad.

—Ahora son mejores que antes, más cómodos.

—James ha llevado su interés hasta el punto de investigar el asunto a fondo —dijo Daniel—. Puede transmitirle a Graham todo lo que éste desee saber. Y así todos los hijos de Madre estarán debidamente atendidos.

—¿Y tú, piensas pasar a ocupar mi puesto? —preguntó Sir Jesse.

Hubo un silencio.

—Ahora que su padre está en la tumba, no es extraño que ese lugar les parezca el más adecuado para los padres de él —dijo Regan.

—Nuestra última residencia no representa ningún problema —dijo Graham—. Por ese lado no sentimos la menor ansiedad.

—Los que viven en los asilos pueden tener, como mínimo, un funeral de pobre —dijo James.

—Creo que será mejor que no sigamos hablando de los asilos — dijo Eleanor.

—¿En qué actividad puede ganarse más dinero? —quiso saber James, como si buscara el tema más radicalmente opuesto.

—Nosotros hemos llegado a esa fase, y no lo sabemos —dijo Daniel.

—¿Es mucho lo que ha ganado Abuelo?

—Nunca ha tenido necesidad de ganar nada —dijo Isabel—. En tu caso las cosas serán diferentes.

—¿Y Padre, ganó mucho?

—La herencia de James parece justificar su perplejidad —dijo Daniel—. Y no nos ilumina en absoluto a los demás.

—Lo primero que hay que hacer es trabajar de firme e ingresar en Cambridge —dijo Eleanor.

—Pero Daniel y Graham estudian allí, y no saben cómo ganarse la vida. Y eso es lo único que importa, ¿no?

Eleanor se quedó en silencio ante el resultado de sus admoniciones.

—Antes de poder dedicarse a lo que sea hace falta tener una buena formación.

—Me parece que James no cree que las cosas vayan por ese orden

—dijo Graham.

—No —dijo James en voz baja pero firme.

—Podríamos dejar estos problemas para el futuro, ¿no os parece? —dijo Eleanor.

—Tú misma hubieses debido hacerlo, antes —dijo Luce, divertida.

—A James le hubiese parecido muy bien —dijo Isabel.

—Puede que Ridley no llegue a tiempo para las comidas, pero es puntualísimo para presentarse una vez han concluido —dijo Regan, al oír el timbre.

—Ridley es bien recibido a cualquier hora —dijo Sir Jesse—. Viene a ver a la que ha sido para nosotros como una hija.

—Abuela, acabaremos temiendo oír tu voz —dijo Luce.

Transcurrieron algunos minutos antes de que Ridley entrase en la habitación. Luego avanzó pisándole los talones a Hope, y, sin abandonar ese refugio, les dijo:

—He venido a pedir otro favor personal. Hubiese tenido que decir que eso es algo que casi nunca hago, pero la verdad es que necesito compensar el tiempo perdido. Se me dirá que llueve sobre mojado, pero tengo que suplicar que adelantemos la fecha de mi matrimonio. Los efectos que el aplazamiento va a producir en mí mismo, en mi trabajo y en mis clientes son tan graves que me empieza a parecer imperativo hacer todo lo posible por evitarlos. Cierta correspondencia que esperaba a ser abierta todavía me lo ha hecho comprender. No tengo más remedio que rogar que se me autorice a llevar las cosas a su punto culminante.

—Ridley no sabe a quién tiene que pedirle esa autorización —dijo Hope—, y a mí me ocurre lo mismo. Me alegro de que se sienta tan violento. Eso puede crear uno de esos momentos en los que tenemos la sensación de que nunca nos había gustado tanto una persona.

—¿Se me otorga la sanción de la persona a quien corresponda? —preguntó Ridley.

—Eso es cosa vuestra —dijo Regan.

—Dale las gracias a Lady Sullivan, Ridley —dijo Hope.

—Le estoy verdaderamente agradecido —dijo Ridley— por la libertad de movimientos que sus palabras insinúan.

—Eleanor va a irse de nuestra casa, y lo hará en el momento y del modo que ella desee —dijo Sir Jesse.

—Para poder disfrutar de una luna de miel, parece que no tenemos más remedio que emprenderla inmediatamente —dijo Ridley, en un tono menos tenso y constreñido—. Y debo confesar que no me gustaría nada tener que perdérmela.

—Aplazándola no se gana nada —dijo Regan.

—Creo que no. Abuela —dijo Luce.

—¿No os gustaría tenerme entre vosotros algún tiempo más? —preguntó Eleanor.

—Nos fiamos de tu promesa. Sabemos que no vamos a perderte —dijo Daniel.

—Imagino que es imposible triunfar en el período de adaptación.

—Nadie te está criticando, Madre —dijo Luce.

—Será mejor que acepte la opinión de la mayoría —dijo Eleanor, con cierto rencor.

—Espero que la tuya coincida con ella —dijo Ridley.

—¿Puede extrañarle a alguien que no fuera capaz de prever lo que iba a sobrevenirnos? —dijo Daniel, en voz baja.

—Jamás podré demostrar que lo intuí antes de que ocurriese —dijo Graham—. Me pareció que diciéndolo quedaría probado. Luce no dijo ni palabra.

—No sé por qué, pero no podía, Graham.

—No debemos ceder al instinto que nos induce a rescatar a nuestra madre —dijo Daniel.

—No parece que fuera a oponeros gran resistencia —dijo Isabel.

—Callad, callad. No habléis así delante de los pequeños —dijo Luce.

—Bien, ¿fijamos la boda para dentro de dos semanas? —inquirió Sir Jesse, tratando de ayudar a su nuera.

—Lamento decir que necesito que sea incluso antes, dentro de unos pocos días —dijo Ridley—. Pero le doy las gracias, Sir Jesse, por su contribución a la defensa de mi actitud. Ojalá pudiera liberarme de la idea de que estoy robando a mi novia.

—¿Por qué nos parece tan antipática esa palabra, novia, cuando la oímos aplicar a nuestra madre? —preguntó Luce.

—Por varios motivos, ninguno de los cuales puede ser mencionado —dijo Graham.

—Al menos delante de los pequeños —dijo Venice.

—Parece, Eleanor, que estamos provocando unas conversaciones sobre temas bastante confidenciales —dijo Ridley.

—¿Vais a casaros muy pronto? ¿El viernes próximo, por ejemplo? —dijo James en voz muy aguda.

—Te agradezco, James —dijo Ridley— que hayas dicho lo que no me atrevía yo a decir.

—¿Entraréis en la iglesia, y cuando salgáis ya estaréis casados, simplemente?

—Vuelvo a darte las gracias, James.

—Y entonces, ¿Madre será la señora de Ridley Cranmer?

—Repito mi agradecimiento, muchacho.

—Parece que habéis calculado ya todos los pasos —dijo Regan, con frialdad.

—Me temo que he quedado delatado —dijo Ridley.

—¿Iremos todos a la iglesia? —preguntó Venice.

—No, hija mía —dijo Eleanor—. Os despediréis de mí aquí mismo, y yo vendré a veros el día en que regrese de mi luna de miel.

—Y a partir de entonces vendrás todos los días —dijo James.

—Aprovecharé esta atmósfera de reconciliación para pedir permiso para retirarme —dijo Ridley—. Debo entregarme a las tareas que me asedian en las últimas horas que me quedan.

—Te acompañaré a la puerta —dijo Eleanor.

Regan le dirigió una rápida mirada.

—Es extraño que nos moleste ver que Madre trata a Ridley como trataba a Padre —dijo Luce.

—No creo que lo sea —dijo Daniel.

—Y no es cierto que le trate igual —dijo Isabel.

—Exacto —dijo Graham.

—¡Qué maravillosa forma de contener vuestros sentimientos personales! —exclamó Hope—. Resulta asombroso, sabiendo que son tan intensos. En cierto sentido me avergüenzo de Ridley, que por otro lado no hace sino lo mismo que hizo vuestro padre, lo cual, supongo, tiene que ser bueno y magnífico. No sé si vuestra madre sabe cuál es el lugar que ocupa en mi vida. Yo misma acabo de averiguarlo ahora. Luce es demasiado joven para que quiera tenerme a mí por amiga, y vuestra abuela sería incapaz de soportar a ninguna.

—Nadie está más cerca que usted de serlo, Mrs. Cranmer —dijo Luce—. Cuando la oye llegar, Abuela no acostumbra a meterse en sí misma ni a adoptar actitudes defensivas.

—Cierto, Luce, pero, ¿crees que eso es prueba suficiente de una amistad auténtica? Me parece muy generoso de vuestra parte que le deis a Ridley la bienvenida. Y me parece muy sensato que vivan en otra casa. Dicen que nunca es tarde para corregir un error, pero en este caso creo que sí lo es. Vuestra madre será una de las pocas personas que tienen verdaderamente dos hogares.

—Me pregunto a quién perderán antes, si a su abuelo o a mí —dijo Regan.

—La pérdida de su hijo no ha provocado su muerte, Lady Sullivan. Debemos hacerle frente a la realidad —dijo Hope.

Cuando Eleanor regresó a la habitación, Regan estaba riendo.

—¿Cuál es el chiste? —quiso saber Eleanor.

—No era un chiste, Madre —dijo Luce—, y en caso de que en cierta medida lo fuera, no tendría ninguna gracia si lo repitiéramos.

—De todos modos, hija, cuéntamelo.

—Era sobre la muerte de Abuela.

—Más bien sobre el hecho de que no se haya muerto —dijo Hope.

—Ya te he advertido que era mejor que no te enterases, Madre.

—No hay nada peor que eso —dijo Graham.

—Es extraño que los viejos acostumbremos a pensar tan poco en nuestra muerte —dijo Regan.

—Si es así, mienten muy a menudo —dijo Isabel.

—Si la olvidásemos, los demás nos tomarían por necios —dijo su abuela—. La gente suele relacionarnos siempre con ella.

—Creo que cuando la mencionan se sienten estoicos y hasta heroicos —dijo Graham.

—Entonces, es verdad que las motivaciones humanas son siempre contradictorias —dijo Hope.

—Tengo que dedicarme a realizar las tareas que me aguardan en estos próximos días —dijo Eleanor—. Hay cosas de los niños que tengo que organizar antes de dejarles. Debo llevarles el jueves a la ciudad, para comprarles algunas cosas que quiere Hatton.

—¿No las quieren siempre ellos mismos? —preguntó Hope—. Yo tenía entendido que el niño era el padre del adulto.

—No comprendo cómo he podido ir aplazando esos deberes.

—Tenías muchísimas excusas. Madre —dijo Luce.

—¿Quién va a ir a la ciudad? —preguntó James, como sin darle importancia.

—Tú y Honor y Gavin —dijo su madre—. Nevill se las arregla muy bien con lo que le vais transmitiendo.

—De sobra, seguro —dijo Hope—. Es una herencia que debe de abrumarle.

—Eso significa que James tendrá otro día de fiesta —dijo Eleanor, suspirando—. Y supongo que lo mismo ocurrirá el día de la boda.

—Tendré que despedirme de ti —dijo James, pasando inmediatamente a pronunciar la siguiente frase—. Supongo que no te importará vivir en esa casa tan pequeña, ¿no?

—No, en absoluto. Será mi propia casa.

—Lo cual supone una mejora —dijo Regan de modo casi cordial.

CAPÍTULO XI

—¿Qué te ocurre, Gavin? —preguntó Eleanor, cuando regresaba a la casa con sus hijos—. ¿Por qué no bajas del coche? Te encuentro muy raro.

Gavin bajó del coche y subió la escalera sin decir palabra.

—¿Qué le pasa, Honor?

—Quería que te detuvieses y le escucharas cuando estábamos en aquella calle. Y ahora quiere volver allí.

—Sabe muy bien que no puede ser. Ya hemos llegado más tarde de lo debido. Abuela nos está esperando. Me parece muy mal por su parte que me cree estas dificultades en el último día.

James subió los peldaños brincando, más tranquilo y menos rebelde que su hermano, y Honor le siguió de modo neutro.

—¿Por qué se empeñan las personas en hablar con los otros, si los otros no les escuchan? —inquirió Gavin, sin volver la vista atrás.

—Ya he oído lo que decías —dijo su madre—. Y tú recuerdas que te he contestado. Pero seguro que sabes que te has confundido.

—Sé que le he visto —dijo Gavin—. Siempre lo sabré.

—Es corriente que los niños se imaginen que ven cosas, simplemente porque piensan en ellas. Al ir a un sitio a donde a veces te llevaba Padre le has recordado, y has creído que le veías. Eso ha sido todo.

—No es que hubiese algo que me lo recordara; ni siquiera estaba pensando en él. Hace algún tiempo que nunca pienso en él.

—¿No podrías, Honor, persuadirle de que forzosamente tiene que haberse confundido?

—Está convencido de que le ha visto. No se puede persuadir a alguien que está convencido.

—Entonces, sube arriba corriendo y trata de olvidarlo.

—Jamás lo olvidaré —dijo Gavin, subiendo pesadamente la escalera, peldaño a peldaño—. Lo recordaré cada minuto de mi vida. Eso será lo único que recordaré.

—Honor, dile a Hatton lo que Gavin cree, y pídele que ella se lo explique.

—Se lo diré yo mismo —dijo Gavin.

—Quizá sería mejor que no hablaras de ello —dijo Eleanor.

—Se lo diré todo —insistió Gavin.

—No. Será mejor que no lo hagas, hijo. ¿Me oyes bien?

—Si no te oyera, no podría contestarte.

Eleanor suspiró y siguió su camino. La idea de que aquel era el último día que pasaba con sus hijos le impidió continuar la discusión hasta el final.

Gavin subió al cuarto de los pequeños.

—He visto a Padre —dijo.

—Imposible, seguro que te confundes —dijo Hatton.

Gavin se sentó para quitarse las botas, y no malgastó ni una sola palabra más.

—Te lo has imaginado —dijo Hatton, mirándole a la cara, mientras Mullet, que también le observaba, acudía a ayudarle.

Gavin se recostó y aceptó la ayuda de esta última sin fijarse en ella ni un momento.

—El pobre Gavin se encuentra mal —dijo Nevill, echando una ojeada a su hermano.

—Está convencido de que le ha visto —le dijo Honor a Hatton.

—Naturalmente. De lo contrario, no lo diría.

—A veces sí lo hace —dijo Nevill, escandalizado ante el comportamiento de su hermano, y condenándolo.

—No es muy difícil imaginarse cosas —dijo Mullet, incurriendo en el error de juzgar a los demás por como era ella misma—. Después de que haya comido, sabrá lo que ha ocurrido en realidad. El hambre nos hace perder la cordura.

—No tenía hambre —dijo Gavin—. Hemos comido en la tienda. Tampoco ahora tengo apetito.

—¿Se lo ha contado a la señora? —le preguntó Mullet a Honor.

—Sí.

—¿Y qué ha dicho ella?

—Algo parecido a lo que le habéis dicho Hatton y tú.

—¿Le ha molestado a ella que lo dijera?

—Sí, me parece que bastante.

Gavin no prestó ninguna atención cuando le pusieron el plato delante, pero al cabo de un rato tomó el cuchillo y el tenedor, a fin de reducir la presión a la que se estaba viendo sometido. Al comer empezó a recobrar los colores, y se lo tomó todo con su apetito

acostumbrado. Cuando su hermana le hablaba, él contestaba con su naturalidad de siempre, y siguió a los demás cuando bajaron a tomar el postre, pero como si no deseara ni esperara nada más.

Nevill entró corriendo en la habitación y habló inmediatamente.

—Mañana Madre ya no estará —dijo, y corrigió rápidamente su entonación—. Pobre Madre, se irá muy pronto.

—Les gusta tener vacaciones todos los días —dijo Eleanor, suspirando y sonriendo.

—Hoy hubiésemos podido darle el día libre a Miss Pilbeam —dijo Luce.

—Me pareció que no valía la pena preocuparse por eso —dijo Eleanor—. Nevill ha dado sus clases solo.

—Nevill y Miss Pilbeam y nadie más —dijo Nevill.

—No valía la pena que Miss Pilbeam viniera para media hora —dijo Luce.

—Nevill ha dado una hora de clase —dijo el pequeño—. Después vino Hatton a recogerle.

—Me gustaría morirme —dijo Gavin, paseando la vista por los que estaban sentados a la mesa.

—¿Por qué? —dijeron Regan y Graham a la vez.

—Porque mientras sigues vivo pueden ocurrirte cosas que no te gustan. Ocurren aunque no tengas fuerzas para soportarlas.

—He aquí una buena descripción de lo que es la vida —dijo Isabel.

—Me parece una visión muy parcial —dijo Eleanor—. Y en vuestro caso sería más bien absurda. Hay pocos niños tan afortunados como vosotros.

—No tenemos padre —dijo Honor—. Los que lo tienen son más afortunados que nosotros.

—Podríamos tenerlo, si quisiéramos —dijo Gavin.

—¿Se refiere a Ridley? —preguntó Luce.

—Cree que hoy ha visto a Padre —dijo Honor.

—Le he visto —dijo su hermano—. En la ciudad, cuando estábamos allí con Madre.

—Se lo ha imaginado —dijo Eleanor.

El rostro de Gavin no cambió de expresión.

—¿Por qué crees haberle visto, muchacho? —quiso saber Sir Jesse —. ¿Por qué no hablaste con él?

—No insistas, Abuelo —dijo Luce, en voz baja—. Es mejor que no tratemos de llevar todo este asunto a sus conclusiones lógicas.

—Porque él no ha querido que lo hiciera —dijo Gavin—. Ni siquiera quería que le viese.

—No me extrañaría que así fuera —dijo Eleanor, con amabilidad —. Él querría incluso que lo olvidases. Y eso es lo que vamos a hacer.

—¿Sabías tú que estaba allí? —inquirió Gavin, mirándola a los ojos.

—Claro que no —dijo Honor—. De lo contrario, no se casaría con Mr. Ridley.

—Entonces, ella no podrá olvidarlo. Dice cosas que no son ciertas.

—Así que eso es lo que piensas de mí —dijo Eleanor.

—Nevill pensará siempre en Madre, cuando ella se vaya —dijo el pequeño.

—Parece que he decidido lo más conveniente —dijo Eleanor—. Todos se adaptan muy bien.

—Creo que yo no sería capaz de tomar ninguna decisión de esa trascendencia —dijo Graham—. Espero que mi vida no me proporcione grandes posibilidades de elección.

—Yo diría que es una esperanza fundada en la realidad —dijo Sir Jesse.

—No vivirás muy lejos de aquí —dijo James, dirigiéndose a su madre.

—Pues claro que no, hijo mío. No lo soportaría.

—Yo creo que sí —dijo Gavin.

—Por Dios, pero si acabo de decir que no —dijo Eleanor, como si estuviera hablando con una persona mucho mayor—. Deja que los demás digan cuáles son sus sentimientos. Es imposible que tú los conozcas mejor que ellos.

—Pero a veces creemos conocerlos mejor. Hasta estamos seguros de ello.

—En tal caso, debes recordarte a ti mismo que lo más probable es que te equivoques.

—Nunca me recuerdo las cosas. ¿Para qué tendría que hacerlo, si creo que no son ciertas?

—Solemos dejar que sean los otros quienes nos las recuerden —dijo Luce.

—¿Cómo es que ésta parece una comida de aniversario? —intervino Graham.

—Es mi última comida como residente en esta casa —dijo Eleanor —. Creo que trataré de olvidarla.

—Hay cosas que sueles olvidar —dijo Gavin.

—¿Qué clase de cosas?

—No son cosas sin importancia.

—Así que me olvido de cosas importantes, ¿eh? ¿Estáis todos

vosotros de acuerdo? ¿Lo estás tú, Luce?

—No, Madre, no lo estoy.

—¿Y tú, Daniel?

—No. Me parece que esa es una afirmación injustificable.

—¿Y tú, Graham?

—No. Más bien diría que lo llevas todo escrito en el corazón.

—¿Y tú, Isabel?

—No. Me parece que ocurre más bien lo contrario.

—¿Y tú, Venice?

—No, no estoy de acuerdo —dijo Venice, abriendo los ojos.

—¿Y tú, James?

—No. Yo diría que te acuerdas de todo.

—¿Y tú, Honor?

—Yo tampoco diría que olvidas las cosas. Pero Gavin se refiere a que te has olvidado de que viste a Padre.

—Nevill tampoco lo diría —dijo Nevill, muy excitado—. Y no dejaría que nadie lo dijera.

—Hijito mío —dijo Eleanor, subiéndoselo al regazo.

—Nevill mataría al que lo dijera —insistió el pequeño, acomodándose dócilmente.

Gavin parecía no estar prestando atención.

—¿Me diréis todos vosotros alguna frase a modo de despedida? —preguntó Eleanor.

—Nadie diría que Madre es una persona cuyas esperanzas se resistiesen tanto a morir —dijo Graham.

—Me gustaría que cada uno de vosotros me dijera algo, para llevarme vuestras palabras conmigo.

—Cada uno de nosotros ha dicho ya una frase —dijo Daniel.

—Y será fácil recordarlas, porque eran todas iguales —dijo Isabel.

—No es culpa nuestra que se vaya de aquí —dijo Gavin.

—Este chico está un poco trastornado —dijo Sir Jesse.

—Eso es lo que ocurre, naturalmente —dijo Eleanor.

—Vamos a dispersarnos todos —dijo Luce—. No hay ninguna necesidad de crear una escena melancólica. Madre tiene muchas cosas que hacer todavía. Y ahora vamos a hacerlas ella y yo juntas.

Salió de la habitación con el brazo enlazado en el de su madre. Isabel y Venice y James aprovecharon la ocasión para esfumarse. Sir Jesse se retiró con sus nietos mayores, tal como acostumbraba a hacer desde la pérdida de su hijo. Mullet fue a recoger a los pequeños, y cogió de la mano a Nevill para llevárselo arriba. Gavin pareció al principio seguirla, pero al cabo de un momento se fue rezagando, dio

media vuelta y se acercó a su abuela.

—Hoy he visto a Padre —le dijo.

—Piensas en él porque tu madre se va a ir. También yo pienso en él. Tú y yo sentimos lo mismo.

—¿No me dirás que piensas en él por eso, no?

Regan rió, y el rostro de Gavin se sonrojó, y sus ojos se llenaron de lágrimas de furia, pero habló en un tono sencillo y contenido.

—Quizá venga aquí.

—Sería lo más lógico, ¿no?

—¿Quieres decir que crees que no es cierto? —preguntó Gavin, mirándole a los ojos.

—No, no estaba diciendo eso. Jamás me acostumbraré a estar sin él.

—¿Verdad que esta casa es su hogar?

—Claro que lo es, o que lo fue.

—Ahora también lo es —dijo Gavin—. No tiene otra. Noté que no tiene otra, como le ocurre a Madre.

—¿Y cómo pudiste verlo? —inquirió Regan.

—Por su aspecto. Y por su modo de mirar a Honor.

—¿Y a ti, no te miró?

—No tanto. No suele hacerlo. Por eso supe al principio que era Padre. Luego le miré bien y comprendí que era él. Y entonces llamé a Madre, pero ella no se detuvo. Y cuando volví a mirar, ya se había ido.

—¿Dónde le viste?

—En esa calle oscura que va de las tiendas grandes a las pequeñas. Ya sabes, ésa en la que hay dos posadas. Madre y Honor caminaban delante de mí, y Padre salió de una de ellas. Y él me vio primero a mí, porque iba detrás de ellas, y luego se paró y vio a Honor.

—¿Supo él que tú le viste? —quiso saber Regan, creyendo prudente obtener del muchacho una descripción completa.

—No, me parece que no. Si la gente que regresa de la muerte es como el resto de la gente, Madre no debería casarse con Mr. Ridley. La ley lo prohíbe. Aunque quizá esto sea diferente.

—Es imposible que la gente regrese de la muerte, hijo.

—Creo que Padre ha regresado. Ese era el aspecto que tenía. Y no sería el primero que regresara, ¿verdad?

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Regan, con amabilidad.

—Flaco y pálido, con la cara más pequeña que antes. Y tenía las manos pequeñas y pálidas, y le colgaban al final de las mangas del abrigo. Parecían las de Madre o las de Luce Y quizá todo él fuese también más pequeño, porque el abrigo le iba grande. Pero es lógico

que estuviera cambiado. El sitio de donde venía debía de ser muy frío, porque ese abrigo que llevaba tenía piel por dentro; y se notaba que lo usa a menudo porque tenía remendada toda la parte de delante, y uno de los puños de piel estaba desgarrado.

Los ojos de Regan permanecían fijos en su nieto, y no los desvió de su cara cuando, lentamente, se puso en pie.

—¿Y dónde dices que le viste?

Gavin volvió a contárselo, casi con las mismas palabras, y de repente ella le tomó de la mano y se fue precipitadamente a la puerta. Una vez en el vestíbulo cogió la primera prenda que encontró, y salió de la casa casi corriendo. Era como una persona consciente de que no puede seguir llevando su vida normal sin haber cumplido previamente un deber. Cuando se acercaban a la cochera, Gavin tiró de su mano y habló en voz más débil.

—Creo que no hace falta que vaya contigo. Padre no siente especiales deseos de verme a mí. Sería mejor que fuera Honor, pero basta con que vaya una sola persona. Cuando alguien regresa de la muerte, lo mejor es que todos los demás permanezcan agrupados.

Regan echó una ojeada a la cara del niño y después a su ropa de estar por casa, le soltó la mano y siguió su camino. El chico regresó y subió al cuarto de los niños.

—Abuela ha ido a buscar a Padre. Así Madre sabrá que le vi. Todo el mundo lo sabrá.

—¿Qué dices, Gavin? —preguntó Mullet.

—Todo volverá a ser como antes. Padre estará de nuevo aquí, aunque esté cambiado. Y nosotros nos acostumbraremos a que esté cambiado. Tampoco creo que haya cambiado tanto. No sé si Madre estará aquí. Se irá con Mr. Ridley. Pero Abuela querrá mucho a Padre, sea cual sea su aspecto. Y él tiene suficiente con que le ame una sola persona, si le ama de verdad.

—Yo preferiría tener sólo al padre que sólo a la madre —dijo Honor—. Creo que eso es lo que piensa también todo el resto de la familia.

—Nevill preferiría a Padre —dijo el pequeño—. Pero también preferiría a la pobre Madre. Y Madre no va a venir todos los días.

Oyeron el traqueteo del coche que se dirigía hacia la verja de la finca.

—Es Abuela, que se va a la ciudad en busca de Padre —dijo Gavin —. Le he contado en qué lugar le vi, y qué aspecto tenía. Y ella ha comprendido que era él.

—¿Por qué lo has hecho, Gavin? —preguntó Mullet—. Eso ha sido

una crueldad. ¿Es cierto que Lady Sullivan te ha creído? ¿Es cierto que has enviado a buscarle? Qué horrible. ¿Qué podemos hacer?

—No he sido yo que la he enviado a buscarle. Ha ido porque quería ir. Los niños no pueden mandar a los mayores a ningún lado. Lo sabes perfectamente. Abuela se ha alegrado de que Padre haya regresado. Nadie hubiera podido alegrarse más que ella. No le ha importado ir personalmente en su busca. Ni siquiera le importa que Padre haya regresado de la muerte.

—¿Verdad que Abuela quiere mucho a la gente? —intervino Nevill.

—Bien, si es cierto que crees lo que dices, Gavin, esta tarde debes jugar sin armar alboroto —dijo Mullet.

—Deberíamos alegrarnos de que haya regresado —dijo Gavin.

—Desde luego. Pero también es un momento muy solemne.

—¿Por qué tiene que serlo? Las cosas solemnes me parecen tristes. Cuando nos enteramos de su muerte, todos nos pusimos muy solemnes. Ahora que sabemos que ha vuelto, no deberíamos ponernos de esa manera, sino todo lo contrario. Y no veo que Nevill no esté alborotando.

—Nevill es un cochero —dijo este último, tirando de unas riendas imaginarias y haciendo además el papel de caballo—. Nevill llevará a Abuela a la ciudad, a ver a Padre. La llevará corriendo.

—Es demasiado pequeño para entender nada —dijo Mullet.

—Si no es cierto, no hay nada que entender.

—Pero tú has fingido que creías que era cierto —dijo Mullet, en son de reproche.

—No lo ha fingido —dijo Honor, en un tono que hizo que Hatton se volviera y la mirase a la cara.

—Sólo se fingen cosas corrientes —dijo Gavin.

—Pero es posible confundirse —dijo Hatton—. Y cuanto más listas son las personas, más pronto se dan cuenta de que se han confundido. Y es más fácil comprender la confusión cuando se está al aire libre.

—Yo pienso quedarme en casa —dijo Honor—. Luego, si Padre regresa y manda llamarme, iré abajo. Aunque haya regresado de la muerte, seguro que querrá verme. Si está muy cambiado, es posible que no se acuerde del camino de regreso a casa. Y yo quiero verle, sea cual sea su aspecto. No me importaría ni siquiera que fuese un fantasma.

—No es un fantasma —dijo Gavin, con su voz de siempre—. Está como siempre. Sólo que muy pálido y con la cara más pequeña.

—Si es el mismo, no puede tener la cara más pequeña.

—Si podría, si se hubiera adelgazado.

—¿Quieres salir al jardín, Gavin? —preguntó Hatton, tranquilamente.

—Me da lo mismo. Podré ver a Padre cuando vuelva.

—Nevill se queda aquí —dijo el pequeño—. No, irá a dar un paseo de la mano de Mullet. Encontrará un nidito.

Honor esperó a que Mullet y sus hermanos salieran, y luego se arrojó en brazos de Hatton, presa del llanto.

—No quiero que se haya confundido. Ha habido un momento en el que me parecía que era verdad. Creía que Padre iba a regresar.

—Sabes que eso es imposible. Si lo piensas bien, lo comprenderás. Pero hay muchas personas que te quieren.

—No es cierto. Sólo Abuela y Luce.

—Sabes que Gavin también te quiere.

—¿Sí? —dijo Honor, alzando la cabeza ante tan sorprendente idea.

—Más que nadie en el mundo. Y sabes que también yo te quiero.

—Sí —dijo Honor, relajándose sobre el cuerpo de Hatton.

—Y también Nevill te quiere.

—Nevill no cuenta para mí. Y James no quiere a nadie, del mismo modo que nadie le quiere a él. Creo que es lógico. O sea que me quiere muy poca gente.

—No puedes decir que Isabel no te quiera.

—Me querría si yo fuese tan mayor como ella. Pero nunca podré serlo. Porque ella también irá creciendo. Y Venice sólo quiere a Isabel.

—Están además tus hermanos mayores.

—¿Te refieres a Daniel y Graham? —quiso saber Honor, como si fuera imposible que Hatton hubiese podido pensar en ellos.

—Y Madre también te quiere. Lo sabes muy bien.

—Madre cree que le pertenezco. Pero es a Gavin a quien ella quiere. De todos modos. Madre cumple su deber para con sus hijos.

—¿Quieres que te lea un poco?

—Sólo si es un libro que ya conozca. Así podré escucharte y prestar también atención a los ruidos, por sí regresa Padre.

—A ver, dime un libro que hayas leído.

—Me los he leído todos —dijo Honor—. Empieza, pero sin alzar mucho la voz, ¿quieres?

Hatton se puso a leer, y Honor dividió su atención tal como anunciara, y al cabo de un rato se dejó caer del regazo de Hatton y se quedó plantada, escuchando atentamente.

—Padre ha regresado —dijo, con un suspiro de simple y enorme alivio—. Es cierto que Gavin le había visto. No me importa que haya

regresado de la muerte. Oigo su voz, y es la misma que antes. No me importa nada, con tal de que esté de vuelta con nosotros.

Hatton se fue al rellano, y se quedó repentinamente quieta, con el rostro cada vez más pálido.

—Bajaré —dijo Honor—. No, esperaré a que me lo pidan. No, bajaré ahora mismo. He oído su voz, y ahora que la he oído es lógico que quiera verle, ¿no? Correré directamente hacia él. No me importa qué aspecto pueda tener. Me levantará por los aires como solía hacer, y si no puede hacerlo como una persona corriente, si es como un fantasma, como mínimo será el fantasma de Padre.

Bajó corriendo la escalera e irrumpió en la biblioteca, donde Fulbert estaba en pie junto a su madre. Él se dio la vuelta y fue hacia ella y la levantó por los aires y la besó como solía hacer, y después del primer ataque de lágrimas, Honor acabó apaciguándose, rebosante de simple satisfacción.

—Eres el mismo de antes —dijo—. No eres un fantasma; no estás apenas cambiado.

—Te agradezco que me tranquilices al respecto —dijo Fulbert—. Me cuesta mucho justificar mi presencia como no sea de ese modo. E imagino que los demás pensarán que soy un fantasma.

—Ahora ya no te irás nunca de aquí. Todo volverá a ser como antes —dijo Honor, al oír que su padre hablaba como de costumbre—. Pero, si estabas vivo, ¿por qué has tardado tanto en regresar?

—Padre ha estado enfermo —dijo Regan, que se había recostado en su butaca, pálida y paralizada pero rebosante todavía de energías —. Tan enfermo que no recordaba absolutamente nada. Pero ahora se repondrá muy pronto.

—Pero eso no le convierte en un fantasma. Sólo le ocurre lo mismo que suele ocurrirles a los que han estado enfermos.

—Eso es lo que debes decirles —dijo Fulbert— a los que duden de mi autenticidad. Estoy hecho de carne y hueso, igual que ellos, aunque me haya quedado en tan poca cosa.

—¿Lo saben ya los demás? —preguntó Honor, empezando a saltar y temblar emocionada por la expectación—. Iré a decírselo; soy la primera que se ha enterado. Al principio no se lo van a creer. Sólo Gavin se lo creerá.

—De ahora en adelante Gavin va a ser muy bien considerado — dijo Fulbert.

Regan sonrió, como si ya no tuviera nada que ver con las palabras.

Honor se encontró a Gavin en el vestíbulo y tras haber contado entre sollozos la noticia, se fue a buscar a Daniel. Los jóvenes entraron

en la biblioteca preparados en parte para la verdad, pero dispuestos también a encontrarla travestida.

—Honor hubiese tenido que quedarse aquí como garantía de mi autenticidad —dijo Fulbert, mientras estrechaba la mano de sus hijos y pasaba luego a abrazarles—. Ella estaba convencida de que no soy ningún fantasma.

Graham se volvió, pálido y tembloroso, hacia un lado, y Daniel se dispuso a prestar su apoyo a quien lo necesitara. Miró un momento a su abuela, pero Regan tenía todo lo que necesitaba.

Entró luego Luce, arrastrada por Honor, sobresaltada y empalidecida, dio unos cuantos pasos hacia su padre, y se arrojó sobre su pecho. Regan observó la escena con simpatía, casi despreocupadamente. Ya había derramado todas las lágrimas que tenía que derramar.

—Abuela —dijo Luce en voz casi inaudible, como si hablase forzada por algo superior a ella misma—, ¿lo sabe ya Abuelo?

—Sí, lo sabe. Ya ha visto a vuestro padre. Pronto vendrá. Regan no necesitaba añadir ninguna explicación más sobre el encuentro de Sir Jesse con su hijo.

—Padre —dijo Luce en tono amable—, ¿podrías soportar la presencia de Isabel y Venice y James? Están viviendo todavía con el sentimiento de que no tienen padre, y ya no hay motivos para que sea así.

—Todo me resulta casi insoportable y al mismo tiempo insuficiente. Que vengan todos. Eso es lo más sano y natural.

Honor subió corriendo arriba con el recado, y su hermana se dirigió a la puerta.

—Niños —dijo—, volveréis a disfrutar de una vida completa. Se ha desvanecido la nube. Lo que os ha contado Honor es la pura verdad.

Les condujo hacia su padre. Isabel caminaba blanca y temblorosa, Venice sonrojada y con los ojos muy abiertos, James inseguro y casi con miedo. Fulbert les abrazó con naturalidad, tratándoles de la misma forma en que les había tratado siempre. Isabel dio un traspiés y estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio y se sentó con la mirada fija en su padre, casi en la misma actitud que Regan. El rostro de Venice se relajó y sus ojos, que antes miraban sin ver, estaban ahora radiantes. Daniel dispuso asientos para todos y trató a Graham como si fuera uno de ellos. James estuvo revoloteando en torno a la butaca de su padre como había hecho siempre, le dijeron que se estuviese quietó, y aquellas palabras dichas con tanta naturalidad parecieron bastar para que se disolviese la tensión y la vida fuese de

nuevo como antes.

—El actor principal es el que tiene el papel más difícil —dijo Daniel—. ¿Podríamos escuchar la historia?

—En pocas palabras —dijo su padre, mientras Regan expresaba con su rostro inamovible y satisfecho que a ella se lo había contado con muchas—, leísteis la carta que le escribí a Ridley, y luego la otra de mi criado, confirmando mi muerte; no tenía conmigo a nadie de mi categoría. Esta segunda carta fue escrita y remitida mientras yo yacía inconsciente; creyeron que el final ya estaba suficientemente cerca. Pero viví varios meses, perdida la memoria, y cuando recobré la conciencia y comprobé que no me llegaba ninguna carta, interrogué a mis hombres y averigüé lo que había ocurrido. Temían tanto a vuestro padre que no se atrevieron a confesarme lo que habían hecho. Llegaron incluso al extremo de remitir mis efectos personales a vuestra madre. Entonces escribí a Ridley contándoselo todo y pidiéndole que os preparase para la verdad. Poco después de remitir la carta partí también yo de allí, y me quedé esperando en la posada a fin de recuperarme, y dispuesto a venir en cuanto me dieran aviso de que el camino ya estaba despejado. Temía la conmoción que iba a sufrir vuestra madre, y la que iba sufrir yo, y la que sufriríais todos vosotros. Pero esa carta no debe de haberle llegado.

—Abuela —dijo Luce, en un susurro desesperado, como si le estuviesen arrancando las palabras—, ¿sabe Padre lo de Madre y Ridley?

Regan asintió con la cabeza, de modo casi indiferente, como si este asunto fuera secundario.

—Soy capaz de hacer frente a los resultados lógicos de mi desaparición —dijo Fulbert, volviendo hacia su hija su antigua mirada impávida—. No le deseo a nadie que tenga que soportar la vida entera en la soledad. Pero confío en que, después de todo, para mi esposa sea un alivio no tener, al final, que remplazarme por nadie. —Se volvió y apoyó la mano en el hombro de Isabel, como si ella fuera una persona incapaz de hacer jamás nada parecido.

—Padre —dijo Luce, casi tartamudeando—, Madre pasó una época horrible desde que tú te fuiste.

—Ese fue el problema, sin duda —dijo Fulbert—. Ojalá os hubiese podido librar a todos de mi ausencia. Pero quizá ahora que sabemos que podemos perder la vida sepamos disfrutarla un poco más.

—No puedo sino deplorar esta forma de realzar su valor —dijo Daniel.

—Vuelves a actuar como siempre, querido hijo. Habéis vivido unos

meses muy duros. Incluso vuestros propios estudios deben de haberse resentido. Pero me alegraré de poder hacerme cargo de mis deberes otra vez, y de dejar que vosotros os ocupéis de los vuestros.

—Confío en que nuestro fracaso en cumplirlos quede compensado por la intensidad de los sentimientos que nos impidieron triunfar en ese empeño —dijo Graham.

—Sin duda, pero vuestro mayor mérito radica en esa capacidad que habéis tenido de proseguir vuestras vidas como si yo estuviese aquí —dijo Fulbert—. Me conmuevo cada vez que encuentro señales de que la vida de mi hogar no se ha interrumpido. Ha seguido como si mis ojos hubiesen estado vigilándola. No hace falta llenar ningún vacío. James sigue sin abrir la puerta para las mujeres, y sigue sin ir al colegio. Y así es como me hubiese gustado a mí que siguiesen yendo las cosas. No tengo la sensación de que la vida de mi familia se haya interrumpido.

James dio un brinco, no muy seguro de si estaba siendo aprobado o condenado.

—Abuela —dijo Luce en voz baja—, ya llegan los niños. ¿Crees conveniente que les avisemos con antelación?

—Gavin no necesita aviso —dijo Fulbert—. Él ha sido quien os ha preparado a todos los demás. Y seguro que también lo ha hecho con Nevill. Deja que las cosas ocurran con naturalidad. Sólo pido que todo sea espontáneo y normal.

Nevill entró corriendo en la habitación, dirigiéndose hacia la butaca de su abuela, captó la imagen de su padre, se detuvo a mirarle bien, y luego siguió corriendo y dejó algo en el regazo de Regan.

—Es un nido de pájaro —dijo—. Aquí vivían antes los pajaritos.

—¿Y qué van a hacer los pobres ahora que les has quitado su casa?

—Se irán todos volando —dijo Nevill.

—Esos pajaritos tenían un padre y una madre —dijo Regan, guiando la cabeza del pequeño hacia Fulbert—. Y el pájaro padre ha regresado al nido.

Nevill miró a su alrededor, en busca del personaje mencionado, y bajó la vista al nido, por si Regan había dicho la verdad.

—¿Dónde está? —preguntó, alzando la vista hacia el rostro de su abuela.

—Míralo tú mismo —dijo ella, dirigiéndole otra vez la cabeza hacia donde debía mirar.

—Afuera —dijo Nevill, al oír que unos gorriones piaban junto a la ventana—. Oíd. El pájaro ha regresado.

—Parece que Nevill tiene la misma suerte que James —dijo Daniel.

—¿Has visto quién está al lado de Isabel? —preguntó Regan.

—Sí. Padre —dijo Nevill tranquilamente, como si no valiera la pena dar importancia a lo que estaba fuera de toda duda.

—Seguro que le gustará ver a su hijo pequeño.

Nevill se separó de Regan, como si esto bastara para permitir que su padre le viera bien.

Fulbert se adelantó hacia él, le cogió en brazos, y el pequeño se instaló cómodamente y rio y gimió alternativamente, tocándole la mejilla y retirando la mano, como si no estuviera muy seguro de que estaba acariciando verdaderamente a su padre.

—Me he felicitado a mí mismo por haber podido comprobar que mi familia no había cambiado —dijo Fulbert—. Debo recordar, sin embargo, que seguramente no puede decirse lo mismo de mí.

—¡Querido Padre! —exclamó Luce, echándole una mano a Nevill.

—Querido Padre —dijo el pequeño, de acuerdo en esto, y acariciándole con más confianza, y hasta permitiéndose mirarle más directamente a la cara—. Padre ha regresado después de mucho tiempo. Hoy no volverá a irse.

—Nunca más volverá a irse —dijo Luce.

—Se irá —dijo Nevill, agitándose para bajar de los brazos de Fulbert y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Se irá. Pero Mr. Ridley se quedará siempre.

—No se puede recuperar de golpe el prestigio perdido —dijo Fulbert—. Y ahora, ¿dónde está mi hijo, el que me ha ayudado a regresar a casa?

Gavin se le acercó y alzó el rostro, como para repetir un saludo cotidiano.

—¿Verdad que tú sabías que algún día regresaría?

—No. Creíamos que estabas muerto.

—No pareciste sorprenderte mucho de verme.

—¿Sabías que te vi? —inquirió Gavin, mirando a su padre a los ojos.

—Lo comprendí, pero cuando ya os habíais ido. No regresaste a hablar conmigo.

—Tampoco tú nos dijiste nada. Y les corresponde hablar primero a los que han regresado de la muerte. Cabía la posibilidad de que todavía no me entendieras.

—Eres muy observador. Reconociste el abrigo viejo de Abuelo.

—No sabía que fuera de él. Es Abuela la que lo supo. Yo creí que era tuyo.

—Padre puede acabar cansándose de que sus hijos sigan siendo

siempre tan iguales a sí mismos —dijo Daniel.

—Pobre Padre, está muy cansado —dijo Nevill, mirando a Fulbert —. No podrá venir de nuevo otro día.

—Querida Abuela —dijo Luce—. Abuelo está cruzando el vestíbulo. Claro que imagino que sabe que será capaz de soportar la emoción.

Sir Jesse entró y se dirigió a su hijo, tomó sus dos manos, permaneció algún tiempo así, y luego se dirigió a su butaca y se hundió en ella.

—Ahora puedo pronunciar mi «Nunc dimittis» —dijo para sí mismo, o mejor para los presentes.

Hubo una pausa.

—¿Qué ha dicho Abuelo? —preguntó Gavin.

—Es una frase en latín —dijo Honor.

—Abuelo sabe latín —dijo Nevill, enorgulleciéndose de la sabiduría de su pariente.

—¿Te gustaría saber? —inquirió Luce.

—Sí, y algún día Nevill sabrá latín.

—Pregúntale a Padre si quiere enseñarte latín —dijo Luce, confiando en que así restablecería un vínculo evidentemente roto.

—No. Le enseñará Miss Pilbeam.

—¿Había Abuelo visto ya a Padre? —quiso saber Gavin.

—Sí, pero sólo un momento —dijo Luce.

—Abuelo se alegra de que Padre haya regresado —dijo Nevill.

—Abuela —dijo Luce con voz estremecida—, ha llegado por fin el momento más terrible. Madre y Ridley están en el vestíbulo. ¿Qué podemos hacer?

—No podemos hacer nada —dijo Regan, que pareció contener una sonrisa.

—Que uno de vosotros salga y prepare a Madre —dijo Fulbert, dirigiéndose a sus hijos con su antiguo tono ceremonioso.

—Si no estuviésemos petrificados, se nos habría ocurrido por nuestra cuenta —dijo Daniel.

—Todo esto es muy duro para nosotros —dijo Graham—. Pero nada le impedirá disfrutarlo a Abuela. Y últimamente ha disfrutado bien poco.

—Vienen también Hope y Paul —dijo Regan, con los labios de nuevo nerviosos.

—Otra circunstancia de nuestra vida que tampoco ha cambiado —dijo Fulbert.

—Es una suerte que no seamos todavía más numerosos —dijo

Isabel.

Regan rio con notable entusiasmo, casi como si pretendiera encubrir las otras causas de su risa.

—Faith no ha venido —dijo Venice.

—Tarde o temprano lo remediará —dijo su hermana.

—¿Podrá Madre casarse ahora con Mr. Ridley? —preguntó James.

—Claro que no —dijo Isabel—. Padre se ha alegrado mucho de que no hayas cambiado, pero como no te andes con cuidado es posible que empiece a pensar de otro modo.

Hope entró en la habitación y se puso a hablar inmediatamente, como para dar tiempo a los que la seguían.

—Ojalá, Fulbert, hubiera podido decir que sabía que iba a ocurrir esto. Pero no lo adiviné. Lamento decir que pronto verás signos de que así fue.

—Son tan pocos los que he encontrado en mi casa, que casi no puedo dar crédito a mis ojos.

—Supongo que yo me refería a los que hay en la mía. Allí abundan.

—Lo sé, lo sé —dijo Fulbert—. Ya estoy preparado.

—Ridley en cambio no lo está. Pero me parece bien que le lleves ventaja.

—Menos mal. Porque es así.

Hope se sentó como si sus miembros hubiesen cedido. Regan la miró tranquilamente. El grupo esperado entró en la habitación. Luce entró precediendo a su madre. Eleanor se adelantó con su paso de siempre, y Ridley se quedó helado ante lo que veía.

—¡Fulbert! —exclamó, adelantándose a los demás—. Amigo mío.

Fulbert aceptó su mano, pero se dirigió hacia su esposa, y sólo después de que se abrazaran volvió la vista hacia él.

—Amigo mío —repitió Ridley—. Sé que, pase lo que pase, seguirás siendo mi amigo. Y yo tuyo.

—No por fuerza —dijo Fulbert—. Ningún muerto puede esperar que le traten como si siguiera vivo.

—Dejaste tus asuntos en mis manos. Supongo que sabrás comprender que, mientras trataba de llevarlos, di un paso más.

—Si no lo comprendo yo, ¿quién podría hacerlo? Tú quisiste lo que yo mismo había elegido para mí. No puedo decir que me sorprenda.

—Pero podrías decir otras cosas. Te agradezco que tengas este dominio de ti mismo.

—Me han sido devueltas tantas cosas, que no puedo entretenerme en las que pueda haber perdido. Y en cierto sentido me parece que no

son muchas, y que pronto las recuperaré.

Ridley dio un paso para apartarse y se quedó mirando hacia otro lado mientras marido y mujer se acercaban a los niños.

—He comprobado que no echo nada de menos —dijo Fulbert—. La vida ha continuado después de mi muerte, pero eso podría ocurrirle a cualquiera. Y si ha continuado demasiado pronto, y se ha alejado en exceso de mis deseos ha sido porque no estaba yo aquí para decidir su rumbo.

Sir Jesse tocó el suelo con su bastón, y Paul, que observaba la escena con toda su atención, obedeció la llamada. Este movimiento reveló a Faith, en pie justo en el umbral de la habitación, con los brazos caídos y las manos a cierta distancia de sus costados, y los ojos muy abiertos y sin parpadear, como si quisiera evitar recrearse en la íntima escena.

—Olvidé que Faith venía con nosotros —dijo Hope—, pero parece que a ella le ha ocurrido lo mismo.

—Faith pone la misma cara que si estuviera en la iglesia —dijo Venice, en voz más fuerte de lo que pretendía.

—Supongo que todos nosotros nos sentimos un poco así —dijo Faith, en voz baja y apresurada.

—Aunque, sin duda, deberíamos pensar que ojalá no estuviéramos aquí —dijo Hope.

—Ojalá no estuviéramos —dijo Faith, retirándose un poco más de la habitación.

—Comprendo por qué te has quedado en el vestíbulo, hija. Pero, ¿cómo es que luego has cambiado de idea?

—No sirve de gran cosa que uno de nosotros adopte una actitud si los demás no van a imitarla.

—¿De dónde ha sacado Faith la impresión de que los miembros de su familia imitan el ejemplo que ella da? —preguntó Daniel.

Ridley se volvió y se encaminó a la ventana con pasos que mostraban su conciencia de estar siendo observado, y se quedó de espaldas a la habitación.

—Los ojos de Ridley contemplan sin ver un paisaje conocido —dijo Graham con una voz que delataba que no era únicamente esto lo que estaba pensando.

—Me alegro de que haya abandonado esa posición en mitad de la habitación —dijo Daniel—. No era la más adecuada en estos momentos.

—Habláis como si estuviera en la picota y sintierais deseos de tirarle huevos podridos —dijo Hope.

—¿Cómo es que la gente tenía tantos huevos cuando iba a ese lugar? —intervino Isabel—. ¿Llevaban provisiones, como si se tratara de rapé o tabaco?

—Quizá habían puestos de venta cerca de la picota —dijo Daniel —, del mismo modo que en el zoo venden bollos y cacahuetes, a fin de que la gente pudiera dar rienda suelta a su forma normal de comportarse ante cualquier clase de criatura cautiva.

Faith miró al sonriente grupo con ojos firmes.

—Faith piensa que tendríamos que estar cariacontecidos —dijo Isabel—. Y os aseguro que no sé por qué.

—Sé que desde el fondo de vuestros corazones os sentís infinitamente agradecidos —dijo Faith.

Regan observó el reencuentro de su hijo con su familia sin celos, emoción ni deseo. Si alguien le hubiese dicho que expresara un deseo, habría dicho lo que ahora tenía.

Fulbert vio la solitaria figura de Ridley y se encaminó hacia él.

—Bien, Ridley, deberíamos dar los pasos que nos permitan cerrar el extraño abismo que se ha abierto entre los dos. Tengo muchas cosas que agradecerte y espero que no estés resentido contra mí por haberme levantado de entre los muertos. De haber podido, habría elegido mejor momento. Intenté hacerlo un par de días antes, pero el destino se opuso. Menos mal que no ha ocurrido un par de días más tarde. No entiendo cómo pudo perderse mi carta. Fue una desgracia, ya que es una cosa que ocurre muy raras veces. Haré que investiguen ese asunto. ¿No has vuelto a recibir ninguna carta después de las dos que te llegaron hace algunos meses?

—Fulbert —dijo Ridley, alzando la vista—, no he recibido ninguna carta tuya ni que se refiriese a ti, con la sola excepción de esas dos que tú has mencionado. Con ellas actué de acuerdo con las instrucciones que me habías dado. Y lo mismo hubiera hecho con la última, si me hubiese llegado.

—Quería evitarle la conmoción a mi familia. Y en lugar de mandar un telegrama decidí escribir, para ahorrarles las semanas de espera. No sé si hice bien o mal, pero ahora ya estoy por fin en casa, y no puedo lamentar que me haya presentado así.

—Fulbert —dijo Ridley, mirando a los presentes con una expresión emocionada—, esto es todo cuanto podía desear para ti.

—Haces bien en no hablarme de tus verdaderos sentimientos. Y jamás te preguntaré cuáles son.

—Tú hablabas ahora mismo del abismo que nos separaba —dijo Ridley, dolorosamente—. Si estás dispuesto a que lo salvemos, yo

también haré el esfuerzo que me corresponda. Es todo lo que puedo ofrecerte.

—Corramos un velo sobre este momento —dijo Graham, como si fuera incapaz de contener la lengua—. Puede resultar demasiado embarazoso.

—Padre y Ridley hubiesen podido tener este encuentro en circunstancias que no les hubieran convertido en el blanco de todas las miradas —dijo Daniel.

—Así no hará falta que nos den explicaciones más tarde —dijo Isabel—. Y espero que no se nos dé ninguna.

—Bien, habéis sido testigos de una escena que pocas personas llegan a vivir —dijo Fulbert, volviéndose para mirar a sus hijos—. Y siempre que la recordéis os alegrará haber podido contemplarla. Os llevaréis el recuerdo a vuestra tumba. Y será para vosotros una buena lección. Sería difícil imaginar otra escena que iluminase mejor el verdadero carácter de la naturaleza humana.

—Yo diría que eso es casi un ataque personal —dijo Hope.

Graham volvió a mirar a Ridley, que tenía la mirada fija en el suelo.

Honor se acercó a Gavin.

—¿Te parece que también nosotros pronunciemos nuestro «Nunc dimittis»? —preguntó, con los ojos brillantes.

Gavin encajó su mirada silenciosamente.

—Quiero decir que quizá ésta sea la oportunidad que esperábamos para subir otra vez arriba.

—¿No quieres quedarte con Padre?

—Ahora que ya está aquí, me da lo mismo. Quiero disfrutar de mi vida de siempre, pero sabiendo que ha regresado.

Gavin reflexionó un momento sobre la cuestión.

—Deberíamos esperar a que nos despidieran —dijo.

—Permitidme ahora que haga una cosa más por vosotros, una cosa que no supondrá ningún esfuerzo para vuestros corazones —dijo Fulbert, que había estado desenvolviendo un paquete—. No es para eso que he vuelto a casa. Voy a enseñaros fotografías de los lugares en donde he estado, y de aquellos que hubiese podido ver si no fuese porque me puse enfermo. Disponeos de modo que todos las podáis ver.

Él se instaló en un sillón. Luce se asomó por encima del respaldo. Venice e Isabel se sentaron en los brazos, y Honor en una rodilla de su padre. Daniel y Graham se situaron en pie a los lados, y James y Gavin se arrodillaron a sus pies. Nevill se quedó a cierta distancia, con la vista fija en las fotografías. Ridley avanzó lentamente y se situó en

un punto que le permitía verlas, como si fuera natural que también él participase en la escena. Eleanor contempló el grupo formado por su esposo y sus hijos. Regan y Sir Jesse lo observaron con un levísimo giro de sus ojos. Faith permaneció en donde se encontraba, como si nada pudiese tener importancia, en la medida en que ella no ocupara un lugar en la proximidad de Fulbert.

—Esta es la casa en donde viví —dijo Fulbert—. Y esa es la ventana de la habitación donde pasé mi enfermedad. Durante muchos meses no vi nada que no fuera este cuadrado de cristal.

Nevill se acercó y apoyó el dedo en ese punto.

—Ahí estuvo Padre —dijo.

—El cristal no es cuadrado —dijo Gavin.

—Es rectangular —dijo Honor.

—Padre pintó ese cuadro —dijo Nevill.

—Es una fotografía —dijo James.

—Es un cuadro de una casa —dijo Nevill, que hasta entonces sólo había visto fotografías de personas.

—¿No podías ni hablar? —le preguntó Honor a su padre.

—No lo suficientemente bien como para que me entendieran.

—¿No podían hacer lo que tú querías?

—Eso fue lo peor, pequeña. ¿Verdad que tú hubieras sabido averiguarlo?

—Nevill también hubiera sabido —dijo el pequeño.

—Honor no hubiese podido averiguar nada sin entender lo que decías —dijo Gavin.

—Ah, una mirada amorosa es capaz de comprender muchas cosas —dijo Fulbert.

—Entonces, ¿quieres decir que los que estaban contigo…, que no te querían apenas? —preguntó James, en un tono agudo y tenso.

—No me querían tanto como me quieren mis hijas —dijo Fulbert, tomando el brazo de Isabel y rodeando con él sus hombros, y haciendo luego lo mismo con el brazo de Venice.

—No te querían tanto como Nevill —dijo el pequeño.

—Parece que el viaje te ha sentado bien —dijo Luce—. Estás más delgado y un poco más envejecido, pero te encuentro igual que siempre.

—Si no hubiese sido así, no habríais vuelto a verme. No me habría atrevido a ser un padre reducido a la categoría de fantasma o espantapájaros.

—Si Honor no hubiese podido verte hasta el momento de encontrarte bien de nuevo, no habría podido hacer lo que tú querías

—dijo Gavin.

Fulbert levantó la mano de Honor hasta su propia mejilla.

—Me encantaría que Padre lo dispusiera todo de modo que también pudiese arrancarme a mí esas caricias —dijo Graham—. Tal como están las cosas en este momento, parece que yo sea un hijo carente de sentimientos.

—Isabel no se cansaría nunca de mirar a su padre —dijo Fulbert.

—Nevill también mira a Padre —dijo el pequeño—. A Nevill le *gusta* mirarle.

—Ahora podéis ver las fotografías vosotros solos —dijo Fulbert— ¿Qué preferís, repartíroslas, o verlas todos a la vez?

—Todos a la vez —dijo James.

—Siempre es el mejor modo.

—Quiero ver ésa en la que sales tú, Padre —dijo Isabel.

Fulbert la apartó del resto y se la puso en la mano.

—El día en que tú te fuiste, Madre me dio una fotografía en la que salías tú, Padre —dijo Venice.

—Pues, como hoy es el día de mi regreso, aquí tienes otra.

—Tú mismo me diste una aquel día —dijo Honor, obteniendo un resultado similar.

La mirada de James se posó en las fotografías, con ciertas dudas respecto a cuál sería la respuesta obtenida por él en caso de que hiciese una sugerencia parecida.

—Nevill quiere un retrato pequeñito —dijo Nevill.

—Ven a sentarte en mi otra rodilla, como Honor, y te enseñaré todas las fotografías —dijo Fulbert.

Nevill se adelantó y luego retrocedió sobresaltado, miró a su padre, y al cabo de un momento corrió hacia Ridley y trepó por sus piernas, como si fuera una persona intercambiable con Fulbert.

—Tendré que ver qué encuentro en mis bolsillos —dijo Ridley, insistiendo en su actitud de actuar con normalidad—. Aquí tengo un monedero y una agenda y una caja de cigarros, y lápiz de oro con portaminas.

Nevill miró primero los objetos y después el rostro de Ridley.

—¿Verdad que esto es mejor que una fotografía?

—¿Es de oro auténtico? —preguntó Gavin—. ¿Se lo ha regalado alguien?

—Sí, es un regalo —dijo Ridley, absteniéndose de mencionar que era Eleanor quien se lo había hecho—. Si tiras de aquí puedes sacar una mina más larga.

—Se mueve —dijo Nevill, un tanto inquieto, bajando la mano

hacia el lápiz y alejándolo de sí.

—Tira de la mina, a ver si es muy larga —dijo Ridley.

—Nevill lo hará —dijo el pequeño, mirando a su alrededor antes de empezar a hacer lo que le decían de manera muy cautelosa. Y estallando en una nerviosa carcajada cuando vio que al tirar de la mina ésta avanzaba.

—Hay una hoja suelta en la agenda —dijo Gavin—. Ahora ya sé leer la letra de los mayores; tan bien como Honor; hasta me gusta leerla. ¿Qué ocurre? No la voy a romper. Y, además, está suelta.

Ridley había saltado para quitarle la hoja, pero como vio que Gavin se alejaba cambió de actitud y le tendió sonriente la mano.

—Tengo que pedir que se me devuelva lo que es mío —dijo.

—Gavin, devuélvele la hoja inmediatamente —dijo Luce—. No está bien leer cosas de los demás.

—No es más que una lista como las que hace Madre cuando va a la ciudad. Además, es cortísima.

—Es una nota, para no olvidarse de las cosas —dijo Honor.

—Y, en ese sentido, ocupa un lugar en mi vida —dijo Ridley, que seguía con la mano tendida hacia Gavin.

—Puedo leer esta letra sin equivocarme —dijo Gavin—. Hay líneas de dos o tres palabras, y algunas de más. ¿Qué ocurre? Me haces daño.

—Ha llegado el momento de reclamar mi propiedad —dijo Ridley, en un tono que se dirigía al resto de los presentes.

Hubo un momento de agitación y un murmullo de protesta, y todos los ojos se volvieron hacia el adulto y el niño.

—«Solicitar certificado matrimonio. Firmar contrato de la casa. Tren y hotel» —leyó Gavin—. Es facilísimo. Sólo quedan unas pocas líneas más. Cada una trata de un asunto distinto. Déjemela sólo un momentito más. Déjeme que la lea hasta el final. —Eludió la mano de Ridley que intentaba otra vez arrebatarle la hoja, y se metió en un rincón, fuera de su alcance—. «Fulbert en la Posada Crown desde el diez hasta el quince. Conservar carta y destruir sobre. Escribir desde el extranjero, como si hubiese quedado retenida y luego remitida allí. Pagar casa». Déjame en paz. No es más que una hoja suelta.

Ridley estaba inclinado sobre la mesa de despacho, manoteando el aire por encima de la hojita. Hubo un silencio que primero fue muy profundo y luego se convirtió en un murmullo. Fulbert se puso en pie, se acercó a Ridley, y se quedó junto a él esperando a que se volviera. Eleanor se aproximó al grupo, y, al encontrarse entre los dos hombres, se desplazó hacia su marido. Regan avanzó, simple y fieramente acusadora. Sir Jesse se quedó en donde estaba, lanzando una mirada

furibunda, pero reservando sus palabras para más adelante. Luce se quedó quieta, simplemente pasmada. Faith lo observó todo desde su rincón, con los ojos fijos en su hermano. Hope y Paul permanecieron en sus asientos, mirándose el uno al otro de vez en cuando. Daniel se adelantó hasta situarse al lado de sus padres. Graham e Isabel miraron a Ridley, como si fueran incapaces de contener sus deseos de sentir de cerca lo que él estaba experimentando. Los niños contemplaron la escena, con diversos grados de comprensión de la misma. Gavin esperaba el merecido reproche.

—¿Qué pasa? —le preguntó susurrando a Honor.

—No tiene nada que ver contigo. No eres tú el que ha hecho una cosa mala.

—Gavin no tenía mala intención —dijo Nevill dirigiéndose a su madre, pero a sabiendas de que nadie aceptaría esta opinión.

—Así, Ridley —dijo Fulbert, hablando con el mentón muy alto y los ojos casi tapados por los párpados—, que ésta es la clase de amigo que tengo.

Ridley parecía estar preocupado por su agenda, en la que había otras páginas sueltas.

—Yo no las he arrancado —dijo Gavin.

—Disculpa, pero las has arrancado tú —dijo Ridley, sonriéndole pero con la mirada ausente.

—Si te callas, se olvidarán de ti —le dijo Honor a su hermano.

—Parece, pues, que mi carta sí llegó a tiempo —dijo Fulbert, sin cambiar de actitud.

Ridley mantuvo la mirada fija en su agenda, y fue colocando las hojas en su sitio de manera meticulosa.

—Esta agenda ha resultado muy útil —dijo Regan—. Aunque no por primera vez. ¿Qué hubiese ocurrido cuando mi hijo hubiera llegado a casa? Su esposa habría seguido siendo esposa de él.

—Nominalmente —dijo Ridley, con amabilidad, mientras sus dedos seguían atareados y sus ojos los vigilaban atentamente—. Pero nosotros hubiéramos seguido viviendo juntos. Su hijo habría tenido bases suficientes para emprender cualquier clase de actuación legal. Y Eleanor se habría sentido más feliz viviendo en su propia casa, conmigo. Esta casa no es un hogar para ella. ¿Por qué no iba yo a poder pensar en ella y en mí? —Parecía estar haciendo un gran esfuerzo por mantener un tono ecuánime, como si quisiera evitar que los testigos de la escena le vieran acalorarse—. ¿Por qué tenía que haber pensado únicamente en un hombre que sólo pensó en mí para ponerme a su servicio? ¿Por qué tenía yo que servirle? ¿Por qué creía

él que yo tenía el deber de hacerlo? ¿Por qué es él mejor que yo?

Sir Jesse se interpuso bruscamente entre Ridley y Regan, y sus manos le cayeron a los costados, como si sus emociones consumieran todas sus fuerzas.

—Deja de hablar con mi esposa. ¿Por qué tiene ella que oírle y contestar? Mejor será que, mientras estés en mi casa, permanezcas en silencio. Y como eres el hijo de un amigo mío, puedes abandonarla cuando gustes. No pienso hablar contigo de mi hijo. Sería incapaz de hacerlo.

Ridley se volvió como si fuera a obedecer la insinuación de Sir Jesse, pero al cruzarse con él se detuvo un momento, abrió la agenda y sacó otra cosa de la parte de atrás. La sostuvo luego ante los ojos de Sir Jesse, y luego dio otro paso y se la mostró a Regan.

—Tiene usted razón cuando afirma que esta agenda es muy útil. Y vuelve a serlo una vez más. Me ha servido para varias cosas.

Sir Jesse no tuvo tiempo de encontrar sus gafas. Regan llevaba las suyas puestas y miró la fotografía. Miró también la mano de Ridley, vio que la sujetaba con firmeza, lanzó una mirada a su esposo, y regresó a la chimenea.

Ridley avanzó y sostuvo la fotografía ante los ojos de Fulbert, su esposa, y sus tres hijos mayores. Hope abandonó su asiento y se acercó a mirarla; Paul siguió su ejemplo; Isabel reunió fuerzas e hizo lo mismo. Sir Jesse, que a estas alturas había deducido qué clase de fotografía era, se adelantó, confirmó su sospecha y se retiró. Regan mantuvo la mirada baja. Su rostro permanecía inescrutable. Faith echó una ojeada a sus padres y se volvió a un lado, como si no quisiera ceder a la curiosidad.

Era una fotografía de un hombre y una mujer, sentados en actitud propia de amantes, con los brazos entrelazados: Sir Jesse y la madre de los Marlowe.

Volvió a oírse la voz de Ridley.

—Todo el mundo puede comprobar que no soy el único hombre capaz de descarriarse. Encontré esta fotografía entre unos documentos. Fue sacada hace algunos años, en Sudamérica, y nos cuenta lo que allí ocurrió. Me la lleve con intención de destruirla, pero el ejemplo que se me ha dado aquí es muy otro. Mostraré que no soy el único hombre que siente tentaciones propias de hombre, y que no soy tampoco el único que puede ceder ante ellas.

—¿Por qué no hiciste lo que habías pensado hacer? —preguntó Regan, desde la chimenea.

Luce llamó a Isabel y Venice y James, y les condujo hacia la

puerta, inclinándose para hablar un momento con Regan.

—Abuela, algunos de nosotros somos demasiado jóvenes para entender nada. Y otros tenemos la edad suficiente para entender cualquier cosa. Estos tres están entre los unos y los otros.

Regan asintió con un gesto y sonrió, con una expresión casi plácida.

Los tres niños abandonaron la habitación. Isabel desconcertada y satisfecha a la vez; James demasiado pasmado para sentir siquiera curiosidad; y Venice aturdida y atormentada, pero animada por la promesa que leyó en los ojos de su hermana.

—Si usted me juzga a mí, también yo le juzgo a usted —le dijo Ridley a Sir Jesse—. Y declaro que usted es peor que yo.

Se volvió y se fue con la cabeza gacha hacia la puerta, y pareció atravesarla a empellones, como si el hueco ofreciera cierta resistencia tangible. Al mover las manos, le cayó la fotografía, y Gavin, enfurecido y vigilante aún, se lanzó a por ella y se la entregó a Fulbert. Faith vio cómo se iba su hermano, y luego avanzó lentamente, como sí no lo hiciera movida por su propia voluntad, hacia Daniel y Graham, y reveló el objeto de sus palabras con una fugaz mirada dirigida a Sir Jesse. Fulbert volvió junto a sus hijos, que seguían con las fotografías esparcidas por el suelo.

—Bien, ¿cuál os gusta más? —dijo, tomando asiento de nuevo e inclinándose hacia Nevill.

Nevill recogió todas las fotos y las dejó caer sobre las rodillas de Fulbert.

—Todas son de Padre —dijo.

—A partir de ahora creerá que las fotografías son cosas siniestras —dijo Graham.

—No he roto la hoja —dijo Gavin.

—Ya sabemos que no lo has hecho, hijo mío —dijo Eleanor.

—Gavin ha ido con mucho cuidado —dijo Nevill.

—Me siento agradecido a Gavin —dijo Daniel—. Él ha puesto fin a la necesidad de sentir compasión de Ridley.

—No estoy muy segura, Daniel —dijo Luce—. ¿Sentimos ahora menos compasión que antes? Aunque, naturalmente, también tenemos otros sentimientos.

—¿Qué fotografía te gusta más? —le dijo Fulbert a Nevill.

—Nevill se quedará la que tenía Mr. Ridley.

—Padre se la ha guardado en el bolsillo —dijo Gavin.

—Mañana te buscaré una para ti —dijo Fulbert.

—Abuelo ha gritado —dijo Nevill—. Estaba muy enfadado. Y Mr.

Ridley también.

Sir Jesse se desplomó en una butaca al oír su nombre, como si esto le hubiese permitido cierta vía de escape, y se quedó sentado con la cabeza gacha y los hombros hundidos, insinuando que se sentía derrotado.

—¿Quién va a vivir en la casa nueva? —dijo Gavin—. Ahora Madre no va a casarse con Mr. Ridley.

—Madre se casará con Nevill —dijo el pequeño—, y tendrá una casa muy bonita en lugar de ésta.

—Vivirán otras personas —dijo Honor.

—Otras no —dijo Nevill—. Mr. Ridley no les dejará.

—Quizá viva él, solo.

—No, solo no. Se enfadaría mucho.

—¿A quién prefieres, a Mr. Ridley o a Padre? —preguntó Gavin, dirigiéndose repentinamente a Eleanor, tratando de remediar su propia incertidumbre sacando la de ella a colación.

—Padre es mi esposo —dijo Eleanor, sin la menor vacilación—, y siempre nos hemos querido el uno al otro, y siempre nos querremos. Pero Ridley se portó muy bien conmigo cuando yo creía que Padre no iba a regresar, y siempre le estaré agradecida. Algún día lo comprenderéis.

—Yo ya lo comprendo ahora —dijo Honor—. Mantuvo en secreto el regreso de Padre para poder casarse contigo antes de que los demás se enterasen. Cedió a la tentación.

—Creo que ya podéis iros arriba —dijo Eleanor, acariciándole el pelo a su hija.

—¿Qué es lo que ha hecho Mr. Ridley? —le preguntó Gavin a su hermana, en voz baja.

—Te lo diré cuando lleguemos arriba.

—Ya podéis iros arriba —repitió Eleanor—. Siempre le tendréis simpatía.

—Yo no he dicho eso —dijo Gavin.

—Yo no siento antipatía contra él —dijo Honor.

—Venga, he dicho que ya podéis iros arriba —dijo Eleanor—. Dadle un beso a Padre antes de subir.

—Nevill besará también a Madre —dijo el pequeño, acercándosele —. Y Mr. Ridley volverá pronto y no se irá nunca más.

—He dicho que ya podéis iros arriba.

—¿Crees que haces bien, Eleanor? —intervino Hope.

—Decidle a Hatton y a Mullet que luego subiré a verlas —dijo Fulbert al despedirse de sus hijos.

—Nevill se lo dirá —dijo el pequeño, y se adelantó corriendo a los otros, camino de la escalera.

—Creo que debería irme a casa, Madre —dijo Faith—. Tengo la sensación de que uno de nosotros debería hacerle compañía a Ridley.

—Me alegro de que adoptes esta noble actitud, hija. Eso hace subir la media de nuestra familia. Y parece que lo necesita bastante.

Faith se encaminó con expresión grave hacia la puerta. Sir Jesse se puso en pie y, sin mirar a nadie, hizo lo mismo, como si le resultara más fácil imitar el ejemplo de otro. Regan se levantó al cabo de un minuto y, dejando recogida su costura, sonrió a los presentes y se fue también. Paul avanzó desde el fondo de la habitación, como si ahora se hubiera librado de ciertas ataduras.

—Bien, voy a llevarme a mi esposa —dijo Fulbert—. Siento deseos de instalarme en mi sillón. Hace muchos meses que no lo uso. Y, si no me la llevo conmigo, aparecen otras personas que trazan proyectos para ella. Me ha hecho sentirme muy feliz que mis amigos hayan venido a darme la bienvenida. Y os deseo que disfrutéis de vuestros cotilleos; seguro que serán divertidos.

—Serán maravillosos —dijo Hope, adelantándose rápidamente hacia el centro del grupo—. Y como todos tenemos un pariente que ha caído en desgracia, no habrá ningún embarazo personal que malogre la ocasión. No me he atrevido a comentar el deshonor de mi familia.

—Quizá no nos atrevamos jamás a hacerlo —dijo Paul—. Y así será mucho lo que nos ahorremos. ¡Pobre chico! ¡Pobre chico!

—No debe de ser frecuente que dos personas se vean desenmascaradas en una misma reunión —dijo Daniel.

—Casi nunca vemos ninguna clase de desenmascaramientos —dijo Paul.

—Es mejor para todos que haya sido a la vez —dijo Graham—. Al menos para los que han quedado desenmascarados.

—Se han librado de la sensación de soledad —dijo Hope—. Es evidente que las vidas de los seres humanos son tal como suele suponerse que son. Y algunos tienen la desgracia de que su secreto salga a la luz.

—Las personas deberían guardar para sí mismas sus momentos más sombríos —dijo Daniel.

—Y no hay duda de que es aconsejable que no se dejen fotografiar en tales momentos —dijo Paul.

—¿No sería mejor que no hablásemos de ello? —dijo Faith.

—Sería lo peor —dijo Hope—. Y es por eso que no te has ido en pos de Ridley.

—Creo que todos nosotros deberíamos irnos lo antes posible, Madre.

—Seguro que habrá tomado el último tren para Londres —dijo Paul.

Faith volvió sus graves ojos hacia su padre, en relación con una frase que podría haber callado.

—No sé si habrá alguien allí que pueda darle la bienvenida —dijo Hope.

—Abuelo ya tenía bastantes canas cuando decidió echar una al aire —dijo Daniel.

—Tampoco parece que fuera una actitud muy alocada —dijo Graham—. La gente que puede sostener dos familias tiene que estar en muy buena posición.

—¡Pobre Abuelo! —exclamó Luce—. Seguro que se encontraba muy solo tan lejos. No es que quiera excusarle.

—No hay excusa concebible para las diversas locuras que parece haber cometido —dijo Paul—. Son las cosas que pasan cuando no tienes a nadie que te critique.

—¿Cómo se las arregló para dejar a esa mujer cuando regresó a Inglaterra? —preguntó Graham.

—No te servirá de nada averiguarlo, Graham —dijo Daniel—. Jamás llegarás tan lejos como tu abuelo.

—Debió de confesarle la verdad acerca de su vida aquí —dijo Paul —. Y volvió a vivir con ella cuando fue allí por segunda vez. Murió al nacer Susan.

—¡Y yo que te compadecía por tener que estar de tertulia con él! —exclamó Hope—. ¡Es asombroso hasta dónde puede llegar la camaradería entre los Hombres!

—Supongo que sería una mujer de posición social inferior —dijo Faith.

—Yo en cambio no lo creo, al menos no en el sentido que eso tendría aquí —dijo su padre—. Tanto las diferencias sociales como las demás no son muy importantes fuera de nuestro país.

—Y cuando se enteró de su muerte, mandó llamar a los tres hijos —dijo Faith—. Me alegro de que no decidiera eludir sus responsabilidades.

—¿Van a enterarse ellos de quién es su padre? —quiso saber Graham.

—No. No debemos revelárselo jamás —dijo Paul—. Él cree que así es mejor, tanto para ellos como para sí mismo. Y cito sus palabras.

—Ahora que ya no es un secreto suyo, debe de temer que el rumor

se filtre —dijo Graham.

—Será un secreto para todos nosotros.

—Bueno, al menos es un tipo de secreto de los que no son molestos de guardar —dijo Hope.

—¡Pobre Abuela! —exclamó Luce, con dulzura.

—¡Sí, pobre Lady Sullivan! —exclamó Faith—. Ella sí que es una figura trágica. Creo que ha demostrado un gran heroísmo, especialmente por su silencio.

—Creo que nadie habla de heroísmo a no ser que vaya acompañado de silencio —dijo Hope.

—Hace años que ella lo sabía —dijo Paul—. Se fijó en el interés que demostraba Sir Jesse por esos jóvenes, vio que se le parecían, y adivinó la verdad.

—¡Y pensar que ha sobrellevado esta carga durante tanto tiempo! —dijo Faith, sacudiendo lentamente la cabeza.

—Eso es asunto de Abuelo —dijo Daniel—, o debería haberlo sido.

—¿Te lo dijo ella a ti, Paul? —preguntó Hope.

—Le hizo una observación a él.

—¿Le importó a Abuelo? —dijo Graham.

—Bueno, me parece que para él fue una conmoción.

—No puede suponer que va a librarse de todo sufrimiento, ¿no? —dijo Faith.

—Es como si Abuelo hubiera pecado durante años, y sólo hubiese tenido que padecer durante un momento —dijo Graham, como sí se alegrase de que pudiera ser así.

—Menos mal que eso ya no puede separarles —dijo Faith—. Y yo diría además que Lady Sullivan es una mujer que conoce muy bien a los hombres.

—No sabía que tú los conocieras, hija —dijo Hope.

—Todas las mujeres tienen que conocerles por fuerza, al menos en cierto sentido.

—Pues no sé cómo van a lograrlo, al menos en ciertos casos.

—No hace falta que sean cosas muy concretas, Madre.

—Ah, ya. En ese caso, parece que somos de la misma opinión. ¿Y cómo es que podemos hablar del error de Sir Jesse y olvidarnos del de Ridley?

—Prefiero que no cambiemos de tema, si no te importa —dijo Paul —. De todos modos, jamás habría adivinado que este muchacho podía llegar a ser tan osado.

—Hace algún tiempo que siento un involuntario respeto por él —dijo Hope—. Y como en mí el respeto es siempre así, pienso que quizá

los demás le respetéis más dignamente.

—Yo no puedo respetarle —dijo Faith, con calma—. Pero me inspira bastantes sentimientos.

—No puedo olvidar la tragedia de Abuela —dijo Luce—. No ha ocurrido hoy, pero debió de haber un día en el que ocurrió.

—Por fuerza —dijo Faith.

—Teniendo en cuenta lo que suponía esa expedición, no es de extrañar que Abuelo nos juzgara demasiado jóvenes para emprenderla —dijo Daniel.

—¿Encontró Padre alguna huella de lo que ocurrió? —preguntó Graham.

—No lo ha dicho —dijo Paul.

—Quizá Abuelo le preparó de antemano.

—¿Alcanza la camaradería entre los hombres incluso a las relaciones entre padres e hijos? —inquirió Hope.

—Imagino que, para un hombre, vivir un período muy largo lejos de su casa supone muchísimas cosas.

—Tampoco a Ridley le ha ido nada mal, sin haber salido de su pueblo —dijo Paul—. Espero que no vaya más lejos cuando salga de él. Porque ahora no volverá a vivir aquí.

—Supongo que así será, Padre —dijo Faith.

—¿Se parecen los Marlowe a Abuelo? —quiso saber Luce—. ¿Y se llaman realmente Marlowe?

—Sí, ése era el apellido de su madre —dijo Paul.

—Claro, los hijos naturales suden llevar el apellido de su madre —dijo Faith—. Siempre les he encontrado algún parecido con alguien, pero nunca he sido capaz de averiguar con quién.

—Yo siempre he creído que se parecían entre sí —dijo Graham—, y me parece que ése es su principal parecido.

—Era imposible que nadie les encontrara parecido a vuestro abuelo, por la simple razón de que nadie lo buscaba —dijo Paul—. De haberse conocido el vínculo consanguíneo, no habría hecho falta adivinarlo.

—Los Marlowe son medio tíos nuestros —dijo Luce, en su tono de broma.

—Mejor será que no pienses en ello —dijo Paul—. Las cosas que pensamos suelen escapársenos por nuestros labios.

—Por eso hablamos ahora de esto —dijo Hope.

—Y bien, ¿cómo le haremos frente ahora a Abuelo? —dijo Luce.

—Sí, seguramente seremos nosotros quienes le hagamos frente —dijo Daniel—, cuando debería ser al revés.

—¡Pobre Abuelo! —exclamó Luce.

—Os admiro sinceramente —dijo Hope—. Carecéis de la severidad propia de los jóvenes. Ni siquiera de Faith esperaba que fuese tan tolerante; incluso es posible que hubiera desaprobado esa actitud. Estoy convencida de que cada nueva generación mejora a la anterior.

—A mí no puedes acusarme de ser joven, Madre —dijo Faith.

—¡Y pobre Abuela! —exclamó Luce, como si fuera absolutamente incapaz de abandonar esta idea.

—Sí lo más difícil de perdonar son los embustes de Sir Jesse —dijo Faith—. Esos largos años en los que ha engañado a su esposa. Se me hace muy cuesta arriba.

—Pero se lo perdonas a pesar de todo, hija —dijo Hope.

—Pretendió llevarse a la tumba ese secreto que les separaba, Madre.

—Pero ahora ya ha salido a la luz —dijo Graham—. Que es lo que él pretendía evitar. Lo único que él quería era guardar silencio. Porque morir nunca ha entrado en sus planes.

—Jamás olvidará que soy el padre de Ridley —dijo Paul—. En cierto sentido eso puede ser liberador para mí.

—¿Y su propia y diversificada paternidad? —preguntó Daniel.

—Ya me he recuperado de esa noticia. No soy como él.

—Sí, se lo perdono todo —dijo Faith, en un tono apresurado que fue haciéndose más fuerte a medida que continuaba hablando—. La pobre Eleanor Sullivan se encuentra en una situación desdichada.

—Que ahora ha mejorado mucho —dijo Daniel—. Prefiere Padre a Ridley.

—Bueno, pero es una situación especialmente difícil.

—Lo peor ya ha quedado atrás.

—Qué duro regreso ha tenido vuestro padre.

—El instinto que le indujo a prepararnos no podía ser más acertado —dijo Luce, sonriendo.

—Puede considerarse afortunado, teniendo en cuenta que al final no nos preparó —dijo Graham—. Nadie había olvidado su nombre, ni nada parecido Y casi parecía que se quedara sorprendido de que haya sido así.

—¿Por qué bromeamos sobre este asunto? —inquirió Luce.

—Yo no lo he hecho —dijo Faith, levantándose de su asiento—. Bien, no es un día adecuado para quedarse aquí más de la cuenta.

—Mi corazón se estremece cada vez que pienso en la perspectiva de la primera reunión familiar —dijo Graham—. ¡Es terrible pensar que tendrán que estar presentes a la vez Abuelo y Abuela y Madre!

—¡Y que tenga que ocurrir precisamente el día en que nos ha sido devuelto nuestro padre! —exclamó Luce—. Esto es lo que más me cuesta perdonarle a Abuelo.

—Seguro que debe de haberte resultado dificilísimo —dijo Faith, como si fuese imposible que el perdón no hubiese sido concedido.

—Es una suerte que Padre tenga un corazón tan robusto que es capaz de soportar cualquier cosa —dijo Daniel.

CAPÍTULO XII

—¡Padre ha vuelto a casa! —exclamó Honor, entrando de golpe en el aula—. Estuvo enfermo y sin sentido, pero no murió. Madre no puede casarse con Mr. Ridley y todo volverá a ser como antes.

—Cuánto me alegro por ti, pequeña —dijo Miss Pilbeam, agachándose para besarla—. Ayer noche me enteré, y no sabes el júbilo que sentí.

Honor dio un paso atrás con expresión consternada, y Gavin, que estaba detrás de ella, se detuvo repentinamente.

—Hoy hubiésemos tenido que hacer fiesta, pero a Madre no se le ocurrió —resumió Honor, en un tono casi extraño—. Y ha dicho que, como usted iba a venir de todas formas, sería mejor que lo aprovechásemos para dar clase.

—Creo que a vuestro padre le encantará que estudiéis mucho.

—A él no le importa —dijo Honor, girando sobre un pie.

—¿No le gustaría a usted que su madre pudiese regresar? —preguntó Gavin, con un sencillo aire de superioridad.

—Desde luego que sí —dijo Miss Pilbeam.

—Imagino que no va a poder hacerlo, porque murió estando en su casa, ¿verdad?

—No, no va a poder hacerlo. Lo sé.

—Pero no me extrañaría que ya no sintiera tanto su muerte como al principio —dijo Gavin, revelando así su propia experiencia de los efectos del tiempo.

—La siento tanto como antes. Pero he tenido que acostumbrarme a ella.

—Eso es no sentirlo tanto —dijo Honor, que seguía dando vueltas.

—Tú seguiste sintiendo lo de tu padre.

—Sí, pero cada vez menos; es lógico. Le ocurre a todo el mundo. Y hay otros que se cansan de que tú lo sientas. Le ocurría incluso a Madre. Pero si ahora Padre se muriese de verdad, lo sentiría muchísimo más incluso.

—Además, desde que la conocemos nunca ha llevado luto —le dijo Gavin a Miss Pilbeam.

—Nadie lleva luto toda la vida.

—Nosotros solemos llevarlo durante un año, a no ser que exista alguna razón que lo impida —dijo Honor—. Esta vez lo abandonamos porque Madre iba a casarse otra vez. No está bien que parezca que los niños siguen sintiéndolo cuando la madre demuestra que ha dejado ya de sentirlo.

—Me parece que no entendéis del todo a vuestra madre. En medio de sus circunstancias, tenía que tratar de aprovechar la vida al máximo.

—Si alguien lo sintiera de veras, difícilmente podría creer que su vida puede mejorar.

—Si su padre quisiera casarse con otra mujer, seguro que usted ya no creería que sigue sintiéndolo —dijo Gavin.

—Creo que trataría de comprenderle. Y eso es lo que estoy haciendo, efectivamente —dijo Miss Pilbeam, en un tono menos serio.

—¿Va a casarse con otra mujer? —preguntó Honor.

—Sí. Ayer noche me lo comunicó —dijo Miss Pilbeam, con una sonrisa tranquila y franca.

—Es gracioso que su padre decidiera casarse otra vez el mismo día en que nuestra madre se enteró de que no podía hacerlo.

Miss Pilbeam no se entretuvo haciendo comentarios sobre la coincidencia, pese a que era fácil de explicarla diciendo que su propio padre aprovechó la noticia para comunicar la suya.

—¿Odia usted a su padre por eso? —quiso Gavin.

—No, en absoluto. Tampoco vosotros odiasteis a vuestra madre, ¿no es cierto?

—La verdad es que mi afecto disminuyó considerablemente —dijo Honor.

—¿Deseabas que tuviera que estar sola?

—Pensaba que eso no tenía remedio.

—Esa nueva esposa será su madrastra —dijo Gavin, con un tono amenazador.

—Sí, lo será. Pero es una antigua amiga.

—A lo mejor su padre ya quería casarse con ella cuando su madre estaba todavía viva —dijo Honor.

—No. Estoy segura de que no.

—¿Suele la gente volver a casarse cuando se muere su esposo? —inquirió Gavin.

—No. Sólo lo hacen algunas personas. Creo que es más frecuente

entre los hombres.

—¿Y pueden seguir casándose tantas veces como quieran?

—Sí, en caso de que pierdan a su pareja —dijo Miss Pilbeam, en un tono ligeramente festivo.

Nevill entró en la habitación con aire ausente y la mirada fija en la pelota de cordel que llevaba en las manos.

—¡Vaya, qué pelota tan enmarañada! —exclamó Miss Pilbeam.

—Está hecha un lío —dijo Nevill, con tranquila resignación.

—Ya verás como yo te la arreglo.

—Mullet ha dicho que se la arregle Nevill —dijo el pequeño, rompiendo súbitamente a llorar.

—Mullet debía de estar ocupada.

—Mullet estaba ocupada —dijo Nevill, en un tono más animado y aliviado—. La pobre Mullet estaba muy ocupada. En otro momento no lo hubiera dicho.

—El padre de Miss Pilbeam va a casarse —dijo Honor.

—Pero no con Mr. Ridley —dijo Nevill, al instante.

—Claro que no. Los hombres no pueden casarse con hombres.

—No podrá quedarse la casa de Mr. Ridley.

—Tampoco la quiere. Tiene una casa propia. Y supongo que seguirá viviendo en ella.

—Sí, lo hará —dijo Nevill—. También es una casa bonita.

—Tú ni siquiera la has visto.

—A Miss Pilbeam le gusta —dijo Nevill.

—¿Le gusta? —preguntó Gavin, dirigiéndose a Miss Pilbeam—. A mí no me parece bonita.

—Nunca he pensado en lo que pueda parecerles a los demás. Siempre ha sido mi casa.

—Quizá su madrastra la eche —dijo Gavin.

—No creo que lo haga —dijo Miss Pilbeam, sonriendo.

—Si lo hiciera no se reiría tanto.

—Miss Pilbeam viviría aquí con Hatton y Mullet —dijo Nevill.

Honor y Gavin se miraron el uno al otro, y estallaron en una carcajada ante esta apreciación del lugar que ocupaba Miss Pilbeam.

Miss Pilbeam miró hacia la ventana.

—Yo soy «él»; tú eres «ella»; Miss Pilbeam es «eso» —dijo Gavin, dirigiéndose a su hermana, y actuando aparentemente de acuerdo con el impulso recibido de las palabras de Nevill.

Miss Pilbeam se volvió bruscamente hacia él.

—Supongo que su padre querrá más a la que será su madrastra que a usted —dijo Honor, rápidamente.

—Nos querrá de diferente forma.

—No. Querrá más a Miss Pilbeam —dijo Nevill.

—Ya veo que esta mañana estáis decididos a malgastar el tiempo.

—Bueno, es natural —dijo Honor.

—Sí, creo que lo es. Será mejor que os lea alguna cosa.

Nevill corrió inmediatamente a buscar un libro que había en el sofá, se lo entregó a Miss Pilbeam y esperó a que le sentara en su regazo.

—No queremos que nos lea ése —dijo Honor.

Nevill lo puso sobre las rodillas de Miss Pilbeam, volvió las páginas hasta llegar al punto, y empezó a leer él mismo en voz alta.

—No, no es esta página —dijo ella, tapándola con la mano—. Lo estás diciendo de memoria.

Nevill volvió más páginas, llegó a una que reconocía, y se puso de nuevo a recitar.

—No, no estás haciéndolo bien. Os leeré un poco de Robinson Crusoe. Estamos llegando al capítulo en el que encuentra una huella en el suelo.

Nevill se llevó su libro al sofá y siguió leyendo, recurriendo a la improvisación cuando le fallaba la memoria.

—Esta es una parte muy emocionante —dijo Miss Pilbeam.

—A veces se deja usted cosas —dijo Honor—. Lo sé, porque estoy leyendo este mismo libro por mi cuenta.

—Sería mejor que no leyeses el mismo libro que os leo yo.

—Me gusta leer lo mismo muchas veces.

—Sin duda, éste es un libro que se lo merece.

—Entonces, ¿por qué le ha dicho que no lo haga? —dijo Gavin.

—Me ha parecido que podría aburrirse cuando se lo leyera yo. Aunque, ¿verdad que Robinson Crusoe jamás podría ser aburrido?

—Creo que a veces hay circunstancias que lo hacen aburrido —dijo Gavin, en un tono tan animado que Miss Pilbeam no llegó a entenderle, que es lo que en parte pretendía él.

Miss Pilbeam se puso a leer, y Nevill alzó la voz para tapar la de ella, y siguió concentrado en el producto de su imaginación. Tanto Gavin como Honor parecían no enterarse de su presencia.

Después de que todo siguiera así durante algún tiempo, entraron en la habitación Eleanor y Fulbert.

—Bien, Miss Pilbeam —dijo este último—, he venido a darle pruebas de que es cierto lo que ha oído decir. No nos gustaría que pensase que ha aparecido un fantasma en la casa.

—Me alegro muchísimo de ver esa prueba, Mr. Sullivan —dijo Miss

Pilbeam, estrechándole la mano.

—Enseñadle a Padre lo que estáis haciendo —dijo Eleanor, dirigiéndose a los niños.

—No se encuentran en condiciones de aplicarse. Me limitaba a leerles un libro en voz alta. Así se tranquilizarán.

—¡Pobrecillos! Mañana habrán vuelto a la normalidad. ¿Y Nevill, qué está haciendo?

Nevill dirigió una sola mirada a su madre y siguió emitiendo su ininterrumpido torrente de palabras, pasando el dedo por la página de modo que pareciera que iba leyendo.

—¿Estás leyendo, hijito?

—Sí. Nevill y Miss Pilbeam están leyendo. Honor y Gavin no leen.

—¿De qué trata el libro?

—No hables con Nevill mientras está leyendo —dijo el pequeño, y reanudó su actividad.

—Es una imitación muy buena —dijo Fulbert.

Su hijo le dirigió una mirada, y volvió la página cuando su dedo llegó al final.

Hatton entró en la habitación, y él la miró y vaciló, y luego cogió el libro sin cerrarlo y corrió a su lado.

—Es hora de que descanses —dijo Hatton.

—Nevill leerá en la cama —dijo el pequeño.

—No, tienes que ir a dormir —dijo Eleanor, inmediatamente.

—Primero Nevill leerá un rato —dijo su hijo.

—Todavía siente un poco de vergüenza cuando me ve —dijo Fulbert.

—Ven a decirnos adiós a Padre y a mí —dijo Eleanor.

Nevill se le acercó, evitando mirar a Fulbert.

—Mr. Ridley volverá pronto. No estará mucho tiempo lejos como Padre. Y entonces Madre tendrá una casa muy bonita.

—Trató de consolarme después de que te fueras. Se ha acostumbrado a decir todas las frases consoladoras que se le ocurren —dijo Eleanor, sin prestar apenas atención al sentido de sus propias palabras.

—El padre de Miss Pilbeam sí que va a volver a casarse —dijo Gavin.

Eleanor volvió una mirada interrogadora hacia Miss Pilbeam.

—Sí, supe la noticia ayer noche —dijo esta última, en tono de conversación, e interesada por el asunto—. Y ahora ya no tendré que pensar tanto en mi padre. Pronto podré dedicarme un poco más a mí misma. Durante el último año casi no he tenido oportunidades de ser

egoísta.

—Me parece una decisión muy saludable, Miss Pilbeam. No deje de cumplirla —dijo Fulbert.

—La madrastra de Miss Pilbeam no la echará de su casa —dijo Gavin.

—Naturalmente que no —dijo Eleanor—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Bueno, porque de este modo no se notaría tanto que ella no es la primera esposa de Mr. Pilbeam —dijo Honor, espaciando un poco sus palabras—. Yo no querría casarme con ningún hombre que hubiese tenido otra esposa antes de mí. De haber sido Mr. Ridley, no me habría casado contigo.

—Pero Mr. Ridley se casará con ella —dijo Nevill, para tranquilizar a su madre.

—Soy yo el hombre que se casó con Madre —dijo Fulbert.

—No, Padre no se casó con ella. Tardó muchísimo tiempo en regresar. Pero Madre vendrá a visitar al pobre Padre.

—Mr. Ridley ya no va a venir más por aquí.

—No, porque tiene una casa. Esta es de Abuela.

—Madre ya no quiere otra casa —dijo Fulbert.

—Padre puede irse también a vivir allí —dijo Nevill, sorprendido al haber encontrado una solución para todos los problemas humanos.

—Madre y yo seguiremos viviendo aquí.

—Sí. Hasta mañana.

—No. Viviremos aquí toda la vida.

Nevill le miró a los ojos.

—Sí. Padre puede quedarse —dijo, y corrió junto a Hatton.

—Nevill quiere librarse de mí —dijo Eleanor, en un tono que mostraba que no daba crédito a sus palabras.

—No sabe qué quiere decir eso de casarse —dijo Hatton.

—Supongo que algún día lo averiguará —dijo Fulbert, enlazando el brazo con el de su esposa.

Cuando abandonaban la habitación, Honor, les siguió con la mirada.

—¿Qué se siente cuando tienes padre pero no tienes madre? —le preguntó a Miss Pilbeam—. Aunque, ¿verdad que usted quería más a su madre que a su padre?

—Me parece que sí.

—Lo piensa ahora porque su padre va a casarse con otra mujer —dijo Gavin—. Es por eso que solemos pensar que no nos gusta tanto.

—Pues si es así, no parece que seamos seres de sentimientos muy

profundos —dijo Honor.

—Es imposible escribir reglas para estos asuntos —dijo Miss Pilbeam.

Gavin miró a su hermana.

—¿Quieres tanto a Padre como pensabas que lo querías, cuando creías que estaba muerto? —inquirió, con naturalidad.

Honor dudó, o, mejor dicho, hizo una pausa.

—Mira, tampoco creo que sea un hombre tan extraordinario; pensé que lo era más. Pero ahora acepto completamente que esté hecho de la misma arcilla que los demás. Y me parece que esto es mucho mejor para los que tienen autoridad sobre nosotros.

—Si muriese ahora, ¿lo sentirías tanto como la otra vez?

—No creería que era una pérdida enorme, pero lo sentiría más incluso. No podría soportar que sucediera de nuevo.

—¿Te morirías? —dijo Gavin, muy serio.

—Sí, en caso de que sea eso lo que les ocurre a las personas que se sienten incapaces de soportar los acontecimientos.

—Venga, venga. No olvidéis que sois unos niños —dijo Miss Pilbeam, que opinaba que esta última conversación era muy poco infantil.

—Tenemos experiencias que van más allá de lo que nos corresponde por la edad —dijo Honor, que también creía eso mismo.

—En cosas, es cierto —dijo Miss Pilbeam, sonriendo.

—Bien, siga leyendo —dijo Gavin, con brusquedad.

—Esto no es forma de pedirlo.

—No se lo pido. Sólo le digo que siga.

—Y en otras, no lo es —dijo Miss Pilbeam, decidiendo seguir sonriendo y reanudar la lectura del libro.

Eleanor y su esposo entraron en el aula.

—Bien, Miss Mitford, he venido a verla —dijo Fulbert—, y a darle pruebas de que estoy hecho de carne y hueso, como usted.

Miss Mitford se puso en pie y le estrechó la mano.

—Haber dicho eso de mí es muy amable de su parte —dijo ella.

Fulbert rió, aunque su entonación no había sugerido lo que Miss Mitford había entendido.

—Veo que es una situación desconcertante para usted, ¿no es así? —dijo él, observando, o dando más bien por supuesto que eso era lo que ocurría, y mirándola por lo tanto con ojos divertidos.

—Bueno, jamás había experimentado nada parecido.

—Eso no significa que carezca de experiencia —dijo Fulbert, animándola, por si hacía falta—. Su experiencia se ha desarrollado

entre cuatro paredes, pero lo mismo ocurre con algunas de las más profundas experiencias de los seres humanos.

—La mía no ha sido de estas últimas —dijo Miss Mitford.

—Bien, bien, pero a algunos de nosotros nos tiene que corresponder el hacer frente a las cosas de menor importancia.

—No creo que la educación carezca de ella —dijo Eleanor.

—Desde luego que no. Estos jóvenes le deben muchísimo, Miss Mitford.

—Y sé que ellos lo saben. ¿Verdad que tú lo sabes, James? —dijo Eleanor, apelando a su hijo debido a la fuerza de la costumbre, puesto que la deuda del muchacho era inferior a la de sus hermanas.

—Sí.

—¿Cómo es que no has ido al colegio, hijo?

James tuvo la sensación de que todas las situaciones difíciles de su vida culminaban en ésta. Había aceptado el regreso de su padre a la familia como una ocasión demasiado solemne para que su propia formación pudiera caber en semejante fecha, y se había quedado en casa animado de un espíritu tan serio como sereno, y estaba leyendo un libro al que se podían aplicar ambos términos.

—Hoy es el primer día que Padre pasa en casa —dijo, en voz baja y vacilante, esperando a ver qué pensaban sus padres.

—Pero no el primero en que James se queda —dijo Fulbert en tono divertido y animado, que respondía a la duda de su hijo.

—¿Y a qué están dedicándose los otros? —preguntó Eleanor—. Veo que no hemos interrumpido ninguna lección.

—Yo no estoy haciendo nada —dijo Isabel, inmediatamente.

—¿Crees que es éste el modo de sacarle el máximo provecho a un día de fiesta? —inquirió su madre, mostrándole a James con su empleo de este último término hasta qué punto andaba errado.

—Yo diría que lo es —dijo Fulbert, posando la mirada en su hija—. Las personas que han tenido que soportar grandes tensiones tienen después que relajarse.

—Ya. ¿Y qué está haciendo Venice? —quiso saber su esposa.

Venice les mostró un bordado, o, mejor dicho, no hizo nada por ocultárselo.

—No tienes por qué avergonzarte de eso, hija. No soy un defensor a ultranza de la inactividad. Enséñamelo.

Venice lo desplegó, aunque como sí ella misma no estuviera viéndolo.

—Coser —dijo su padre— es otra forma de descansar.

El rostro de Venice se despejó, y luego miró a su madre para

pedirle su opinión.

—Estás mejorando muchísimo. Ojalá Isabel aprendiera a coser un poquito. Como dice Padre, le sería muy útil.

—¿Eso he dicho? —preguntó Fulbert—. Bueno, si es así, espero que aprenda. ¿Y cómo pasa James el tiempo?

James le entregó sonriendo el libro a su madre, poco propenso a mostrárselo a quien se lo había pedido.

—Es un libro precioso para leerlo en un día como hoy. Creo que James está mejorando, Fulbert.

—Si no se interrumpe este proceso, seguro que llegará muy lejos —dijo Isabel.

—No voy a ponerle hoy a prueba —dijo Fulbert, mirando a su hijo con su antigua expresión burlona.

—El mundo ha cambiado mucho para todos ellos —dijo Eleanor.

—Mientras que para mí está como siempre. Y es todo lo que podría desear. Bien, adiós, Miss Mitford. Le agradezco que nos haya permitido colarnos en sus dominios.

—Y ahora ya podéis disponeros a llevar una vida en la que tendréis todo lo que se pueda desear —dijo Eleanor desde la puerta, dirigiéndose a sus hijos—. Y eso es muy agradable, tanto para vuestra madre como para vosotros mismos.

Después de que se fuera hubo un silencio.

—Todo lo que se pueda hacer realidad —dijo Isabel.

Su hermana la miró, y durante un momento sostuvieron mutuamente la mirada; luego se pusieron de repente en pie, se fueron tambaleando hacia un sofá del otro extremo de la habitación, y se desplomaron en él presas de un ataque de risa.

James alzó la vista de su libro; por una vez, no entendía absolutamente nada. Miss Mitford pasó revista a sus alumnos y bajó la vista tras haber satisfecho suficientemente su curiosidad. Las chicas se inclinaron la una a la otra y cuchichearon en voz tan baja que nadie más pudo oír lo que se decían.

—Se nos había desbocado la imaginación —dijo Isabel—. Y lo imaginado nunca suele ser puesto a prueba. Sí crees que posees algo, en realidad no has llegado a perderlo. Es cuando lo recobras que llega el momento de la verdad.

—¿Te importa mucho? —susurró Venice.

—Ahora que ha pasado la conmoción ya no. En cierto sentido es un alivio. Puedo sentirme a gusto con todos los que viven en esta casa. No hay nadie superior a mí.

—Yo no soy como tú —dijo Venice.

—Siempre te protegeré, en caso necesario —dijo Isabel.

—Padre estará siempre aquí, y Madre también —dijo James, cerrando el libro.

—Es un precio muy bajo por el regreso de Padre —dijo Isabel, haciendo que Miss Mitford alzara la vista—. Y se pasará casi todo el día con él.

—Al principio sí —dijo James, y cogió otro libro, como si el futuro no le preocupara.

—No podemos tener a Padre y prescindir de su esposa. Y Madre no es una persona despreciable.

—Hablas como Honor —dijo James, en tono ausente.

—Dicen que somos muy parecidas.

—En realidad todos somos diferentes.

—Cierto —dijo Miss Mitford—. Nos fijamos en las pequeñas similitudes solamente debido a lo enormes que son las diferencias.

—Venice no se parece a nadie. Casi podría decirse de ella que su belleza es extraordinaria —dijo Isabel, como si esto suprimiera toda posibilidad de parecido.

Venice fijó la vista al frente, mientras experimentaba en su interior un gran placer, y James puso casi cara de preocupación pensando en que pudiera ocurrirle algo así a una persona tan próxima a él.

Eleanor volvió a entrar.

—Padre está preocupado por ti, Isabel. ¿Estás verdaderamente exhausta?

—No. Madre, sólo un poco cansada.

—Así me gusta —dijo Eleanor, sorprendida y en tono de aprobación—. He oído todas esas risas, y me ha parecido que no eran propias de una persona exhausta.

—No eran más que bromas nuestras, Madre.

—Ya me imagino que aquí, entre vosotros, decís toda clase de tonterías —dijo Eleanor, sin apenas comprender que ella misma disfrutaría mucho más de estas diversiones que aquéllas a las que se dedicaba abajo.

—¿Es verdad que la belleza de Venice es extraordinaria? —preguntó James.

—¿Y quién ha dicho que lo es? —inquirió Eleanor, lanzando una mirada despectiva a Venice, y sospechando que era Fulbert quien había cometido esa indiscreción.

—Isabel —dijo James.

—Ah, Isabel —dijo Eleanor, como si este testimonio no contara—. ¡Qué hermana tan aduladora os ha salido! ¿Y qué dice Venice de ella?

—Suele decir que es inteligente —dijo James—. Mucha gente lo dice.

—Bien, y lo es —dijo Eleanor, a la que no le parecía tan mal un tributo de esta clase—. ¿Y de James? ¿También dirá eso la gente de él?

James fue cogido de improviso por el resultado de su generosidad, aunque a estas alturas ya hubiese debido darse cuenta de que casi todo le pillaba por sorpresa.

—Sí —dijo, como en broma.

—¿Y en qué podrá basarse la gente para afirmarlo?

James no podía decir que en los libros que acostumbraba a elegir para su lectura, pues éste era un asunto olvidado hacía algún tiempo; ni podía referirse a los poemas que para sí mismo eran la prueba decisiva en ese sentido, pues no se los había enseñado a nadie y no pensaba hacerlos públicos hasta que alcanzara la madurez; y se limitó a agitarse nerviosamente.

—Bien, no vamos a hablar de eso, siendo hoy el primer día que Padre pasa en casa —dijo Eleanor, reconociendo que era un tema espinoso.

James volvió a tomar el libro que había estado leyendo cuando entraron sus padres.

—No está bien leer mientras tu madre está en esta habitación, hijo.

James mantuvo la vista fija en la página hasta que llegó a lo que posiblemente fuera un punto culminante, puso un registro y sonrió a su madre, mientras tapaba con la mano el otro libro que seguramente podía exigir explicaciones.

—Has estado leyendo hasta un punto en el que pudieras parar.

—Sí.

—Y ahora cambiarás de libro —dijo Eleanor con una sonrisa de condonación y cierto alivio, pues las actitudes graves en situaciones solemnemente jubilosas la afectaban del mismo modo que suelen hacerlo a la mayoría de la gente—. Oigo que Padre me llama. Debo recordar que él tiene más derecho que nadie a mi tiempo. Quizá hoy no pueda volver a haceros otra visita.

Bajó al vestíbulo y encontró a Fulbert y Luce en plena conversación. Su hija se volvió para saludarla.

—Madre, ya han dado los resultados de Cambridge. En realidad llegaron hace unos días, pero hasta hoy no hemos tenido noticias. Daniel ha sacado sobresaliente, y Graham un aprobado justito. Es exactamente lo que ellos imaginaban, de modo que procuremos no armar mucho alboroto.

A modo de respuesta, Fulbert señaló con el pulgar la puerta de la biblioteca.

Sir Jesse apareció y se dirigió al comedor, sin mirar a nadie. Sus nietos le siguieron y se detuvieron para unirse al grupo de sus padres.

—Muy bien, hijo —dijo Fulbert, apoyando la mano en el hombro de Daniel—. Hay personas que no dan importancia a los triunfos de esta clase, pero no soy de esos. Es una feliz casualidad que haya ocurrido en el primer día que paso con todos vosotros.

—Estábamos reservando la noticia para el momento oportuno —dijo Daniel, sin mencionar que la habían aplazado para después de la boda de su madre—. Pero luego, con la emoción de tu regreso, se nos olvidó decirlo. Salió el martes en *The Times*, y esta mañana Abuela ha repasado las listas y ha encontrado nuestros nombres. En cierto sentido, parece extraño que se dedique a estas actividades.

—La gama de actividades de las que es capaz es ilimitada —dijo Graham—. Pero espero que ni siquiera a él se le llegue a ocurrir la idea de meterse con las debilidades ajenas.

—¿Ya has olvidado que hay ciertas cosas que no debemos mencionar? —preguntó Eleanor.

—Me lo recordaré de nuevo a mí mismo, Madre. Me parece perfectamente bien esa actitud.

—Y a mí también, hijo —dijo Fulbert—. No he regresado para pediros grandes hazañas. Yo me he limitado prácticamente a sobrevivir. Sólo os pido que me deis la bienvenida.

—Se la damos —dijo Graham, en un fervoroso aparte.

—¿No podrías hacer un esfuerzo por tu madre, Graham? —inquirió Eleanor.

—Algún día, Graham, podrás contar cuál fue el momento más amargo de tu vida —dijo Daniel.

Fulbert señaló el comedor con un ademán.

—¿Os parece prudente hacer esperar a ese anciano?

Luce entró de puntillas en el comedor, y regresó, con una sonrisa muy ancha iluminándole el rostro.

—No estábamos haciéndole esperar, Padre.

—Entremos y démosle una sorpresa —dijo Fulbert, cruzando el umbral.

Sir Jesse no dio señal alguna de vida mientras su familia se repartía por los asientos, pero luego se volvió a Graham.

—Te he dicho que había leído esas listas del *Times*, y te he preguntado si debía dar crédito a mis ojos. Todavía no me has contestado.

—Ojalá no me hubieses hecho la pregunta, Abuelo.

—¿Tengo que deducir que ha habido algún error?

—Las cosas que publica *The Times* suelen ser ciertas. Y lo mismo puede decirse del testimonio de los sentidos.

—¿Hablas conmigo?

—Te estoy contestando, Abuelo.

—¿Preferirías ponerte a trabajar de aprendiz de zapatero o de limpiabotas?

—Mejor lo primero; no son oficios comparables. El de zapatero debe de ser más especializado y mejor remunerado.

—Esas son dos buenas razones para elegirlo, hijo —dijo Fulbert, en voz muy baja.

—¿Por qué suele figurarse la gente que los hijos que fracasan en sus estudios deberían dedicarse a empleos relacionados con los zapatos? —preguntó Daniel.

—No es de extrañar que las buenas botas parezcan tan buenas —dijo Graham—. Seguro que en su manufacturación participan manos de muy buena cuna.

—Si no eres capaz de aplicar tu agudeza a los estudios, prefiero que no la emplees en mi presencia —dijo Sir Jesse.

—No sabes lo complacida que estaba Miss Mitford por tus notas, Daniel —dijo Luce—. Ella también lo ha leído en *The Times*.

—¿*The Times*? —dijeron Sir Jesse, Regan y Eleanor, todos a la vez.

—No es el ejemplar de la familia —dijo Luce, riendo—. Sino el que recibe ella.

—¡Qué típico de Miss Mitford! —exclamó Regan, en un tono que casi dejaba traslucir sus sentimientos.

—Es lógico, Abuela. ¿Por qué no va a querer enterarse de las noticias de cada día?

—Ya, ya. Y es evidente que hace lo que le apetece —dijo Regan, en el mismo tono.

—Vaya, veo que estás comiendo, Graham —dijo Sir Jesse, que veía con tan malos ojos que su nieto hiciera las cosas corrientes como su esposa que las hiciera la institutriz—. ¿Qué planes tienes con respecto a tu futuro modo de subsistencia?

—¡Cuántos problemas quedarían resueltos si Graham no fuese un caso incurable! —exclamó Daniel.

—Tú nunca has tenido que tener ninguna clase de planes con respecto al tuyo, Abuelo —dijo Graham.

—No hace ninguna falta que te compares conmigo. He hecho otras muchas rosas.

—Sí, ya sé que las has hecho —dijo Graham, provocando una mirada de su madre.

—¿No te sientes agradecido hacia mí por haberte dado un hogar y una formación?

—Me haces pagar un precio demasiado elevado por ambas cosas.

—Confío en que esta clase de retribución te sirva de algo con otras personas.

Los tres pequeños entraron vestidos con ropa para salir al jardín.

—Sólo han venido a vernos un momento —dijo Eleanor—. Me ha parecido que Padre no tendría todavía fuerzas para soportarles. Aún se encuentra muy débil.

—Ven y toma un pedazo de mi pollo —dijo Fulbert, dirigiéndose al menor de sus hijos.

Nevill se le acercó y esperó a que le diesen una cucharada, manteniéndose a cierta distancia y sin fijarse en lo que su padre hacía.

—¿Te ha gustado? —quiso saber Fulbert.

—No. Nevill se ha quemado la lengua —dijo el pequeño, y dio media vuelta.

—¿Cómo podré pagar mis futuros pedazos de pollo? —inquirió Graham.

—Me encantaría saberlo —dijo Sir Jesse.

—¿Y por qué no puede Graham ser un hombre como Abuelo y Padre? —dijo Gavin, que había entendido el tema de conversación.

—Porque no tiene dinero —dijo Eleanor—. Todos vosotros tendréis que ganaros la vida.

—¿Yo también? Creía que sólo tendría que hacerlo James.

—Naturalmente que no. Todos estáis en la misma situación.

—Entonces, yo seré viajero.

—No es una actividad que dé mucho dinero precisamente.

—Si me enfrento a grandes peligros, ganaré una fortuna.

—¿Y quién te pagaría por correr tantos riesgos? A las demás personas no les servirá de gran cosa.

—Hay asociaciones que pagan esas cosas —dijo Honor—. A la gente le gusta que otros descubran sitios.

—Lo más urgente es decidir cuál será la actividad de Graham —dijo Sir Jesse.

—Yo creía que eso ya estaba decidido Sir Jesse —dijo Graham.

—Nevill también llamará Sir Jesse a Abuelo —dijo Nevill, profundamente admirado.

—¿Por qué no hablamos de Daniel? —dijo Fulbert—. No estaría nada mal que también comentáramos nuestros éxitos.

—Él sabe muy bien lo alegres y orgullosos que estamos de sus notas —dijo Eleanor—. No hace falta que hablemos de ello.

—También yo he captado esa actitud —dijo Graham.

—Imagino que Graham trabajará de preceptor —dijo Sir Jesse, en un tono que no encomiaba tal vocación.

—Sería el primero de los alumnos de Miss Mitford que siguiera sus pasos.

—¿Por qué no está bien ser preceptor? —preguntó Honor—. Los príncipes tienen preceptores, y sus nombres salen en los periódicos.

—También salen los de las damas de honor.

—Abuelo ha hablado con Honor —dijo Nevill, impresionado por esta respuesta de igual a igual.

—¿También Hatton tiene *The Times*? —inquirió Fulbert.

—Hatton lo tiene todo —dijo Nevill.

—¿Y qué vas a ser tú cuando seas mayor? —preguntó Fulbert, cogiendo a su hijo y poniéndoselo sobre las rodillas.

—Nevill será rey —dijo el niño, resignándose a su situación.

—Si es así, estarás por encima de tu padre.

—Sí, Padre no es más que un hombre.

—¿Por qué quieres mirarnos a todos por encima del hombro?

—Nevill cuidará de ti. Y también cuidará de Hatton y Mullet.

—¿Y qué será Hatton?

—Cuando Nevill se case con ella, Hatton será una gran dama.

—Más bien será reina.

—No, lo será Nevill. Sólo hay un monarca. Y Hatton dice que sólo Nevill lo es.

—¿Y qué seremos los demás?

—Todos estaréis alrededor de Nevill y llevaréis vestidos largos. No seréis el rey, pero estaréis muy elegantes.

—¿Y qué llevarás tú?

—Una corona.

—Ha visto una fotografía —dijo Luce.

—Nevill se sentará en el trono —dijo el pequeño, alzando los brazos—. Y un hombre se arrodillará en una almohada con un bastón de oro.

—Voy a abandonar la mesa antes de que alguien sugiera que soy yo el que tiene que interpretar ese papel —le dijo Graham a su hermano—. Parece tener cierto parentesco con el de limpiabotas. Ven conmigo, así podrás cubrir mi retirada.

—¿A dónde vas? —preguntó Daniel, una vez en el vestíbulo.

—A visitar a los Marlowe. A Abuelo no le gustaría que lo hiciera.

Ven tú también, y puedes buscar en sus rasgos huellas de nuestro parentesco. Seguro que querrás hacerlo. A mí me alegra saber que no estoy relacionado con Abuelo tan estrechamente como ellos.

—Debemos contener la lengua.

—Oh, sabré guardar los secretos culpables de Abuelo —dijo Graham, dejándose llevar por su actitud corriente—. Y a partir de ahora sólo cometeré errores lo suficientemente viles como para que todo el mundo los silencie.

—Abuelo tiene la sensación de que contigo ha malgastado su semilla. Y ahora ya sé que la ha empleado con generosidad. Tener dos familias no supone un ahorro precisamente.

—Ha ahorrado todo lo que ha podido en la segunda —dijo Graham, mirando la casita—. Pero, ¿por qué ha tenido que colocar los frutos de su pecado a las puertas de su finca?

—Porque ahí le salía más barato —dijo Daniel, sin darse cuenta de que no estaba diciendo más que la simple verdad.

Priscilla salió inmediatamente a recibirles.

—Bien, parece que seguimos teniendo algo que nos une. Todos creíamos ser huérfanos de padre, y ahora resulta que no es así.

—Así que la verdad ya ha llegado aquí —dijo Daniel—, y con la prontitud acostumbrada.

—Y hemos comprobado que nuestros sentimientos no nos han dejado mudos. Y nos alegramos de que así sea. Hablar será un alivio. Nos encantará hacerlo.

—Madre y Sir Jesse decidieron pasarse por alto los convencionalismos —dijo Susan.

—Pero hay una ley para el hombre y otra para la mujer —dijo Priscilla—. Eso hace que la más valiente de los dos resultase ser Madre. Y, además, ahora hemos de emparejarla con Sir Jesse. Lo cual parece darle mucho mérito.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó Daniel.

—Hope cree que Ridley hizo correr la noticia por ahí —dijo Susan —. Para vengarse de vuestra familia.

—¿Para vengarse de qué? —preguntó Graham—. ¿De nuestra paciencia y hospitalidad, de la bienvenida que le dimos cuando iba a ocupar el lugar de Padre? Si en el momento en que se descubrió cuál era su plan salió de nuestros labios alguna crítica, creo que no es fácil de comprender.

—Lo que le enfurece es el haber caído de su pedestal.

—Entonces, también Abuelo querrá vengarse —dijo Daniel—. Pero no lo hará. No podemos hablar con él de la verdad, y morirá

ignorando que lo sabe todo el mundo. Ya se ha olvidado de que nosotros lo sabemos.

—Entonces, lo sabéis todo —dijo Graham, dirigiéndose a Priscilla.

—Eso creemos. Hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano por averiguarlo. Quizá nunca lleguemos a conocer la historia en todos sus detalles. Pero nos bastan los datos escuetos. Estamos muy satisfechos con lo que tenemos.

—Y no hay por qué ir más allá —dijo Susan—. En nuestra situación, no podríamos hacerlo, aunque quisiéramos. Sin embargo, me asusta pensar que James irá al colegio.

—James no sabe nada —dijo Daniel.

—Pero sus compañeros ya estarán enterados. Y James aportará sus propias pruebas. Y pronto dará su brazo a torcer.

—No puede traer a sus amigos a casa. Ese es un riesgo del que nos libraremos —dijo Graham, recostándose en su asiento—. Quizá le castiguen a tomar el té con los pequeños, o puede que le pongan a las órdenes de la institutriz y sólo le pregunten por sus progresos en los estudios.

—Puede ocurrir cualquier cosa —dijo Daniel—. Puede ocurrir todo. Y cuando nosotros éramos pequeños ocurrió realmente de todo.

—Ojalá que el delito de Ridley no tuviera un aspecto trágico —dijo Graham.

—Eso nos impide disfrutarlo plenamente —dijo Priscilla—. Pero los motivos que impulsan a la gente a cometer delitos siempre te dan ganas de llorar. Pensad por ejemplo en Sir Jesse, viviendo solitario en un país lejano, necesitado de Madre. O en Madre, dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa por Sir Jesse. Entre nosotros, parece raro que Madre actuara así.

—Pensad también en Ridley —empezó a decir Graham, pero se interrumpió.

—Me alegro de que Sir Jesse no tenga que saber nunca que nosotros lo sabemos —dijo Lester—. Si se enterase, cada vez que Priscilla tuviera que mostrarle las cuentas viviría una situación muy embarazosa. Sus entrevistas se parecerían demasiado a una reunión de negocios.

—¿Tanto le debéis como para guardar el secreto con él?

—Se lo debemos todo, hasta la vida —dijo Priscilla—. Y hubiésemos tenido que darnos cuenta de que sólo cuando le debes precisamente eso a otra persona, empiezas a deberle otras.

—Menos mal que Sir Jesse es padre de los tres —dijo Susan—. No serviría de nada ganar una cosa para perder otra.

Lester alzó la vista.

—¿Habíais sospechado alguna vez la verdad? —preguntó Daniel.

—Si no nos refrenamos a tiempo, acabaremos creyendo que sí —dijo Susan—. A mí se me había ocurrido, pero parecía que no pudiera ser, porque Sir Jesse no se mostraba apenas afectuoso para con nosotros.

—Yo no puedo dar ninguna excusa. Jamás se me había ocurrido —dijo Priscilla—. Este es el resultado de mi intuición femenina. Confío en que eso signifique que soy una persona bastante masculina. Y creo que Sir Jesse me ha mirado a veces con mirada paternal. He tenido más oportunidades que nadie para adivinarlo.

—Pero era una solución demasiado obvia —dijo Susan—. Y había muchas otras cosas que apuntaban en otra dirección. El nulo afecto demostrado por Sir Jesse, el hecho de que nos instalara tan cerca de su casa, sin ocultar el interés que sentía por nosotros. Pero él sabía que todo eso nos despistaría.

—¿Os lo dijo Hope? —inquirió Daniel.

—No dijo nada hasta que averiguó que lo sabíamos —dijo Susan—. Nadie nos lo ha dicho con palabras, pero se notaba en el ambiente.

—Hope sabe que hay que fijar ciertos límites —dijo Lester.

—Yo no —dijo Priscilla—. Cuando me enteré sentí muchos remordimientos.

—Es maravilloso saber que podemos reclamarle a Sir Jesse algunos derechos —dijo Lester, gravemente.

—No se puede reclamar ningún derecho legal a partir de los catorce años —dijo Daniel.

—Ya, pero para un padre, sus hijos siguen siendo siempre sus hijos —dijo Priscilla—. Y, por otro lado, no parece que Sir Jesse sienta un gran respeto por las leyes.

—Siendo nuestro origen el que ahora sabemos, ¿por qué no le permite a Luce que nos visite? —dijo Susan.

—Por ser vuestro origen el que es —dijo Daniel—. El problema está en el vínculo de sangre. Lester podría enamorarse de su sobrina. Y vosotras de vuestros sobrinos, aunque Abuelo seguramente creyó que esto último era improbable.

—Debió de pensar que la diferencia de edad lo impediría —dijo Susan.

—No sé qué es, pero algo lo ha impedido —dijo Graham.

—Me extraña que Sir Jesse no pensara que podíamos llegar a sospechar la verdad —dijo Susan.

—Creo que él mismo la había casi olvidado —dijo Priscilla—,

hasta que se lo recordó la pérdida de su hijo, y se vio sin más hijos que nosotros. Ahora lo comprendo todo. Ya sé que es lo que suele decirse, pero, ¿por qué habría que callarlo, siendo la verdad? No sirve de nada tener una ventaja si no te aprovechas de ella.

—Me pregunto si tendrá más familia en algún otro lugar —dijo Lester, como si se le hubiese ocurrido de repente esta nueva posibilidad.

—No ha vivido más que en dos sitios —dijo Daniel— y en ambos tuvo quien atendiera a sus necesidades.

—Me hubiera gustado estar allí en el momento en que fue revelada la verdad —dijo Susan.

—No sabes lo que dices —dijo Graham.

—Pues a mí no me avergüenza decir que pienso lo mismo que Susan —dijo Priscilla—. Puede que las mujeres seamos muy tercas, pero mentir no serviría para aliviar el problema. Ojalá hubiese estado allí. Tengo casi la sensación de que teníamos derecho a encontrarnos presentes.

—¿Lo sospechaste, Lester? —preguntó Graham.

—No puedo decir que así fuera —dijo Lester, riendo—. Una vez le insinué a Sir Jesse que nos gustaría tener una fotografía de nuestro padre, y eso basta para que quede claro lo que yo pensaba. Pero lo supe luego, el día en que vino a visitarnos para hablar de su hijo.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntaron sus hermanas a la vez, sin dudar ninguna de las dos de su palabra.

—Pensé que saberlo podría trastornaros.

—Es una noticia inquietante —dijo Priscilla—, pero me alegro de que mi padre sea una persona tan respetable. Sir Jesse seguirá siendo objeto de la estimación general.

—Ridley tendrá que vivir en el exilio, y Abuelo seguirá siendo el principal personaje del pueblo —dijo Daniel—. Y creo que está bien que así sea.

—De no ser por el arte de la fotografía, Abuelo seguiría estando considerado como un perfecto caballero —dijo Graham, simpatizando con la situación de su abuelo.

—Ya se sabe que la humanidad utiliza sus inventos para su propia destrucción —dijo Priscilla.

—¿Y si todo el mundo se pusiera a hablar de ese asunto? —inquirió Lester.

—Ridley sería el único interesado en que ocurriera —dijo Daniel —. Y no está en posición de ser el que tire la primera piedra.

—Abuelo podría tomar la iniciativa —dijo Graham—. Puedo dar

testimonio personal de que ya lo ha hecho en otro caso.

—Seguro que mucha gente lo había intuido —dijo Susan—. Y por mucho que ahora se sepa la verdad, no creo que cambien las cosas.

—Es una suerte que Abuelo sea un hombre capaz de salir airoso de cualquier prueba —dijo Daniel.

—Siempre había deseado conocer a una persona así —dijo Priscilla —. Y ahora resulta que soy hija de una de ellas. Espero que hayamos heredado esa cualidad. Nos será útil.

—Quizá ya nos lo haya sido, desde siempre —dijo Lester.

—La gente nos tendrá cierto respeto, debido a nuestro origen — dijo Priscilla—. Y lo disfrutaremos como vosotros.

—No lográis pronunciar la palabra Padre —dijo Daniel.

—No, no —dijo Lester, casi sin darle tiempo a terminar la frase—. No hay ninguna necesidad de hacerlo.

—Aquí tenemos una nota y un libro de Hope —dijo Priscilla, tomando el paquete que le entregaban—. Lo ha traído ella misma. Allá va, camino abajo. ¿Serán más noticias para nosotros?

> «Querida Priscilla:
>
> Tenía intención de entrar en vuestra casa, pero he visto a tiempo a vuestras visitas, y no me sentía capaz de ser la única persona de tan numeroso grupo que no estuviera emparentada con Sir Jesse. Todavía confío en que al final acabe averiguándose que también yo lo estoy, pero, entretanto, os brindo mi cariño y mi felicitación.
>
> HOPE CRANMER».

—Viene alguien —dijo Susan—. Por eso Hope no se ha esperado. Quería encontrarse con Sir Jesse, al que he visto dirigiéndose a ese camino por el que suele pasear solo. Alguien se acerca a la ventana. Pasará delante de aquí dentro de un momento.

—Parece raro que no se desvíe de su camino acostumbrado —dijo Priscilla—. Pero para él no ha habido ninguna revelación. ¡Qué asombrosa cantidad de imágenes del pasado deben de estar desfilando ante sus ojos! Quizá siempre haya sido así, y esto explicaría su actitud ausente. Aunque me temo que estamos juzgándole como si estuviera cortado por el mismo patrón que nosotros.

Se acercó a la ventana y se quedó en pie junto a ella, proyectando su sombra hacia la habitación, y Sir Jesse le echó una ojeada cuando pasó por delante, se descubrió ligeramente y siguió paseando.

Notas

[1] Del volumen La literatura como mentira, Feltrinelli, Milano, 1967 (traducción de Ignacio Martínez de Pisón). < <

[2] Perdidas las tierras y gastado el dinero / Nada hay mejor que ser muy *sabio*. (*N. del T.*) < <

[3] Juego de palabras intraducible. En inglés la palabra help puede significar tanto «ayuda» como «criados». (*N. del T.*) < <

[4] «Por encima de todo, a tu propio ser debes ser fiel / Y de ahí se *sigue*, como la noche al día, / Que a nadie serás desleal». (*N.* del T.) < <

[5] En sentido figurado, to browse (pacer), significa leer ociosamente u hojear libros. (*N.* del T.) < <

[6] Esperanza y Fe. (*N. del T.*) < <

[7] En inglés, hounding, del verbo to hound (cazar), que se deriva a su vez de hound, perro de caza, podenco, y, figuradamente, canalla. (*N. del T.*) < <

[8] «Un petirrojo enjaulado / Enfurece a los Cielos» (N. del T.) < <

[9] *Horizon* (ha'raizn) se acentúa en la segunda sílaba. Mullet la acentúa en la primera. (*N. del T.*) < <